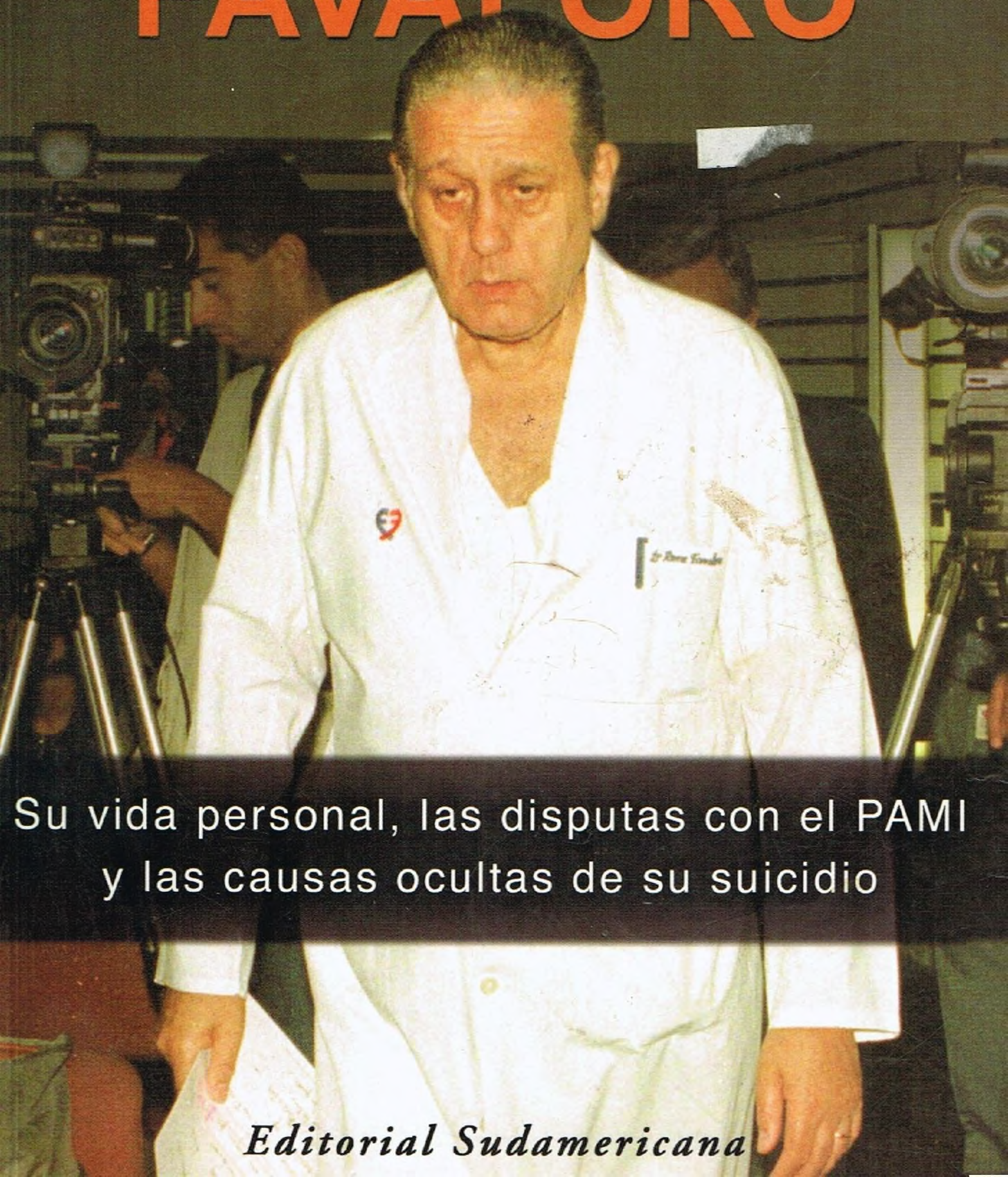
PABLO CALVO

LA MUERTE DE FAVALORO



Su vida personal, las disputas con el PAMI y las causas ocultas de su suicidio

Editorial Sudamericana

FOTO: CECILIA PROFÉTICO



Pablo Calvo nació en Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en mayo de 1968. Es licenciado en Ciencias de la Comunicación por la UBA. Comenzó su carrera periodística en 1988 en la agencia DYN, donde fue redactor y encargado de redacción general. Entre 1992 y 1993 trabajó en el diario La Razón, y desde entonces hasta hoy es redactor de la sección política del diario Clarín.
En 2000 TEA le concedió el Premio Estímulos, en el rubro "Diarios".

Foto de tapa: Agencia TELAM

LA MUERTE DE FAVALORO

Su vida personal, las disputas con el PAMI
y las causas ocultas de su suicidio

Diseño de tapa: María L. de Chimondeguy / Isabel Rodrigué

PABLO CALVO

LA MUERTE DE FAVALORO

Su vida personal, las disputas con el PAMI y las causas ocultas de su suicidio

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

1. El ciudadano

Ya frente al espejo, a su vida le quedaban tres minutos. Sólo había tiempo para el último repaso.

No quiso olvidarse de Ramona, su empleada doméstica, que le hacía los pucheros y la compota de membrillo. Recordó que nunca lo dejaba salir de viaje sin el poncho en la valija, una cábala. Le apartó cinco mil dólares, una notita y una carta de recomendación:

Ramona:
Le dejo unos pesos que le van a hacer falta. Gracias por todo lo que hizo por mi difunta esposa y por mí. Un fuerte abrazo.

René Favaloro

La señora Ramona Giménez ha desempeñado tareas domésticas por varios años en nuestra casa. Ha demostrado absoluta honestidad en todos sus procederes, además de desempeñarse con absoluta corrección y eficacia en todas las tareas encomendadas.
Sin duda ha sido lejos la que mejor ha colaborado con nosotros.
Durante la enfermedad de mi señora se comportó como una verdadera samaritana.
Merece mi recomendación, sin límites de ninguna naturaleza.

Dr. René Favaloro

Cerró el sobre y volvió al espejo.

La memoria se le clavaba en 1971. Intentaba ir para atrás, de

golpe hacia adelante, pero al llegar a ese almanaque se estremecía.

El doctor dejó consignado que desde allí había que rastrear su decisión fatal, desde el año en que regresó al país. Fue cuando rechazó una oferta de dos millones de dólares anuales para operar a los ricos norteamericanos y acumular fortuna.

Volvió a la Argentina con el objetivo de construir el hospital del corazón más moderno del país, donde pudiera atender a cualquier hijo de vecino. Hasta le pensó un eslogan: "Tecnología de avanzada al servicio del humanismo médico".

En 1971, el cirujano dejó para siempre la Cleveland Clinic, de Ohio, donde consagró el "bypass", una técnica quirúrgica basada en la construcción de puentes artificiales en el corazón para reemplazar arterias taponadas. Eran rutas alternativas para la sangre, cañerías nuevas. Miles de personas pudieron prolongar sus vidas.

Renunció a su puesto con una carta a Donald Effler, que diez años antes lo había recibido en su despacho de jefe del Departamento de Cirugía Torácica y Cardiovascular. Decía:

> *Querido doctor Effler:*
> *Como usted sabe, no existe cirugía cardiovascular de calidad en Buenos Aires. Los pacientes se van a diario a San Pablo o a los Estados Unidos. Algunos tienen suficiente dinero para viajar, pero otros deben realizar tremendos esfuerzos económicos (un paciente tuvo que vender su casa). La mayoría no puede siquiera pensar en venir. Mueren lenta pero inexorablemente sin acceder al tratamiento adecuado.*
> *Médicos brillantes vienen a este país en busca de educación de posgrado. Después de dos o tres años de excelente entrenamiento, vuelven a la Argentina para encontrar sólo indiferencia. Los "maestros" no pueden aceptar nuevas ideas. Algunos regresan a Estados Unidos y otros permanecen aletargados, rodeados de frustración.*
> *Una vez más el destino ha puesto sobre mis hombros una tarea difícil. Voy a dedicar el último tercio de mi vida a levantar un Departamento de Cirugía Torácica y Cardiovascular en Buenos Aires. En este momento en particular, las circunstancias indican que soy el único con la posibilidad de hacerlo. Ese departamento estará dedicado, además de*

a la asistencia médica, a la educación de posgrado con residentes y fellows, a cursos de posgrado en Buenos Aires y en las ciudades más importantes del país, y a la investigación clínica. Como usted puede ver, seguiremos los principios de la Cleveland Clinic.

El dinero no es la razón de mi partida. Si así lo fuera, tomaría en consideración las ofertas que de continuo recibo de diferentes lugares de los Estados Unidos. El propósito principal es desarrollar un Departamento bien organizado, donde pueda entrenar a cirujanos para el futuro.

Créame, yo seré el hombre más feliz del mundo si puedo ver en los años por venir una nueva generación de argentinos que trabajen en distintos centros del país resolviendo los problemas a nivel comunitario y dotados de conocimientos médicos de excelencia.

Yo sé de todas las dificultades que afrontaré, porque ejercí la profesión anteriormente en la Argentina. A los 47 años, lo lógico y realista sería permanecer en la Cleveland Clinic. Yo sé que estoy emprendiendo un camino dificultoso. Usted tal vez recuerde que Don Quijote fue español. Si yo no aceptara liderar ese Departamento en Buenos Aires, viviría el resto de mi vida pensando que soy un verdadero h. de p. Mi conciencia me diría constantemente: "Elegiste el camino fácil".

Dr. René G. Favaloro

Tardó veinte años en tallar su obra. Habría hecho más rápido si tomaba los atajos que le proponían los funcionarios de turno. En el país que encontró, hasta el idealismo estaba tarifado.

Uno de los ingenieros que supervisó la construcción anotaba en una libretita las coimas que le ofrecían por comprar materiales o equipos en determinado lugar. Un día revisó las cifras y largó una carcajada. Llamó a Favaloro a los gritos.

—Doctor, doctor, acabo de juntar mi primer millón de dólares... lástima que no agarré viaje.

Favaloro comprobaba que el español de Buenos Aires se había vuelto insuperable a la hora de acumular sinónimos de la palabra "soborno". Que coima, que cometa, que retorno, que Diego, que diegazo, que cañota.

Él prefería un término más anticuado, el "ana-ana", una fór-

mula que usaban los viejos médicos al pie de las recetas, para indicarle al farmacéutico la cantidad de droga y demás componentes que debía utilizar para la preparación de un medicamento.

Con el tiempo, el "ana-ana" se fue convirtiendo en santo y seña del "vamo y vamo", del "miti y miti". Mitad para vos, mitad para mí.

—En nombre de la CGT, queremos darle la bienvenida al país. Le aseguramos que trabajo nunca le va a faltar. Nuestra intención es mandarle todas las cirugías cardiovasculares. No sabe cuánto nos alegramos de su regreso, doctor. Eso sí, para la derivación de los pacientes de las obras sociales, primero tenemos que llegar a un arreglo.

—¿De qué arreglo me hablan? Si acá tenemos un nomenclador nacional, el listado oficial de precios.

A principios de los 70, los sindicalistas no estaban acostumbrados a los desplantes, menos de un antiperonista como Favaloro. ¿Y éste qué se piensa? ¿Le lavaron la cabeza los yanquis?

Salieron ofendidos de la oficina, se fueron en busca de nuevos horizontes.

En esa época, Favaloro recaló en el Sanatorio Güemes, un hospital privado que ganaba metros cuadrados y clientela a medida que el cirujano se lucía en la sala de operaciones. El índice de mortalidad en el área de cardiología era casi óptimo: de cada cien enfermos, apenas morían dos.

Favaloro decía que le daba lo mismo atender a un rey que a un lacayo, que en el quirófano todos eran Juan Pérez.

De todas formas, sabía de las misiones delicadas. Lo aprendió en los Estados Unidos, donde llegó a operar a un jefe de la mafia que pretendía entrar al quirófano con guardaespaldas.

En marzo de 1982, Favaloro curó al almirante Isaac Rojas, uno de los cabecillas del golpe del 55.

Juan Manuel Fangio le llegó muy enfermo. A los pocos días, el ex piloto de Fórmula Uno se fue caminando, con cinco bypass en el pecho.

—Te hicieron uno por cada campeonato mundial que ganaste —lo cargaban.

Pasaban famosos y anónimos. El Güemes aumentaba la facturación.

—Qué voy a ser el dueño. Ni un azulejo es mío —se enojó un

día que corrían insinuaciones sobre el crecimiento comercial del lugar.

El arreglo era así: Favaloro cobraba los honorarios y con eso le pagaba a su equipo, mientras el sanatorio facturaba la hotelería, los gastos de internación.

—La mayor tajada no era precisamente para mí —diría el doctor.

Un rato antes de mirarse al espejo, el recuerdo de sus veintiún años en el Güemes lo sacudió. Le volvían los vapores agrios del escándalo de 1990, cuando el sanatorio fue denunciado por reutilizar material descartable, en plena etapa de propagación mundial del SIDA.

A Favaloro le molestaba que lo acusaran de haber procurado ganancias personales.

—¿Cómo van a decir eso de mí, que de entrada exigí camas para atender gratis a los pacientes más pobres?

En el repaso de su vida, hará una revelación sobre lo que pasaba en el Güemes. Fue en una carta de despedida que escribió a sus amigos y familiares. Allí, Favaloro identificó enemigos, mencionó clínicas que consideraba expertas en corrupción, desparramó acusaciones contra banqueros, sindicalistas y médicos. Y, por fin, develó el misterio de la decisión que estaba por tomar.

Dio permiso para difundir la carta, para que todo el mundo supiera su verdad, pero algo se interpuso. "No hay nada en la carta que René no haya dicho públicamente en tantas oportunidades", salió a decir su familia, para clausurar expectativas. Pero sí que había.

La Fundación Favaloro se creó en 1975, durante el peronismo sin Perón. La piedra fundamental del Instituto de Cardiología y Cirugía Cardiovascular —su máxima aspiración, el momento cúlmine de su carrera— fue colocada en 1979, durante el régimen militar.

La construcción atravesó toda la presidencia de Raúl Alfonsín y la apertura oficial se hizo en el gobierno de Carlos Menem. La primera cirugía estaba programada para el 1° de julio de 1992, pero mientras se armaba la lista de invitados, apareció un paciente moribundo, con las horas contadas.

—Anotá: "Falcón, sesenta años" —gritó alguien, al paso veloz de la camilla.

La operación se hizo el 20 de junio, en el feriado por el Día de la Bandera. La urgencia alteró el cronograma inaugural, pero Falcón quedó chocho.

Frente al espejo, en el vértigo de su repaso, Favaloro sintió también el ardor de la deslealtad. Treinta años de cercanía a presidentes y dictadores, de conveniencias mutuas, ya no valían ni un centavo. Ellos buscaron tener cerca al ciudadano ilustre para ablandar fachadas, atraer votos o disimular injusticias.

—Si gano las elecciones, va a ser mi ministro de Salud.

Favaloro se arrimaba peligrosamente al juego. Sus contactos y su proximidad al poder le permitían destrabar créditos, conseguir subsidios, evitar laberintos burocráticos. Sólo tenía que prestar su nombre a cuanta comisión se formara. No quería la plata para engordar su patrimonio, sino para poner ladrillos y mejorar la tecnología de su quirófano. El apoyo económico del Estado fue decisivo para el crecimiento de la Fundación. Favaloro sabía que, sin dineros públicos, su éxito privado era imposible.

Imaginó un modelo como el norteamericano, donde las empresas logran ventajas fiscales si contribuyen al desarrollo científico. Pero calculó mal. En la Argentina que encontró a su regreso, la evasión de impuestos era un deporte nacional, los empresarios donaban sólo a cuentagotas y los responsables de la economía mandaban a los científicos a lavar los platos.

Tuvo que compensar cada uno de los favores recibidos. Y lo hizo a fuerza de contradicciones. Se opuso al golpe de marzo de 1976, pero en mayo de ese año fue uno de los primeros civiles en visitar el despacho del dictador Jorge Videla en la Casa Rosada. Asesoró al gobierno de facto en el momento más duro de la represión ilegal, pero seis años después transitó la contracara, al sumarse a la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. Desconfió de los sindicalistas, pero les tuvo que dar la mano cuando pasaban a saludarlo por su oficina del Güemes, a pedido de los directivos que pactaban los contratos. Llamó a votar por Alfonsín en 1983 y por los candidatos radicales en 1987, pero después se inclinó por Menem y, más tarde, por su reelección. Respaldó a Eduardo Duhalde en un plebiscito provincial y a Fernando de la Rúa en su gestión como jefe del Gobierno porteño. La ruleta giraba, él desparramaba sus fichas por todo el tablero.

En mayo de 1999, mientras Menem le acomodaba una condecoración, sugirió que podrían cerrarse algunas universidades, porque había demasiados médicos y abogados. Sin embargo creó

su propia universidad, de donde saldrían más médicos aún. Ubicó al PAMI entre los organismos más corruptos del mundo, pero le golpeó la puerta para pedirle préstamos millonarios. Cuando los tuvo, se puso a aplaudir a la obra social de los jubilados: hasta apareció en sus propagandas. Volvió al ataque en la última etapa del menemismo, cuando el chorro oficial se secó. Con la crisis, el Estado le bajó a cero un subsidio que, en tiempos de bonanza, había superado los diecisiete millones de dólares. Y el PAMI puso en duda una deuda que la Fundación reclamaba por supuestas prestaciones impagas. Favaloro y el PAMI se batieron a duelo, dispuestos a matar o morir.

La obra social de los ancianos tenía la magnitud de un Estado: cuatro millones de afiliados, 2.400 millones de dólares de presupuesto anual, doce mil empleados, treinta y seis sucursales, 291 agencias, 253 corresponsalías. Era el organismo número uno del sistema de salud, el cuarto presupuesto del país, hasta que la corrupción y la utilización política de sus recursos le empezaron a erosionar los cimientos.

Tenía además una marca que Favaloro consideraba fatídica: 1971. Había sido creado en 1971, el mismo año del regreso del cirujano al país. Arrancaron juntos, se ayudaron, se pelearon. Sufrieron los vaivenes de la política argentina. Y se derrumbaron al mismo tiempo.

Un día, Favaloro se sintió derrotado. Alguien lo vio llorar en un pasillo del PAMI.

Las deudas y el corte del oxígeno estatal habían empujado a su Fundación a las puertas del desastre. Tuvo el acto reflejo de acudir a la Casa de Gobierno, como acostumbraba. Pero toda la Argentina se caía, su sistema político, su modelo económico, su mayor obra social. Las puertas que golpeaba eran las mismas de antes, sólo que ahora estaban cerradas. Favaloro llegó a decir que se sentía un mendigo.

Del conflicto con el PAMI estaba enterado hasta el portero de su casa, Miguel Ángel Rosetti. Lo habían charlado en las tranquilas veredas de Barrio Parque, entre baldeada y baldeada. Todos conocían al detalle la disputa, menos uno, Fernando de la Rúa.

Mientras Favaloro caminaba hacia el espejo, una de sus cartas desesperadas dormía en el despacho presidencial. La abrieron cuando ya era tarde. Hasta ahora permaneció inédita. Decía:

Estimado Fernando:
Te escribo estas líneas porque nuestra Fundación está al borde de la quiebra. Te imaginarás cómo me siento después de treinta años de hecho dedicados por completo a la medicina y a mi país.
Iniciamos un proceso de reestructuración con planes estrictos y programas a mediano y largo plazo, pero tenemos emergencias ineludibles que deben solucionarse en los próximos días. Necesitamos alrededor de seis millones de pesos. De lo contrario, creo que no podremos eludir la quiebra y la convocatoria de acreedores.
No sé cómo voy a poner la cara frente a una derrota que a mi entender tiene como causa fundamental no haberse "amoldado" a la corrupción imperante en la medicina y en lo que yo llamo "el sistema".
No tengo conexiones con el empresariado argentino. Por el contrario, por razones que habría que explicar en extenso, a veces choco con algunos "pescados gordos" como Amalita o Goyo Pérez Companc. Por eso, uno de los pedidos que te hice en nuestra última charla era que utilizaras tu influencia con algunos empresarios de nuestro país. No creo que se puedan negar a un pedido del presidente, entre varios no sería difícil conseguir la ayuda que tanto necesitamos.
Creeme Fernando, nunca pensé que iba a tener que afrontar un momento como éste. He ayudado a la Fundación no sólo con mis conocimientos. Así, por ejemplo, sostuve económicamente el Departamento de Ciencias Básicas durante un período prolongado. Te imaginarás: ¡poner dinero en ciencias básicas en la Argentina!
En fin, te ruego que influyas para conseguir una donación urgente, creo que es el camino más corto. Veremos después cómo nos reorganizaremos y adecuaremos al momento que vivimos. Perdoname que haga llegar este pedido.
Te escribo desde la desesperación. Nunca en mi vida estuve tan deprimido. Con el afecto de siempre,

Dr. René G. Favaloro

En ese momento había dos Favaloro. Uno que se había vuelto a enamorar, que planeaba casarse con su secretaria más joven, Diana Truden, que había comprado las alianzas, que otra vez escribía poemas de amor.

Y otro desbarrancado, cuestionado por su forma de administrar, urgido a echar a doscientos empleados y súbitamente defraudado por personas de su intimidad.

El jueves 27 de julio de 2000, pasó por la puerta de la casa de su infancia, en el 336 de la calle 68, barrio El Mondongo. Percibió el olor a aserrín del taller de su padre, volando por La Plata desde el pasado. Le pareció sentir una mano fría en el hombro, pero no, miró rápido hacia el costado y estaba solo.

Hizo seis cuadras más y entró a la parroquia San José, donde lo habían bautizado, el 17 de julio de 1923. Miró al Cristo, tembló en silencio.

—Padre, vengo a buscar la fe de bautismo.

—Aquí la tiene, mi amigo —le respondió el cura.

—Le traje además un libro que le puede gustar. Es de mi época de médico rural. Creo que esos doce años en Jacinto Aráuz, casi al borde del desierto pampeano, fueron los más felices de mi vida.

El libro tenía anécdotas sobre Juan José Favaloro, el hermano que acompañó a René en la aventura, previa a su consagración en los Estados Unidos:

—¿Sabe usted, doctor? Juan José fue el médico de mi madre —se emocionó el cura, Carlos Mancuso.

Favaloro no tuvo hijos, pero quería como propios a los de su hermano: Roberto, Juan José, Liliana y Gustavo.

Los cuatro figuraban como únicos herederos en un testamento que había escrito en marzo de 1998, luego de enviudar de María Antonia Delgado. Alguien pensó que el nuevo casamiento podía llegar a alterar algún renglón.

Tras la despedida en la iglesia de La Plata, el padre Mancuso se asomó por la ventana. Quedó asombrado por la sencillez de Favaloro. Ni chofer tiene. Además, si no me equivoco es un Peugeot. ¡Qué bárbaro, un tipo que podría andar perfectamente en un Mercedes!

Fue el mismo planteo que hizo uno de sus compañeros de la Cleveland Clinic.

—¿Cómo que volvés a la Argentina? ¿Te das cuenta de que estás cambiando un Cadillac por un Ford T?

—Ojo, querido, te recuerdo que el Ford T es mi país.

De todo eso se acordó Favaloro frente al espejo. Estaba por terminar el repaso. A su vida le quedaba un minuto.

2. El capricho de Manrique

El PAMI nació en un avión. Se le ocurrió a un experto en submarinos, amigo del golpe de 1955, funcionario de gobiernos de facto, candidato a presidente en 1973 y demócrata en el último tercio de su vida.

Francisco Manrique hacía campaña personal aunque no hubiera elecciones y cultivaba la demagogia en todo el país, prácticamente casa por casa: en sus giras oficiales como ministro de Bienestar Social llegó a recorrer 360.000 kilómetros, seis vueltas al mundo.

En los aviones fumaba y fumaba —por más que lo tuviera prohibido—, contestaba reportajes, porque le gustaba tener prensa a favor, y retaba a sus colaboradores si algo salía mal. Ésa era su actividad favorita, su musa inspiradora.

Un domingo volvió enfurecido de Catamarca porque lo había encarado una manifestación de jubilados y él no tenía respuestas a mano. Le pedían aumento de haberes y una cobertura de salud, que las obras sociales sindicales no les daban.

La ventanilla con forma de huevo le ofrecía un emporio de nubes grises, pero la mente de Manrique estaba en blanco. De repente, estalló:

—No puede ser que me pidan médicos y nos quedemos paralizados. Vos, Fescina, ¿qué estás haciendo para arreglarlo?

Andrés Fescina era su amigo y mano derecha en el bautizado "Ministerio de la Familia". Iba en el avión esa tarde de domingo de 1971. "Inveteradamente, Paco me cagaba a pedos, pero ese día se nos ocurrió la solución", recuerda hoy acerca de aquel nerviosismo por las críticas que acababa de recibir en Catamarca la política asistencialista de la llamada "Revolución Argentina".

—Hagamos un instituto de servicios sociales para ellos —propuso Fescina, para calmar a su jefe.

—Listo, ya tengo la receta —se iluminó el ex marino.

La receta fue la ley 19.032 que el 13 de mayo de 1971 dispuso la creación del Instituto Nacional de Servicios Sociales para Jubilados y Pensionados. Ante la opinión pública usó el alias de "PAMI" por el Programa de Asistencia Médica Integral que brindaba a sus afiliados. Era más fácil pronunciar "PAMI" que "INSSJP".

En una nota al teniente general Alejandro Lanusse, recién llegado a la Presidencia, Manrique escribió:

La realización de estos anhelos permitirá, en un futuro que cabe vaticinar como no muy lejano, una verdadera integración de toda la clase pasiva argentina en lo que a servicios sociales atañe, con una mejor calidad y un menor costo de las prestaciones.

Resulta casi innecesario destacar la trascendencia social de la ley que se propicia, cuya sanción ha de significar, por primera vez en el país, dotar a los jubilados y pensionados de un régimen que les permita organizar las prestaciones médicas asistenciales y demás servicios sociales que todos ellos requieren y a los que todos son igualmente acreedores.

La sociedad argentina empezaba a envejecer, el nivel de empleo era alto y había posibilidades de financiar la aventura. Se promovió entonces una suerte de pacto intergeneracional, que hizo confluir aportes de los trabajadores activos y de los retirados. El Estado contribuía con fondos de la Lotería Nacional. Lo recaudado quedaba destinado a la atención de la salud de la tercera edad.

El antecedente inmediato fue la ley 18.610, que un año antes había creado las obras sociales, con la idea de ordenar los servicios sindicales, que hasta allí eran voluntarios y discontinuos. La norma tuvo una montaña de borradores.

En la estancia El Mesidor, de cara a los lagos neuquinos, el presidente de facto Juan Carlos Onganía aprobó el intento número 51.

Se puso en marcha el Instituto Nacional de Obras Sociales (INOS), organismo rector del sistema, al mando de Fescina. Fue una bisagra en la atención médica del país: antes de la ley, sólo el 25 por ciento de los trabajadores en relación de dependencia recibían beneficios; después, la cobertura se extendió al 80 por ciento de la población laboral.

A Manrique le llovían flores por su chiche nuevo, pero también adoquines. Lo acusaban de usar la cartera de Bienestar Social para promoción política.

Por televisión, donde tenía un programa y se movía a sus anchas, denunció: "El primero que tocó las cajas previsionales fue Perón. Echó mano a 100 millones de pesos de aquel entonces —entre 1952 y 1953—, cuando las cajas eran ricas. Buscaba financiar el segundo plan quinquenal y hacer frente a otras necesidades del Tesoro".

Durante los dieciocho años que precedieron a los bombardeos a Plaza de Mayo, Manrique estuvo embarcado en acorazados, cruceros, torpederos, fragatas, corbetas, submarinos, rastreadores y buques de salvamento. Hasta allí, nada de jubilados.

En los días de junio de 1955, cuando la Marina de Guerra atacó desde el aire la Plaza de Mayo, Manrique comandaba la fragata Hércules, con treinta y seis años recién cumplidos.

Fue detenido y condenado a prisión perpetua.

En setiembre, cuando la conspiración militar logró derrocar a Perón, tropas de la Infantería de Marina lo liberaron de la prisión nacional de Santa Rosa, La Pampa.

Manrique mantuvo hasta su muerte una guerra personal con el principal partido político argentino del siglo XX. Llamó "insano" al líder sindical Saúl Ubaldini y "pelandrún" al dirigente polifuncional Antonio Cafiero. Cuando murió, en febrero de 1988, el diputado Carlos Ruckauf mantuvo el rencor:

—No comparto los homenajes a Manrique. Es parte de un pasado a enterrar, sin honores.

El PAMI llegó a tener en sus primeros tres meses setecientos empleados. En tres décadas, el plantel creció diecisiete veces. Su primera dirección fue: Avenida Córdoba 720, Capital Federal. Y Pedro Urrutia, un hombre de moño, su primer presidente. Duró poco y nada. Manrique estaba ansioso por ver resultados. La nueva obra social podría ser su trampolín definitivo a la cumbre del poder.

—Hay que apurar, muchachos. ¿Qué pasa que no se dan los servicios?

Durante sus primeros meses de vida, el PAMI recaudó los aportes, como mandaba la ley, pero no atendió ni una lipotimia. Los jubilados empezaban a golpear las puertas al ritmo de la inquietud.

El PAMI tampoco contaba con estructura. Sólo el quinto piso tenía muebles. Se llegó a usar como ambulancia el Fiat particular de Carlos Imaz, primer jefe de Relaciones Públicas e Información del Instituto. Una excursión a Europa de Urrutia para estudiar el funcionamiento de los geriátricos colmó la paciencia de Manrique.

—Esto no es así. ¿Cómo se le ocurre cruzar el océano para una tontería como ésa? ¿Para qué fue con tres personas más? No, mi amigo, esto así no va.

El marino convertido en político no veía la hora de lanzarse a la conquista del voto de los jubilados. Echó a los viajeros a los gritos. Y le robó al PAMI su virginidad. Había quedado avasallada su condición de entidad de derecho público no estatal. Desde entonces, los gobiernos no dudaron en meter mano en la obra social, pese a la autonomía declamada. Ése fue el pecado original.

Favaloro renegaba de otra creación de Manrique, el PRODE, un juego consistente en acertar los resultados de los partidos de fútbol, a cambio de premios millonarios. Lo recaudado en apuestas se destinaba a la ayuda social y sanitaria. Manrique lo llamaba "el impuesto al bobo".

Favaloro reclamaba suprimirlo de inmediato.

—Es la idea más descabellada que he visto en mi vida.

En 1974, durante un reportaje con Bernardo Neustadt y Mariano Grondona, Favaloro hizo un planteo fulminante:

> *"Todo el mundo vive desesperado para ver si gana el PRODE, todos llenan una boletita para ver si se hacen millonarios. ¿Pero es que la gente no entendió que este mundo liberal, en que lo único que se busca es la riqueza individual, ha terminado? Lo que interesa es un salario justo, una casa donde vivir, un lugar para educar a los hijos. Saber que cuando uno se enferme tendrá un hospital donde lo atenderán y que cuando se tenga una edad en que no se pueda trabajar más, una jubilación justa servirá para que no tenga que vivir como un desgraciado. Esto hay que enseñarle a la gente y no decirle que hay que ir a jugar".*

Empezaba a irritarlo el país que encontró en 1971. El experimento del PAMI no le mereció mayores comentarios:

—Hay que verlo caminar —dijo a mediados de los 70.

La obra social comenzaba a recibir visitas de los sindicalistas, que reclamaban una cuota mayor de poder que la obtenida por ley. El golpe del 76 pareció dejarlos *knockout*, pero Favaloro los miraba atentamente, porque los veía demasiado cerca del sistema de salud.

3. Evita

Ese día, Favaloro decidió que nunca se afiliaría a un partido político. Fue de curioso a la inauguración del nuevo pabellón del Hospital Policlínico de La Plata, pero se topó con una imagen que le revolvió las tripas.

La silueta fina de la mujer emergía de una nube de halagos, lágrimas y aplausos.

—Sos una santa —le gritó una enfermera, antes de desplomarse.

Eva Perón, la "abanderada de los humildes", dibujaba caricias con el movimiento de sus manos, la sonrisa le brotaba de un manantial. Favaloro se tambaleaba entre el asombro y la consternación. De repente, en un instante más chico que un segundo, sus miradas coincidieron.

Evita repartía billetes desde el palco. Favaloro no lo podía creer.

Subió corriendo al segundo piso y comprobó lo que temía: cuando los billetes se terminaban, unos hombres de negro se acercaban a la segunda esposa de Perón para darle más fajos.

—Esto es una bajeza —se escandalizó el entonces estudiante de medicina que ya había estado dos veces preso por hablar de más sobre política y otras inconveniencias.

Había nacido el 12 de julio de 1923, pero lo anotaron el 14. Gobernaba el radical Marcelo T. de Alvear, con frac y moño blanco, y el país tenía dos médicos por cada militar. Fue el año en que Firpo tiró a Dempsey fuera del ring, en una de las peleas del siglo, y el año de inauguración de la cancha de River.

La depresión económica del 30 clavó un recuerdo en su memoria infantil: la procesión de desocupados que deambulaba por las calles. Algunos golpeaban la puerta de su casa, en el barrio El Mondongo de La Plata, para pedir un plato de comida.

Padre ebanista, madre costurera, sangre siciliana, amor por la tierra, pasión por el trabajo y dedicación al estudio acompañaron sus años mozos.

El padre, Juan Bautista Favaloro, trató de conseguirle una beca escolar, pero el director del colegio le explicó que había chicos más pobres que René. Se recibió de bachiller en 1941, cuando la movilidad social era todavía una escalera firme.

A los métodos autoritarios, Favaloro prefería la disuasión: no amonestó a ningún alumno en los tres años que trabajó como celador en el Colegio Nacional de La Plata, fundado por Joaquín V. González. Era uno de los ciento veinte estudiantes de medicina de la Universidad de La Plata cuando se horrorizó con la escena de Evita.

Acababa de recibirse, en 1949, cuando tuvo un segundo shock con la política. Siendo el mejor calificado para cubrir una vacante en el hospital, quisieron obligarlo a firmar una ficha en la que se comprometía a no contradecir la doctrina justicialista. Encima lo tenía que apadrinar algún diputado. El puesto se le resbaló.

La excursión a Jacinto Aráuz, para reemplazar al médico del pueblo, viejo y enfermo, era por tres meses, pero duró doce años. Desde noviembre de 1950 hasta enero de 1962 vivió entre el viento pampero y la arena del desierto. De la caída de Perón apenas llegaron comentarios.

Cobraba en especias: chorizos, quesos caseros, salamines, algún atado de acelga, lo que podían pagarle en aquel rincón aislado de La Pampa, de 3.500 habitantes. Ni en su sueño más ambicioso figuraba la construcción de un centro cardiovascular de 55 millones de dólares, con 1.100 empleados, a quince cuadras del Obelisco.

Se le murieron tres pacientes de entrada y temió que la gente desconfiara de él. Pero le tomaron cariño a medida que empezó a curar paisanos. El puntero político de la zona se arrimó enseguida, para ver si podía sacar alguna tajada de la fama del doctor. No lo consiguió.

Favaloro se sentía un "curandero con diploma". A veces, le era más útil la sabiduría casera que el conocimiento científico. Reclutó a las comadronas para que lo ayudaran en los partos y lo acercaran a la comunidad. Y a las madres primerizas les cambió la costumbre de preparar mamaderas con harina, porque se hacía un engrudo que empachaba a los bebés.

La llegada de Arturo Illia a la Presidencia, en 1963, le devolvió a Favaloro algo de la confianza perdida.

—Ésos son políticos —se alegró.

Sus modelos combinaban honestidad y compromiso. Admiraba a Lisandro de la Torre, "el fiscal de la República", a Juan B. Justo y su ideario cooperativista, al inspirador radical Moisés Lebensohn y a los peronistas Ángel Federico Robledo y Jorge Taiana.

Favaloro solía declararse "nacionalista, sin zeta" y "más anticomunista que ninguno".

Para él, la historia argentina era una rueda de violencia, amoralidad y decadencia, que sin embargo marchaba inexorablemente al nacimiento de "un mundo social", con menos injusticias y pobreza.

En Jacinto Aráuz sintió las mismas arcadas que en La Plata, cuando vio llegar un paquete enorme, con una máquina de coser que el Gobierno le regalaba a una vecina.

La demagogia lo espantaba, igual que la burocracia.

—¿Cómo puede ser que toda esta multitud viva de la teta del Estado? Son empleos mentirosos. La Argentina tiene que producir, sembrar la tierra, no inundar de sellos cualquier formulario de morondanga.

De Illia se hizo amigo a comienzos de la década del 70. Comían juntos en Fechoría, un restaurante de famosos que estaba cerca del Sanatorio Güemes. Favaloro era jefe del Departamento de Diagnóstico y Tratamiento de Enfermedades Torácicas y Cardiovasculares. El ex presidente sabía lo que significaba llevar el estetoscopio debajo del poncho, porque también había sido médico rural.

Cuando Favaloro volvió de los Estados Unidos, con el prestigio aquilatado, muchos buscaron atraerlo. Conversó con Lanusse y en el regreso del peronismo aceptó asesorar al ministerio bonaerense de Bienestar Social, en 1974.

Aparecía hasta en las confusiones: en un viaje a Córdoba, tuvo que desmentir públicamente ser uno de los médicos que asistían a Perón en su agonía. Condenó a las organizaciones armadas y, con ironía, llegó a proponer la entrega del gobierno de Buenos Aires al marxismo, para enfrentarlo con la impotencia:

—No durarían veinticuatro horas.

La convulsión nacional del 75 y el 76 lo espantó. Además de su carrera científica, que para muchos alcanzó talla de premio Nobel, Favaloro comenzaba a escribir su biografía política.

4. Los dictadores

El "Proyecto Nacional"

Pese al espanto que le provocaba el gobierno de Isabel Perón, la viuda, Favaloro nunca se había pronunciado a favor de una intervención militar. Decía que había que resolver el tema en elecciones. Cuando se interrumpió la democracia, no tardó en adaptarse al cambio.

Había sido crítico de los movimientos políticos que apelaron a la violencia. Opinaba que los activistas de "la guerrilla de ultraizquierda" tenían, desde el punto de vista médico, "alteraciones psiquiátricas" y "problemas sexuales", y que su peor error había sido no contemplar que estaban generando una contraparte, la guerrilla de ultraderecha.

Como refuerzo a esa teoría, Favaloro sostenía que ni cuando viajó a la Rusia comunista había encontrado comprensión para los movimientos insurgentes argentinos, a los que consideraba arrastrados por una "ola de izquierdismo".

En mayo de 1976 se publicaron los Estatutos de la Fundación Favaloro para la Docencia e Investigación Médica, que otorgaron la presidencia vitalicia a su creador. "Créase una Fundación de bien público y común, sin propósitos de lucro y con duración indeterminada, cuyo fin primordial es el progreso de la Cardiología en general y de la Cirugía Cardiovascular en particular", señalaba el artículo número uno.

El patrimonio inicial fue de cien mil pesos "aportados en efectivo por el fundador".

Con reglas tomadas del modelo norteamericano de salud, se agregaba de inmediato que ese monto "podrá acrecentarse con el dinero y con los bienes de cualquier naturaleza que la Fundación reciba por donaciones, herencia, subvención o por cualquier otro

medio lícito y con los bienes, rentas o intereses que resulten de la explotación del patrimonio".

Se describía también quiénes podían ser "adherentes" y quiénes "benefactores" de la entidad, y se facultaba al Consejo de Administración, entre otros puntos, a "solicitar a quien corresponda subsidios, privilegios, concesiones. Exenciones de impuestos, tasas y contribuciones, condonaciones y prórrogas de cualquier naturaleza". Toda esa tarea iba a quedar en manos de Favaloro. Le costaría muy caro.

Los Estatutos incluyeron también este párrafo: "Será causal de disolución de la Fundación la extinción del 75 por ciento de su patrimonio, debidamente constatado en el balance general, y la imposibilidad de cumplir con el objeto social". Era el artículo 17, número que en la jerga de la quiniela significa "la desgracia".

Para la convivencia forzada con el gobierno de facto, Favaloro eligió ser dialoguista. Conversó con todos los presidentes de uniforme, les dio consejos para administrar la política de salud y les pidió apoyo económico para su emprendimiento médico. Mantuvo una relación armoniosa con los militares hasta la derrota de Malvinas.

El recorrido de Favaloro por la dictadura arrancó con una visita temprana al despacho de Jorge Rafael Videla y con la invitación de un general:

—Doctor, le habla el general Díaz Bessone, estamos armando un equipo de salud y pensamos en usted. Necesitamos que nos prepare un cuadro de situación.

—Sería interesante, pero estoy con mucho trabajo, no sé si puedo cumplir. Si me da unos días le contesto.

—Piénselo, mire que contamos con usted —le insistió el general.

—Bueno está bien, después acordamos los detalles.

Ramón Díaz Bessone era ministro de Planeamiento de Videla. En 1977, buscaba adherentes civiles al llamado "Proyecto Nacional" de la dictadura, que pretendía fijar un listado de "objetivos" posibles de ser ejecutados luego de un acuerdo de unidad nacional. Era una máscara, una simulación de amplitud política:

—Esta presencia de ustedes está diciendo que no pensamos solamente en la concepción de un sector, como las Fuerzas Armadas, sino en la necesidad de cooperación de todos los argentinos de bien —dijo el general en la reunión inaugural, el 4 de octubre

de 1977. Sus invitados habían sido cuidadosamente seleccionados, ninguno era "peligroso" para el régimen.

Les propuso comenzar a pensar las metas para el año 2000, orientadas hacia la consagración de una "nueva República":

—Hablamos de realizaciones concretas que tenemos que ir haciendo, una guía que haga las veces de faro.

Defensor de la represión que por entonces se ejecutaba de manera subterránea, Díaz Bessone dijo que imaginaba a los argentinos "tomados de la mano" en un futuro no lejano.

—Señores, como ustedes saben, hemos perdido el siglo XX; ahora es imprescindible planificar el futuro. Tenemos un año y medio para intercambiar ideas y perfeccionar este proyecto —les planteó.

El autodenominado "Proceso de Reorganización Nacional" planeaba quedarse por lo menos una década, según lo demostraron documentos desclasificados por el Departamento de Estado norteamericano veinticinco años después. El "Proyecto Nacional" fue pensado como uno de los sustentos ideológicos de ese objetivo.

Díaz Bessone repartió a las personalidades invitadas carpetas con información aprobada por la Junta Militar, con una particularidad: había párrafos censurados con fibra negra.

—Sepan entender, es por razones de seguridad, esto no debe tener trascendencia internacional —les advirtió, de paso, para ponerlos al tanto de lo que consideraban una "campaña antiargentina" desde el exterior.

Ningún sigilo inquietó a Favaloro, designado Presidente de la Comisión de Salud Pública del "Proyecto Nacional". Había preparado un discurso crítico hacia el funcionamiento del sistema de salud, con reproches a la mentalidad de los argentinos. Estaba contrariado por algo que le había pasado a Guillermo Vilas, a quien acababa de ver triunfar en el abierto de los Estados Unidos, en Forest Hills.

El marplatense atravesaba el mejor año de su carrera. El 11 de setiembre de 1977, Jimmy Connors le ganó el primer set de la final por 6-2, pero Vilas se repuso y ganó los tres siguientes por 6-3, 7-6 y 6-0, en una definición avasallante. Favaloro lo contó en su discurso:

—Estuve allá y les puedo asegurar que Vilas fue tratado como un verdadero héroe. El *New York Times*, que es el diario más importante del mundo, le dedicó la primera página, ¿por

qué? Porque él es un hombre callado, que escribe versos y no hace ostentación. Cuando llegó a nuestro país, un periodista le preguntó si era cierto que tenía una casa en Mónaco y dinero en Suiza. Vemos que el argentino es masoquista y vive en la mediocridad. Vilas venía a jugar la Copa Davis en representación de nuestro país, con todos los gastos a su cargo, pero la cuestión era igualar para abajo.

En el auditorio había más uniformes que trajes. Favaloro siguió:

—Ojalá que el Proyecto Nacional tenga el énfasis que tiene que tener, porque sin planear seremos siempre mediocres. En la Argentina estamos acostumbrados a la mediocridad. Siempre digo que la gran diferencia entre nuestro país y otros es que aquí falta responsabilidad y estamos llenos de envidia. Cuando alguien surge y se destaca, como Vilas, hay que combatirlo para que vuelva a la mediocridad.

Embalado, era una locomotora sin frenos. Cuando le tocó hablar del sistema nacional de salud, trazó un diagnóstico impiadoso, fuera de programa:

—En nuestro país, la salud está tremendamente atrasada. A mí, que me ha tocado viajar, me llama la atención lo desastroso de nuestros hospitales obsoletos, la mayoría de ellos construidos hace cincuenta o sesenta años, sin estructura adecuada ni medicamentos.

Hubo militares que se incomodaron. Favaloro siguió:

—En este momento, no estamos a nivel cero, sino a nivel menos 100 en materia de salud y es lógico que haya que pensar en un proyecto a largo plazo, y en tratar de ver qué es lo que se puede hacer rápidamente para mejorar el problema.

Un marino se puso nervioso y fue corriendo a contarle al contralmirante Julio Bardi, el ministro de Bienestar Social de la Nación. Favaloro no se detuvo:

—Creo que esta comisión está plenamente justificada. Antes de tomar la decisión de aceptar esta responsabilidad, les aseguro que lo pensé profundamente, porque vivo ocupado y no me alcanzan las horas del día, pero lo hice porque he hablado muchísimas veces de esto que me duele hasta el tuétano. Yo debería ser el representante de la medicina individualista, que es altamente especializada. Es la tarea del orfebre que trabaja con sus manos y recibe pacientes de elevados ingresos, del extranjero. Debería ser el representante convencido de que ésa es la medicina. Recibiría la

demanda del mercado y podría cobrarle a la gente lo que yo quisiera, porque sería un privilegiado. Pero estaría loco, con la cabeza llena de humo, si pensara que ésa es la solución de la medicina. Solucionaría el problema del 10 por ciento de la población, pero ¿qué sería del 90 por ciento restante?

En un momento, Favaloro dijo que había sentido vergüenza en una recorrida por el hospital Argerich, por su grado de deterioro. Eso terminó de enfurecer al ministro Bardi, dispuesto a hacer un escándalo apenas terminara esa ceremonia. Favaloro completó su discurso. Mezcló un párrafo atrevido, que hizo atragantar a los militares, con una frase al final que los deleitó:

—Todos debemos actuar en esta comisión conforme a lo que pensamos y sin ningún condicionamiento. Debemos decir lo que pensamos con toda franqueza. Si siempre le estamos "chupando las medias" al que está "arriba", no se va a solucionar nada. Debemos decir con absoluta libertad "yo no estoy de acuerdo". En definitiva, la responsabilidad será de la parte ejecutiva. Aquí están representados todos los interesados, excepto la parte estatal y de las obras sociales. Y en cuanto a la Universidad, también deberá estar presente; esto es algo fundamental, porque no debemos seguir produciendo médicos a rolete. El país debe producir lo que necesita, en todos los países es así. En Rusia, si en la Universidad hay quinientas vacantes, se da examen de ingreso y se terminó, pero en nuestro país, los marxistas han dicho que debería haber libertad, exámenes comunes, etc. De allí han surgido los inadaptados que andan por ahí.

El discurso se escuchó el jueves 29 de setiembre de 1977. Bardi quedó en llamas.

—¿Cómo va a hablar así de nuestros hospitales? ¿Cómo va a decir que le dan vergüenza? Hay algunos que son verdaderos ejemplos y estamos muy orgullosos de tenerlos. No comparto en absoluto sus opiniones —exclamó el contralmirante, en una visita a Tucumán.

De inmediato se opuso a un borrador que elevaba la secretaría de Salud Pública a ministerio. No vaya a ser que termine con Favaloro al lado mío, con la misma jerarquía, pensó.

El contrapunto levantó polvareda. Hubo quien pidió la renuncia de Favaloro a la comisión. A las dos semanas del discurso de la polémica, el ministro Díaz Bessone —luego presidente del Círculo Militar, desde donde combatió la autocrítica de Martín Balza por los crímenes del Ejército— salió a defender al cirujano.

—Favaloro se queda, porque así lo desea él, por su generosidad y patriotismo.

—No me rectifico —dijo Favaloro—, pero considero que la interpretación de la prensa a mis palabras ha sido muy parcializada. Ahora lo que importa es que debemos ir hacia adelante, sin detenernos.

El cirujano volvería a exponer la necesidad de cambiar el sistema de salud durante una entrevista con el gobernador de la provincia de Buenos Aires, general Ibérico Saint Jean, en junio de 1980.

—La salud no puede ser nacional, provincial o municipal, debe ser una única cosa, regida por una ley global. Hay que volver al viejo ministerio nacional de salud y desde allí realizar toda la planificación que el país necesita.

El régimen de facto llamaba a esas reuniones "diálogo político". En sus encuentros con los dictadores, Favaloro logró ayuda para su proyecto médico y recibió ofertas para sumarse al Gobierno.

Videla y compañía

El primer presidente que favoreció a la Fundación Favaloro fue Videla. Habilitó la firma de un convenio que le daba apoyo técnico-financiero para la construcción del Instituto de Cardiología, a través del Ministerio de Bienestar Social. Y a cambio comprometió a Favaloro a atender gratis a cien pacientes pobres por año.

—Este convenio —agradeció— no sólo significa recibir un importante subsidio, vital para completar la construcción del centro asistencial y el área de docencia e investigación, sino que hace cierta su inspiración comunitaria.

En setiembre de 1980, la Secretaría de Salud Pública de la Nación le otorgó 6.792 millones de pesos.

—Esto significa la concreción efectiva del principio de subsidiariedad —señaló el contralmirante médico retirado Manuel Irán Campo, que estaba a cargo del área de salud. Favaloro recibía las primeras bocanadas de oxígeno oficial.

La piedra fundamental del Instituto de Cardiología fue colocada el 10 de diciembre de 1979, con la bendición del entonces arzobispo de Buenos Aires, Juan Carlos Aramburu, y en presen-

cia del almirante Armando Lambruschini, jefe de la Armada, y del intendente porteño, brigadier retirado Osvaldo Cacciatore. Favaloro vestía traje clarito.

Para la construcción de las instalaciones, la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires le cedió por diecinueve años —hasta abril de 1999— el predio ubicado en la avenida Belgrano 1746, que se sumaba a los primeros donados por la Sociedad de Distribuidores de Diarios, Revistas y Afines (SDDRA) en 1978.

"La finalidad de carácter científico y asistencia profesional del máximo nivel técnico que persigue la Fundación justifica la colaboración de esta comuna mediante la cesión en usufructo de locales que permitan el desarrollo de tan encomiable actividad", decía la resolución municipal.

—Es el día más importante de mi vida como médico —se emocionó el cirujano, en otra ceremonia que se hizo en el salón blanco del Palacio Municipal, vigilada desde la pared por Juan de Garay y su espada.

El interventor verde oliva

El PAMI también hacía sus primeros pasos:

—Gracias por la silla de ruedas, señor. ¿Por quién tengo que votar?

—No, mire, esto es un servicio gratuito. Yo pertenezco a una fuerza que no está en política. Cuando llegue el momento, vote a quien quiera.

El coronel Guillermo Cal quedó frotándose la mandíbula media hora, tratando de entender a ese hombre amputado, analfabeto, que le agradecía la movilidad.

Aquella tarde en la plaza de San Javier, Misiones, se facilitaron los trámites para acceder a una jubilación, pese a que la mayoría de los ancianos interesados había trabajado en negro o no tenía el documento de identidad.

La zona era pobre como la arpillera. Hasta los apellidos escaseaban. Los agentes de recaudación previsional del "Operativo Fronteras" pensaban que algo más seguía al nombre de Juan Pablo que le daba un hachero veterano, pero no. Juan era el nombre, Pablo el apellido.

El PAMI salía del molde urbano y empezaba a sumar afiliados en el interior. Entonces no actuaba como caja política. En esa

época, a la política la mataban. Cal asumió como interventor de la obra social en abril de 1976, a días del golpe de Estado. Llegó por orden del Estado Mayor General del Ejército y lo primero que encontró en los escritorios fueron hojas membretadas de la CGT, que había manejado los hilos del instituto durante la presidencia de Isabel Perón.

En la década del 40, cuando dirigía el hospital municipal de Comodoro Rivadavia, Cal conoció a Juana Sosa, la madre de Perón. Tuvieron conversaciones entretenidas, a tal punto que ella le regaló como agradecimiento un retrato de su hijo. Mal destino: la foto y su autógrafo terminaron en un tacho de basura.

Como jefe de Cirugía del Hospital Militar Central, durante la presidencia de facto de Juan Carlos Onganía, Cal se había familiarizado con el abc de la administración de la salud, sin medir el impacto que podía llegar a tener el manejo de un presupuesto millonario, enriquecido a borbotones por los aportes de los trabajadores y los jubilados.

Pasó horas tratando de entender cómo Manrique sacó casi dos millones de votos para presidente el 11 de marzo de 1973, con la "socialización de la medicina" como bandera.

Con la mano de Perón en su hombro, Héctor J. Cámpora consiguió seis millones de votos y el candidato radical Ricardo Balbín arañó los tres millones.

El régimen de Videla recién empezaba su faena cuando Cal comenzó a redactar reglamentos de tono marcial para aplicar a la burocracia de la salud. En febrero de 1978, una campaña publicitaria exhibió recomendaciones para "disfrutar del veraneo" en la vejez con tono imperativo: "No beber bebidas de alto contenido alcohólico para saciar la sed. No exponerse al baño de inmersión y sobre todo después de ingerir comidas abundantes. Evitar emociones violentas y proceder con método en tareas físicas que no son habituales".

La cartilla del PAMI en la dictadura tenía oculistas y parteros entre los médicos de cabecera, cuando en realidad se necesitaban especialistas para la atención integral de los jubilados. Se empezaron a reclutar médicos generalistas y expertos en gerontología.

El intendente Cacciatore debatió con Cal la construcción de geriátricos, que luego vivieron a costillas del PAMI. Hoy, de las 45 mil camas que hay, 17 mil son mantenidas por la obra social, lo que indica que el PAMI se hace cargo de los costos fijos de la geriatría, pese a ser un negocio privado.

Cal fue uno de los propietarios de la Clínica Témperley, del sur bonaerense, que durante años atendió afiliados del PAMI. En su gestión acordó con el presidente del Club Atlético Témperley, José Colón Fernández, instalar oficinas en dependencias de la entidad deportiva.

Uno de los inspiradores de Cal en el PAMI fue Francisco Franco, "el generalísimo" español. De él tomó la idea de prestarle plata a los jubilados "sin garantía ni interés" para que pudieran comprarse la casa, luego de los desalojos masivos que provocó el vencimiento de la ley de alquileres.

Un día, mientras recorría el Hospital de Clínicas, Cal constató que había un piso totalmente inutilizado. Apenas volvió al despacho que ocupaba en San Martín y Tucumán, marcó el número de Favaloro.

—¿Cómo le va, doctor? Venga urgente que tengo algo para mostrarle.

Favaloro apareció a los veinte minutos, vestido con el delantal que usaba para operar y un sobretodo arriba.

—¿No le interesa armar acá un servicio de cirugía cardiológica para los ancianos? Nosotros le podemos dar una mano.

—Y, hay que ver si la gente de la Universidad de Buenos Aires quiere.

El globo ni siquiera levantó vuelo, las autoridades del hospital no aprobaron la idea. "Fue una decepción muy grande, porque todo parecía encarrilado. A Favaloro le interesaba que yo financiara el proyecto por intermedio del PAMI, pero entre los médicos había muchos celos. Sin ninguna explicación, nos pincharon la idea abajo, fueron muy mezquinos", relata Cal.

El Congreso estaba clausurado, pero una Comisión de Asesoramiento Legislativo empezó a husmear en los asuntos del PAMI. Interrogó a Cal por su plan para confeccionar una lista de remedios baratos, resistida por los laboratorios, y por la compra repentina de setenta y una ambulancias.

"Estábamos en estado de shock emocional permanente. Además, vivimos acontecimientos desagradables, que he tratado de borrar de mi memoria. Tuve una úlcera que me provocó una hemorragia, me sentía muy debilitado. Después de las interpelaciones, era momento de irme", recuerda el médico militar.

Entre los "acontecimientos desagradables" estuvo la corrupción, que se daba por ejemplo en la venta de medicamentos. Entre

el 76 y el 79, una organización se dedicó a fabricar recetas falsas, con información sobre afiliados y médicos adheridos aportada desde adentro de la obra social. Se quedaba con los pagos que el PAMI le hacía a las farmacias, que representaban el 70 por ciento del costo final de cada remedio. Las farmacias que se prestaban a la maniobra podían quedarse con un "retorno", definido como "el 5 por ciento del producto del delito" en el diario *Clarín* del 24 de abril de 1979.

Otro momento de tensión fue la visita de Cal a La Rioja, el 4 de agosto de 1976, para ajustar temas del PAMI. Ese día, en una ruta de la provincia, apareció muerto el obispo Enrique Angelelli, querido entre los pobladores, odiado por los militares. Nadie creyó la explicación del accidente automovilístico.

—¿Qué pasó, Guillermo? —preguntó desde Buenos Aires un camarada nervioso.

—No sé, yo estaba en la otra punta del mapa comprando vino patero, me enteré recién.

Estuvo un rato en el velorio de Angelelli. La represión ilegal iniciaba su etapa más dura.

El embajador

En 1979, Videla tomó juramento a Santiago de Estrada, un devoto de la Biblia, que buscaba aplicar desde el PAMI y la Secretaría de Seguridad Social la llamada Doctrina Social de la Iglesia. Es uno de los cuatro miembros de la familia De Estrada que se desempeñaron como embajadores argentinos ante el Vaticano.

Cuando se produjo el golpe del 55, De Estrada era un joven universitario que militaba en los grupos católicos enfrentados a Perón. Aun así, el 1° de enero de 1956, la policía de la Revolución Libertadora lo metió preso, porque el diario *Espuela*, que se imprimía en su casa, contenía críticas a la represión contra los opositores. Terminó en la cárcel de Devoto, con la rara característica de ser el único antiperonista en el pabellón para presos políticos peronistas. Y las vueltas de la vida lo llevaron a afiliarse al justicialismo en la segunda presidencia de Menem.

Enfrentado a Manrique por acusaciones de corrupción, abogado especializado en temas laborales y experto en previsión y seguridad social, De Estrada hizo crecer al PAMI prácticamente a la

forma actual, con presencia en todas las provincias y un padrón que llegó a tener 2.500.000 afiliados.

Con Favaloro tuvo una discusión económica, por el hilo con el que se debían suturar las heridas de los afiliados al PAMI: De Estrada decía que había que aplicarles uno de calidad promedio, que cumpliera su función sin poner en peligro el presupuesto de la obra social. Favaloro los cosía a todos con el hilo más caro.

Ruptura por Malvinas

Videla cayó en medio de una puja de poder en la cúpula castrense, pero Favaloro no perdió sus contactos. Roberto Viola, el sucesor de Videla, lo fue a ver a su consultorio por un problema de salud.

El general tosía y tosía, aunque por momentos parecía que exageraba. Favaloro charló con él un buen rato. Sostenía que la conversación era la mejor técnica para ir armando el diagnóstico. Le apoyó el estetoscopio en la zona sospechosa y encontró ruidos inconfundibles:

—Le soy franco, general, para mí habría que operar. Con un bypass se arregla el tema.

El Presidente quedó pálido, imaginó su tórax abierto y se asustó. Sintió también que se le ponía fea la batalla contra sus enemigos en la interna militar, que en ese final de 1981 le movían el piso.

—Disculpe, doctor, pero estoy en un momento demasiado complicado. La operación es im-po-si-ble —silabeó.

—Yo no lo voy a obligar, pero si no deja el cigarrillo y no se cuida en las comidas, le queda poco.

El diálogo fue el 3 de diciembre. Viola renunció a los ocho días. Uno de los argumentos fue el estado de salud. Lo sucedió Leopoldo Galtieri, que venía con una sorpresa para el cirujano:

—Mire, Favaloro, yo lo aprecio, sé de sus logros y percibo cuánto lo quiere la gente. Yo lo llamé porque estoy armando mi equipo y puse buenos jugadores, pero me falta usted. ¿No le gustaría acompañarme desde algún ministerio?

El general hablaba como un político en campaña, pese a su proclamado esmero por esconder las urnas. Favaloro hizo un juego de cintura. Le dijo que sus obligaciones profesionales le impedían incursionar en la función pública, aunque de todos modos le

agradecía la oferta. El 7 de abril de 1982, en cambio, tuvo que complacer al general.

Era el comienzo de la guerra de Malvinas. Las abuelas tejían bufandas y la clase media se sacaba los anillos para aportarlos a la causa. La multitud en la Plaza de Mayo aplaudía la invitación a pelear contra los ingleses. La dictadura, que venía en declive, cantaba truco con un ancho de basto.

Favaloro vio flamear tantas banderitas que quedó conmovido. A las 9.30 de la mañana se ajustó el cinturón del Fokker F28 TC-52 de la Fuerza Aérea y partió rumbo a las islas, como parte de una comitiva especial de políticos, empresarios y sindicalistas que habían aceptado participar de la asunción del general de brigada Mario Benjamín Menéndez como gobernador militar de las Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur.

Iban el cervecero Saúl Ubaldini, el peronista Deolindo Felipe Bittel, el radical Carlos Contín, el obispo Desiderio Collino, el dirigente Jorge Abelardo Ramos, el industrial Jacques Hirsch y el banquero Federico Zorroaquín. Se comunicaban prácticamente por señas, aturdidos por el ruido de los motores.

Favaloro prefirió pararse en el pasillo. Se puso a hablar con el gremialista Jorge Triacca, que se había aflojado la corbata apenas subió al avión. Cerca viajaba un pasajero más silencioso: Videla. Estaba conforme con el nivel de las presencias que el régimen había logrado subir al chárter, pero prefería mostrarse inconmovible. Imaginó que un éxito militar frente al león colonialista podía dejarlo a salvo de la discusión por la represión, pero eufórico no estaba. Videla sabía que Malvinas no era su empresa.

En todo el viaje, apenas soltó un párrafo:

—Es un hecho trascendente ver a este conjunto de ciudadanos tan representativos, más allá de sus diferencias políticas y sectoriales, unidos entonando el Himno Nacional.

A Favaloro le llamó la atención la prolijidad de la Biblia sobre la que iba a jurar Menéndez, una de las pocas traducidas por argentinos. En el avión viajaba también una imagen de la Virgen de Luján y ocho crucifijos para colgar en las dependencias de la gobernación.

En Puerto Argentino, los pasajeros saludaron a los soldados y aplaudieron un mensaje de Galtieri a Menéndez que decía: "La Nación ha encomendado a usted el gobierno y la custodia de un territorio recuperado con las armas tras casi ciento cincuenta años de dominación extranjera. Es alto, por ello, el honor que la

Patria le confiere. Pero es aún mayor la estatura de los deberes a cumplir, porque la Nación es exigente cuando la sangre de sus hijos y su destino histórico están de por medio".

En su aval a la decisión bélica, Favaloro destacó ese día la "posición correcta" que había adoptado el régimen y la "oportunidad histórica" que se abría para el país.

Menéndez estaba nervioso y preocupado por lo que se venía, pero le llamó la atención que mientras el resto de los invitados a su asunción paseaban por Puerto Argentino, cámara turística en mano, Favaloro había rumbeado para algún otro lado.

El general de la gomina severa mandó a averiguar dónde estaba el famoso cirujano y se llevó una sorpresa. Favaloro había ido a chequear la capacidad del hospital de Puerto Argentino.

—Sería bueno reforzar el plantel médico —aconsejó en voz baja.

"Me acuerdo muy bien de ese episodio. Favaloro fue el único que se ocupó de ver las condiciones del lugar. Muchos otros se fueron a buscar regalitos para su familia, guiados por ese espíritu fenicio de los argentinos", recuerda Menéndez, dos décadas después.

Favaloro y Menéndez nunca se volvieron a ver.

—¿Quién iba a querer conversar con un general derrotado? —buscó explicarse el militar.

Con el tiempo, Favaloro cuestionó a Galtieri por el desastre de Malvinas. A partir de allí comenzó a ser crítico del régimen. En sus disertaciones sobre San Martín, colaba reproches a los responsables de la derrota. A su juicio, se había consumado un gran sacrificio.

El fracaso de Malvinas precipitó la caída de la dictadura. De apuro, el 1° de julio del 82 asumió la Presidencia el general Reynaldo Bignone. La Junta Militar se partió: el Ejército mantuvo la ocupación del gobierno, pero la Armada y la Fuerza Aérea se abrieron.

—Asumo con una misión clara y concreta: institucionalizar el país, a más tardar en marzo del 84 —se atajó Bignone. Su tiempo sería más corto.

La Multipartidaria empujaba el llamado a elecciones.

Favaloro temió que con tanto alboroto, se olvidaran de su Fundación, que todavía estaba en pañales. Pidió una entrevista con Bignone para asegurarse el aporte oficial a su obra. La consiguió enseguida:

—Necesito que el Estado actualice el subsidio establecido en los convenios previos. No digo que haya atrasos, pero sí problemas de mayores costos para la construcción del Instituto de Cardiología —explicó en la Casa Rosada.

Bignone le dijo que no se hiciera problemas, que el tema iba a ser estudiado de inmediato.

Al salir de la reunión, Favaloro se topó con los periodistas acreditados.

—¿Bignone cumplirá con la convocatoria a elecciones? —lo encararon.

—El Presidente está muy bien intencionado en ese sentido —respondió—, creo que en él encontré un espíritu democrático.

El reportaje dormido

La antesala del retorno democrático encontró a Favaloro molesto por el sentimiento antimilitar. Estaba en tránsito entre su cercanía a la dictadura de Videla en materia de salud y el rol de defensor de los derechos humanos que estaba por asumir en la Conadep.

En 1982, dirá que los desaparecidos "son consecuencia de una clase dirigente que los emputeció". Y que los uniformados no eran los únicos culpables del desastre.

Sus conceptos fueron publicados en el número 97 de la revista *Humor*, en un reportaje de Mona Moncalvillo anunciado en la tapa, donde una caricatura del jefe del Ejército, Cristino Nicolaides, escapaba de la Justicia en patineta.

Los 280 mil ejemplares estaban listos para partir hacia los kioscos cuando el gobierno militar impuso su censura.

Los patrulleros corrían a las camionetas de los distribuidores por la avenida Callao. El Cholo Peco, líder del sindicato, trató de salvar la mayor cantidad de fardos. Había hecho gestiones ante Andrés Cascioli, director de la revista, para que su amigo Favaloro fuera reporteado. Y justo cayó la censura.

Salvo por los pocos que alcanzaron a comprar la revista, en algún circuito alternativo, en farmacias y otros puestos improvisados, la entrevista permaneció dormida durante veinte años. Sus diez momentos principales, con un Favaloro explosivo, son éstos:

"Los desaparecidos tienen dueño, son consecuencia de una clase dirigente que los emputeció, es la única palabra que puedo usar. Yo lo viví en mi ciudad, La Plata, que quedó herida por todos lados. Los señores que emputecieron a esa juventud con falsas realidades están todos en el extranjero, vivitos y coleando, gozando de la guita, y los que les creyeron están bajo tierra... Me duele como argentino que se haya usado la demagogia".

"Conozco a Lanusse, porque cuando era presidente me llamó y tuve que ir a atender al presidente del Perú; bueno, a veces también me veo con él y charlamos, pero nada más. He operado a muchos militares con los que tengo cierta amistad... pero no son amigos míos".

"Cuando vine al país, tomé conciencia de que todo lo que necesitaba para trabajar debía producirse aquí. Tenía monitores argentinos, corazón y pulmón artificial, respiradores. La bomba de oxigenación se hizo aquí, igual o mejor que en los Estados Unidos. Pero claro, vinieron los Chicago boys y desapareció todo, porque lo importado era más barato".

"Acá hay neuronas de sobra. Nos hace falta una clase dirigente con sentido nacional y que entienda que el mundo de la justicia social se viene. La verdadera, no la demagogia, ésa no la quiero. La de la sidra, el pan dulce y los juguetes regalados no la quiero. Quiero la otra, la auténtica".

"Hay un sistema que hace al país amoral y todos somos amorales porque estamos dentro del sistema. Yo dije por televisión que hasta mi madre pone la platita —los pobres pesitos que tiene, vengo de una familia muy humilde— en las financieras, y me cuenta cuánto le da de interés. Bueno, el sistema hace la amoralidad, no nos podemos escapar".

"Todos tenemos que ir al altar de la Patria a confesar los errores que cometimos, que no son exclusivos de los militares. Veo que vuelve la demagogia que tanto mal le hizo al país. Ya casi ni se habla mal del peronismo, por temor a que vuelva a ser gobierno. Hasta podría predecir que María

Estela Martínez de Perón va a ser presidente del Partido Peronista".

"Hace rato que me niego a firmar esos manifiestos colectivos, porque no quiero aparecer en el tango Cambalache. *Se mezcla gente de mucho valor con gente que merece mi más profundo desprecio... Cuando escucho a los políticos que ahora hablan, los conservadores, que cuando fui a votar por primera vez y como era estudiante me dijeron: 'Vos ya votaste'. ¿Esos señores me hablan de libertad?".*

"Desaparecidos hubo siempre. En la primera presidencia de Yrigoyen hubo errores y hubo muertos, pero me merece respeto, murió pobre, con una camita. Cuando algún dirigente radical dice que hay muy poca diferencia entre ellos y los peronistas, yo pienso ¡uy, uy! Éste está loco, se olvida de que Yrigoyen murió pobre como las ratas".

"Ahora estamos en el período de la crítica, vemos el último eslabón de la cadena y les echamos la culpa de todo a los militares. No digo que no tengan culpas, las tienen y muchas, y tienen que entender que ese ciclo que empezó en el 30 se terminó. Estoy esperando que aparezcan los que miren la historia hacia atrás. Los militares no están de casualidad, los llamaron los civiles. Y hay civiles que estuvieron colaborando con los militares en todos los procesos".

"Dicen que los militares echaron al doctor Illia (por quien tengo un enorme respeto y ojalá tuviera quince años menos), pero fueron los cegetistas junto con los militares. Le hacían huelga cada quince días. No perdamos la memoria".

En octubre de 1983, cuando faltaban apenas unos días para las elecciones que marcaron el regreso de la democracia, Favaloro fue protagonista de una polémica pública por haber señalado mecanismos de corrupción en las obras sociales sindicales. Los gremialistas se le fueron al humo y uno de ellos, Norberto Ángel Grizia, presidente del Instituto de Servicios Sociales para el Personal Ferroviario, lo acusó de dictador y lo cuestionó por haber generalizado, por haber insinuado que todos los sindicalistas eran corruptos.

Favaloro aclaró que las obras sociales constituían un hecho positivo para la atención de la salud y que gracias a ellas miles de personas pudieron tener acceso a los servicios médicos. Destacó también que las 396 organizaciones que existían en el país en ese momento cubrían a casi el 80 por ciento de la población. Pero mantuvo la acusación contra los que metían la mano en la lata.

En una carta al diario *Tiempo Argentino*, con una pluma corrosiva, escribió:

> *Siempre he destacado que dentro de las obras sociales existen hijos y entenados. Están las muy pocas obras sociales que cubren la totalidad de los gastos ocasionados por la enfermedad del paciente, es decir la atención médica, la hospitalización si es necesario, los medicamentos, material descartable, etc., etc. De ahí en adelante es obligación esclarecer que la gran mayoría tiene lo que se conoce como el coseguro, es decir, que el paciente tiene que pagar parte de la atención médica, fundamentalmente lo relacionado con los medicamentos, que consume el 40 por ciento del gasto total de salud. Es decir, de cada cien pesos que se gastan en salud, cuarenta corresponden a medicamentos y la inmensa mayoría de las obras sociales presentan este problema del coseguro, que en nuestro tiempo es insoluble para la gran mayoría de la población.*
>
> *El segundo hecho a remarcar es que solamente el 5,4 por ciento de las camas pertenecen al sector de obras sociales. La gran mayoría pertenecen al sector estatal, luego al sector privado e insisto, solamente el 5,4 por ciento de las camas pertenecen a las obras sociales. El gremio ferroviario se destaca en este sentido, puesto que tiene su propio hospital y es remarcable la actividad societaria que han desarrollado los ferroviarios, que comienza mucho más allá de los cuarenta años que cita el señor Grizia.*
>
> *De cualquier manera, el hecho de no poseer internación propia hace que las obras sociales se hayan constituido en los grandes proveedores de pacientes de la actividad privada, y aquí vino mi denuncia.*
>
> *Es bien conocido, y el señor presidente del Instituto de Servicios Sociales para el Personal Ferroviario lo sabe muy bien, que en gran número de obras sociales los pacientes son dirigidos exclusivamente a una clínica o sanatorio privado.*

No tienen derecho a elegir el médico que ellos desean para su atención. Es decir que, como ganado al brete, deben ir única y exclusivamente a la clínica o sanatorio donde la obra social contrató los servicios. Y aquí es donde se da la clásica "mordida" y, lo ratifico nuevamente, es donde se da la amoralidad entre los sindicalistas de turno o los interventores de turno y los médicos que se dejan manosear por esos mandantes temporarios de las obras sociales, que manejan a su antojo la capacidad económica de las mismas y a través del manejo de la salud se han acostumbrado a la clásica "mordida" que, por otra parte, está en todos los estamentos de la vida nacional.

Yo no he acusado a todos los gremialistas, yo no he acusado a todos los médicos, pero podría dar infinidad de ejemplos que en estos doce últimos años me ha tocado ver a través de mi actividad diaria.

En especial, esto debería preocuparle al señor Grizia, porque él sabe muy bien que los empleados y obreros ferroviarios deben obligatoriamente, en mi especialidad —la cirugía cardiovascular, que es el terreno que yo conozco en profundidad—, atenderse única y exclusivamente en el Hospital Ferroviario, aquí en la Capital Federal. No obstante que, por razones que desconozco (falta de eficiencia organizativa, falta de instrumental y equipamiento adecuado o incapacidad de los médicos a cargo de esa sección), es bien conocida la alta morbimortalidad que esa sección presenta en el Hospital Ferroviario.

Y sin embargo, a pesar de esa mortalidad (que a veces ha sido prohibitiva para ese tipo de cirugía), los empleados y obreros ferroviarios están obligados a atenderse dentro de ese servicio.

Es hora de que el señor Grizia analice las estadísticas del Hospital Ferroviario (se sobreentiende que las reales) y saque sus propias conclusiones. Me ofrezco para hacerle llegar datos comparativos de mortalidad de la Argentina y del extranjero.

Lo que yo pretendo para mi país es que alguna vez esto que comenzó como expresión de la solidaridad social, a través de las obras sociales, se transforme en un seguro nacional de salud, como lo tienen la inmensa mayoría de los países adelantados, para que deje de haber hijos y entenados y

que la medicina sea no solamente igualitaria sino de la mejor calidad, que es el hecho más trascendente, y que permita al paciente elegir a su médico.

Los argentinos, mirando hacia adelante, debemos superar la etapa de las obras sociales a través de un sistema de salud adecuado, como los que en el mundo ya están en práctica. Nos guste o no nos guste, el mundo social está delante de nuestros ojos y no podemos evitarlo, por el contrario, debemos analizarlo en profundidad, apreciar sus enseñanzas y mejorarlo dentro de lo posible.

Lo que más me ha dolido de la nota del señor Grizia es que se ha calificado al que esto suscribe de tener actitudes dictatoriales, autoritarias y elitistas. Solamente quiero recordarle que uno de mis abuelos fue obrero ferroviario, que mis padres fueron simples trabajadores y que desde muy temprano tuve que trabajar para poder estudiar. Dediqué doce años de mi actividad profesional, como médico rural, a la pampa seca y empobrecida de nuestro país y después de ejercer diez años en los EE.UU. y estando en el pico de mi carrera profesional, he trabajado aquí en estos doce años fundamentalmente en la educación, investigación y asistencia médica dedicada a todos los niveles, desde los pocos pacientes privados a los numerosos de las obras sociales que han querido acercarse a nuestro departamento sabiendo que cumplimos estrictamente con la ley del nomenclador nacional sin cobrar arancel diferencial y lógicamente sin "mordida"; hasta los pacientes no pudientes (que en este momento sobrepasan los 1.200) son atendidos en forma absolutamente gratuita. Por eso no puedo aceptar esas calificaciones.

Invito al señor presidente del Instituto de Servicios Sociales para el Personal Ferroviario a visitar nuestro departamento de cirugía cardiovascular o aceptaré su invitación para analizar todo lo concerniente a la atención médica en nuestro país.

Dr. René G. Favaloro

Con la llegada de la democracia, el cardiocirujano quiso despegarse de la dictadura en forma contundente:

—Lo de "occidentales y cristianos" no me lo venden más. No

quiero ese mundo decadente para la juventud —dijo por televisión.

Ya se probaba un traje nuevo para su relación con el poder. La asunción de Raúl Alfonsín, el 10 de diciembre de 1983, le devolvió el entusiasmo. Sospechaba que algo de cierto había en la denuncia del pacto sindical-militar que había hecho el dirigente radical.

La primera actividad del Presidente fue disponer el juicio a las juntas militares, a partir de la elaboración de informes especiales sobre las violaciones a los derechos humanos y los desaparecidos. Cuando el Gobierno preguntó quién estaba dispuesto a colaborar, Favaloro levantó la mano.

5. La era boina blanca

Los mocasines marrones de Arturo Illia corrían atorados por botas negras y gas lacrimógeno. Ya presentía el desenlace, pero no quería salir de la Casa Rosada rodeado de militares. Su última voluntad parecía complicada, pero se cumplió, gracias a un cordón que armaron jóvenes militantes radicales, en plena secuencia del derrocamiento.

Entre los que abrían paso en ese invierno de 1966 había un joven morocho, treinta años, nariz prominente, raya al costado, perfil italiano, que sólo alcanzaba a vocear la catástrofe. Raúl Pistorio conserva una foto de ese instante junto a Illia, que descubrió en la película *La República perdida*.

Pistorio fue el primer titular del PAMI cuando volvió la democracia, en 1983. Raúl Alfonsín lo convocó después de las objeciones que encontró en su partido para conservar a De Estrada, dueño de cierta popularidad entre los jubilados. Popularidad volvía a ser igual a votos. La promesa electoral decía que "Con la democracia se cura...". La atención de la salud debía volver a la agenda presidencial.

Pistorio había sido asesor de Ricardo Balbín y apoderado de su lista en la interna radical de 1971 contra Alfonsín. Fue subdirector de la clínica IPENSA de La Plata, donde murió el caudillo, y uno de los que acompañó su cajón, en primera fila. Aquel morocho improvisado como guardaespaldas ya empezaba a tener canas.

Con el tiempo presenciaría el naufragio de Alfonsín y más tarde el hundimiento de Fernando de la Rúa, desde su segunda gestión en el PAMI. El pelo, a esa altura, se le había puesto completamente blanco.

Hay un renglón más en su lista de sinsabores: fue el administrador de la Fundación Favaloro hasta tres semanas antes de la

muerte del cirujano. Quiere decir que durante los años que duró la pelea por las deudas de la obra social con el instituto de cardiología, Pistorio jugó de local y de visitante, actuó en la disputa con las dos camisetas, estuvo de los dos lados del mostrador.

En 1983, cuando entró por primera vez al PAMI, se encontró en los escritorios con cabos y coroneles, y muy pocos entendedores de la problemática sanitaria. La limpieza fue planeada junto al ministro de Defensa, Raúl Borrás, dedicado a monitorear las reacciones de los militares tras el desalojo del poder.

Con un mapa en la mano, Pistorio dividió al país en cuatro regiones, en busca de descentralizar el esquema porteñista de prestaciones de la obra social. Luego abrió un registro de centros de jubilados, para saber a cuáles tenía que escuchar o hacerles lugar en los consejos asesores y cuántos eran simples sellos de goma, para conseguir favores por vía rápida. Se anotaron ochocientos cincuenta en 1984 y llegaron a mil trescientos tres años después.

Cuando el PAMI consiguió desplegarse por todo el país, los gobernadores empezaron a exigir su porción: el encargado de la delegación regional de la obra social debía responderles, repartir los cargos mejor remunerados entre punteros del partido oficial y utilizar parte de los recursos para las urgencias electorales, que se repetían cada dos años.

Como muchos políticos hicieron después, Pistorio fue uno de los primeros en estampar su firma en materiales de promoción y difusión de las actividades del Instituto. En agosto del 87 lo cruzó Ruckauf, entonces primer candidato a diputado del peronismo porteño:

—He observado con estupor que el radicalismo utiliza fondos del PAMI para su campaña electoral. Mientras el Gobierno anuncia que no hay plata para los jubilados, sí la hay para que el señor Pistorio mande millones de propagandas tratando de que se vote al oficialismo —dijo el candidato en campaña.

Se refería al documento "En la democracia se rinde cuentas", un balance de gestión en el PAMI, regado de buenas noticias, que fue repartido entre cinco mil organizaciones de jubilados y pensionados.

"A Ruckauf le cuesta bastante creer en las reglas de juego de la democracia, no entiende que parte de las acciones son las de informar", fue la réplica del funcionario radical.

Ya como gobernador de Buenos Aires, y con sed de una

chance presidencial, Ruckauf llegaría a imponer su autógrafo hasta en la lengüeta de las zapatillas, repartidas de a miles entre los escolares más pobres de la provincia.

La Mesa Coordinadora Nacional de Jubilados y Pensionados acusó a Pistorio de trabajar "intensamente" en la campaña política del candidato a gobernador bonaerense del radicalismo, Juan Manuel Casella, su compañero de ruta en la Fundación Ricardo Rojas. Pistorio dijo entonces que entre sus críticos y sus denunciantes había fanáticos del almirante Carlos Lacoste, uno de los organizadores del Mundial 78, que fue presidente de facto once días, entre Viola y Galtieri. La caracterización del PAMI como máquina de hacer política empezaba a invadir el ambiente.

A tono con el Gobierno nacional, que en 1985 empujó una ley para que los esposos pudieran divorciarse, Pistorio incorporó al PAMI a las concubinas, definidas en el documento "36 meses de gestión. 1984-1986" como "la mujer que mantiene una relación matrimonial de hecho" con el afiliado titular.

Otro punto de sintonía fue la distribución de las cajas con alimentos para los abuelos. Las famosas "Cajas PAN" tenían su réplica en las "Cajas PASI" de la obra social, correspondientes a su Programa de Asistencia Social Integral. Se repartían 120 mil por mes a los centros de jubilados, que se encargaban de venderlas a precios de costo. Tenían productos de la canasta familiar, que a una pareja de ancianos le duraba quince días.

Los geriátricos, fomentados durante el régimen militar, pasaron a ser cuestionados por la conducción de la entidad, que los definió como "playas de estacionamiento" de ancianos. "Lo único que se consigue es segregarlos de la sociedad, ponerlos en estado vegetativo", fue la lectura.

Se estudiaron mecanismos alternativos, como el de la familia sustituta, para darle contención a los afiliados sin parientes ni amigos, pero poco a poco, cuando económicamente se determinó que no convenían, volvió a imponerse el esquema de los geriátricos.

La función prioritaria del PAMI de dar cobertura médica a la tercera edad fue acompañada por actividades más vistosas hacia los votantes. Tres millones de afiliados representaban el 18 por ciento del padrón electoral.

El corte de cintas en la docena de barrios que se construyeron con el apoyo económico de la obra social se convirtió en una foto cómoda para los funcionarios. Los barrios eran bautizados

"Juan Domingo Perón", "Ricardo Balbín", "Alfredo Palacios", "Alicia Moreau de Justo", "Ramón Carrillo" o "Arturo Oñativia", el ministro de Asistencia Social y Salud Pública de Illia a quien Pistorio despidió en la estación Retiro tras el golpe de Onganía.

Desde la vigencia del Plan Austral en 1985, y por falta de armonía con el Palacio de Hacienda, el PAMI fue perdiendo ingresos, situación que se tradujo en el deterioro de los servicios. La quita llegó a rondar el 20 por ciento de su presupuesto. Pistorio intentó presionar al Ministerio de Economía rodeándose de cientos de jubilados, ante quienes hizo público el retaceo. Al escolta morocho de Illia le habían salido canas verdes. Y Alfonsín le puso tarjeta roja.

El voto de Favaloro

"Sería beneficioso para el país que hubiera un cambio, pero el cambio debe ser a través de Alfonsín." No era común que Favaloro se jugara por un candidato a presidente, pero en ese final de 1983, el trauma del gobierno militar había herido la sensibilidad social y la esperanza en una democracia que solucionara los problemas de la gente contagiaba.

Favaloro decía que Alfonsín era "una figura carismática", con la ventaja de no estar atado al esquema del caudillismo peronista. Aclaraba, por las dudas, que estaba lejos de ser radical.

Alfonsín lo llamó por teléfono y le ofreció integrar un elenco de notables dedicados a buscar a los desaparecidos.

—Cuente conmigo, acá hay que arrodillarse ante la Justicia —le contestó Favaloro, que condenaba los "excesos tremendos" de la represión ilegal, consecuencia de "los errores de la clase dirigente de un país que ha vivido siempre en forma anormal", decía.

La Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep) fue presidida por el escritor Ernesto Sabato e integrada entre otros por el obispo Jaime de Nevares, el profesor Gregorio Klimovsky, el rabino Marshall Meyer, la periodista Magdalena Ruiz Guiñazú y el jurista Eduardo Rabossi.

Produjo el informe "Nunca Más", que estimó en 8.960 la cantidad inicial de personas "en situación de desaparición forzosa". En el libro que editó la Universidad de Buenos Aires, Favaloro aparece sólo una vez, en la página 444.

"No venía a todas las reuniones. Era muy adusto, muy anti-

peronista. Creo que su mayor preocupación era tener su clínica. No estaba decidido a actuar en política, pretendía que la política se pusiera al servicio de la cuestión de la ciencia, como fuere", recuerda hoy Graciela Fernández Meijide, secretaria de Recepción de Denuncias de la Conadep.

En julio del 84, Favaloro sacudió la estantería al presentar su renuncia a la comisión, alegando cuestiones profesionales. En realidad, los motivos fueron otros.

"Queriéndolo mucho como lo quiero —cuenta Klimovsky, entonces su compañero—, creo que a él no le gustó la posición agresiva que tomaba la Conadep hacia los militares. El día que nos comunicó que se iba, nos dio una conferencia de carácter ético, donde decía que estaba disconforme con alguna política del Gobierno."

Las diferencias ideológicas se hacían visibles cada vez que Favaloro remarcaba que "los excesos fueron de los dos lados, porque un monstruo construyó otro monstruo". La equiparación enojaba a los críticos de la llamada "Teoría de los Dos Demonios", que denunciaban en cambio un plan de exterminio basado en el terrorismo de Estado.

Cuando se presentó el documental *Nunca Más*, cuya elaboración irritó a los militares, Favaloro no fue.

Estaba enfurecido además por la audiencia que Alfonsín le había concedido a Isabel Perón, a quien consideraba una de las responsables de lo que vino después de su destitución.

Lo cuenta Fernández Meijide: "Cuando llegamos a los seis meses de trabajo, lapso previsto para terminar el informe, nos dimos cuenta de que necesitábamos más tiempo y Alfonsín nos dio noventa días más. En ese momento renuncia Favaloro. Manda una nota a la comisión diciendo que él había aceptado por seis meses, que tenía compromisos médicos y que su tiempo había terminado. Lo llamativo es que manda una fotocopia de otra carta de renuncia, que le envió a Alfonsín, donde le reclamaba en tono severo la recepción a Isabel".

Y lo confirma Eduardo Rabossi, también integrante de la Conadep y luego secretario de Derechos Humanos de Alfonsín: "Es cierto que Favaloro hizo circular un texto paralelo por lo de Isabel, pero no me pareció un argumento valedero para justificar una renuncia". Esa carta está hoy traspapelada en los archivos oficiales.

Como al final de las películas, se puede contar qué fue de la

vida de algunos protagonistas. El obispo De Nevares fue atendido hasta su muerte, con especial dedicación, en la Fundación Favaloro. Fernández Meijide se hizo crítica de "los antiperonistas que añoran el Estado Bienestar de Perón", aunque sin olvidar que cuando le mandó a Favaloro dos enfermos que no tenían recursos, él los atendió "de maravillas". Klimovsky da clases en la Universidad Favaloro y dirige el departamento de Humanidades.

Alfonsín y Favaloro enseguida recompusieron la relación. El Presidente le ofreció participar de otras tres iniciativas oficiales. El doctor aceptó.

Una segunda oportunidad

Setiembre de 1987 era un momento clave para la administración radical. Las elecciones iban a decidir la suerte del Gobierno, que comenzaba a sufrir impotencia frente a los problemas económicos.

El peronismo, gato de siete vidas, ya se había recompuesto de la imagen de violencia de los años 70, que había refrescado Herminio Iglesias con la quema del ataúd frente al Obelisco en diciembre de 1983. Y la vecindad de una victoria de Antonio Cafiero frente a Casella, en la pelea por la gobernación bonaerense, ponía nervioso al oficialismo.

En ese contexto, y cuando estaba por disertar en un encuentro científico organizado por el comité provincial de la UCR, Favaloro llamó otra vez a votar por los radicales: "Para el progreso de nuestro país, los pasos deben darse hoy en el camino de Alfonsín. Lo voy a decir hoy por primera vez, en forma muy abierta: la democracia estará respaldada si el pueblo entiende a su presidente y entiende que ahí está su futuro. El pueblo debe darle su respaldo al presidente y a su partido".

Las declaraciones radiales del cardiólogo, cuatro días antes de las elecciones, no alcanzaron a torcer las suficientes voluntades: Cafiero aplastó a Casella y la administración Alfonsín quedó sentada en un tobogán enjabonado.

Favaloro le estaba agradecido al Presidente. El 4 de marzo de 1985, el decreto 440 del Poder Ejecutivo había declarado "de interés nacional" a su Instituto de Cardiología, Cirugía Cardiovascular y Trasplante de Órganos, en reconocimiento a "su carácter de bien público y común, sin propósito de lucro".

El Ministerio de Economía se asumía como garante de un crédito de 2.400.000 dólares del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), que la Fundación se comprometía a pagar "con los intereses respectivos".

Por el aval del Estado, y por convenios con el Ministerio de Salud y Acción Social y la comuna porteña, la Fundación quedaba nuevamente comprometida a atender gratis a no menos de cien pacientes pobres por año, a entregar becas de perfeccionamiento y a realizar exámenes cardiovasculares sin cargo a todos los alumnos de las escuelas municipales.

El 26 de junio de 1986, Favaloro consiguió ser electo como miembro de la selectísima Academia Nacional de Medicina, en el sitial número catorce. Para ser académico, había que reunir condiciones esenciales como "estudio sin pausa, honor personal, moral privada y pública, ética como complemento de alta conciencia de vida médica". Implicaba, según el libro donde figura la ficha profesional de Favaloro, adoptar la sensación de "ennoblecimiento".

Favaloro integró también el Consejo para la Consolidación de la Democracia, uno de los tantos espacios de diálogo multisectoriales que produjo informes, recomendó mejoras al funcionamiento de las instituciones y habló de un país ideal, sin eco en los niveles de decisión.

Allí se sentó junto al cura jesuita Fernando Storni, el operador radical Enrique Nosiglia, el dirigente justicialista Ángel Federico Robledo, la escritora María Elena Walsh y el abogado radical Alfredo Vítolo, entre otros.

Favaloro propuso un plan de salud de alcance nacional, que consistía en redistribuir los recursos públicos y privados para ponerlos al servicio de un esquema de cobertura integral similar al de Canadá.

En esas reuniones, improvisaba campañas antitabaco. "Yo siempre amenazaba con cambiarme de lugar —rememora Vítolo, una de sus víctimas—, porque de un lado tenía a Favaloro, que no me dejaba fumar, y del otro al padre Storni, que no me dejaba pecar. La función se me hacía muy aburrida."

El cirujano fue convocado también a formar parte del Programa Nacional para la Democratización de la Cultura (Prondec), que tenía entre sus objetivos la preparación de una fiesta para cuando se cumplieran diez años del retorno democrático.

El 7 de marzo de 1988, Alfonsín fue a visitar las obras de la

Fundación, a la que consideró un ejemplo para la sociedad. Favaloro le subrayó que la edificación pudo avanzar gracias al regreso de la democracia. Con tantas ganas se apretaron las manos que en la foto salieron encorvados.

El PAMI a plazo fijo

—Doctor Armendáriz, esto no da para más, haga llegar algo de comida a los viejos porque se lo comen a usted.

—Entiendo, entiendo. Si nos dan una mano, podemos llevar víveres a los centros de jubilados, ellos saben qué hacer.

El apuro de Saúl Ubaldini, líder de la Confederación General del Trabajo, se debía al comienzo de los saqueos en el Gran Buenos Aires y Rosario. El verano caliente de 1989 y la inflación indomable sacudían el escenario social.

El acto reflejo del PAMI, prisionero otras veces de una burocracia interna que hubiera hecho imposible el reparto, dio cuenta de la gravedad de la crisis.

"Plata que entraba se colocaba a plazo fijo a quince o veinte días, cosa que siguiera a la inflación", revela Armendáriz, reemplazante de Pistorio cuando completó la gobernación bonaerense.

Cuando asumió, el también cirujano Armendáriz se topó con setenta "ñoquis", empleados que cobraban sin trabajar. A algunos los echó, a otros los intimó a demostrar qué era lo que hacían. Hubo quienes se escudaron en sus padrinos políticos.

—¿Te volviste loco? Mi nuera es una persona de bien, ¿cómo te atrevés a echarla? Revisá la medida por favor, si no me vas a obligar a hablar más arriba —le gritó el senador Juan Trilla.

—Los papeles están claritos, ella trabaja en el Senado, pero cobra acá. Además no la eché, ordené que se le pagara el último mes y que si quería seguir, que trabaje todos los días en el PAMI —le contestó Armendáriz.

El secretario de Planeamiento, Bernardo Grinspun, también le hizo insinuaciones por un nombramiento bajo su ala.

El acomodo o la ubicación en la interna radical era una de las condiciones básicas para conseguir un puesto en la obra social, que luego acumularía capas geológicas de empleados de las distintas administraciones. En la etapa Armendáriz, el PAMI tenía 9.500.

El compromiso inicial del secretario de Hacienda, Mario

Brodersohn, de garantizar los fondos para el funcionamiento del Instituto se fue diluyendo a medida que avanzaba el desastre. Y otra vez pagaban los jubilados al perder calidad de atención.

En medio de la carestía, se produjo el despilfarro. Los funcionarios con más poder se compraron para sus traslados ocho autos cero kilómetro, Ford Sierra y Peugeot 505, de lo más moderno por entonces. Se sospechó también de remodelaciones fastuosas en los despachos y de nombramientos de asesores con sueldos que los ponían a resguardo de toda pobreza.

Uno de los directores señalados, Eduardo Rodríguez Solana, ex colaborador de Armendáriz en la gobernación bonaerense y hombre de su confianza en el PAMI, salió a denunciar irregularidades en compras sin licitación y en el manejo de millones de dólares. Armendáriz le mandó un telegrama pidiéndole pruebas y lo obligó a renunciar.

La inoportunidad también metió la cola. Mediante la resolución 1144, Armendáriz nombró asesora del PAMI a su esposa, Olga Guillermina Gaddi, que si bien no cobraba sueldo, dio pasto a las fieras. El diputado justicialista Rubén "Buscapié" Cardozo habló de nepotismo. El escándalo seguía en levadura.

—Puede ser que el diputado se confunda con el latín, pero, por si no lo sabe, "ad honorem" quiere decir que no percibe remuneración. Es gratis. ¿Dirá ahora el diputado Cardozo que constituye una falta ética designar a mi mujer para que trabaje gratis? —alcanzó a responder.

A Armendáriz le quedó tiempo para participar de la campaña presidencial. Aprovechaba los actos del PAMI para advertir que Carlos Menem usaba doble discurso.

—Acá habla de moratoria de la deuda externa, afuera dice que va a respetar los compromisos asumidos por el actual gobierno —señaló desde Caucete, San Juan, en noviembre del 88, tras colocar la piedra basal de un barrio para jubilados. A Eduardo Angeloz le mandaba cartas de apoyo, con membrete del Instituto.

La hecatombe del 89 no impidió que los radicales le sacaran provecho a la obra social.

Doce años después, Alfonsín dispuso donar la mitad de su pensión como ex presidente al PAMI de Chascomús, una de sus instituciones preferidas.

El país se hundía, pero el 5 de julio de 1989, tres días antes de la despedida alfonsinista, Favaloro consiguió que el Poder Ejecutivo Nacional dictara un decreto que designaba a su Fundación

como titular de una agencia receptora de apuestas, que le permitía recaudar plata de las carreras de caballos.

Luego tomó distancia de la administración radical. Cuando la revista *Noticias* le recordó su cercanía a Alfonsín, el cirujano escribió en una carta aclaratoria:

> *Mi relación con el ex presidente fue la de un simple ciudadano comprometido hasta el tuétano con su país, con el presidente constitucional de turno, tratando de aportar modestamente al restablecimiento de la democracia y la libertad, pues desde muy joven aprendí que además de lo estrictamente profesional debía y debo participar de la defensa de la dignidad del hombre y sus derechos.*
> *Sería largo enumerar todos los inconvenientes que he debido soportar, incluyendo la cárcel desde 1940 en adelante no obstante no pertenecer a ningún partido político.*
> *Durante los años de la presidencia de Alfonsín me sobran los dedos de la mano (para contar) las veces que tuve entrevistas personales y a solas, donde se analizaron sin tapujos hechos trascendentes en momentos difíciles de su gobierno. Jamás nos hemos tuteado.*

El viento había vuelto a cambiar de dirección.

6. El compañero de fórmula

La década del 90 encontró a Favaloro en su pico de prestigio científico y en su máxima cercanía con el poder. Sin postularse jamás a un cargo electivo, aparecía en las encuestas con un nivel de aplausos que los políticos envidiaban. Su figura crecía a medida que la sociedad empezaba a desconfiar de sus dirigentes.

"Proponen que la fórmula del 95 sea Menem-René Favaloro", tituló el *Diario Popular* una nota a doble página, con foto del cardiocirujano. Dos décadas de amistad personal con el Presidente y una frecuencia casi familiar de visitas a la Casa Rosada alimentaron las especulaciones, que Favaloro desmintió una a una al remarcar que lo suyo era la medicina. Al 31 de diciembre de 1990, había puesto 1.510.140 dólares de su bolsillo para la construcción de su centro cardiológico.

Su esfuerzo era bien observado: le hicieron un busto en Cleveland, lo propusieron para el Nobel de Medicina, lo distinguieron con títulos honoríficos en Europa, Asia y América y hasta le escribieron un tango, que se llamó "Del barrio del Mondongo":

Es con tu magia de gringo y de paisano
que te largaste de Aráuz a Cleveland
y brillaste en las alturas y en el llano,
con tu estilo campechano y tu verdad.

Es por pastor de utopías y de vidas
que luchas cuando ese cuore no da más
para ganarle a la Parca otra partida,
por derecha y con la venia de un bypass.

Sos quien luce el bisturí y la decencia
y se planta con su pinta y con su ciencia

El que sabe por amor y compasión
acunar cada latir del corazón.

Sos un grande. Cid Campeador de guardapolvo,
que se vino del barrio del Mondongo
con la fuerza y el coraje del mejor,
para carpir la maleza del dolor.

Es el recuerdo que viene de La Plata
con el aroma del bosque evocador
cuando encendías la bohemia con Masnatta
y aprendías de Mainetti la lección.

Es ese tiempo feliz en que la abuela
el cariño por las plantas te inculcó
aquellos días de sol cuando en la huerta
fuiste el fruto mejor que ella sembró.

Lo cantó Alberto Bianco, en 1994, con música de Atilio Stampone y letra de Enrique Bugatti, un periodista que le sugirió a la Secretaría de Turismo promocionar al país con historias de Maradona, Fangio, el poeta Enrique Cadícamo, el escritor Jorge Luis Borges y Favaloro.

Pero más que turistas, Menem quería votos y necesitaba tener cerca ese imán. Por eso fue generoso con Favaloro a la hora de las condecoraciones, lo invitó a participar de dos comisiones anticorrupción, lo llamó de urgencia para desactivar un fenómeno de superstición popular, lo sondeó para la aventura reeleccionista, lo tentó con ministerios y le facilitó el acceso a un suculento subsidio estatal. En público y en privado, Favaloro decía que Menem era el presidente que mejor lo había entendido.

No fue un matrimonio perfecto: el 8 de diciembre de 1997, frente a un estadio Luna Park repleto, bajo los mismos reflectores que iluminan a los artistas, Favaloro trazó un crudo diagnóstico social, citó cifras alarmantes de mortalidad infantil y denunció la injusta distribución de la riqueza. En un congreso médico, advirtió que el flagelo de la época, la desocupación, era uno de los caminos más cortos hacia el infarto. Y en disertaciones públicas, se manifestó a favor de imponer la llamada Tasa Tobin a los capitales especulativos. Hablaba por momentos en el idioma exactamente opuesto al del modelo neoliberal menemista.

La relación con el PAMI tuvo los mismos altibajos. En los primeros años de la década, Favaloro vivió en paz con la obra social, de la que obtuvo pagos por adelantado. Aceptó ser asesor científico, prestador de servicios, capacitador de mujeres voluntarias y protagonista de las propagandas de la entidad durante la conducción de Matilde Menéndez.

Pero no todo fue miel: el olor a corrupción que invadía al oficialismo empezó a incomodar al cirujano. Lo sufrió en carne propia, cuando empezó a tener escaramuzas judiciales con Víctor Alderete, el mandamás del PAMI en el ocaso menemista. Escuchó que si uno pretendía cobrarle una deuda a la obra social tenía dos posibilidades: que su trámite quedara atrapado en una carpeta color gris o que llegara a una instancia de cobro fácil si el expediente tenía tapas amarillas. La tonalidad de la cartulina dependía del soborno que se pagara.

Vio por televisión las primeras marchas de los jubilados al Palacio de Tribunales y al Parlamento, por aumento de haberes y cobertura médica completa. Sintió curiosidad por la aparición en la protesta de una vaca bautizada "María Aguinaldo", un recurso que encontraron los abuelos liderados por Norma Plá para que sus reclamos tuvieran repercusión. Los pedidos sólo provocaron lágrimas de cocodrilo en el entonces ministro de Economía, Domingo Cavallo, quien dijo que veía en los ancianos movilizados el reflejo de sus padres, que vivieron de una humilde fábrica de escobas.

De receptor de adelantos de la obra social, Favaloro pasó a ser acreedor, crítico y denunciante de las maniobras sucias que veía. Se lo notó nervioso. Protagonizó incidentes con la prensa, le hicieron un escrache frente a la Fundación por sus críticas al ingreso irrestricto a la universidad y médicos de la competencia fueron a quejarse a la Casa Rosada por los supuestos privilegios que recibía.

El recorrido de su actividad pública en la era menemista tuvo altas cumbres, mesetas y curvas peligrosas.

En marzo de 1990, Favaloro agarró del cuello a un fotógrafo del diario *La Nación*, que lo había abordado en las inmediaciones del Sanatorio Güemes, luego de producirse allí la muerte del jefe del Ejército, general Isidro Cáceres.

—Si llegás a publicar esta foto te reviento los huevos. Esto que ha ocurrido es un desastre nacional y ustedes son unos cuervos, que se aprovechan de la situación.

El cirujano también insultó al director del diario, se subió a su Dodge bordó y se fue del lugar. La Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas, un nucleamiento de los empresarios de la comunicación más importantes del país, repudió la agresión:

> *ADEPA lamenta esta muestra de intolerancia, que no se condice con las normas que rigen la convivencia en una sociedad civilizada.*
> *Tan digna es la misión que cumple el destacado profesional como la que desarrolla el hombre de prensa, que se debe y sirve a la comunidad.*
> *El episodio, desarrollado ante numerosos testigos, según lo señalado por diversos medios de comunicación, no se circunscribió a la agresión contra el reportero gráfico, sino que se extendió hacia otros periodistas presentes e incluyó calificativos insultantes hacia la persona del director del diario* La Nación.
> *Puede comprenderse la perturbación en el ánimo del doctor Favaloro, pero nada justifica su censurable actitud, reñida con lo que debe ser el debido respeto hacia quienes cumplen otras misiones esenciales para la sociedad.*
> *Estas acciones constituyen a su vez verdaderas agresiones a la libertad de prensa existente en el país, pero que tanto costara recuperar plenamente, al igual que las demás libertades públicas. Además, revelan que no sólo del Estado pueden provenir los ataques al periodismo, sino también de sectores particulares que debieran ser los más enérgicos defensores de la prensa, a través de la cual se informa la ciudadanía sobre sus actividades.*

También lo amonestó la Asociación de Reporteros Gráficos de la República Argentina, al calificar la actitud de Favaloro como "irracional".

Así, mientras algunos le armaban un molde para eternizarlo en el bronce, otros le señalaban las partes oxidadas.

El maquillaje de la ética

La primera participación efectiva en una iniciativa propuesta por el menemismo se remonta a 1990, cuando Carlos Menem y

Eduardo Duhalde no eran aún enemigos, sino socios. Los dos dirigentes peronistas integraron la fórmula presidencial ganadora en 1989 y se repartieron tareas.

Al minuto de asumir, el riojano declaró a la corrupción como delito de traición a la Patria.

Para reforzar el postulado, Menem le encargó a Duhalde formar una comisión, una táctica que Perón definía irónicamente como la mejor manera de tapar o diluir cualquier problema.

Así nació la Comisión para la Recuperación Ética de la Sociedad y el Estado, una confluencia de notables encargada de trazar un plan anticorrupción. Menem y Duhalde discutieron la integración del plantel, pero en un nombre se pusieron rápidamente de acuerdo.

—Me imagino que lo vas a llamar a Favaloro —indagó el Presidente.

—Pero claro, Carlos, ya lo tengo anotado.

El Gobierno dispuso que los miembros de la comisión trabajaran ad honórem y tomó un recaudo: les aclaró a uno por uno que las conclusiones no serían obligatorias, sino simples referencias para tener en cuenta si fuera necesario.

Uno de los primeros que aceptó fue el ex senador radical Fernando de la Rúa, que luego del desastre alfonsinista buscaba recorrer su propio camino. Fue un instante irrepetible: Menem, Duhalde y De la Rúa tirando para el mismo lado, codo a codo.

Favaloro evaluó los pros y los contras de poner la cara en un tema que empezaba a estar en el murmullo popular. Pero no podía decir que no: al Instituto de Cardiología y Cirugía Cardiovascular le faltaban por lo menos dos años de albañilería; no era momento para un desaire al poder.

Duhalde se llenaba la boca de promesas:

—Vamos a hacer un diagnóstico sobre este degeneramiento ético y vamos a llenar el vacío legislativo en lo preventivo y en lo penal. Además, creemos necesario incorporar en la educación y en los medios los valores cristianos de nuestra cultura.

Favaloro se encontró en la comisión con un viejo dirigente, Raúl Matera, a quien llamaban "el neuroperonista". Y conoció a Gustavo Beliz, un joven funcionario que le escribía discursos a Menem. Allí, Favaloro trabajó también con el jurista Ricardo Levene hijo, el constitucionalista Pedro Frías, el general retirado Heriberto Auel y el ex inspector general Alberto González Arzac, entre otros.

—La inflación, el Estado dirigista y la burocracia son los mayores factores corruptivos de la actividad pública —dijo Duhalde en las horas previas a la primera reunión del equipo.

El vicepresidente mostraba entusiasmo, pero contagiaba poco. Llegó a proponerles como ejemplo a seguir al grupo "Los Intocables", retratados en una serie norteamericana de televisión como héroes incorruptibles, paladines de la Justicia. Hubo comentarios socarrones.

—Presidentes o príncipes, dictadores o jefes orientales, demócratas o golpistas, socialistas o capitalistas, liberales o dirigistas. A todos y a cualquiera: la corrupción no hace diferencias —siguió Duhalde en las jornadas inaugurales.

Entre tanta ampulosidad, hubo también frases premonitorias:

—La corrupción —advirtió el vicepresidente en un acto público— termina por minar la credibilidad de la gente en las instituciones de la República y en las dirigencias. Hay que comprender *que éste es el peor enemigo de la democracia y de la posibilidad* de la recuperación material y espiritual de los argentinos.

Una década después, ese pronóstico apocalíptico se había cumplido: la corrupción había despertado una furiosa ola antipolítica. Y Duhalde dijo por radio que la dirigencia argentina era "una mierda".

La Comisión Duhalde ya estaba en marcha cuando Menem acuñó una de sus frases célebres, al bautizar la represa de Yacyretá como un "monumento a la corrupción".

—Cada hombre que ingresa a la Comisión Binacional del lado argentino, entra pobre y sale rico —se quejó Menem.

Más que las líneas de análisis que asumía la Comisión, a Favaloro le preocupaba la lentitud.

La Comisión para la Recuperación Ética de la Sociedad y el Estado fue presentada el 29 de marzo del 90, su primera sesión tuvo lugar el 16 de abril y el informe final estuvo terminado el 19 de diciembre. Nueve meses para un documento que nadie, ni Menem, estaba obligado a leer.

Las recomendaciones del documento fueron rimbombantes: quince años de cárcel e inhabilitación perpetua para los funcionarios enriquecidos en forma ilegal, juicio de residencia al final de los mandatos y creación de un registro de las personas y empresas que financian a los partidos políticos. Además, se le sugería a Menem crear una comisión asesora para las decisiones económicas.

Favaloro estuvo de acuerdo en dos conclusiones puntuales: una que aconsejaba el establecimiento de multas para los canales de televisión que transmitieran imágenes "dañosas para la salud moral de los televidentes" y otra que proponía abordar el problema de la droga como un tema de seguridad nacional.

La Comisión se disolvió y sus conclusiones pasaron rápidamente al olvido. Hacia 1995, cuando se olía corrupción hasta en las macetas, Menem volvió a llamar a Favaloro, porque lo necesitaba:

—René, me gustaría que integres la comisión asesora de la Oficina de Ética que estoy por crear. ¿Puedo contar con vos?

Falsos milagros

Dos años antes, en 1993, Favaloro había sido convocado para una misión riesgosa: tenía que decirle a los enfermos de cáncer, sida, parálisis o ceguera que no se iban a curar con el "agua milagrosa" que estaban trayendo en bidones desde México, de un manantial que supuestamente estaba en las profundidades de la Tierra, conectado a los ríos y a los mitos aztecas. Era una bomba de tiempo a punto de estallar, justo cuando el presidente Carlos Menem buscaba despegar tranquilo hacia su ambición reeleccionista.

Para desactivar el explosivo, el Gobierno llamó de urgencia a un grupo de médicos respetados, que debían desenmascarar el engaño, cortar los cables correctos sin temblar, con la ciencia y la razón como únicas herramientas para frenar la detonación.

Favaloro sabía lo difícil que era luchar contra las creencias populares. En sus días como médico rural se cruzó varias veces con curanderas, milagreros y comadronas, que le disputaban la clientela.

Cuando pudo demostrar sus habilidades y la gente se reponía, hubo quien llegó a besarle las manos, como si fueran divinas. Rezaban a su lado, se le arrodillaban.

A Favaloro no le cayó bien, pero supo que era necesario abundar en consejos elementales para el cuidado de la salud, para espantar fetiches.

En cada casa que entraba, repetía que había que hervir el agua, que la factura casera podía provocar triquinosis, que la leche con harina que se le daba a los chicos formaba un engrudo

peligroso y que ante la menor duda, los que podían, debían consultar al médico.

Esos recuerdos le volvieron el día que vio en Canal 9 una nota sobre las supuestas propiedades de la bendita agua mexicana.

—Esto es una estafa pública, científica y económica. Estas cosas lucran con la desesperanza. A mí me da mucha pena esta gente que ha sido absolutamente engañada. Un agua que cura todo es una locura total —dijo por la radio.

Agosto del 93 lo encontraba bien dispuesto hacia la administración Menem. Ya había aceptado ser asesor ad honórem del Ministerio de Salud y Acción Social, que dirigía el ex directivo de la empresa Galeno Alberto Mazza. El reclutamiento de personalidades tuvo al cirujano entre los primeros de la lista.

El neurocirujano Raúl Matera, el académico Osvaldo Fustinoni y el infectólogo Daniel Stamboulián recibieron también los primeros llamados de Mazza, aconsejado por el decano de la Facultad de Medicina de la UBA, Luis Ferreira.

El agua venía de Tlacote, una población rural ubicada a diez minutos de la ciudad de Querétaro. Se la conseguía en la estancia de Jesús Chain Simón, un personaje que decía tener poderes místicos, que había empezado a perder audiencia entre los mexicanos en 1992. La llegada de argentinos en vuelos chárter, en viajes que las agencias turísticas vendían por 1.190 dólares, le permitieron levantar el rating. No cobraba la extracción de agua, pero los bidones costaban cuatro dólares cada uno.

El basquetbolista Magic Johnson, portador de sida, había comprado cuatro mil litros para encarar un tratamiento. Y el actor mexicano Mario Moreno, "Cantinflas", le dio unos sorbos al elixir en busca de una vejez más apacible.

La cinta transportadora del aeropuerto internacional de Ezeiza, en vez de valijas, hacía circular bidones de veinte litros. El retorno de los vuelos provenientes de México empezó a poner nerviosos a los funcionarios de la Aduana y de la Dirección de Sanidad de Fronteras y Terminales. No sabían cómo actuar ante semejante importación.

En dos reuniones de la comisión científica se definió la estrategia. Había que mandar a analizar las muestras del agua y, con los resultados obvios en la mano, disponer la prohibición para traerla al país. El desaliento al consumo debía ser gradual, para no irritar a la población, sobre todo a los enfermos y a sus fami-

liares, que copaban el aeropuerto de Ezeiza para poder llevarse los bidones a casa.

"Cuando aparecen estas curas milagrosas —explica Ferreira— el gran problema es que el paciente se siente bien por causas psicológicas e interrumpe el tratamiento, que es muy peligroso. Cuando le cortan la ilusión, se provoca otro efecto psíquico, negativo y violento, y lógicamente se arma lío." En efecto, ante la menor requisa o freno en la Aduana, los viajeros armaban un escándalo. Los enfermos lloraban e insultaban a las autoridades.

El examen determinó que el agua estaba contaminada, sin margen de error. Favaloro tradujo los informes de laboratorio al lenguaje llano:

—La ameba es grande como una casa —les advirtió.

Eso quería el Gobierno, que las eminencias salieran a dar la cara, en forma inapelable. Matera acompañó:

—Todo obedece al sentido mágico que la gente le da a las cosas.

Los demás recordaban las frustrantes experiencias de la crotoxina, el Lapachol Meyer, las pomadas salvadoras y los quitapenas del mercado informal.

Comprobada la inutilidad del "agua milagrosa", los notables se recostaron en un artículo del Código Alimentario Nacional que impedía el ingreso al país de bebidas no envasadas:

—Existe desde hace treinta años y se actualiza cada dos. La gente tiene que saber que las leyes alimentarias en el mundo son sagradas. Si uno quiere entrar a los Estados Unidos con salamines caseros o con yerba para el mate, se la tiran, la decomisan —explicó Favaloro.

Se dispuso entonces la prohibición oficial para ingresar el agua. Ezeiza era un grito. Los notables estaban por cumplir la misión. Los enfermos iban a tener que resignarse.

En eso apareció Menem:

—Tomar esa agua es una cuestión de fe y no hay que coartar esto que hace a la fe de las personas. Si yo creo que con un poco de agua me puedo curar, bueno... No hay que prohibir esa posibilidad a la gente, más allá de las cuestiones científicas, de las barreras que se pueden oponer a esta cuestión desde el punto de vista de la ciencia. La fe mueve montañas.

El proverbio conjugado por el jefe de Estado hizo que Favaloro se agarrara la cabeza. En política, dos más dos nunca era cuatro. El intento reeleccionista se avecinaba y un Presidente

no podía aparecer enfrentado a una parte de la sociedad que se aferraba a un deseo de salvación.

Los esfuerzos de las autoridades sanitarias tuvieron que triplicarse. Se buscó un ejemplo más gráfico aún, el del cólera, que el antecesor de Mazza en Salud, Julio César Aráoz, había llamado —para enojo de Menem— "el disfraz de la pobreza".

Favaloro sintonizó la onda una vez más:

—Cuando voy a México no tomo agua de la canilla ni como una verdura cruda. Allá hay cólera. En medicina, para poder curar una enfermedad se tarda muchos años. Hay que tranquilizarse, esto no cura nada ni va a solucionar ningún problema.

Se avisó a los viajeros que el agua no era potable y que contenía gérmenes como la pseudomona y bacilos coliformes. El jefe de la Administración Nacional de Alimentos, Medicamentos y Tecnología Médica, Pablo Bazerque, completó el desaliento:

—Salvando las distancias, por sus gérmenes y bacterias, esta agua podría compararse con las del contaminado Río de la Plata.

Nadie iba a querer envenenarse.

Se puso un ultimátum para la entrada de bidones, que se cumplió. Apenas bajó el nivel de tensión en Ezeiza, la comisión de notables fue disuelta. Los enfermos no se curaron. Y Menem siguió haciendo equilibrio entre su razón y su fe.

Un premio resbaladizo

Hasta 1993, el premio Konex de Brillante había sido conquistado por Juan Manuel Fangio, Alfredo Alcón, Luisa Vehil, Luis Federico Leloir, Jorge Luis Borges, Atahualpa Yupanqui y Diego Maradona. Era una categoría selecta, que ahora le abría la puerta a Favaloro.

Acababa de cumplirse un año de la apertura del Instituto de Cardiología y Cirugía Cardiovascular y su carrera resplandecía.

El jurado decidió que compartiera la distinción con César Milstein, Premio Nobel de Medicina en 1984. La comparación de estaturas le pareció exagerada, pero igual la saboreó.

Sacó un traje Príncipe de Gales del ropero y se fue a la entrega, con ganas de descargarse de algo que los demás desconocían.

El premio, una estatuilla con cuatro pilares rectangulares y la silueta geográfica del país, dormía esa noche en una caja fuerte de los tribunales laborales, porque había sido embargado por la

Justicia. Ante las cámaras, Favaloro iba a recibir un premio sustituto.

¿El motivo? Una condena en una demanda que le había iniciado el médico Marcelo Busignani, por la que Favaloro quedó obligado a pagarle una indemnización por despido.

Busignani trabajó en el Sanatorio Güemes como médico residente, entre el 1° de marzo y el 27 de diciembre de 1985. Cuando le dijeron que no volviera, reclamó un resarcimiento, pero el cirujano consideró que no le correspondía, porque "nunca" fue un integrante efectivo de su equipo, sino un simple alumno de la "Residencia Favaloro".

—Si no he cumplido la sentencia, fue sólo para no convalidar una resolución judicial que, a mi entender, pone en peligro todo el sistema de posgrado en la Argentina.

Por los quirófanos de Favaloro habían pasado a esa altura unos trescientos residentes, que recibían un importe mensual "para ayudar a cubrir la subsistencia", aunque nunca un salario, decía el cirujano.

—Esto es usual en casi todas las residencias el mundo —insistió.

Se guiaba por la experiencia norteamericana, donde el "senior" trabajaba con los "juniors" sin una relación laboral de por medio.

Acudió también a la ley de residencias médicas, número 22.127, sin percatarse de que no había sido reglamentada y, por lo tanto, no era válida.

El fallo en primera instancia le dio la razón a Busignani y condenó a Favaloro a pagarle 25.154 australes "con cincuenta y cinco milésimos".

Favaloro apeló, pero otra vez le fue mal. La Cámara del Trabajo consideró "sinuosas y endebles" las argumentaciones de los abogados que defendían la posición de Favaloro y determinó que Busignani había prestado efectivamente servicios profesionales.

—No es lógico ni habitual que se paguen "honorarios" por "ayuda benévola" —fue una de las observaciones del tribunal.

Para sorpresa de las partes en conflicto, la sentencia incluyó un racimo de elogios a la trayectoria de Favaloro, inusual para un escrito judicial. "Su fama y su prestigio como cirujano —decía el fallo— trasciende los límites de nuestro país, lo que no deja de ser motivo de legítimo orgullo para quienes somos connacionales." El piropo no detuvo la condena.

El problema fue cuando llegó el momento de hacer efectivo el pago de la indemnización. El Sanatorio Güemes y Favaloro esperaron, Busignani se impacientó.

Su abogado, Carlos Fioribello, intentó ejecutar una propiedad que había ofrecido Favaloro, pero se había vendido.

Leía el diario en Punta del Este cuando se topó con la noticia de la nominación de Favaloro al Konex.

—Si no paga, yo se lo embargo.

Y así fue. Cuando se aproximaba el día de la ceremonia, Fioribello se apareció con la orden judicial en la Fundación Konex.

Hubo tironeos legales y la estatuilla fue a parar a la caja fuerte del juzgado. Y allí permaneció la noche consagratoria, mientras Favaloro planeaba el desquite.

Recibió el premio muleto de parte del ministro de Salud, Alberto Mazza, saludó a las autoridades y se fue para el micrófono. Cruzado de brazos, sin órdenes judiciales de por medio, se descargó:

—Habrán escuchado lo del embargo, les digo que es una noticia bastarda.

El enojo se le disparó después hacia la situación del país y hacia lo mal que veía crecer a la juventud argentina.

—Cuando vinieron Michael Jackson y Madonna, vi a cientos de chicos todos sucios, tratando de conseguir una entrada. Tienen que darse cuenta de que están llenando de dólares a extranjeros que traen la decadencia.

Hubo aplausos rabiosos. Los más fanáticos se acercaron a su mesa.

—Doctor, doctor, usted tiene que encabezar un gran movimiento nacional, es uno de los pocos que puede liderar un cambio en serio.

Favaloro se sintió desagraviado.

Semanas después, se hizo la tasación oficial de la estatuilla, con un saldo tragicómico: el Konex de Brillante era en realidad de acrílico, valía apenas lo que un velador.

Fioribello reclamó entonces la inhibición general de bienes del empleador, una medida que, confirmada y sostenida en el tiempo, podía llegar a poner en riesgo la continuidad de Favaloro en la presidencia de la Fundación, por impedimentos legales.

Era demasiado el peligro, el cirujano decidió pagar.

Después de la consagración de Favaloro y Milstein, ganaron el Konex de Brillante Adolfo Bioy Casares, Mercedes Sosa, Gre-

gorio Klimovsky, Mariano Grondona, Gabriela Sabatini y Norma Aleandro, sin contratiempos.

Sí a la reelección

Desempapado del agua mexicana y el traspié judicial, Favaloro se metió en otro berenjenal, el debate por la reelección. Menem le había tomado el gustito al poder y pensó que seis años para desplegar su proyecto de país era poco. Se había reunido en secreto con Alfonsín a fines de 1993 y había logrado encaminar la conversación hacia el Pacto de Olivos, la llave de la reforma constitucional que acortó el mandato presidencial a cuatro años, con posibilidad de prorrogarlo otros cuatro más.

Favaloro expresó públicamente su aval a la reelección, pero con la enfática recomendación de superar rápido el tema, para encarar después la industrialización del país. Estaba preocupado porque el dólar barato y las importaciones masivas estaban haciendo desaparecer la producción local.

—Cuando llegué de los Estados Unidos teníamos oxigenadores, pulmón artificial, monitores, respiradores hechos en el país. Pero vino un señor X, dijo que el dólar esto, que el dólar aquello y sobrevaluó la moneda. Entonces, las fábricas se fundieron y de nuevo me vi convertido en un dependiente —se lamentó.

Con la inflación controlada, la reactivación del consumo de la clase media y la sintonía con el gobierno republicano de George Bush padre, muchos menemistas se creyeron rodeados por el halo de la perpetuidad.

En una reunión con Menem presente, en La Rioja, una mujer llegó a plantear la instauración de la monarquía constitucional, para que el líder justicialista gobernara hasta el ocaso de su vida, sin preocuparse por el trámite terrenal de las elecciones.

En noviembre de 1993, cuando apenas se sabía de lo que tejían Menem, Alfonsín y sus operadores Luis Barrionuevo y Enrique Nosiglia, Favaloro detectó que algo estaba pasando. Entonces le escribió a Menem una carta:

Estimado Señor Presidente:
He pensado largamente antes de escribir estas líneas. Como usted bien sabe, yo vivo hasta el tuétano los problemas de nuestra bendita Argentina.

Durante estos últimos meses el tema que más se ha discutido es el de la reforma constitucional. No sé si los argentinos recuerdan que durante el gobierno anterior, en la Comisión de Consolidación de la Democracia, que yo integraba, el análisis de nuestra Constitución llevó varios meses y se consultó a casi todos (por no decir todos) los constitucionalistas argentinos, además de prestigiosas figuras del extranjero.
La redacción final, incluyendo la reelección presidencial, fue entregada por la Comisión al presidente Alfonsín.
Espero fervientemente que su encuentro de estos días haya sido fructífero y que se haya consensuado de una vez y para siempre que la sabia Constitución de 1853 debe ser reformada para adecuarla a nuestros tiempos.
Sin ser el más autorizado, creo que debemos apoyar la reforma incluyendo, además de la reelección, los cambios estructurales necesarios.
No perdamos más tiempo pues nos quedan por resolver problemas trascendentes. La estabilidad económica, la reestructuración del Estado y las privatizaciones son hechos de real valor, pero es necesario que sin pérdida de tiempo se analice en profundidad la estructura socioeconómica del país y su inserción dentro de la crisis mundial. Es éste a mi entender el gran tema de debate nacional.
Uno de mis entretenimientos es la historia y sería fácil demostrar que, con unas pocas excepciones, seguimos exportando como en la época de la colonia: productos primarios (lana, cuero, carne, granos y por qué no sebo).
Sin un cambio de mentalidad, particularmente de la así llamada clase dirigente —pero entendamos bien un cambio profundo—, nuestro futuro está comprometido.
A mi entender (no es nada nuevo pues ya lo decía Belgrano en sus Escritos Económicos*), sin una transformación industrial real y auténtica basada en la calidad (habría tantos ejemplos simples que servirían de sustento) permaneceremos estancados.*
Claro está que para ello hace falta que los argentinos dejemos de lado las "desavenencias", como pretendía San Martín, y todos unidos construyamos un país diferente, sin olvidarnos de la verdadera y honesta justicia social.
Mi estimado señor Presidente, disculpe le haya tomado tan-

to tiempo. Mi atrevimiento proviene de nuestra amistad. La historia lo ha puesto a conducir nuestra Argentina en un momento difícil, todos debemos ayudarlo.
Terminemos rápidamente con la reforma constitucional. Hagámosla y después a trabajar, trabajar y trabajar para el bien de todos y si el pueblo así lo quiere (y todo pronostica que es así) bajo su liderazgo.
Ojalá me haya comprendido. Sólo le he escrito estas líneas, como siempre, con absoluto respeto. Sinceramente,

René G. Favaloro

La medalla imposible

Hubo una medalla del gobierno de Menem que Favaloro nunca pasó a buscar. Era de metal, redonda, tenía tallado su nombre y la inscripción "Oficina Nacional de Ética Pública", un organismo creado por recomendación de los Estados Unidos para prevenir casos de corrupción y controlar el crecimiento patrimonial de los funcionarios. Favaloro recordó lo inútil que había sido la Comisión Duhalde, pero volvió a aceptar.

Fue designado miembro del consejo asesor, cuyo objetivo era redactar el primer Código de Ética en la historia institucional del país. Aceptó rápido la invitación de Luis Ferreira, con quien había compartido a su vez el plan para desactivar la creencia en el agua milagrosa de Tlacote.

Iban a acompañarlo entre otros el radical César Jaroslavsky, los ruralistas Enrique Crotto y Guillermo Alchouron, el filósofo Jaime Barylko, el abogado Jorge Alterini y el entonces presidente de la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas Rubén Beraja.

Todos tenían el traje planchado para la ceremonia de asunción cuando Favaloro llamó por teléfono con voz preocupada.

—Tengo un problema en la provincia de Buenos Aires de carácter penal, sería conveniente que no me sume al consejo asesor, puede ser mal visto.

El cirujano estaba nervioso porque el diario *Hoy*, de La Plata, había detectado la supuesta incompatibilidad entre su cargo de asesor del Instituto de Obra Médico Asistencial, la obra social de los empleados provinciales, y la presidencia de la Fundación

Favaloro, prestadora de servicios del IOMA. La publicación recordó además que el presidente del IOMA, Rubén Laguens, era director médico de la Fundación Favaloro. Más tarde, ocuparía su Consejo de Administración.

El director del hospital Rossi de La Plata, Oscar Zubieta, acusó al IOMA de "discriminación en el pago", porque decía que mientras los centros públicos de salud flaqueaban por los atrasos, las clínicas y los sanatorios privados estaban al día.

Otro médico, sin identificarse, se sumó a la queja: "A organismos privados que además reciben subsidios del Estado, los mantienen al día, tal como ocurre con la Fundación Favaloro".

Para Favaloro, fue como si le tiraran aceite hirviendo. Una vez más, se descargó por carta. Empezó amable, terminó iracundo:

> *Estimada señora directora:*
> *Al regresar en el día de la fecha (12 de mayo) de un extenso viaje, durante el cual realicé actividades académicas en distintas ciudades del mundo (representé a nuestro país en el Congreso Mundial de Cardiología de Río de Janeiro y asistí a reuniones en Cleveland, Maryland y Boston, ciudad en la que se llevó a cabo un encuentro de la American Association for Thoracic Surgery) me enteré del artículo publicado en su diario el pasado 6 de mayo.*
> *Una vez más compruebo que el periodismo publica hechos, a veces simples "dimes y diretes", sin comprobar su exactitud. La gente debe saber que, a pesar de que formo parte de la comisión asesora de IOMA, la Fundación que presido no se reserva privilegios de ningún tipo.*
> *Tanto el doctor Oscar Zubieta, como el profesional "que prefirió mantener su nombre en reserva" deberían haber averiguado con precisión el estado de cuentas de IOMA con respecto a la Fundación Favaloro. Cuando el doctor Rubén Laguens se hizo cargo de IOMA en abril de 1996, la deuda era de 4.447.000 pesos; a la fecha, ésta es de 4.384.000 pesos.*
> *Como viejo representante del Barrio del Mondongo, puedo decir —y lo hago con absoluta responsabilidad— que sólo un "mal nacido" (por no decir h. de p.) mantiene su nombre en reserva, pues lógicamente sabe que está mintiendo.*
> *Le solicito que esta nota sea publicada en su totalidad y se*

le dé el mismo espacio que se dio al artículo al cual me refiero. Atte.

Dr. René G. Favaloro

La polémica continuó. En una nota de la redacción, el diario *Hoy* publicó que cuando Favaloro "colocó a su empleado al frente del IOMA" la deuda con la Fundación era de varios meses, ya que "facturaba un promedio de 700.000 pesos mensuales, es decir que le debían unos seis meses de prestaciones".

"Y si ahora le deben 4.384.000, es porque se le deben apenas con unos días de atraso, ya que la Fundación Favaloro multiplicó por cuatro su facturación del último año, es decir que ahora cobra unos 4.000.000 de pesos por mes, según lo reconoció el propio Laguens".

El 6 de julio de 1998, cuando faltaba muy poco para asumir en la Oficina de Ética de la Casa Rosada, Favaloro agredió al periodista Carlos Festa, del diario *Hoy*, que lo había abordado para preguntarle sobre sus funciones paralelas. "Ojo con publicar eso", lo amenazó Favaloro, mientras agarraba al periodista del cuello, según el relato del agredido.

Uno de sus sobrinos, Mariano Favaloro, lo defiende: "Empezó a tener denuncias, salió en los diarios, lo agredieron los periodistas, él respondió y tiró un grabador. Igual, la Fundación estaba atrasada cuatro meses, o sea que si había privilegios igual no eran suficientes. A lo mejor tenía más asegurado el pago en forma, pero no en tiempo".

Cuando murió Favaloro, Mariano y Laguens coincidieron un tiempo en el consejo de administración de la Fundación.

La polémica alcanzó tal nivel de ebullición que Favaloro decidió no buscar su medalla. Sí fue a una reunión previa en el Salón de Acuerdos de la Casa de Gobierno, donde contó su versión de los hechos y se disculpó ante el cuerpo de asesores por no poder asumir.

La relación entre la Oficina de Ética y la prensa fue accidentada. Cuando se inauguró, en setiembre de 1997, el diario *Clarín* publicó las fallas de origen que tenía el organismo y las dudas sobre los márgenes reales que tenía para controlar la corrupción, dada su dependencia directa del Presidente de la Nación.

Enojado, y tras poner al frente del organismo al escritor José María Castiñeira de Dios —el antecesor de Ferreira—, Menem su-

girió que a la prensa habría que aplicarle la "libertad del palo".

Se refería a la idea de Benjamín Franklin de responder las ofensas a la reputación "con un puñetazo asestado sobre las sienes" y en caso de reincidencia, con "una buena paliza". Franklin, uno de los padres de la independencia norteamericana, lo había planteado en 1730.

Hay más antecedentes de los enojos de Favaloro con los obreros de la tinta y el papel. El 11 de mayo de 1976, cuando el país entraba en las tinieblas, le escribió al director del viejo diario *La Razón*, Marcos Peralta Ramos, molesto por el tratamiento que allí le daban y dolido en lo personal por la muerte de un hermano.

En tres carillas con membrete del Sanatorio Güemes, Favaloro redactó:

Estimado Sr. Director:
Desde hace bastante tiempo quería hacerle llegar a Ud. unas líneas con respecto a las últimas publicaciones del diario que Ud. dirige y que se refieren a mi persona. Si yo analizara las tres últimas veríamos que en la primera, relacionada con una conferencia de prensa realizada en la ciudad de Catamarca a pedido del Colegio Médico de esa provincia, han cometido algunos errores fundamentales, como por ejemplo hacerme aparecer diciendo que los médicos argentinos son muy mal vistos y que prácticamente han fracasado en el exterior, cuando en realidad todo lo manifestado fue lo contrario, y nosotros sabemos muy bien que los médicos argentinos en la inmensa mayoría han sido, son y serán siempre muy respetados por su capacitación médica y dedicación al trabajo, lo cual ha posibilitado que hoy se destaquen no solamente en Latinoamérica, sino en países altamente desarrollados como Estados Unidos.
La segunda publicación reciente con relación al acto de presentación de la Fundación Favaloro en la Cámara Argentina de Anunciantes es una mezcla en la cual han incluido muy pocos datos de esta presentación y sí varios de algunas disertaciones anteriores. Han mezclado los números con una serie de inexactitudes y no han tenido la capacidad profesional para entender el mensaje de la creación de esta Fundación.
En esa presentación yo dediqué todo mi esfuerzo para demostrar la importancia social de la Fundación con números

por demás explicativos, para hacerle entender a la comunidad la importancia que tiene la colaboración a ese respecto.

En la nota de ayer, la tercera, ya han colmado toda mi paciencia. Es indudable que no han sabido entender el mensaje que yo dejé en esa tradicional Biblioteca de Valentín Alsina. Recalqué que esa presentación estaba dedicada, no a ensalzar la actividad de los hermanos Favaloro en el medio pampeano, sino a través de ello resaltar la tarea intensa, tesonera, sacrificada y desinteresada, con una gran carga de sentido social que todos los médicos que ejercen en los pequeños pueblitos de mi país realizan a diario.

Ése fue el contenido de mi mensaje, al exaltar la importancia del médico rural que se encuentra totalmente desprotegido, sin ayuda oficial, para realizar su tarea y que, no obstante, a través de su tremendo esfuerzo individual, contribuye no solamente en la parte asistencial, sino también a levantar el nivel de la comunidad en la cual se halla enraizado.

En esta nota se ha cometido hasta el salvajismo de vestirme en una forma totalmente impropia. Se hace una descripción de mi personalidad y de una vestimenta que es totalmente ajena a mi espíritu y al momento muy especial en que me hallo viviendo, dada la desaparición de mi hermano.

Concurrí a esa conferencia vestido con traje negro y con corbata negra y gris, como corresponde y es tradicional en nuestras familias por respeto a los seres queridos que se van, y yo no entiendo de dónde este periodista, si es que se lo puede llamar como tal, obtuvo esa descripción cinematográfica de mi vestimenta.

Esto corrobora una vez más que, salvo excepciones, el periodismo de mi país sólo procura lo sensacional, y no va al fondo de las cosas. Por el solo hecho de saber empuñar una lapicera o un micrófono están autorizados a ejercer una función que es de tanta trascendencia para la sociedad y que requiere estudios y preparación meditadas.

Lamento tener que decir estas cosas, pero insisto, con algunas excepciones, el periodismo argentino no está para jugarse en la "cosa grande" sino en la "cosa pequeña" de la vulgaridad y en la venta del diario o de la revista.

Espero que Ud. entienda mi manera de ser, soy un simple ciudadano de mi país que se dedica a la tarea que Dios le ha encomendado de Cirugía Cardiovascular, y por algunas razones compenetrado del momento especial que vive esta Argentina de nuestro tiempo, trata de decir lo que es su verdad, que no es la verdad absoluta, es nada más que mi verdad, a través de la experiencia acumulada en tantos años de vida en mi país, en algunos años en Estados Unidos y en los continuos viajes al extranjero.
Creo que es mi deber no estar sentado en una torre de marfil realizando mi actividad científica totalmente desconectado de este bendito país al cual debemos la totalidad de nuestra existencia.
Yo espero que Ud. le dé publicidad a esta carta en el mismo espacio que le ha dado a las notas anteriores para corregir los errores de los amanuenses que Ud. tiene a su lado.
Espero Ud. sepa comprenderme. Saludo a Ud. con mi más distinguida consideración,

Dr. René G. Favaloro
Director

El escrache

En la despedida menemista, el anuncio del Poder Ejecutivo de recortar los fondos para la educación irritó a los estudiantes. La Universidad de Buenos Aires avisó que corría peligro de cierre y la comunidad de la enseñanza frunció el ceño. Una frase desdichada de Favaloro lo metió en el barro:

—En el país no pasaría absolutamente nada si cerraran por varios años facultades como la de Medicina y Derecho, porque tenemos médicos y abogados a rolete, que no encuentran dónde trabajar.

Se le fueron al humo. Los universitarios le hicieron un escrache, teatralizaron una clase frente a la Fundación y propusieron declararlo persona no grata.

"Favaloro no, educación sí", escribió una chica sobre el asfalto de la avenida Belgrano, con aerosol amarillo.

La secuencia se había disparado en la Casa de Gobierno, en una ceremonia con aplausos y granaderos, en la que Menem le

entregó a Favaloro un reconocimiento a su trayectoria en beneficio de la humanidad.

No era nueva su crítica a la sobreabundancia de profesionales en determinados rubros, pero el contexto de ajustes inminentes en el área educativa la magnificó.

Favaloro opinaba que la educación debía ser el motor del país y le volcaba especial atención al tema.

—Prefiero que me recuerden más como maestro que como cirujano.

Alumno de escuelas públicas, preceptor de un colegio secundario, hijo de la reforma universitaria antimedieval de 1918 y consagrado como "el hijo dotor" de una familia pobre que lograba la movilidad social en su seno, sus palabras sonaron en algunos como un ataque a la enseñanza estatal.

No lo oyeron completo. Favaloro estaba en contra del recorte presupuestario, aunque sí decía que la universidad estaba "enferma" y que había llegado el momento de discutir una nueva reforma, para adaptarla a los tiempos.

En su diagnóstico, los recursos de las universidades eran insuficientes, la cantidad de docentes escasa y el número de estudiantes excesivo, sobre todo si se miraba la relación entre los que ingresaban y el escaso 20 por ciento que se recibía.

Por eso sugería arancelar los cursos de posgrado, para que los profesionales empezaran a devolver parte de lo que el Estado les dio gratis durante su formación y asumieran un compromiso social. Proponía además ampliar el programa de becas, para darles chances de progreso a los más necesitados. La política educativa no debía estar aislada del proyecto de país.

—Si la Argentina sigue apuntando apenas a ser un granero, los graduados más dotados de conocimiento científico no encontrarán dónde aplicarlos y se irán del país. Se produciría otra fuga de cerebros.

El recetario de Favaloro contenía también puntos polémicos. Pensaba por ejemplo que había que "desterrar" la política de los claustros y que había que establecer un severo examen de ingreso "por neuronas", a contramano del principio del ingreso irrestricto.

Aconsejaba también una cacería de evasores impositivos.

—Si todos pagaran sus impuestos, cosa que acá no ocurrió nunca, seguro que alcanzaría la plata para salud y educación.

A su juicio, había deficiencias estructurales, derivadas de la

falta de apoyo oficial, pero también había problemas que se podían solucionar con un cambio de mentalidad.

—Es increíble, pero los chicos no leen. En vez de encargarle una montaña de tareas para el hogar, habría que incentivarlos a que agarren los libros. Y si no pueden en la casa, que lean en clase.

Por el contenido pedagógico, Favaloro solía elogiar a *El Libro Gordo de Petete*, de Horacio García Ferré. Disfrutó sobre todo del tomo 3, donde se publicó una lista de consejos para evitar los infartos, bajo el título "El corazón es un amigo... y a los amigos hay que cuidarlos".

—Sacando esto, no hay programas de educación popular —dijo en un reportaje.

El cirujano consideraba también que el tiempo de vacaciones escolares era inexplicablemente excesivo.

—A esa edad sobran las energías. No hay ninguna base científica para sostener que los chicos necesiten tanto descanso físico y mental. Dos de esos tres meses, deberían arreglar plazas o realizar tareas solidarias, si es posible en contacto con la naturaleza.

Siempre antiperonista, Favaloro sostenía que en 1945 la universidad se convirtió en una fábrica de títulos y que a partir de 1973 cometió la irresponsabilidad de largar a la calle a miles de profesionales mal capacitados.

A los médicos que se formaban en su universidad, en cambio, los mandaba a practicar a las villas miseria y a los pueblos del interior.

Cuando pudo dar las explicaciones del caso, entre tanto barullo, se amigó con los estudiantes que lo habían ido a repudiar, al ofrecerles compartir un debate sobre todos esos temas.

No le molestó tanto el ruido del escrache como una de las críticas que le hicieron.

—Fui injustamente agredido, hasta se me catalogó de "Maestro ciruela que se dedica a la medicina del lucro", sin que se tuvieran en cuenta los antecedentes de más de cincuenta años dedicados a la docencia, en contra de todo privilegio y a favor de la educación popular —escribió tras la polémica.

El señalamiento lo enfureció. Sin embargo, conocía al detalle los negocios que se hacían en la prestación de salud, las arquitectónicas maniobras de corrupción de algunos de sus colegas.

Esa angustia lo perseguiría hasta el fin.

7. El PAMI menemista

Un regreso

Tato Bores decía que así como había dirigentes "del riñón peronista", Santiago de Estrada pertenecía a "la próstata del PAMI". El experto en temas previsionales seguía teniendo buena imagen entre los jubilados cuando Alfonsín entregó de apuro el gobierno a Carlos Menem en julio de 1989.

De Estrada había recibido a Menem en Roma, durante la campaña electoral, en la que el riojano competía con el radical cordobés Eduardo Angeloz, dueño de un lápiz rojo con el que prometía tachar el gasto público improductivo.

"Traté a Menem cuando nadie daba un peso por él. Ya lo había recibido a Angeloz, que tenía buena imagen en Europa por Alfonsín. Los dos venían con el mismo esquema de querer promocionarse. Menem era el salvaje total. Salió de una entrevista con el Papa de tres minutos y dijo que habían sido cuarenta y cinco y que tuvo tiempo además para explicarle la doctrina social del justicialismo. En la embajada, les anunció a los curas que cuando tuviera dudas para tomar una decisión, iba a consultar a su amigo Antonio Quarracino, el arzobispo de Buenos Aires. Se los compró a todos", relata De Estrada.

Este hombre entrecano era candidato a diputado por la opositora Agrupación Federalista cuando recibió una oferta:

—Tengo intención de sumar a mi Gobierno a cuatro extrapartidarios. Uno por supuesto que es usted, si es que no prefiere seguir en la Santa Sede —lo invitó Menem.

—Mire, ahora soy candidato a diputado y creo que voy a asumir, después de las elecciones vemos —lo atajó con diplomacia De Estrada.

En las elecciones salió diputado y el Presidente lo volvió

a llamar para que ocupara la Secretaría de Seguridad Social.

—Estoy dispuesto siempre que tenga en mi órbita al PAMI —contraofertó.

—De acuerdo, con el PAMI también. Véngase a Buenos Aires y hablamos —aceptó Menem.

De Estrada pasó de los manjares del Trastevere a los churrascos de la Avenida de Mayo.

Equilibró el presupuesto y durante un año y medio trabajó tranquilo, aunque las presiones políticas le tocaban la puerta cada mañana.

A fines del 89, el diario *Sur* dio cuenta de una pelea cuerpo a cuerpo con Luis Barrionuevo, un sindicalista del gremio gastronómico que dirigía el Instituto Nacional de Obras Sociales (INOS) y que aparentemente se había inquietado por la orden de Santiago de Estrada de remover la conducción de la sucursal San Martín del PAMI, donde actuaba un tal José María Fernández. "Era un sobrino de él —cuenta De Estrada— y me acuerdo que cuando intervine la delegación y lo saqué, por las quejas de las clínicas de la zona, tomó la sede y se encerró adentro. Se fue recién a los quince días."

En el medio —según el relato del ex funcionario—, Barrionuevo lo llamó enojado:

—Bueno, esto es la guerra —lo desafió.

—Será la guerra, pero hay cosas que no puedo tolerar —le contestó.

—Está bien, le voy a pedir tu cabeza a Menem —redobló.

—Bueno, pedísela —alcanzó a decir De Estrada antes de colgar el teléfono, un servicio administrado entonces por la empresa ENTel.

Dos semanas después, Barrionuevo estaba otra vez al habla:

—Le pedí tu cabeza a Menem y me dijo que no. ¿Podemos sentarnos a conversar?...

De Estrada sorteó el incidente, pero empezaban a molestarlo esas presiones políticas sobre la obra social. Lo que más lo incomodó fue la insistencia del Gobierno por conseguir, a toda costa, la privatización de las jubilaciones.

—No es que esté en desacuerdo totalmente con el fondo de la cuestión, pero convengamos que las formas son muy desprolijas —advirtió en una reunión privada, con lugar para la intriga.

Mientras los funcionarios discutían la reforma previsional, empresarios del sector privado se frotaban las manos. Se estaban

montando las Administradoras de Fondos de Jubilaciones y Pensiones (AFJP), que iban a quedarse con uno de los mayores negocios de la era Menem.

Las formas que disgustaban a De Estrada no cambiaron y lo empujaron a renunciar a comienzos del 91, primero a la Secretaría de Seguridad Social, inmediatamente después a la conducción del PAMI, el cargo que había pedido tener enganchado.

El secretario general de la Presidencia, Eduardo Bauzá, hizo un intento por retenerlo, aunque sin demasiado esmero.

Un pasajero del Menemóvil

De Estrada fue reemplazado en la obra social por el tucumano Miguel Nazur, que lo había secundado en su gestión.

—Miguel —lo despertó un día el espigado Bauzá—, a Menem lo están rodeando. Tenés que venir, los leales tenemos que impedirlo.

El tono de cruzada contrastaba con la voz susurrante del funcionario, tan delgado como influyente en el Gobierno.

Febrero de 1991 venía con pronóstico de tormenta para el menemismo, ya que despuntaban escándalos por maniobras oscuras.

—Yo agarro, pero no me hagan ninguna cagada —se arriesgó Nazur.

Permaneció un año al frente del PAMI. Vivió de gira por las delegaciones del interior y hasta llevaba cantores de tango para ponerle clima a sus visitas.

Se tuvo que ir en medio de acusaciones de corrupción.

Un ex empleado suyo denunció irregularidades en la contratación de un grupo de prestadores para la Capital Federal y el Gran Buenos Aires y sugirió la existencia de un PAMI paralelo, para recaudar fondos de manera clandestina. Los cargos iban desde presuntas coimas en el contrato con la firma ASERSA, hasta supuestos negociados en el vínculo con el servicio de ambulancias, pasando por anomalías en los balances financieros y el uso indebido de viáticos de la obra social.

Ninguno de los delitos fue probado y la Justicia, tiempo después, dispuso su sobreseimiento definitivo.

Limpio en los tribunales, Nazur corrió a fotocopiar los fallos absolutorios, para llevárselos a Menem. Tomaba café en el despa-

cho de Bauzá, pegado al del Presidente, cuando se abrió la puerta sin aviso.

—Carlos querido, acá tenés, se hizo Justicia —intentó contagiar Nazur.

—Bueno, bárbaro, pero ahora estoy ocupado, hablamos otro día —lo desalentó Menem.

Supuso que lo iban a llamar y, mientras esperaba, empezó a pintar un cuadro, uno de sus hobbies. El motivo eran los Valles Calchaquíes. El estilo, figurativo. Y la espera, interminable.

Una década después del escándalo, Menem seguía sin atenderlo. "Fue todo muy extraño, porque otros funcionarios tuvieron problemas parecidos, y él los cuidó. Yo confiaba en el amigo. ¡Pero si habíamos sido como hermanos! Puse plata de mi bolsillo para su campaña del 88. Un día hicimos veinticuatro actos juntos en Tucumán, donde anduvo por primera vez en el Menemóvil. La verdad, fue todo muy raro", desliza Nazur.

Mientras aguardaba una reivindicación, empezó a sentir un dolor en el pecho, cada vez más punzante. Era un infarto.

Los médicos pudieron revivirlo, pero uno lo encaró feo:

—Si usted sigue con su rencor, la próxima lo atiende San Pedro —lo fulminó.

Dejó de hablar del PAMI con su esposa y empezó a trotar a las seis de la mañana por la Plaza del Congreso. Pero sus pinceles querían decir algo: empezaron a tornear escenas de la pobreza tucumana, llevada a niveles de miseria por el modelo económico que aplicaba su viejo amigo Menem. Un retrato colectivo de gente pidiendo comida frente a los negocios fue la confirmación del estilo.

Nazur consiguió hacer su primera exposición, vendió sus primeros cuadros y aumentó la producción a ritmo casi profesional. Pero Menem siguió sin hablarle.

El Presidente seguía sin encontrar a la persona ideal para el PAMI y buscó innovar:

—¿Y si pongo a una mujer?

8. Matilde Menéndez

La gobernadora 25

Matilde Elvira Svatetz tenía once años cuando los militares de la Revolución Libertadora le patearon la puerta al diario que administraban sus padres, en Salta. Anduvo en su infancia por el norte del país. Nació en Villa Ángela, provincia del Chaco, en 1944, y estudió en Tucumán.

Se recibió de médica psiquiatra y sanitarista en la Universidad de Buenos Aires. Y empezó a militar en la Guardia de Hierro, un sector del peronismo distanciado de la tendencia revolucionaria, más recostada en la efervescencia.

En los dispensarios de Avellaneda comprobó que la enseñanza universitaria no tenía que mucho que ver con la cruda realidad.

El 24 de marzo del 76, en plena ejecución del golpe militar, parió a su segundo hijo.

Mordió el polvo de la derrota justicialista de 1983 y desde la unidad básica de Colegiales se alineó en la renovación, encabezada por Antonio Cafiero, José Manuel de la Sota, José Luis Manzano y Carlos Grosso.

En 1987, Cafiero la nombró subsecretaria de Salud en la provincia de Buenos Aires. Y dos años más tarde, con la llegada de Menem al poder, consiguió ascender a secretaria de Salud de la Nación.

Salvó su vida de milagro, al no subir a un avión oficial que la tenía como posible pasajera y que se estrelló a las dos horas, en Misiones. En el accidente murió su inmediato superior, el ministro de Salud y Acción Social Julio Corzo.

De ese cargo, Menéndez salió eyectada, cuando se produjo la muerte por hambre de pacientes del hospital neuropsiquiátrico Braulio Moyano, en pésimas condiciones sanitarias. Su carrera

no iba a terminar ahí, porque Menem la tenía entre sus funcionarias favoritas.

Matilde buscó refugio en el Congreso como asesora y tuvo un breve paso por la intervención de la obra social de la siderúrgica SOMISA, que el menemismo se aprestaba a privatizar.

El 25 de setiembre de 1991, Menem la designó gobernadora de Tierra del Fuego, la última a dedo en un territorio que se estaba convirtiendo en provincia.

Pueblo chico, infierno grande: para cuidar las apariencias, y en medio del incipiente malhumor social por las sospechas de corrupción, Matilde les prohibió a sus colaboradores las habituales panzadas de centolla y champagne que se daban los funcionarios cuando viajaban a Ushuaia, la ciudad más austral del mundo.

Tenía que procurar la victoria del PJ en las elecciones del primer gobernador por el voto popular de la futura provincia 24. No lo consiguió: el peronismo perdió por 247 votos, frente al Movimiento Popular Fueguino.

Pero Matilde tenía más hilo en el carretel. Todavía le quedaba una vida.

Menem, que había viajado a Ushuaia para encabezar la asunción de José Estabillo, se encerró con la funcionaria en el sector naval del viejo aeropuerto, durante veinte minutos. Ella salió de la reunión con la sonrisa que había perdido por la derrota electoral. Ese 10 de enero de 1992, supo que iba a manejar el PAMI, una obra social que, por su presupuesto millonario, algunos consideraban la provincia 25.

La dama de blanco

Se sentía como en un cumpleaños de quince. Medias blancas, collar de perlas, vestido al cuerpo, andar apretado. Besuqueaba mesa por mesa a los invitados, los abrigaba contra el pecho, les regalaba una sonrisa. La Cena de la Lealtad Justicialista había logrado excitar a Matilde Menéndez, anfitriona y plato fuerte de la noche.

La presidenta del PAMI no le había prestado demasiada atención a la frontera entre su función pública y su carrera política. Esa noche, ese 17 de octubre de 1992, eran lo mismo.

Cantó cinco veces la Marcha Peronista, al ritmo de un bombo que tenía la bandera de Boca. Los jubilados hacían cola para salu-

darla, los muchachos de la Agrupación Ramón Carrillo comían de arriba y cantaban "Matilde y Perón, un solo corazón".

—No hay que hablar más de la honestidad y la corrupción, compañeros, tenemos que ser honestos y transparentes todo el día.

El menemismo enfrentaba entonces las primeras acusaciones de corrupción. Una compra sospechosa de guardapolvos, un pedido de coimas al frigorífico Swift, privatizaciones apuradas.

—Hay que predicar con el ejemplo, como ha pedido el Presidente de la Nación.

Matilde tenía una posición expectante en las encuestas de opinión. La medían como ministra o como potencial vicepresidenta de Menem, en una aventura reeleccionista que en 1992 estaba prohibida por la Constitución.

—Depende de nosotros que nuestro Presidente pueda ser reelecto en el 95, compañeros.

La barra se agitaba: "Se siente, se siente, el turco Presidente".

La Agrupación Ramón Carrillo vivió su época de gloria mientras Matilde Menéndez estuvo al frente del PAMI. Tenían recursos suficientes para acompañarla a donde fuera, para hacerle el aguante.

"Yo te daré, te daré Patria hermosa, te daré una cosa, una cosa que empieza con P: Perón", y "Llamen al gorila de Alfonsín, para que vea, que este pueblo no cambia de idea, lleva la bandera de Evita y Perón" fueron los hits de esa noche con Matilde, la única dama de blanco del salón.

La confusión entre la dedicación exclusiva al PAMI y la promoción política personal fue un pecado habitual en la obra social. No importaba el color del funcionario a cargo, era más fuerte el objetivo de arrimar agua al propio molino.

La imaginación no tenía límites. Uno de los integrantes del directorio que acompañó a Menéndez llegó a hacerle un regalo insólito al Presidente de la Nación.

Fue una mañana nublada, que anunciaba tormenta.

El caballo que aguardaba la llegada de Menem vivía su día estelar. El cepillo le acomodaba las crines con suavidad. Nunca lo habían acariciado tanto. Sentía inusual desayunar terrones de azúcar, una manjar sólo comparado con el pasto fresco.

Lucía esbelto y portentoso. Estaba bien como regalo, sobre todo porque el presidente podía llevarse de Marcos Paz una foto

como la que mostró a Perón de uniforme sobre un animal muy parecido, igual de manchado.

Lo había atado al palenque Osvaldo "Patón" Masprone, un menemista de espaldas anchas que supo cuidar de cerca los desplazamientos de su jefe.

Los truenos hacían temblar la tierra cuando el patrón acomodó por última vez la montura. No le prestó demasiada atención al clima.

Llegó Menem, saludó a los militantes, escuchó discursos, comió el asado, agradeció los homenajes y en eso, la sorpresa:

—Carlos, el pueblo de Marcos Paz te quiere hacer este obsequio, para que sigas la huella del general.

Acostumbrado a regalos impactantes, a Menem le pareció que el de Masprone estaba entre los más ingeniosos.

Acarició el hocico del animal y volvió a la mesa, donde lo esperaba una bandeja de pastelitos caseros. La tormenta se desató a la hora del café. Los globitos que se formaban en el piso anunciaban lluvia para rato. Todos siguieron con el festejo hasta que una mujer se acordó del pobre caballo.

—Qué papelón, se le están borrando las pintas... Estaba teñido —se avergonzó.

Masprone no sabía dónde meterse, Menem empezó a morirse de risa. Tenía una anécdota más para contar a los visitantes extranjeros, un ejercicio que lo apasionaba.

En 1992, con aval de Menem, Masprone fue designado miembro del directorio del PAMI, bajo la presidencia de Matilde Menéndez.

El trampolín

—Matilde, ¿nos podés contar quién era Mariquita Pérez?

—Era una muñeca que yo tenía cuando era chica. ¿Cómo se enteraron?

El programa "Me gusta ser mujer" no se caracterizaba por la profundidad de los temas. Ese día, sin embargo, la anfitriona sentía ansiedad por meter algún bocadillo fuera de libreto.

Nacha Guevara tenía de invitada a la primera mujer que accedía a la conducción del PAMI en los veinte años de existencia de la institución. La actriz y conductora supuso que algo tenía que decir, que la audiencia se lo pedía.

La palmera artificial del decorado no ayudaba demasiado a su inspiración, pero Nacha se animó:

—Amigas, hoy nos visita Matilde Menéndez. A ella sí que las cuentas le cuadran...

El elogio anticipó una charla a prueba de incomodidades.

Matilde había aprendido algunos trucos esenciales en el arte de comunicar. Miraba a la cámara cuando hablaba del PAMI y cruzaba las piernas con cuidado, para evitar planos indiscretos de sus faldas breves.

Mirtha Legrand la recibió en su programa con un aplauso del público, que en televisión suele ser más obediente que espontáneo.

—La felicito, doctora. Está en carrera política, votos le van a dar.

Matilde se hizo habitué del programa "La mañana", de Mauro Viale, donde contestaba las preguntas de los jubilados y promocionaba su gestión.

—Encontramos un PAMI absolutamente desquiciado. Hoy tenemos superávit, presionamos al aparato prestador para que brinden los servicios que corresponden y hay un alto grado de satisfacción entre los afiliados.

Cuando se encendía la lucecita roja de la cámara, era capaz de sonreír ampliamente al lado de Ruckauf, uno de sus futuros rivales en la interna del poder. La preocupación por la imagen del PAMI fue una obsesión. Un día sumó un aliado impensado...

La maquilladora estaba nerviosa. Durante años desparramó colorete por los pómulos de Carlos "Minguito" Altavista, Norma Aleandro o Alfredo Alcón, no era la inexperiencia la causa del terremoto desatado en sus manos. Acababan de decirle que en el camarín estaba Anthony Quinn, dicharachero y a dos minutos de salir a escena.

Lo recordaba traidor en *Simbad el Marino*, torero en *Sangre y Arena*, beduino en *Lawrence de Arabia*, caudillo en *El León del Desierto* y actor para el bronce en *Zorba el Griego*, pero no imaginaba en qué se iba a transformar ahora.

—¿Tanto despliegue para una filmación de treinta segundos? —se intrigó la mujer, mientras se caía un delineador.

El invierno del 92 encontró a Anthony Quinn en Buenos Aires, militante a la distancia de la Fundación de Actores Jubilados de Hollywood y curioso por la simpatía que le despertaba Carlos Menem.

—Este hombre es una persona inteligente, va a hacer milagros para la Argentina —predijo una mañana en la quinta presidencial de Olivos.

Lo vieron tan embriagado por la radiación del riojano —y las uvas de sus viñedos— que un funcionario de Matilde Menéndez se tentó:

—Señor —le dijo en castellano al patriarca mexicano, nacido en Chihuahua, en 1915—, sería para nosotros un honor que usted participe de la campaña televisiva que estamos haciendo en defensa de la obra social de los abuelos argentinos.

El protagonista de *El Viejo y el Mar* retrasó la pera, arqueó las cejas grises y apuntó las palmas al sol. Trato hecho. Empezó a rodar el aviso para la serie "El derecho de los grandes". Y donó los honorarios. No le hubieran cabido en su cuenta bancaria, inundada por los cachés de 158 películas.

Los espacios en los medios para la campaña de promoción con artistas, muchos de los cuales trabajaron gratis, costaron 923 mil dólares.

Acción:

ANTHONY QUINN: —El primer paso para combatir la injusticia es la libertad.

LOCUTOR: —PAMI mejora la calidad de sus servicios dándole a sus afiliados de Capital Federal la posibilidad de elegir los institutos de alta complejidad, laboratorios y centros radiológicos de su zona, que ahora son más y de primer nivel.

ANTHONY QUINN: —Y la libertad está basada en el derecho.

LOCUTOR: —A partir de ahora, usted tiene derecho a cambiar de médico o de sistema si no se sintiera bien atendido.

ANTHONY QUINN: —¡Recuérdelo!

LOCUTOR: —Consulte a su médico de cabecera, o llámenos a PAMI Escucha las veinticuatro horas. PAMI, el Instituto de los Grandes. Porque nuestros mayores merecen más.

—Perfecto, muchachos, salió muy bien. Emilia, por favor, sacale el maquillaje al señor.

Los actores Juan Carlos Thorry, Iris Marga y Amelita Vargas también fueron invitados a los comerciales del PAMI. Aceptaban gustosos y no cobraban. La etapa de los escándalos todavía no había comenzado.

Carlitos Balá era ídolo de los chicos, pero a pedido del Go-

bierno saltó dos generaciones en un minuto, para sumarse a la campaña del Programa de Salud Integral del PAMI. "Esto es para los grandes. Campaña de Vacunación Antigripal", decía el afiche callejero con la foto del cómico.

Mostrar famosos aseguraba buena imagen, una fachada simpática que desviaba las miradas de los temas administrativos.

Confirmó la tendencia la circulación, en 1994, de una serie de videos auspiciados por "PAMI, El Instituto de los Grandes" para los centros de jubilados, con personalidades de la tercera edad que contaban sus experiencias de vida. Mechaditos, aparecían a veces discursos con la voz de Juan Domingo Perón y fotos de Evita. Más algún párrafo inclinado: "Nunca el pueblo argentino, el pobre, el trabajador, vivió mejor que en la época de Perón. No me lo puede negar nadie. Cayó Perón y caí yo también, me prohibieron cantar en la radio y en la televisión. Hoy tengo mucha amistad con Menem. El día que haya que votar votaré por Menem, si es que veo que las cosas van bien". El dueño de las palabras era Antonio Tormo, el cantor que popularizó "El Rancho 'e la Cambicha". Y la dirección artística de los videos estuvo a cargo de Rubén Stella, un actor que ocho años después se convirtió en secretario de Cultura de la Nación, durante el gobierno de Eduardo Duhalde.

La revista *Contares*, una publicación que editó la obra social durante la gestión Menéndez, insinuó equilibrio, cuando plantó una elogiosa nota a Raúl Alfonsín en el número dedicado a Chascomús. "Es un vecino carismático y saludador. Nunca tiene demasiado dinero en el bolsillo. Una vez alguien le preguntó por qué no había hecho plata y Alfonsín, pensándolo detenidamente, le contestó: 'creo que nunca me lo propuse' ", escribió el redactor.

Matilde Menéndez se acercó un día hasta la casa de los Alfonsín y charló con Ana Foulkes. "Su hijo mayor, Raúl Ricardo, es el hombre que devolvió la democracia al país, consolidada por el presidente Carlos Menem", decía la revista.

Con el presupuesto más alto de su historia, cercano a los 3.000 millones de dólares, el PAMI fue considerado en esa época un invitado estelar a la fiesta menemista. Matilde anuló los contratos directos de Nazur, que habían llevado a Menem a considerar la eliminación del Instituto. Y armó una licitación pública de los servicios, con precios máximos y competencia por la calidad.

En el país crecía el debate sobre las prácticas corruptas. De las declaraciones públicas de la presidenta del PAMI, era posible armar un catálogo indicativo:

—Los médicos de cabecera creían que tenían una beca, había trescientos vagos.

—Para que haya coima tiene que haber sobreprecio o subprestación. La coima sale de pagar excesivamente un servicio, o de pagarlo muy barato, sin garantía de que se preste. Para contrarrestarlo, es imprescindible el control.

—Ningún prestador se funde por pagar una coima. Si la da es para ganar más dinero, para obtener un beneficio. Eso es acá y en la Cochinchina.

—Entonces, para que haya coimas, el PAMI tiene que pagarle de más al prestador o el prestador hacer de menos. Y yo puedo demostrar que somos los que pagamos menos en el mercado y los que exigimos más.

—Creo que si había coimas en el PAMI, ahora hay muchísimas menos.

—No voy a permitir que digan que hago pero robo.

Conocedores de las zonas laberínticas de la obra social agregaban a esta lista el constante merodeo de "influyentes", personajes que ofrecían acelerar trámites, conseguir contratos o destrabar pagos a cambio de una comisión. También el adelanto indebido de pliegos de una licitación, para permitirle a los interesados correr con ventaja. Y los "peajes" instalados en el camino burocrático de una habilitación para un centro médico.

Amistad a sola firma

"El famoso doctor Favaloro construye su clínica dorada." El título del *The New York Times* era más impactante que cualquiera de los publicados en la Argentina.

El doctor se conmovió aun más al zambullirse en el artículo: "Es un verdadero héroe mundial, un médico rural que fue a los Estados Unidos y cambió parte de la medicina moderna".

Los halagos fueron justificados con números. Decía que el Instituto de Cardiología y Cirugía Cardiovascular, "uno de los más avanzados de América Latina", había costado cincuenta y cinco millones de dólares y que Favaloro, hasta sus sesenta y nueve años, había realizado más de trece mil bypass.

"Hace veinticinco años, un desconocido cirujano argentino, trabajando en la prestigiosa Cleveland Clinic, abrió el pecho a un paciente y realizó una operación que es una piedra fundamental

en cirugía cardíaca: un 'by pass' coronario. En el curso de dos años, había revolucionado la medicina cardíaca", completó el redactor. Era agosto de 1992.

El proyecto definitivo del Instituto de Cardiología había sido presentado en julio de 1989, en una ceremonia en el hotel Alvear, a la que asistieron el presidente Carlos Menem, la entonces secretaria de Salud, Matilde Menéndez, el intendente Carlos Grosso, el secretario de Ciencia y Técnica, Raúl Matera, y el embajador norteamericano, James Cheek.

—Esta inauguración —leyó Favaloro— es la materialización de un sueño, resultado de nuestra paciencia, perseverancia, trabajo y esfuerzo. No siempre fuimos entendidos. El objetivo que debe guiarnos es la conformación de un centro de excelencia, lo cual no se concibe si no se investiga y no se hace docencia. Ésta ha sido la idea principal que ha rondado mi alma desde hace mucho tiempo. Es un acto de fe.

Menem y Matilde hablaban por lo bajo. El presidente pensaba en los votos que podría generar ese hombre y se derretía.

Apenas llegó a la conducción del PAMI, en enero del 92, ella desplegó un plan de seducción. El resultado fue la mayor cercanía de Favaloro a la obra social en toda su historia. Además de los adelantos de cápita, el doctor aparecía en actividades públicas organizadas por Menéndez. Si había una exposición de veinte científicos, Favaloro y Menem cerraban la jornada. Quedaban para el final, como pasa en las veladas de box con las figuras principales.

En setiembre del 93, el cirujano disertó ante cinco mil agentes sanitarias sobre el "Concepto de Salud, Prevención y Medicina Social". Se sorprendían por el lenguaje directo de las explicaciones; la experiencia de Jacinto Aráuz había sido clave.

En ese "Primer Encuentro Nacional de Promotoras de Salud", las mujeres aprendían a detectar abuelos en riesgo. A los que estaban solos, tenían que tratar de arrimarlos a los centros de jubilados; y a los enfermos, a los distritos del PAMI.

El folleto donde apareció mencionada la exposición de Favaloro tenía en la portada el eslogan "PAMI Te Ama". Y la letra "m", forma de corazón.

Fue la época de máximo contacto. Favaloro aceptó sumarse al Consejo Científico Asesor del PAMI, integrado por la flor y nata de la medicina local. "Fue una maniobra muy hábil de Menéndez. La presentación se hizo en un teatro. Aplaudieron a todos, pero cuando se nombró a Favaloro, la ovación fue impresionante, me

acuerdo muy bien", cuenta Luis Ferreira, nuevamente encargado del reclutamiento de las personalidades.

El cirujano ocupaba el lugar número once de la lista, que para evitar celos fue ordenada alfabéticamente.

Entre los veintidós estaban Alejandro Tfeli, médico personal de Menem, Carlos Benjamín Álvarez, cardiólogo de Matilde y de Maradona, Alberto Mazza, luego ministro de Salud, Norberto Larroca, directivo de los prestadores del PAMI, y Osvaldo Fustinoni, presidente de la Academia Nacional de Medicina.

También figuraba la doctora Ana María Di Lonardo, encargada del Banco Nacional de Datos Genéticos del Hospital Durand, donde se hicieron los análisis de ADN que ayudaron a la búsqueda de desaparecidos.

El Consejo actuaba como una junta médica. Sugería tratamientos a los pacientes y autorizaba la realización de operaciones costosas si valían la pena. Sus dictámenes no eran de cumplimiento obligatorio para la conducción del PAMI.

"Era una relación estrictamente académica con el PAMI. Se estudiaban los casos más complejos por patología y por gastos. La desventaja que teníamos era que elaborábamos los dictámenes sobre la base de las historias clínicas, sin examinar al paciente. Era una especie de tribunal que determinaba si algo estaba bien o no", explica Ferreira.

Del Consejo Científico Asesor surgió también un cuadernillo que contenía un "Programa de Salud Integral", en cuyo prólogo Matilde Menéndez escribió: "El PAMI se dedicará más a la salud que a la enfermedad".

El coqueteo quedó registrado además en un folleto de la campaña preventiva de la hipertensión arterial, donde apareció el logotipo del PAMI y, en la misma carilla, el de la Fundación Favaloro. Marchaban juntos en esa empresa.

Para evitar los sustos de la presión, las dos instituciones alistaron consejos tales como "Reducir el consumo de sal. Eliminar de la dieta todas las conservas, fiambres, quesos con sal, sopas o caldos envasados. Evitar el consumo de medicamentos con alto contenido de sodio, bicarbonato y antiácidos. Bajar de peso. Reducir el consumo de alcohol. Dejar de fumar. Hacer ejercicio físico. No tomar café en exceso".

"Consulte a su médico periódicamente. No se olvide que la prevención es el mejor remedio."

Prospectos similares fueron redactados en convenio con la

Policía Federal, por cuestiones de seguridad, y con instituciones como la Liga Argentina de Lucha contra el Cáncer.

El aviso sobre el programa social Pro-Bienestar del PAMI para cine y televisión tuvo como protagonista a Favaloro. Nunca se supo por qué duró poco en la pantalla y si Favaloro estaba absolutamente de acuerdo con la promoción, pero al aire salió, con este guión:

RENÉ FAVALORO: —Nuestro país está entrando en la etapa más avanzada de la actividad asistencial. La medicina social.

LOCUTOR: —El nuevo programa Pro-Bienestar del PAMI es un servicio modelo, primero en el mundo y destinado a los Grandes.

RENÉ FAVALORO: —La salud no es el mero hecho de estar o no estar enfermo. Lo psíquico y lo social son pilares fundamentales de este nuevo y revolucionario concepto.

LOCUTOR: —Con el nuevo programa Pro-Bienestar del PAMI, los centros de jubilados contarán con lo necesario para construir comedores comunitarios, centros recreativos, o apoyar a los más necesitados solidariamente. O muchas cosas más, que usted irá descubriendo con su participación.

RENÉ FAVALORO: —Para poner fin a temas que nos preocupan a todos: el desamparo, la soledad, el olvido.

LOCUTOR: —Acérquese al PAMI de su distrito, infórmese y sea protagonista.

RENÉ FAVALORO: —Medicina social, lo más avanzado científica y humanitariamente.

LOCUTOR: —PAMI, El Instituto de los Grandes.

Telón.

El arrepentimiento

—Matilde, tengo que pedirle un favor, necesito plata, porque tenemos algunos problemas financieros y la Fundación puede llegar a tener problemas para pagar sueldos y aguinaldos.

—No se haga problema, René, yo se lo arreglo. Lo único que le pido es que me mande una nota mencionando estos motivos, así yo se lo encarrilo.

Como si se tratara de un banco, el PAMI le dio a Favaloro

3.500.000 dólares en concepto de "adelanto de cápitas", es decir, por prestaciones que todavía no había realizado.

Fueron dos tramos: uno de 2.000.000, concedido en diciembre de 1992, y otro de 1.500.000, otorgado en junio de 1993. La aprobación corrió por cuenta del directorio encabezado por Menéndez.

El PAMI no le exigió a Favaloro ningún informe sobre la situación económico-financiera de su Fundación. Salvo su pedido por carta, no había ningún otro documento que justificara la necesidad del préstamo.

Las cuotas de devolución fueron más que cómodas: a los plazos originales de diez meses, Favaloro consiguió prórrogas semestrales.

El cirujano tenía por entonces línea directa con Menem, a quien consideraba "un buen tipo" desde que lo conoció, en 1971. Con un llamado arreglaba las emergencias. Con esa seguridad acudió a Menéndez, que habilitó los pagos mediante las disposiciones número 1762 y 2140.

Un día, el 21 de marzo de 1995, sus contactos no alcanzaron. Un patrullero se estacionó en la puerta de la Fundación y los uniformes azules bajaron presurosos.

—Tenemos una orden de allanamiento del juez federal Juan José Galeano. Por favor, déjenos entrar —se presentó el policía a cargo del operativo.

Las dos chicas de la recepción principal se pusieron nerviosas. Se les caían las lapiceras, se confundían los números de internos y empalidecían como el mármol, hasta que acertaron con la administración.

—No hay inconvenientes, tienen que pasar por la confitería, el oratorio, y subir por los ascensores de aquel pasillo. Los están esperando.

Revolvieron carpetas y se llevaron documentación. Favaloro explotó:

—Fue una actuación intempestiva. Se nos trató como simples delincuentes —bramó.

Enseguida llamó a Menéndez y engordó el lamento:

—No lo puedo creer, me trataron como si yo fuera un narcotraficante —le comentó indignado. Ella lo calmó.

Tan bien se llevaban que cuando estalló un escándalo por sobornos entre prestadores del PAMI, Favaloro la defendió:

—Jamás Matilde Menéndez ni ninguno de sus colaboradores

insinuaron un posible retorno, así que nuestra relación ha sido completamente limpia. Siempre hemos procedido en forma honesta y clara de ambos lados, por eso me quedo muy tranquilo —juró por radio.

En ese momento de tensión, el Consejo Científico Asesor del PAMI publicó una solicitada donde decía que la gestión de dos años de la funcionaria había contribuido a mejorar la cobertura sanitaria y social de más de cuatro millones de personas.

Lejos de las reverencias, la Auditoría General de la Nación determinó que los adelantos del PAMI fueron "indebidos".

El organismo había investigado los préstamos que la obra social le había dado a siete clínicas privadas por treinta millones de dólares y determinó que por no haber puesto esa plata a plazo fijo, la institución de los abuelos dejó de ganar intereses por casi 2.300.000 dólares. El Cuerpo de Peritos Contadores de la Justicia elevó la cifra a 3.715.500.

Sobre el caso específico de la Fundación Favaloro, la Auditoría señaló que "el anticipo de 2.000.000 de pesos no fue devuelto ni en tiempo ni en forma a lo pactado en el convenio". El organismo de control estaba encabezado por el jurista radical Enrique Paixao.

El trabajo revelaba más: "Se detectaron asimismo nuevos anticipos por un monto total de 4.571.141,28 pesos", aunque aclaraba que "se cancelaron totalmente al producirse automáticamente el ingreso de nuevas facturaciones del prestador".

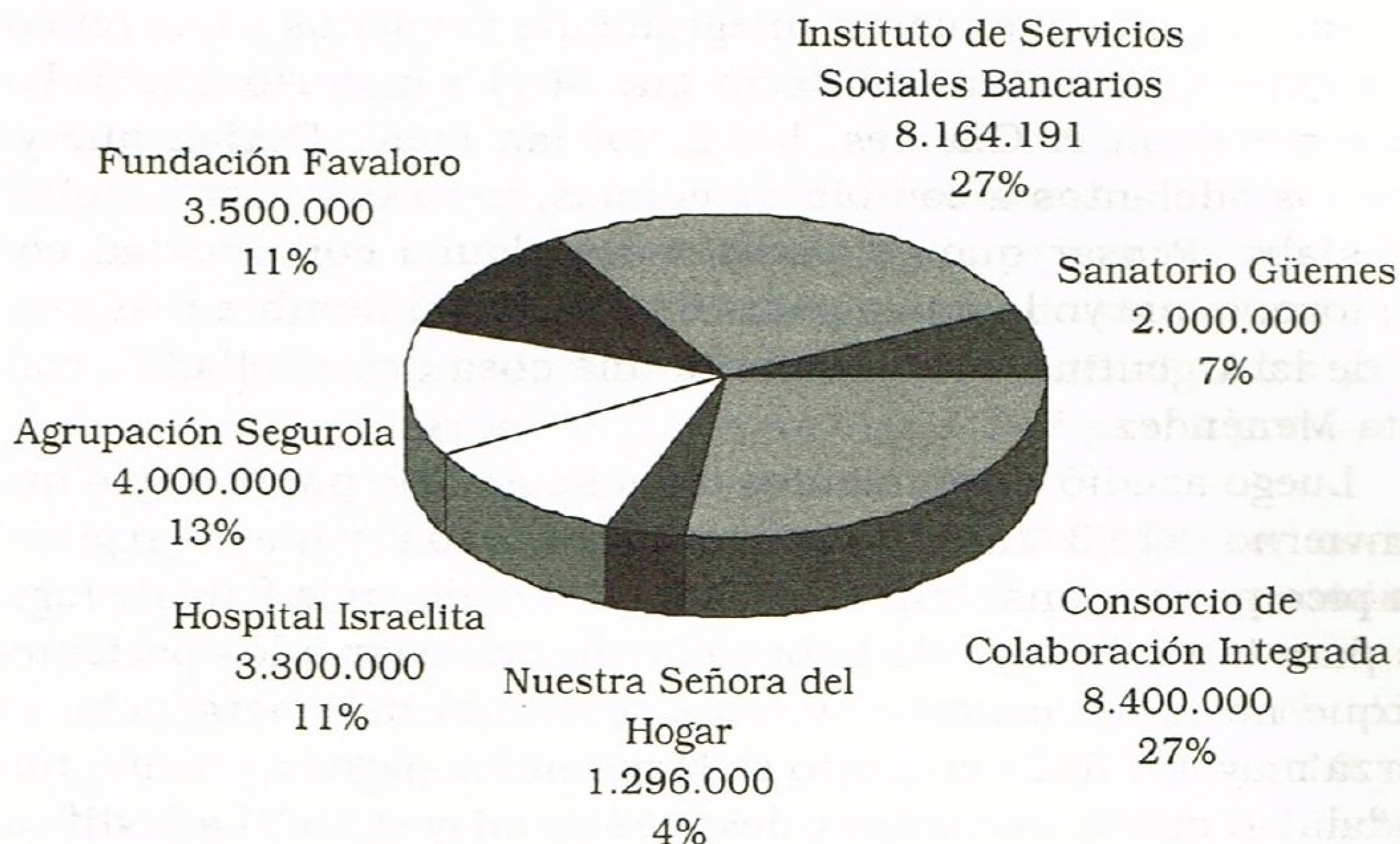
El circuito era así: Favaloro primero cobraba, luego prestaba los servicios médicos y por último se lo facturaba al PAMI. Para la Auditoría, estos adelantos "carecieron de sustento normativo para su otorgamiento, dado que no fue dictada norma reglamentaria alguna que regule y autorice esta clase de anticipos".

El caso llegó a la Justicia de la mano del abogado Ricardo Monner Sans, un hincha de San Lorenzo que también empujaba por entonces la denuncia por la venta ilegal de armas a Croacia y Ecuador, que llevó a Menem a prisión durante 166 días.

Para él, el PAMI se había convertido en un "ente financiero", que al dar adelantos se desviaba de su función específica de dar cobertura médica y social a los jubilados.

La ley de creación del Instituto establecía que la plata que sobrara debía ser invertida en depósitos a plazo fijo en el Banco Hipotecario Nacional o en el Banco de la Nación Argentina. Así, el mecanismo de los adelantos perjudicaba los intereses del PAMI,

Los adelantos del PAMI



Estimación de las pérdidas que tuvo la obra social por no haber depositado el dinero en plazos fijos de bancos oficiales, como marca la ley.

Proveedor/Prestador	Plata prestada	Interés no cobrado*
Sanatorio Güemes	2.000.000	150.000,00
Instituto de Servicios Sociales Bancarios	8.164.191	612.314,33
Fundación Favaloro	3.500.000	262.500,00
Agrupación Segurola	4.000.000	300.000,00
Hospital Israelita	3.300.000	247.500,00
Nuestra Señora del Hogar	1.296.000	97.200,00
Consorcio de Colaboración Integrada	8.400.000	630.000,00
Totales	30.660.191	2.299.514,33

*Tasa estimada: 7,5% anual.
Fuente: Auditoría General de la Nación.

ya que no le permitían rescatar esa mayor rentabilidad de su dinero.

"No eran adelantos, eran pagos a cuenta a prestadores con convenio vigente que fueron íntegramente devueltos y que tenían un seguro de caución, es decir que si el sanatorio quebraba, como pasó con el Güemes, los devolvían igual. Decían que yo daba los adelantos a cambio de coimas, pero después la coima no estaba. Pensar que yo podía tener alguna complicidad con Favaloro, o que yo le podía pedir un retorno al hombre más creíble de la Argentina, era realmente una cosa descabellada", contesta Menéndez.

Luego acudió a argumentos climáticos. Dijo por ejemplo que el invierno del 93 "fue el más frío de la década" y que se registró "un pico prestacional impresionante" reflejado en la falta de lugares para internación: "No había adónde trasladar a los pacientes porque no había camas. Fueron situaciones de emergencia, de fuerza mayor. En ese contexto se hicieron los pagos a cuenta, una modalidad que se usó antes y después de mi gestión". La justificación era, al menos, incompleta: el primer adelanto a Favaloro se hizo el 17 de diciembre del 92, cuando estaba por empezar el verano.

"No hay tanto misterio —retoma la ex funcionaria—, muchísimos viejos querían estar en manos de Favaloro. Con doscientos millones de dólares por mes y 4.150.000 afiliados, a mí me alcanzaba para que se fueran tranquilos a operar allá. Entonces yo tomé la decisión empresarial de auxiliar a Favaloro en un momento crítico. Él tenía su manera de administrar y yo le podía dar un auxilio, porque me lo devolvía atendiendo a los viejos como si fueran de la mejor prepaga. Lo contrario era entrar en un conflicto, en un corte de servicios, o en un maltrato. Yo cometí un montón de errores, pero esto no es un delito."

Pese a la sintonía con el doctor, Matilde nunca lo tuvo como cardiólogo de cabecera. Prefería atenderse con Carlos Álvarez, del sanatorio Sagrado Corazón, uno de los que le salvó la vida a Maradona.

En la polémica pública, se reprochaba que mientras se daban esos préstamos a clínicas privadas, los hospitales públicos no tenían ni para jeringas.

Sin digerir esa discusión, ni la denuncia, ni la investigación judicial y menos que menos el allanamiento, Favaloro se terminó de atragantar en enero del 96, cuando vio al auditor Paixao por

televisión explicando las "irregularidades" de los "engañosamente denominados anticipos".

El cirujano empuñó su lapicera como si fuera un bisturí:

Es cierto que nos efectuaron adelantos con el compromiso de pagarlos con nuestro trabajo por decisión del directorio de PAMI. Hemos cumplido con creces nuestro compromiso pues no sólo hemos devuelto el adelanto con trabajo, sino que al 11 de enero de 1996 se nos adeuda de acuerdo con nuestra contabilidad y a los módulos establecidos para nuestra institución, la suma de 7.001.142 pesos por servicios médicos efectuados.

Después de largos trámites, y al no contar PAMI con recursos, debimos aceptar —dados nuestros apremios económicos— la certificación de PAMI de una mínima parte de la deuda para solicitar un crédito bancario (Banco Nación) por el que nosotros debemos pagar un interés del 16 por ciento. Entiéndase bien: lo único que hizo PAMI fue certificar la deuda en forma parcial y comprometerse a pagar en un tiempo prudencial.

Gran contrasentido: a pesar de los adelantos, PAMI tiene una deuda significativa con nosotros.

En ella figuran todos los insumos (la inmensa mayoría proveniente del extranjero) que es necesario utilizar para nuestra profesión y que el Instituto de Cardiología y Cirugía Cardiovascular debe adquirir. Éstos representan aproximadamente el 40 por ciento de la deuda. De alguna manera nuestro instituto subvenciona los gastos de salud ¡y todavía debe pagar intereses para cobrar parte de lo que se le adeuda!

Creo que queda demostrado que nuestra conducta ha sido limpia y honesta. Insisto, hemos devuelto con creces lo que se nos ha adelantado.

Hace tiempo que deberíamos haber discontinuado —no sé si llegó el momento de hacerlo— nuestra asistencia médica a los jubilados. Si no lo hemos hecho es porque pensamos en ellos.

Luego propuso una salida al sistema de "retornos", le advirtió a Paixao que iba a analizar enjuiciarlo por "el daño trascendente que nos ha producido", y confesó, en esa misma carta, lo

que nunca había dicho desde 1971. Que se había arrepentido de volver:

> *Este año se cumplen veinticinco años desde mi regreso de los Estados Unidos. Rechacé, entre otras cosas, ofertas millonarias en dólares, libres de impuestos, por no cambiar mi decisión. Es fácil comprender que no volví por razones económicas y mucho menos para desviarme de los lineamientos éticos y morales que recibí de mis padres y maestros. Por primera vez en estos últimos meses he estado pensando si fue correcto regresar, pues nada ha sido fácil en este país que, como decía Echeverría, debe regenerarse más que reorganizarse. Nuestros males vienen desde lejos.*

El ímpetu le empezaba a flaquear.

Existió una carta más antigua de Favaloro, del 4 de agosto de 1993, que confirmó la utilización de los préstamos del PAMI para afrontar gastos corrientes de la Fundación, no vinculados estrictamente a la atención médica de los abuelos.

Se la escribió al periodista Enrique Vázquez, quien, sin cuestionar la honestidad personal de Favaloro, publicó en la revista *Humor* que los adelantos eran en realidad subsidios encubiertos a entidades prestadoras de salud, "operaciones financieras que nada tienen que ver con los estatutos ni la finalidad del PAMI".

Parecía menos enojado que en la carta que escribiría a Paixao tres años después, pero ya estaba calentando los motores.

> *Sr. Enrique Vázquez:*
> *Días atrás, como recordará, lo llamé por teléfono y lo invité a que concurriera a nuestro instituto para que se interiorizara del mismo y poder analizar su artículo. Deseo aclararle que el Instituto de nuestra Fundación es un centro médico dedicado a la cardiología, cirugía cardiovascular y trasplante de órganos, planificado para atender a TODA la comunidad, sin fines de lucro. No tiene dueños, pertenece realmente a la comunidad y a través de un esfuerzo descomunal de un grupo de hombres y mujeres que sólo pretenden ser útiles a sus semejantes, sin distinción de ninguna naturaleza.*

A poco más de un año de iniciar nuestras tareas, miles de pacientes se han beneficiado, aproximadamente 40 por ciento de PAMI, 45 por ciento de obras sociales, un 10-12 por ciento de asistentes prepagos y un mínimo grupo de pacientes privados. Inclusive por un convenio con el Ministerio de Salud y Acción Social, pacientes indigentes (término que no me gusta usar) han sido internados.
Tenga usted por seguro que toda nuestra actividad es limpia y honesta (le adjunto un fascículo que detalla lo que tenemos aquí en el Instituto, en la última página usted podrá leer los diez mandamientos laicos que rigen nuestro trabajo y que se cumplen a rajatabla).
Esta primera etapa es difícil, dura, no es fácil cumplir con todos nuestros compromisos económicos a fin de mes. Por ello solicitamos a las autoridades de PAMI adelantos que debemos pagar con nuestro trabajo. Agradecemos a las mismas (los pedidos fueron tratados en reunión de directorio) la ayuda que nos prestaron.
Nuestro trabajo es remunerado por PAMI por módulo (no por cápita) es decir una suma fija por cada operación u otro tipo de tratamiento. Como consecuencia:
1) Los adelantos no han sido "concedidos graciosamente", se han seguido disposiciones establecidas por PAMI de acuerdo a sus estatutos.
2) No formamos parte de ninguna manera "del circuito irregular de dinero".
3) No hemos efectivizado ningún reintegro para la actividad política de las cápitas.

Desde nuestro regreso en junio del 71 hemos practicado nuestra profesión con absoluta honestidad, sin reintegros, sin retornos, sin amoralidades. Nuestros libros contables están a su disposición para que usted o el experto que designe pueda auditarlos. No tenemos nada que esconder.
No podríamos dedicarnos a la docencia y a la investigación si no tuviéramos el alma y las manos limpias de toda posible contaminación. Los jóvenes que nos rodean pueden certificar que jamás "lo económico" ha interferido con nuestra profesión.
Si el dinero fuera el principal motivo, me hubiera quedado en Estados Unidos. Debe usted saber que si antes dedicaba

la gran mayoría de mis ingresos a la Fundación, ahora, desde que presido la misma y dirijo el Instituto, legalmente no puedo cobrar un peso.
Lamento que nos haya incluido en su nota, creo que hubiera sido lo lógico que usted corroborara con nosotros los hechos. Se hubiera dado cuenta de que nuestras puertas están siempre abiertas, que siempre hemos procedido con corrección, con absoluta corrección y honradez. No le quepa a usted la menor duda. Queda pendiente su visita para que nos conozca en profundidad.
Saludo a usted respetuosamente,

René G. Favaloro

Coimas por TV

Matilde Menéndez sabía que se movía en terreno sinuoso. Aliada al operador menemista José Luis Manzano, enemiga del ministro de Salud Julio César Aráoz y compañera de campaña de Carlos Corach y Claudia Bello para la elección de constituyentes, la mujer entendió que tenía que rodearse de gente que le cuidara la retaguardia.

Sentó a su hermana sobre la caja de la obra social. De dirigir un banco en Francia, Marta Svatetz pasó a ocupar la gerencia de Finanzas del PAMI. El joven novio de Matilde, Máximo Pérez Catán, quedó a cargo de Ceremonial, la oficina dedicada a pulir la agenda y cuidar los detalles del protocolo.

Y su peluquero, Juan Fernando Sosa, o Valerio Ducca para el ambiente artístico, consiguió un sueldo de 5.000 dólares para cortarle el pelo a las jubiladas. Ducca, peinador de famosas, llegó a organizar desfiles de moda en los geriátricos, en los que sentaba a su amiga Matilde en primera fila.

—Esto es revolucionario. En una sociedad que sacraliza a las jóvenes de dieciséis, darle a los abuelos la posibilidad de ser mirados, de sentirse bien con sus cuerpos, con sus arrugas, habla de un mensaje muy humano y saludable. Yo gasto en peluquería porque me alcanza para que los viejos vivan dignamente y no inundados del olor a roña que había en los geriátricos cuando yo llegué.

La jefa decía que tanto su hermana como su novio y su peluquero cumplían con su trabajo.

—No nombré a ochocientos parientes. En el caso de mi hermana, le pedí el favor que viniera porque tenía la calificación técnica adecuada. Ahora, si es lo mismo la hermana diplomada que el hermano carnicero...

La patada era para el ministro Aráoz, que había logrado colocar en la delegación Córdoba del PAMI a su hermano, Gregorio "Rulo" Aráoz, a quien atribuían un pasado en el comercio de las nalgas y las tiras de asado.

La autopromoción era una de las actividades preferidas de Menéndez. Aparecía en videos de propaganda, llena de soluciones para los abuelos, siempre al lado de Menem. En la Casa Rosada consideraron peligrosa la cercanía. ¿Qué busca Matilde?

El 25 de febrero de 1994, justo en el prólogo de la campaña electoral que la tenía como candidata a convencional constituyente, su carrera política cayó al precipicio.

Otra vez el PAMI en una película, en vivo y en directo. La escena principal captaba a un grupo de prestadores de la obra social intercambiándose sobres con dinero. Eran empresarios del rubro psiquiatría, con las manos en la masa.

Estaban en la sede central del Banco de Crédito Argentino, Reconquista y Rivadavia, a baldosas de la Casa Rosada.

—Ningún prestador se funde por pagar una coima. Si la da es para ganar más dinero, para obtener un beneficio. Eso es acá y en la Cochinchina —había dicho Matilde aquel día que describió a la corrupción.

La policía registraba cada uno de los movimientos sospechosos, les hacía primeros planos a las caras de los involucrados, estaba todo preparado para desentrañar un gran caso de corrupción.

Sólo hacía falta seguir cuidadosamente a los que se llevaban la plata. ¿Hacia dónde irían? ¿Al PAMI? ¿Al despacho de Matilde Menéndez, en Chacabuco 271? ¿Y si sólo cruzaban la calle, para entrar a la Casa de Gobierno? ¿Estaban robando para la corona? Era cuestión de minutos saberlo, sólo había que seguirlos.

Los investigadores se mordían las uñas, pero de golpe, inesperadamente, alguien se apuró. Los policías irrumpieron en la escena.

Completaron rápido la rutina de esposar a los sospechosos y secuestrar los sobres. Abortaron el pago, pero cortaron la cuerda que los iba a llevar al verdadero destinatario del "retorno", palabra que en ese momento ingresaba al diccionario popular como sinónimo de "soborno".

A ese instante mucho le debe el Frente Grande, que creció en la carrera electoral al ritmo de sus denuncias contra Menéndez. Aníbal Ibarra y Carlos Alvarez desplegaron su destreza ante los micrófonos. La gimnasia los llevaría cinco años más tarde a la cima del poder.

Pese al escándalo, Menéndez conservó su lugar en la lista de candidatos del peronismo. Menem todavía la respaldaba. También Eduardo Duhalde, aunque con más tibieza que fervor. Los viejos enemigos de la mujer, como Bauzá, se relamían.

El 10 de abril de 1994, el PJ recibió una paliza en las urnas, justamente a manos del Frente Grande. Se elegían los miembros de la futura Asamblea Constituyente, que iba a consumar el Pacto de Olivos entre Menem y Alfonsín, con la reelección presidencial como médula de la reforma de la Constitución.

Matilde fue considerada la madre de la derrota, y su sucesor en el PAMI, el sindicalista Carlos Alderete, la acusó de haber dejado un desequilibrio operativo de 148 millones de dólares. Se hablaba de un "agujero negro", pero ella contestaba que había dejado un "agujero blanco".

—Yo entregué el PAMI con quinientos millones de dólares de reservas. No me jodan.

Su deseo de quedarse "hasta viejita" en la conducción de la obra social también había caído en el abismo.

—Es mentira que yo tenía más plata, gastaba diferente. Pagué las deudas, generé superávit y di todas las prestaciones. Va a ser difícil demostrar entonces que yo me quedaba con el 25 por ciento.

Cuando entró en desgracia, su novio joven y pintón fue trasladado de la casa central del PAMI a la filial Lanús, en el sur del conurbano. Al tiempo se separaron.

En la Justicia, los procesamientos que se dictaron en primera instancia recayeron sobre miembros del directorio de Matilde, que aprobaron sus iniciativas y aceptaron sus indicaciones.

Ella no votaba en las reuniones, por más voltaje que tuviera el tema. Se guardaba para casos de empate, como le permitía la ley. Así, se escudaba de las decisiones formales, sólo asumía los costos políticos, que desde el Gobierno se encargaron de hacerle pagar. Perdió su invicto judicial en marzo de 2003, cuando fue obligada a dormir una noche en el calabozo por presunto falso testimonio en el juicio por el atentado a la AMIA. Esta causa no tenía nada que ver con su gestión en el PAMI.

Jamás volvió a un cargo público. El fugaz presidente Adolfo Rodríguez Saá quiso rescatarla del olvido a fines de 2001. Le pre-

guntó si el PAMI, a esa altura derrumbado, tenía chances de resucitar, y ella le dijo que sí.

Pero la sola mención de su regreso contribuyó al tronar de las cacerolas en la Plaza de Mayo. La presidencia del puntano duró una semana. Lo llamaron "el brevísimo".

La silla caliente

—Basta de escándalos, que nadie me joda la reelección.

La tumultuosa despedida de Matilde hizo enojar al Presidente, obsesionado por mantener las riendas del poder. El termómetro social no mentía: el revuelo por el intercambio de sobres hizo perder votos al oficialismo en la elección de constituyentes. Y todavía faltaba un trecho para la consagración del Pacto de Olivos. Menem decidió que era hora de pasarle una espátula a la cáscara política que envolvía al PAMI.

—Hay que poner algún técnico —le sugirió Bauzá, siempre atento a las decisiones que influían en la obra social.

El resultado fue un desfile de funcionarios de perfil más bajo que Matilde, que tampoco pudieron despejar la sombra de desconfianza sobre los manejos en el PAMI.

Entre la salida de Menéndez y la llegada de Víctor Alderete pasaron otros cuatro interventores: el sindicalista Carlos Alderete, el contador Alberto Abad, el traumatólogo Antonio Maldonado y el directivo de empresas Alejandro Bramer Markovic, un "ingeniero" sin título.

Vinculado a la jerarquía católica y al mando de la Federación de Luz y Fuerza, Carlos Alderete ya había tenido un contacto con la función pública, cuando actuó como ministro de Trabajo de Alfonsín. Despotricó contra Matilde Menéndez por el "déficit operativo" que padecía el PAMI y se alineó rápido a Menem.

—Tengo la obligación moral y patriótica de ayudarlo.

En agosto de 1994, Alderete Primero contrató un servicio de cine itinerante para llevar películas a los abuelos de los puntos más remotos del país. La Auditoría General de la Nación consideró que el trámite fue muy desprolijo, ya que el PAMI terminó gastando por cada entrada el equivalente a una jubilación mínima de la época. La empresa prestadora, Road Movie, parecía hecha a medida del negocio.

La compañía empezó a trabajar en noviembre del 94, pero

imprimió su primer talonario de facturas dos meses después. Obtuvo un jugoso contrato directo, sin tener que competir con otras empresas y sin la obligación de demostrar solvencia económica. Tampoco, según la auditoría, cumplió con las funciones pactadas, pero se las arregló para cobrar una millonaria reparación por "lucro cesante". Embolsó finalmente 1.250.000 dólares. Y sólo había brindado 13.542 entradas. Cálculos de matemática simple daban un costo de 92,3 dólares por jubilado que se sentó frente a la pantalla. Hasta en Hollywood era más barato.

En los nueve meses que estuvo Carlos Alderete, la obra social gastó más de lo que podía. Y la Justicia lo procesó inicialmente por presunta defraudación.

Abad, el siguiente, estuvo apenas medio año, invadido por señalamientos de ausentismo crónico del personal del PAMI.

—Tenemos que hacer una limpieza. No tiene que haber personas que cobren sin trabajar. El problema es que acá nadie entró por un aviso en los diarios, sino por acomodo político, durante los distintos gobiernos. Créanme, son capas aluvionales.

El plantel nunca bajó de los diez mil integrantes. La limpieza a fondo apenas fue una cosquilla de plumero. Menem igual obtuvo la reelección, con casi el 50 por ciento de los votos, y Abad renunció a la semana, para volver a acoplarse al entorno de Bauzá.

Maldonado, hombre del ministro Mazza, había trabajado como directivo de entidades de medicina privada y había colaborado con el empresario Osvaldo Cornide. En su asunción, el 16 de junio del 95, estuvieron los sindicalistas Jorge Triacca y Raúl Amín, por entonces influyentes en la CGT.

—No sé si saldremos exitosos, pero saldremos impecables —dijo con voz de orgullo.

El ministro de Economía, Domingo Cavallo, mostraba los colmillos hacia la obra social, a la que quería achicar a su mínima expresión, en el marco de una reforma al sistema nacional de salud. Madrugó a Maldonado con un recorte de cuarenta millones de dólares, una plata que el PAMI necesitaba para cubrir su déficit. El interventor no tuvo reflejos para revertir la medida.

Maldonado justificó también los adelantos de cápita. Menem lo echó desde los medios de comunicación.

Bramer Markovic aterrizó sin padrinazgos a la vista y con pretensiones de atacar todos los frentes a la vez.

—Ayudame a emprolijar esto, que hay mucha polvareda —le pidió Menem, antes de soltarlo al ruedo.

Para investigar la situación general, Bramer contrató a las consultoras privadas Arthur Andersen, Henry Martin, Ernst & Young Consulting S.A. y KPMG, entre otras, y les pagó en total más de tres millones de dólares.

Su excusa por el gasto fue la falta de confianza en los controles internos del PAMI.

El equipo de Bramer, comandado por el ingeniero Ángel Perversi, trabajó afuera de la sede central, para evitar ser molestado por las protestas gremiales, entonces en ebullición.

La oficina secreta tenía en los pasillos ataúdes en mal estado, que los laderos de Bramer conservaban como prueba de la ineficiencia del servicio de sepelios.

También guardaban una colección de dentaduras de plástico, imposibles de calzar en la boca de un adulto mayor, pero tan costosas para el PAMI como las de marfil.

—Obligan a los viejos a comer puré toda la semana. Los dientes de arriba nunca se acoplan a los de abajo. Esto es una verdadera estafa —denunció Perversi, un ex Bunge y Born.

Acumuló casos parecidos y escribió un capítulo tragicómico de la historia del PAMI, titulado "El Guinness del Horror". Mencionó por ejemplo al "Superman de la Argentina", un abuelo que, según las planillas oficiales, tomó una pastilla de calcio por hora durante cuatro meses seguidos. Era, obviamente, un caso de sobrefacturación de medicamentos.

Consignó que se encontraron dos recetas con la misma fecha y a la misma persona, con una contradicción insólita: una era por diarrea aguda y la otra por constipación. Nunca se supo si el paciente consiguió liberarse de su problema o si le quedó atascado.

El PAMI, según este libreto, llegó a engendrar "gemelos": afiliados internados en dos clínicas diferentes al mismo tiempo, por varios días. Era evidente que una de las clínicas mentía en sus rendiciones, para sacarle más plata al PAMI. Tal vez mentían las dos.

El informe detectó que la obra social de jubilados y pensionados pagaba seis millones de dólares al año en concepto de guardería para chicos. Fue porque al padrón original de abuelos se fueron sumando distintas categorías de afiliados, como las madres solteras, los indigentes o los ex combatientes de Malvinas. Cuando se acabaron los recursos, el deterioro afectó a todos.

Existían también las "ambulancias-colectivos", que llevaban a diez jubilados de una sola vez, pero cobraban por diez viajes. La

carilla de presentación sintetizaba el patetismo. Decía: "PAMI. 15.000 empleados. Organización ineficiente e indolente. Totalmente politizada y sindicalizada. Ausencia de controles y auditorías. Gastos fuera de control, gran cantidad de corrupción interna y externa. Falta total de profesionalización y liderazgo. Ausencia informática. Anarquía".

La actuación de la dupla Bramer Markovic-Perversi no calmaba la ebullición interna en la obra social. Ante el temor de despidos masivos, los empleados del PAMI hicieron una jornada de luto y atendieron al público vestidos de negro.

—No puede ser —interrumpió Bramer a su plana mayor—, el PAMI está manejado por los gremios. ¿Qué se creen? ¿Que es un botín? No lo puedo probar, pero es *vox populi* que el servicio de ambulancias que nos hace tantas manifestaciones es de ellos.

Favaloro lo fue a ver tres veces, para destrabar la deuda que reclamaba.

En la etapa Bramer, el PAMI requería esporádicamente a la Fundación, pero le reconocía un precio mayor que al resto de los centros de atención cardiológica.

—Es uno de los prestadores más caros —comentó el interventor en una reunión.

A mal puerto fue a parar Favaloro: el interventor dispuso dejar de pagar todas las deudas del pasado, hasta su minuciosa verificación. Fue una suerte de moratoria unilateral, que armó revuelo.

Bramer iba amontonando enemigos. Un buen día quedó envuelto en un escándalo, cuando se supo que en el decreto de su designación, en tarjetas personales y en algunos poderes que firmó como interventor figuraba, antes de su nombre, la sigla "Ing." De "Ingeniero", una profesión que no tenía.

Lo denunciaron por "usurpación de títulos y honores".

—No me pueden encontrar nada deshonesto, por eso me ensucian con esta porquería. Esto tiene una mano negra, de algún interés que habremos tocado.

Bramer desconfiaba de todos. Una mañana, sin avisarle a nadie, se presentó solo en Tribunales con una megadenuncia sobre corrupción en el PAMI, que nunca avanzó.

Había sido estudiante de ingeniería, pero no se recibió. El juez federal Claudio Bonadío no encontró delito y lo disculpó. En la sentencia, sin embargo, sugirió que a Bramer le gustaba que lo llamaran "ingeniero".

9. Víctor Adrián Alderete

El pavo y el gorila

La llegada de Víctor Alderete al PAMI es la historia de un pavo de Navidad que no se terminó de cocinar.

Lo había encargado en la granja de siempre y se disponía a prepararlo a la York, su especialidad. La costumbre de darle el toque final al pavo, antes de presentarlo ante los parientes, venía de la época de su juventud, cuando simpatizaba con grupos antiperonistas.

—De gorilismo doy clase —se jactaba.

Fue amigo personal del almirante Isaac Rojas y festejó el golpe de 1955 como un campeonato mundial. El joven Alderete estaba dispuesto a colaborar como fuera con la llamada Revolución Libertadora. Las conspiraciones lo deleitaban, casi tanto como los pavos de Navidad.

A principios de los 70, por el carril derecho de la vida nacional, Alderete ayudó al capitán ingeniero Álvaro Alsogaray a organizar Nueva Fuerza, una expresión liberal fanática del libre mercado, el orden y la autoridad. La agrupación impulsó su candidatura a diputado en 1973, pero no obtuvo los votos suficientes.

En la campaña, Alderete reforzó su amistad con María Julia, la hija coqueta de Alsogaray, a quien veía simpática y parecida a su papá. Iba a ser la mujer que veinte años más tarde le presentaría a Carlos Menem.

El 24 de marzo de 1976 encontró a Alderete “asqueado por la guerrilla, preocupado por las matanzas”. El funeral democrático le devolvió una sensación de alivio.

—¿Para qué permitirle a la gente la posibilidad de elegir a sus representantes, si no saben?

Otra vez tenía ganas de comprometerse con el régimen, de participar en forma activa. Pareció invocar el llamado que llegó desde la Casa de Gobierno.

—El presidente Videla quiere contar con sus servicios.

—Mire, no tengo el gusto de conocerlo personalmente, pero dígale al general que necesito pensarlo.

—Haga lo que quiera, pero acaban de firmar el decreto. Usted es asesor técnico de la Presidencia de la Nación.

Alderete era conocido entre los militares. Para ellos, su perfil anticomunista, antiperonista, corrosivo, militante, servía para disimular con caras civiles el poder uniformado.

Les dijo a sus superiores que no quería el sueldo, que estaba dispuesto a trabajar gratis. Pero le explicaron que si no le pagaban, los demás asesores tampoco iban a poder cobrar y se iba a armar un problema.

Finalmente, no sólo cobró, sino que de esa época proviene la jubilación de 1.246 pesos, con 87 centavos, que consiguió a través de la caja de la Policía Federal.

Alderete asesoró al gobierno de Videla en materia de convenios internacionales, libertad de comercio, fomento a la producción nacional y salud, donde se empezaba a mover con soltura. Actuaba como nexo entre la Casa Rosada y la Comisión de Asesoramiento Legislativo, que suplantaba al Congreso.

Era gerente general de la empresa de atención médica TIM cuando accedió a un pedido del vicepresidente de la firma, Hernán Bunge, para figurar como síndico suplente de una sociedad que tenía por ahí. Había abogados que solían prestarse a ese tipo de trámites.

Lo curioso fue que la compañía SMC, vinculada al comercio de las armas, estaba integrada por los generales Guillermo Suárez Mason y Ramón Camps, personajes emblemáticos de la represión ilegal.

Con el tiempo, Alderete se arrepintió de esa decisión: "Me pidieron un favor y dije que sí, pero ahora diría que no. Es más, si me hubiera cruzado a Suárez Mason por la calle, le pasaba con el auto por encima. Alguien me dijo que podría haber tenido algo que ver con la muerte de una secretaria que tuve y de amigos míos", revela, ahora con voz condenatoria hacia las violaciones a los derechos humanos.

La guerra de Malvinas interrumpió sus tranquilas tardes de golf. Una mañana de mayo, cuando las tropas inglesas se acerca-

ban, encontró vacía la Casa de Gobierno. Empezó a dudar del compromiso de las Fuerzas Armadas con el país.

—¿Qué anda haciendo por acá, Alderete?

—Cualquier cosa menos festejar. ¿Nadie piensa en que nos pueden cagar a palos?

El régimen se derrumbó, Alderete le entregó la dirección técnica de la Presidencia a los radicales y volvió a dedicarse de lleno al negocio de la salud.

Manejó la prepaga Diagnos y durante doce años presidió la Cámara de Instituciones Médicas Asistenciales de la República Argentina.

Nunca había interrumpido la costumbre navideña de adobar el pavo. Un día, sin embargo, un peronista indescifrable se le cruzó en el camino. Su vida cambiaría para siempre.

Cuando Menem derrotó a Angeloz en las elecciones presidenciales, Alderete entró en pánico.

—Mony, nos vamos del país —la sacudió a su esposa, la decoradora Mony Lieste Moreno.

El susto le fue bajando a medida que escuchaba en boca del riojano melodías que parecían tomadas de la partitura liberal.

Del arrebato, Alderete pasó a la curiosidad.

—¿Y a éste qué le pasa? ¿No sabe que su partido se lo va a comer?

En agosto del 89 lo llamó María Julia, interventora de la Empresa Nacional de Telecomunicaciones (ENTel):

—Víctor, sé que estás con Adelina, pero no me importa. Quiero saber si podés colaborar conmigo en la obra social de los telefónicos.

—Yo no entiendo un carajo de eso.

—Hacete cargo, después vemos.

Adelina D'Alessio de Viola era otra dirigente liberal que deslumbró a Menem y Alderete actuaba en ese momento como encargado de salud de la Unión de Centro Democrático (UCeDé), también fundada por Álvaro Alsogaray.

La primera vez que vio a Menem en persona quedó prendado: "Me dio un abrazo cariñoso en el Plaza. Me pareció un seductor, un tipo que quiere que todo el mundo lo adore".

A la semana lo llamó Ramón Hernández, uno de los secretarios privados de Menem:

—El Presidente quiere jugar al golf con vos, mañana.

—No hay problema, decile que lo espero.

Como mandamás de Los Lagartos Country Club, Alderete era capaz de aplazar un torneo internacional con tal de que Menem encontrara la cancha despejada.

La amistad se iba a mantener durante toda la década. Fue un tiempo de máxima fidelidad, objetivos comunes, defensas mutuas y hasta de cárcel simultánea.

De ENTel saltó al Instituto de Servicios Sociales Bancarios, en octubre del 95. Se peleó con Domingo Cavallo porque no le quería firmar un decreto que daba a la obra social bancaria cien millones de dólares.

El ministro de Economía mantuvo su negativa, pero le costó el puesto. La resistencia a firmar el decreto que favorecía a Alderete fue una de las excusas que encontró Menem para echarlo del Gobierno y ponerle fin a una relación que estaba rota desde que Cavallo denunció en el Congreso la existencia de mafias enquistadas en el poder. Tiempo después, Alderete fue procesado por su gestión en el Instituto Bancario, acusado de supuesta malversación de caudales.

Lo mejor estaba por venir. Victorioso del choque con Cavallo, Alderete se sentía agrandado, empezó a soñar con el Ministerio de Salud de la Nación. A esa altura, ya conocía la llave de cualquier promoción, su amistad inquebrantable con Menem. Se lo decía a sus amigos:

—Si Menem me pide que me tire del Obelisco, lo único que le pregunto es: ¿a qué hora?

A fines de 1996, Menem le pidió algo peor.

—Quiero que te vengas conmigo a la Antártida a pasar Nochebuena.

A Alderete se le cayeron los pantalones. En cuarenta años, nunca había dejado a su familia, pero a Menem no le podía decir que no.

—¿Qué voy a hacer con el pavo que ya encargué?

—Quedate tranquilo, Víctor, lo comemos así nomás. Si insiste tanto es porque te necesita.

El Presidente ya había perdido a su hijo Carlitos, al estrellarse su helicóptero. Y el poder no lo llenaba.

Llegaron a Río Grande a las once de la noche del 23. Se repartieron los trajes antárticos naranjas, vitales para atajar el frío. Estallaron las carcajadas cuando Alderete empezó a luchar con los pantalones:

—Yo bailo acá adentro, la puta que lo parió.

Se habían puesto de acuerdo para meterle en el bolso los pantalones del general Martín Balza, que lo doblaba en estatura.

A la medianoche, la Fuerza Aérea determinó que era imposible bajar a la pista de la base Marambio, por las condiciones del clima. Menem insistía, pero no había caso. Discutieron hasta las tres de la mañana y decidieron cancelar. A las ocho de la mañana del 24 de diciembre, Alderete estaba de vuelta en su departamento de Retiro. Sólo pensaba en cómo superar el pavo del año anterior. Estaba a punto de calzarse el delantal blanco cuando otra vez sonó el teléfono. Era el llamado que iba a cambiarle el destino.

—Le habla el edecán, el Presidente lo espera a jugar al golf a las 9.30.

Alderete no había dormido. Le tenía terror a las noches y sobre todo si las pasaba en un avión. Volvió a colgar el delantal y se fue para Los Lagartos.

El partido terminó a las cuatro de la tarde, hacía 37 grados.

Sofocado, mal dormido, agotado, Alderete subió otra vez a la Panamericana en su Ford convertible, rumbo al pavo. Nunca se ponía el cinturón de seguridad, porque de tan petiso, le apretaba el cuello.

—¡Qué pelotudo que fui! ¿Por qué no le dije a Carlos que venga a casa esta noche?

Fue lo último que pensó antes de cabecear por el cansancio. Se estrelló contra un bloque de cemento, a centímetros de una cabina de peaje. Despertó bañado en un charco de sangre, sin poder hablar.

—Es la lengua, se ahoga —gritaba el camillero.

Alderete se había cortado la lengua en dos y se había roto cuatro costillas. En esa época, en las bromas de café, se decía que Menem traía mala suerte. Algunos lo llamaban "Méndez", para evitar una pronunciación que temían peligrosa.

Con la boca cosida, sin posibilidad de ser enyesado y con una batería de antibióticos pidió volver a la casa, para pasar la Navidad en familia. Menem lo llamó a las 23.30, Alderete sólo emitía sonidos guturales. A la mañana siguiente fue a visitarlo. La bata de Alderete era una mancha de sangre y baba.

—Parezco Robespierre —escribió en una hoja suelta.

A los dos días, Menem y Alderete se volvieron a ver en una cancha de golf. El presidente murmuró un anuncio:

—Víctor, tenés que curarte, sos el nuevo interventor del PAMI.

Carlos Menem escribió esto:

Después de ejercer durante cincuenta años el comercio ambulante y la elaboración doméstica de vinos en la provincia de La Rioja, mi padre Saúl padeció su ocaso y su muerte sin más asistencia médica que la muy precaria que socorría a los ancianos en la década del 70 en una provincia pobre.
Terminando esa década, mi madre, Mohibe, correría con su salud y su vida igual suerte. Yo estaba preso entonces y ya era consciente de que sería Presidente de la Nación.
No puedo dejar de recordar a mis mayores cuando pienso en la obra social más grande del país, el PAMI, que tiene ahora una fuerte e indiscutible presencia en todas las provincias argentinas.
Mi gobierno ha sido el único en la historia de la Argentina que destina casi la mitad del presupuesto nacional —veintidós mil millones de dólares— a jubilaciones, pensiones, atención médica y programas solidarios para los abuelos.
Es impensable la inversión realizada en el PAMI fuera del contexto de la política económica global que impuse en 1989.
El mandato bíblico de honrar a los ancianos debe ser también una tarea del Estado.

Parecía un discurso de campaña electoral, la parte llorona de una autobiografía, o las memorias del salvador de los abuelos argentinos. Pero no, eran párrafos de la carta de presentación de un libro que hizo redactar Víctor Alderete para quedar en la historia de la seguridad social argentina.

Se editaron seis mil y una tanda tuvo encuadernación de lujo, para regalar a personalidades y entregar a organismos internacionales.

La obra se llamó *PAMI. Una transformación necesaria* y fue traducida a la lengua de William Shakespeare. *PAMI. A Much-needed Transformation*, decían las tapas de los ejemplares que fueron encontrados en las cajas que Alderete hizo llevar una noche, con efectos personales y papeles de la obra social, cuando terminó su gestión.

Se abrió una causa por lo que parecía un mal uso de los dineros de los jubilados y los fiscales Jorge Di Lello y Gerardo Pollicita consideraron que Alderete mandó a hacer el libro "a fin de garantizar la satisfacción de su ego personal y su afán de protagonismo".

"Fue un acto innecesario y perjudicial para las arcas del organismo", dijeron al pedir el procesamiento de Alderete.

Por su color externo se lo conoció como el "Libro Verde" y fue uno de los últimos gustos que se dio el interventor y luego presidente de la obra social.

Foto suya en la página 9, autógrafo al pie, reconocimiento a los amigos, ataques a los enemigos y espacio nulo para la autocrítica conformaron un volumen de 272 páginas.

Alderete se describió como autor de un "milagro financiero", que en buena parte dependió de los decretos dictados por Menem para que el Estado se hiciera cargo de todas las deudas que el PAMI había acumulado hasta marzo de 1997.

En el libro, el funcionario comparó su maratónica permanencia en el Congreso en marzo del 98, cuando tuvo que ir a explicar los contratos con empresas intermediarias de servicios, con un debate que en 1930 protagonizó el senador Lisandro de la Torre. Hizo poner que si bien su exposición duró diecisiete horas, fue "en forma continuada y sin interrupciones", mientras que De la Torre, el "Fiscal de la Nación", dio pelea durante veinte horas, pero "en cinco días, de cuatro horas cada uno".

Alderete le cambió el nombre a "El Rinconcito de los Jubilados", el espacio de televisión donde la doctora María América González daba consejos previsionales. Lo llamó "El Rinconcito del Frepaso", ya que González había logrado una banca de diputada por esa agrupación y se había convertido en una activa denunciante de casos de corrupción.

"La diputada González —escribió Alderete— mantuvo invariablemente un diálogo doble con las autoridades de la obra social: cuando estaba en los medios nos insultaba y cuando llamaba por teléfono nos pedía todo tipo de favores."

Faltaba un dardo más para la consejera de los abuelos: "tuvo un serio altercado con la diputada Marta Rivadera, quien la acusó de obtener réditos profesionales de su programa para el estudio que integra junto a su marido, al lograr pagos de jubilaciones y cobros de juicios ante la ANSES para los adultos mayores que contrataban sus servicios, obteniendo privilegios que no

correspondían para sus clientes". Alderete hacía suya esa acusación.

Estaba utilizando el libro como lanza y escudo, sin haberlo pagado de su bolsillo.

Al revisar el vínculo comercial con la empresa AB Grupo de Comunicación, que además del libro le hizo al PAMI afiches, boletines, cartillas, manuales, volantes y copias de videos, los fiscales sospecharon. "No se puede comprender que, conforme a la delicada situación financiera que atravesaba el organismo de salud, se malgastaran sus escasos fondos en tareas como las contratadas, en lugar de direccionarlos a reforzar el presupuesto para la atención médico-social de sus afiliados."

Desde las páginas de su obra, Alderete mandó a la escuela a la diputada radical Elisa Carrió, porque de salud "confesó que no sabía nada". Dictó también lecciones de periodismo a los medios que se hacían eco de las denuncias contra el PAMI. Y sostuvo que la oposición parlamentaria "no tenía argumentos ni capacidad suficiente" para confundirlo en una interpelación, porque se basaba en "chismes y palabrerío".

Puso la foto de una bandera argentina que decía "Gracias Menem. Gracias Víctor" y otra del lanzamiento de una campaña de prevención en el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, en la que sonreía junto al Presidente.

En la página 122 se ubicó en el lugar de la víctima. "Tuve que soportar claras actitudes discriminatorias por mi estatura y mi vocación musical amateur, inspirada exclusivamente en mis afectos familiares y en mis amigos. Inclusive llegué a sentir que mi situación podría equipararse a la que padece el pueblo judío o la comunidad africana, por la virulencia verbal y el desprecio que rodeaba a esas expresiones en mi contra."

Pero en la 107, él mismo había apelado a un tono lindero con el macartismo para minimizar las protestas que se hicieron contra su plan de redes nacionales para la atención de los afiliados, sobre el final de su gestión. Acusó concretamente a "personajes alquilados del Partido Comunista, Quebracho, el sindicato de camioneros y ex empleados del Instituto" de integrar "pequeños grupos violentos" que acompañaron las manifestaciones para "frenar la transformación del PAMI". Y señaló la "prédica anacrónica y disolvente" del único director de la obra social que no acompañaba sus decisiones, el dirigente de los jubilados Julio Liberman. "Lo escuchamos siempre, pero lamentablemente no podíamos

coincidir con su discurso carente de seriedad y al servicio de su ideología política."

Es cierto que abundaban las referencias a su altura, pero él mismo las terminó por sobrevolar, cuando contaba, por ejemplo, un chiste sobre Cecilia Felgueras, la funcionaria delarruista que examinó su gestión:

—Le dicen Blancanieves trucha, porque persigue a los enanos.

El pedido de respeto a su intimidad musical surgió a raíz de las bromas que se hicieron en radios y canales de televisión cuando se descubrió la existencia del disco de boleros "Sangrando el corazón", de su autoría. "Se mofaron de canciones que surgieron del amor hacia mi esposa, mis hijos y mis nietos, el cual fue bastardeado por algunos mediocres comunicadores que poco saben de música y menos aún de los temas que realmente le interesan a la gente", replicó en el libro, pagado con plata del PAMI.

"Podemos afirmar con humildad, pero con legítimo y sincero orgullo, que nunca existió en el PAMI la transparencia que impusimos desde enero de 1997. Quienes así no lo reconocieron eran ignorantes en el tema o defendían la corrupción que tanto nos costó eliminar. Como alguna vez dijo el presidente Menem, de quien tanto aprendimos, era necesario 'cirugía sin anestesia', y la llevamos a cabo." La historia escrita por Alderete nunca supo de modestias.

El Libro Verde contiene otra perla: postula a Bramer Markovic —el antecesor de Alderete, que también había merecido en su momento la confianza de Menem— como el peor administrador del PAMI hasta entonces.

Escaso de sutilezas, Alderete entendió que "debería definirse a esa etapa como una de las más difíciles en la historia de la obra social: en ella predominaron caprichos, el desconocimiento profesional, el caos y la anarquía prestacional".

"Esa gestión fue presentada como una cruzada santa y sólo fue en los hechos una serie inconexa de medidas que no bajaron los costos, ni redujeron el déficit ni la planta de personal. Por el contrario —siguió Alderete—, sumió a la red prestacional en una incomprensiva e injustificada situación, cercana al peligro de extinción."

Al contrario de Favaloro en su carta final a Fernando de la Rúa, Alderete se mostró agradecido a la empresaria Amalia

Lacroze de Fortabat, por su colaboración para que el PAMI pudiera llevar a cabo su primera Bienal de Arte, expuesta en los salones de Argentina Televisora Color.

El libro se convirtió por momentos en un álbum familiar, cuando el presidente del PAMI destacó la "importante y creativa labor" de su hijo Alejandro al frente de la gerencia de Acción Cultural y Desarrollo Social del Instituto, cuando agradeció "a mi esposa Mony", cuando nombró a sus nietos "Lucio, Martina, Isabela y Abril", o cuando expresó "el más amplio de los reconocimientos para mi secretario particular Marcos Dantiacq, por su cariño y por haber estado permanentemente a mi lado".

De los familiares destacó que "siempre me brindaron un necesario respiro afectivo y emocional cuando lo necesité. Y ellos saben cuánto lo necesité".

Un ejemplar fue a parar a la Biblioteca Nacional, inaugurada durante la administración Menem.

El juez Bonadío llamó a Alderete a dar explicaciones. No sólo le cuestionaba la confección del libro, sino todo el contrato con "AB Grupo de Comunicación", del empresario de la comunicación Carlos Alberto Azzariti. La compañía le alcanzaba a Alderete un resumen de prensa todas las mañanas, hasta la puerta de su casa.

El funcionario trató de explicar:

—Cuando asumí, la imagen pública del PAMI estaba por el piso. Por eso me fijé como prioridad regenerar su crédito moral.

Bonadío no le creyó y el 5 de agosto de 2002 lo procesó por administración fraudulenta en perjuicio de la administración pública. A esa altura, Alderete cargaba ya con seis procesamientos por su actuación en el PAMI más uno de su paso por la obra social de los bancarios, un récord que no le permitía alejar el miedo de volver a prisión.

Al demoler los argumentos del funcionario menemista, el juez casi agota la lista de adjetivos negativos: dijo que Alderete actuó con "desenfreno dispendioso", que la contratación de los servicios de prensa fue "abusiva e irregular", que fue patente la "finalidad dañosa", que hubo una "masiva distracción de fondos" y que se actuó con "absoluto desprecio" del cargo.

Dijo además que se hizo una simulación de evaluación de ofertas para darle al asunto "una pátina, un barniz de legalidad":

—Se elaboró un dictamen inconducente y espurio del concurso privado de precios.

Para el juez, la confección del libro fue "una labor totalmente

alejada de lo que puede ser un servicio con siquiera mínima utilidad para la institución".

"Puede mencionarse de manera indudable la estricta finalidad de promoción personal de Alderete", algo que para el juez se podía comprobar "con la sola lectura del mismo".

Cuando el contrato dejó de estar vigente, la empresa favorecida por Alderete quedó al borde de la quiebra. Según el expediente judicial, embolsó del PAMI más de veinticinco millones de dólares, que representaban el 69 por ciento de su facturación.

En su fallo, Bonadío disparó contra todo el modelo de gestión de Alderete: "La tercerización de los servicios que el INSSJP debía prestar como obra social fue una decisión tomada desde el inicio, yendo desde lo normal y necesario hasta servicios absolutamente superfluos, alejados de la finalidad de la institución. Esto insumió grandes sumas de dinero para el patrimonio del PAMI, poniendo en evidencia una finalidad que ciertamente no era la de propender a su mejor funcionamiento, en pro de la salud de los afiliados".

Alderete había incumplido el objetivo de devolverle al PAMI su "crédito moral".

La fiesta

—Pido un aplauso de agradecimiento a Dios, por habernos dado un presidente como Carlos Menem.

La invocación de Víctor Alderete sacudió el salón Golden Center de Parque Norte, un complejo administrado por el sindicalista mercantil Armando Cavalieri.

El percusionista oficial del Presidente, Tula para los amigos, castigó como nunca el parche de su bombo. Y Adelina D'Alessio de Viola, peronista de la última hora, hizo saltar el esmalte de sus uñas de tanto aplaudir.

El acto se hizo el 12 de marzo de 1997, ante cinco mil personas, y fue calificado por el diario *Ámbito Financiero* como "uno de los más menemistas de los últimos años".

El motivo fue la "normalización" del PAMI, es decir, el cese de la intervención de Alderete y la asunción de un directorio pluralista, con un presidente que ya no tenía que responder al poder de turno, sino que podía actuar con libertad y autarquía, de acuerdo con la ley. La presidencia del directorio recayó en... Alderete.

Las fotos de ese día mostraron a Luis Barrionuevo cuchicheando detrás de Menem, avalando con su presencia en el palco el recambio de autoridades. Menem saludaba a la concurrencia del brazo de Alderete.

Sólo desentonaron los abucheos de un grupo de jubilados que reclamaba un haber mínimo de cuatrocientos cincuenta pesos y mejoras en la cobertura médica, el mismo que los miércoles acostumbró a manifestar frente al Congreso. Alderete les apuntó:

—Se terminaron los miércoles de tristeza, ahora comienzan los miércoles de la alegría. Ahora van a estar mucho mejor gracias al gobierno del doctor Menem.

El Presidente tuvo un gesto más hacia su dilecto amigo: decretó que la deuda del PAMI pasara al Estado, para darle oxígeno a la nueva gestión.

Alderete alabó esa medida y no perdió ocasión para colar el nombre "Menem" en solicitadas institucionales de la obra social.

Eso sí, cuando funcionarios de la Auditoría General de la Nación quisieron revisar las cuentas del PAMI, Alderete puso el grito en el cielo.

—El PAMI no es un ente estatal, ni forma parte de la administración pública —los atajó. Ahí sí trazaba con claridad la frontera con el Estado.

En verdad, era un mojón que cada uno corría a su antojo, porque el Estado, además de absorber las deudas del PAMI anteriores a 1996, le inyectó fondos en forma directa en varias oportunidades y llegó a salirle de garante de préstamos bancarios que la obra social obtuvo en el 99, el año de la despedida menemista.

Alderete creó el Área Presidencia, en la que concentró las decisiones, y armó un esquema prestacional basado en contratos con gerenciadoras, intermediarias que subcontrataban a su vez a las clínicas y a los médicos que le veían la cara al jubilado. Lógicamente, se quedaban con un porcentaje de lo que pagaba la obra social por el servicio.

Seis meses después de la euforia en Parque Norte, el oficialismo se volvió a mostrar jocoso en un acto público, pese al crecimiento de la oposición en las encuestas previas a la elección legislativa que se venía.

El 22 de setiembre del 97, días antes del comicio, Alderete volvió a lucirse como anfitrión, esta vez en el Hipódromo Argentino de Palermo.

El Presidente fue recibido por cuarenta mil personas y un cartelón que anunciaba "La Fiesta de los Jubilados. Gracias Menem. El PAMI volvió a sus dueños". Otra vez la frontera difusa. Otra vez la utilización proselitista de la obra social.

Nadie se preocupó por disimular. Alderete dio asueto a los empleados del Instituto, con la sugerencia de pasar un rato por el acto. Y el jefe de Estado anunció en su discurso el aumento de las jubilaciones mínimas, enfrente de un globo aerostático gigante que decía "Gracias Menem".

El ombudsman de la Tercera Edad, Eugenio Semino, quien sostenía que en la Argentina se estaba planificando un "gerontocidio", se les fue al humo:

—Hacen campaña con la plata de los jubilados, esto es una barbaridad. Gastaron trescientos mil dólares en publicidad y trajeron engañados a los abuelos del interior, con la excusa de que iban a conocer Buenos Aires.

Se armó un escándalo, el efecto contrario al que buscaba el menemismo.

Alderete salió a cruzar las acusaciones:

—El PAMI no puso un solo peso. El acto fue pagado por empresas que quisieron colaborar con la fiesta y que demostraron una impresionante generosidad.

Desde el retorno democrático, en 1983, el financiamiento de la política seguía desatendido por la legislación. Era una zona que la sociedad percibía como pecaminosa.

Alderete llegó a admitir que llamó él mismo a algunos empresarios para pedirles el dinero.

—Vinieron miles de argentinos que querían estar con el Presidente, tocarlo, sentirlo. Esto lo hicimos para mitigar el dolor de los viejitos. No tiene nada que ver con que haya sido cerca de una elección —volvió a alegar.

Pero el caldo seguía espeso y la alianza UCR-Frepaso, recién surgida, lucía bien entrenada en el arte de la denuncia pública, una postura que en dos años le iba a ser decisiva para doblegar a Menem.

Ante la montaña de acusaciones, Alderete mandó a publicar una solicitada con el logotipo de la obra social y el título "La verdad popular puede más que la calumnia de los soberbios". Se convirtió en una pieza de antología para la confusión histórica entre el PAMI y la política. Decía:

Históricamente, las grandes concentraciones populares —especialmente las de los humildes— generaron en algunos sectores incomprensión, rechazo y hasta desprecio.
Tal vez la masividad del acto realizado el lunes 22 en el Hipódromo Argentino, con el cual decenas de miles de jubilados festejaron su día, haya despertado esos sentimientos en aquellos que le temen a la gente movilizada.
Tal vez por ese temor no adviertan que ofenden a los jubilados cuando les niegan capacidad de discernimiento y afirman que fueron manipulados y que asistieron engañados a la concentración, cuyo contenido y presencias conocían desde varias semanas atrás.
Tal vez ignoren el carácter espontáneo de la participación de los jubilados y su sincera atención a la convocatoria del presidente Carlos Menem a recrear juntos la esperanza.
Tal vez no puedan aceptar el agradecimiento de nuestros mayores hacia el único gobierno que tomó una decisión que otras administraciones no se atrevieron a asumir: hacerse cargo de la deuda social y económica con la tercera edad.
Tal vez intuyan que la fiesta del Hipódromo no es el final sino una nueva y clara señal respecto de la prioridad que el Presidente les asigna a los jubilados en futuras decisiones.
Tal vez el sentido de la participación popular de los casi cuarenta mil asistentes haya preocupado al elenco estable de disconformes, en el que se mezclan dirigentes y personas que ponen sus imágenes públicas al servicio de la oposición política al Gobierno.
Tal vez no sepan que sólo la transparencia y la eficacia que identifican hoy a nuestro Instituto posibilitaron una gran fiesta como la celebrada en Palermo.
Tal vez por eso no les importe saber que ese acto no le costó un solo peso al PAMI y que fue solventado con el aporte voluntario de las empresas, entidades e instituciones que mencionamos en esta solicitada.
Tal vez tampoco quieran enterarse de que el directorio del PAMI solicitó el miércoles 24 a la Sindicatura General de la Nación que realice una auditoría para despejar cualquier duda sobre el manejo de los fondos de la obra social.
Tal vez prefieran ignorar que las cuentas del PAMI están a disposición de la Justicia para cualquier averiguación y en cualquier momento.

Tal vez quienes se atribuyen representatividades aún no demostradas y están lejos del calor popular quieran ocultar con calumnias la voluntad de los jubilados y las muestras de respeto hacia el Presidente, que se manifestaron en un acto que superó ampliamente las expectativas previas.
Tal vez desconozcan que la concentración se desarrolló con total normalidad y que los jubilados disfrutaron intensamente de una fiesta en la que fueron los verdaderos protagonistas y en cuya organización participaron por medio de centros y federaciones.
Tal vez porque los disconformes de siempre se han quedado sin banderas ni propuestas es que intentan subestimar la capacidad de elección y discernimiento de los jubilados. Seguramente, el no ser protagonistas los lleva a actuar así. Es una lástima: no podrán adueñarse de una fiesta que les es ajena.

El Directorio

En la lista de los que colaboraron con Alderete estaban las empresas privatizadas Aguas Argentinas, Telefónica y Telecom, el Centro Industrial de Laboratorios Farmacéuticos Argentinos, Coca Cola de Argentina, Villa del Sur, Financiera Columbia, Lotería Nacional, Lutz Ferrando, Peñaflor y los dos gremios que mejor se llevaban con Alderete, UTI y UPCN.

Figuraba además el Instituto Cardiovascular de Buenos Aires, que le había salvado la vida a Menem, tras el episodio de la carótida. Curioso: Menem no se atendía con Favaloro. En términos de mercado, iba a la competencia. ¿Cómo le caía esa situación a Favaloro? Nunca se supo en público.

Al pie de la solicitada apareció también la firma Polisecurity, contratada por Alderete para custodiar el PAMI. Al frente del Departamento de Seguridad fue designado el ex capitán del Ejército Julio Amieva Saravia, condenado por dispararle a un adolescente en 1988.

Los sponsors del PAMI quizá jamás imaginaron tanto ruido por una donación.

De la paz con Matilde Menéndez, Favaloro pasó en cuatro años a la guerra total con Víctor Alderete. El PAMI se le hizo una sombra:

—El PAMI es la Catedral de la Corrupción —le dijo a su maestro más querido, el profesor José María Mainetti.

La mutación fue gradual, pero incontenible.

La primera insinuación se remonta a aquella carta de 1996, en la que había confesado su arrepentimiento por haber vuelto de los Estados Unidos en 1971. La carta al auditor radical Enrique Paixao, para aclarar el tema de los adelantos de cápita, incluyó también un duro cuestionamiento al funcionamiento estructural del PAMI y a sus prácticas oscuras.

En esas cuatro carillas, con fecha 16 de enero, Favaloro escribió:

El Instituto de Cardiología y Cirugía Cardiovascular no es un sanatorio, forma parte de una fundación sin fines de lucro, que pretende transparentar todos sus actos, dedicada a servir a toda la comunidad, junto a su actividad docente y de investigación.
Dentro de esa población están los jubilados, a los que hemos atendido —cuando ello ha sido posible— como a todos nuestros pacientes, conjugando alta tecnología con humanismo médico. Esto puede ser atestiguado por los mismos jubilados.
No ha sido fácil. Por el contrario: desde el inicio del ICyCC, en junio de 1992, nuestra relación con PAMI ha sido difícil, por las diversas políticas implementadas y por las discrepancias en los procedimientos.

Luego detalló cómo fue el acceso a los préstamos, para qué los utilizó y la deuda que se fue generando por prestaciones que la Fundación brindó a los jubilados del PAMI. Todo eso antes de atacar a lo que consideraba la médula del problema:

Debemos recalcar que siempre hemos estado opuestos al sistema de capitaciones cerradas con intervención de las Unidades de Prestación Interna (UPI), que obligan a los jubilados a concurrir a determinados centros asistenciales.

Les guste o no, cada jubilado está obligado a recibir tratamiento en un lugar predeterminado. Este sistema es el que posibilita la corrupción.
La triangulación PAMI-UPI-centro asistencial obligatorio es la que permite los "retornos". Parte de la cápita se queda en el camino. No es privativo del PAMI.
Por eso durante la gestión del señor Alderete presentamos un proyecto de mi autoría, apoyado por el Colegio Argentino de Cirujanos Cardiovasculares y el Colegio Argentino de Hemodinamia, que consiste brevemente en:

1. *Capitar la asistencia cardiológica de alta complejidad;*
2. *Con esa cápita, formar un fondo administrado conjuntamente por PAMI y las dos entidades médicas mencionadas;*
3. *Retribuir las prestaciones por módulos a establecerse para cada práctica;*
4. *Libre elección por el afiliado del médico o institución asistencial en todo el territorio del país;*
5. *Auditoría compartida por las tres entidades, para acreditar, certificar y controlar la actividad asistencial con medidas punitorias claras y precisas.*

La única manera de lograr una administración transparente de los recursos es con leyes y procedimientos adecuados. Este proceder debería ser compulsivo para todas las obras sociales.
A la fecha se nos adeuda el total de 13.875.953 pesos (fundamentalmente por parte de PAMI, obras sociales nacionales y provinciales). Se imaginará que se hace muy difícil sostener una Fundación con semejante pasivo.
Quizá nuestro "delito" ha sido no ceder a las innumerables insinuaciones de "cobro por rápido retorno".
Sin embargo, seguimos luchando.

En 1997, la relación entre Favaloro y Alderete se terminó de pudrir. Menem quedó en el medio de sus dos amigos.

—¿Le arreglaste el tema a Favaloro? —sorprendió Menem al jefe del PAMI, mientras probaba el swing en una cancha de golf.

—Pedime cualquier cosa, Carlos, pero vos sabés que eso es complicado. Favaloro es un despelotado con los papeles, no tiene ni un comprobante de lo que reclama.

Era infrecuente que Alderete le dijera que no a un pedido de Menem. Y para Favaloro era inadmisible que, tras molestar al Presidente de la República, no tuviera respuesta favorable e inmediata a un pedido.

La guerra estalló en agosto, cuando el cirujano dejó asentado por escrito que el PAMI le pedía un retorno del 30 por ciento para destrabar la deuda con la Fundación.

Con lenguaje de hartazgo, Favaloro se definió como "pordiosero mendicante", percepción que volverá a tener al final de su vida.

Una carta que envió a Alderete, con tono amenazante y algunas precisiones microscópicas, retrató el nivel del enfrentamiento. La reprodujo el diario *Página/12*, tras la muerte de Favaloro:

Buenos Aires, 14 de agosto de 1997

Sr. Víctor Alderete
Presidente del Directorio de PAMI
Presente

Señor Alderete:
Realmente no sé cómo empezar estas líneas. Tal como ocurre cada vez que un nuevo funcionario se hace cargo de PAMI, su llegada renovó nuestras esperanzas.
Desafortunadamente, comprobamos que para nosotros sigue todo igual, a lo que se suma su actitud del pasado 6 de agosto, que ya es muy difícil de justificar.
En nuestra última entrevista le entregué una carpeta que resume el estado actual de la deuda de PAMI. Ese día debí esperarlo casi una hora. Usted llegó muy cansado. Su respuesta fue: "En dos o tres días le contesto". Esperé y esperé, hasta el día 6 en que lo llamé por teléfono.
Respondió a mis llamados después de varios minutos de silencio y me dijo: "Déjeme ver qué han hecho mis colaboradores, lo llamo en unos minutos". Al no responder, volví a llamar. Una de sus secretarias me contestó: "Lo llama en cinco minutos". Nunca volvió a comunicarse. Esto demuestra una falta absoluta de responsabilidad y hasta de cortesía. Creo que al menos merezco respeto. Usted no lo ha tenido.
Desde nuestra primera conversación le manifesté que la única razón de nuestra deuda incobrable ha sido que nunca hemos dado un solo peso de retorno. En varias ocasiones

le han sugerido a mis colaboradores: "Si ustedes quieren cobrar en 24 o 48 horas hay que 'ponerse': la primera vez con 30 por ciento, la segunda con 18 por ciento".
La Fundación ha cumplido con los jubilados. Todavía hoy los atendemos como corresponde si llegan con urgencias cardiovasculares a la guardia, sin distinción de pelo ni marca, conscientes de que después será muy difícil cobrar.
Le adjunto mi currículum vitae. Pierda unos minutos en leerlo. Pues bien, este buen señor, que algo representa en la cardiología y cirugía cardiovascular mundial, ha dedicado estos últimos 26 años a la asistencia, la docencia y la investigación aquí en la Argentina, desechando las innumerables ofertas del extranjero. Por su compromiso social ha brindado servicios a todos los estratos sociales. Sin embargo, en estos últimos años su función principal ha sido la de "pordiosero mendicante".
Así me siento cada vez que, por ejemplo, entro en ese edificio de PAMI, corrupto hasta sus cimientos, corrupción que se desparrama por todo el país en cada una de sus filiales.
Usted recibió una copia de un proyecto para la atención de las enfermedades cardiovasculares, elaborado por el Colegio de Cardiología y Cirugía Cardiovascular y los cardiólogos intervencionistas, que habíamos presentado a interventores anteriores. También se envió una copia al Banco Mundial. ¡Mutis por el foro! La aplicación de ese sistema terminaba con la corrupción; debe haber sido la causa principal de su "noconsideración".
Señor Alderete, usted me ha decepcionado, como los interventores anteriores. Es uno más de los que componen lo que yo definí hace tiempo como "el sistema": hasta que no se rompa, el país seguirá su curso histórico como lo viene haciendo desde lejos. Mientras tanto, a sufrir.
Ha llegado el momento de pensar seriamente qué camino alternativo debemos seguir los que componemos la Fundación. Quizá corresponda suspender los servicios completamente e iniciar acciones judiciales. No lo tome como una amenaza, pero debemos hacer algo ante tanta indiferencia e incomprensión.
Atentamente

Dr. René G. Favaloro

Alderete se apuró a contestar. A los cinco días le mandó otra carta donde rechazaba las acusaciones y le advertía a Favaloro que los administradores del sistema de salud eran tan importantes como los médicos "toda vez que no resultaría posible pensar en un mundo moderno la existencia de los segundos sin los primeros y viceversa".

Traducido, el presidente del PAMI quiso decir que gracias a que existían los Alderete existían los Favaloro. Y viceversa.

Al pedido del cirujano para que leyeran su currículum, Alderete le respondió que él también tenía una trayectoria de más de treinta años en el rubro salud, aunque por las dudas le aclaró que no pretendía "ponerme a su altura en cuanto a antecedentes".

La explicación técnica por el retraso en la cancelación de la deuda fue similar a la que Favaloro escuchó hasta el final de sus días. Que la Fundación hizo una insinuación de deuda de 2.820.679 pesos, pero que la consultora Quian y Asociados, a cargo de la verificación, aconsejó avalar a favor de la Fundación Favaloro sólo 887.669 pesos.

La diferencia de casi dos millones seguía en zona oscura cuando Favaloro se suicidó.

Alderete le respondió también que la misma situación atravesaban otros cinco mil prestadores del PAMI, con lo que sugirió que no le daría ningún trato preferencial.

En dos párrafos, el directivo menemista flotó sobre la ironía: "Decidí humildemente seguir sus consejos, y con agrado me dispuse a leer cuidadosamente los antecedentes que Ud. amablemente me hiciera llegar, con lo cual tuve el agrado de reafirmar de esta forma el alto concepto que de Ud. tuve siempre". Le remarcó que consideraba intachable su trayectoria.

Y hasta se disculpó por no haberlo llamado, con la excusa del "ritmo vertiginoso" que imponía a sus actividades.

"Sin otro particular, a la espera de una pronta respuesta, lo saluda atentamente. Dr. Víctor A. Alderete. Presidente."

Bajo presión

—¿Y, Víctor? Favaloro me volvió a llamar. ¿Cuándo pensás solucionarle el problema? —insistió Menem.

—Carlos, te ruego que me entiendas: Favaloro reclama algo

que no le corresponde. Yo se lo soluciono si querés, pero me expongo a cometer una irregularidad.

Alderete no durmió. Consultó a sus colaboradores, pero todos le dijeron lo mismo: las limitaciones del procedimiento administrativo eran infranqueables.

—No hay forma de comprobar la existencia de las prestaciones que dice haber brindado Favaloro —repitieron.

El comentario llegó al cirujano, que por supuesto reaccionó:

—¿Cómo dudan de mi palabra? ¿Por qué no les preguntan a los pacientes que atendimos y salvamos? ¿Qué mejor prueba que ésa?

La presión de Menem seguía. Alderete pensó en un momento que había encontrado la salida.

—Doctor Favaloro, ¿cómo le va? Le habla Alderete —trató de recomponer el titular del PAMI, antes de ofrecerle una instancia de mediación:

—No sé qué piensa usted, me gustaría saberlo, pero creo que para zanjar nuestras diferencias necesitamos un árbitro, un verdadero Salomón.

El 7 de julio de 1998, viajó un fax de la gerencia económico-financiera del PAMI a la Fundación Favaloro que ofrecía designar a un mediador para resolver la disputa. El renglón reservado para ese protagonista no llegó en blanco. Tenía puesto el nombre de un abogado.

Favaloro estalló.

Sacó la cuenta de los honorarios que querían hacerle pagar a él y al PAMI, casi medio millón de pesos. La deuda en disputa rondaba los dos millones. Favaloro no tuvo dudas:

—Esto es un peaje encubierto, una estafa.

Rechazó la mediación. Primero por el costo, segundo porque el resultado no iba a ser de cumplimiento obligatorio para el PAMI y tercero porque no había participado de la designación del mediador.

—Elija usted al árbitro y San Se Acabó, pero ojo, elija uno de trayectoria, a ver si nos da la razón a nosotros —lo desafió Alderete, antes de recordarle que no había ningún convenio vigente entre el PAMI y la Fundación.

La guerra había vuelto a estallar. La reconciliación se había tornado imposible.

El 18 de junio de 1999, Favaloro hizo más corta su recorrida matinal para hablar con los pacientes y se dirigió a los tribunales de Comodoro Py.

Ante el juez Bonadío, reconoció haber mandado una carta al ministro de Economía, Roque Fernández, para ponerlo al tanto de la situación.

Bajo juramento, sin embargo, no hizo ninguna alusión al supuesto pedido de sobornos.

Un representante del PAMI explicó que el nombre del mediador estaba puesto sólo a modo de ejemplo, pero que se podía cambiar por cualquier otro, de común acuerdo.

Para esa época, Alderete estaba en el centro de las denuncias judiciales de la Alianza, durante la campaña electoral que anunciaba el fin de la era Menem.

En un fallo dictado el 23 de noviembre, Bonadío consideró que "la proposición de establecer una mediación, plasmada en el envío de un proyecto que preveía altos honorarios a cobrar por el mediador, y que fuera interpretado por el doctor Favaloro como un pedido de retorno encubierto, no resulta suficiente para que esté configurada la comisión de delito alguno".

El juez sugirió además que Favaloro había dejado trascender a la prensa la carta que dirigió al ministerio de Economía como una forma de presionar, para "acelerar el cobro de la deuda no verificada" por el PAMI. El caso fue archivado.

Los pómulos de Favaloro —que un cirujano plástico le había ofrecido retocar, porque los veía caídos— se llenaron de impotencia.

Había perdido el round.

Contra las cuerdas

—Los que me denuncian son unos buchones.

Alderete comenzaba a impacientarse. Veía que el PAMI se mantenía en el centro de la pelea política y que el acoso a su gestión no aflojaba. Antes, un escándalo tapaba al siguiente y hasta el más corrupto podía tomarse un respiro. Ahora no.

Estaba tan embalado que no reparó en un detalle: en la jerga de la calle, "buchón" quiere decir "delator", pero nunca "mentiroso". Carlos Alvarez prometía por entonces armar una "Conadep de la Corrupción" y Fernando de la Rúa compraba la idea de auscultar los "casos emblemáticos" de robo al Estado en la era menemista.

Para no desentonar con tanta elocuencia, Menem prometió

desatar una "tormenta ética" para acabar con la "corrupción residual" que consideraba sobreviviente del exterminio ejecutado, decía, sobre la "corrupción estructural", a partir de las privatizaciones y la reforma del Estado.

Sólo fue una simulación. En su declaración patrimonial —la primera en la historia que un Presidente puso a disposición de la ciudadanía—, Menem evitó mencionar una cuenta que tenía en Suiza, a salvo de las contingencias bancarias locales y con un saldo a favor de seiscientos mil dólares.

El electorado daba señales de reclamar un cambio. Y el PAMI, por primera vez en su historia, fue escogido por la Alianza como el principal campo de batalla.

Sin meter demasiado la cuchara, por temor a encontrarse con correligionarios y compañeros en la trastienda de la obra social, los aliancistas hicieron llover denuncias contra Alderete y exigieron su interpelación en el Congreso.

Decían que Alderete pagaba diez pesos por un libro que en la calle Corrientes costaba uno, que usaba la plata del PAMI para financiar actos políticos, que contrataba servicios inútiles, como la elaboración de un informe semiológico, y que el esquema prestacional había fabricado un negocio que explotaban a su antojo las gerenciadoras, sin preocuparse por la calidad de la cobertura médica a los afiliados.

Mientras, cámaras ocultas captaban conversaciones indecorosas de personajes satélites del PAMI. La sensación de corrupción impregnaba el ambiente. El deterioro de algunos servicios, como el de los sepelios, emergía como una de las consecuencias visibles.

De los seiscientos pesos que le pagaba el PAMI a la gerenciadora Funeral Home, sólo llegaban unos quinientos a los prestadores reales del servicio, las casas de sepelios, que si querían mantener el margen de ganancia, tenían que bajar la calidad: dos manijas menos, chau el vehículo para llevar las coronas, mejor madera es otro precio. La variable de ajuste era el finado. Con un promedio de nueve mil fallecimientos al mes, el negocio de la intermediación alcanzaba montos millonarios.

Alderete veía que Fernando de la Rúa se perfilaba como el sucesor de Menem. El jefe de Gobierno porteño había firmado un convenio con el PAMI en términos parecidos a los que el radicalismo criticaba en público.

Tras la firma de ese contrato, el entonces secretario de Salud

de la Ciudad, Héctor Lombardo, le pidió a Alderete, en voz baja, si le podían mejorar una indemnización que había cobrado de la obra social. Alderete puso a trabajar a uno de sus colaboradores, pero legalmente no había forma de acceder al pedido del favor.

—Fernando, ¿cómo te va? Te llamo para sugerirte que me mandes a alguna persona de tu confianza así le voy contando cómo es todo este quilombo. Ganá tiempo, si llegás a la Presidencia, como parece, esto te puede estallar a vos también.

—Te agradezco el consejo, Víctor, en cuanto tenga a la persona te la mando.

Alderete toleraba más a De la Rúa que al candidato presidencial del peronismo, Eduardo Duhalde, quien avisó que no mantendría "ni un minuto" a Alderete al frente del PAMI.

El pronóstico se cumplió. La gente le aplicó el "voto-basta" a Menem y De la Rúa llegó al poder, luego de una campaña en la que el manejo del PAMI estuvo en el centro de las arengas.

Entre las elecciones de octubre y la entrega del mando de diciembre, se realizaron contactos a todo nivel entre el menemismo y la Alianza para ordenar la transición. Esta vez llamó De la Rúa.

—Víctor, te estoy mandando a Cecilia Felgueras. Atendela bien, dale lo que necesite, que es como si fuera yo.

La Alianza logró presentar esos primeros encuentros como una contraposición irreconciliable de estilos, como el choque de dos planetas. Según la versión oficial que se difundió, Felgueras entró con cara seria al despacho de Alderete, prohibió el ingreso de fotógrafos, para evitar cualquier retrato con el menemista sospechado, y en tono agrio le dijo: "Éstos son mis abogados".

La verdad fue distinta:

Una reconstrucción con protagonistas y testigos directos permitió establecer que Felgueras fue mucho más simpática en su presentación con Alderete.

—Víctor, ¿cómo te va? ¿Sabés una cosa? Vos fuiste novio de una tía mía.

—No me acuerdo. ¿Qué apellido tenía? Felgueras seguro que no, no me suena.

Recién después se habló del PAMI.

Con el correr de los días, el trato entre el equipo de Alderete y los aliancistas se tensaba. Cerca del traspaso ya era insoportable.

Apretado por nuevas denuncias y señales volcánicas en la

Justicia, Alderete volvió a jugar al filo de la navaja: antes de irse, y cuando la Alianza sólo pensaba en recortar gastos, dispuso un salariazo en el PAMI, la promesa que ni Menem había podido cumplir.

—Esto es una bufonada —gritó Graciela Fernández Meijide, una de las fundadoras de la Alianza.

Alderete también consiguió que circulara entre los jubilados una recomendación para llenar de cartas documento el estudio jurídico de De la Rúa, para que no interviniera la obra social, es decir, para que no la pusiera otra vez bajo dependencia directa del poder político.

Antes de dejarle su despacho a la intervención aliancista, mandó a pintar las paredes con látex blanco.

—Ya que vienen a hacer del PAMI una caja de cristal, les doy una mano.

La ironía se reservaba una maldad. Luego de embalar la réplica de la Virgen de Luján, un gorro del cotillón menemista y el crucifijo que usaba como pisapapeles, le pidió a un empleado que volviera a colgar un cuadro en la pared.

—Ése por favor, el más grande.

Era una foto de Carlos Menem, impecable, con la banda presidencial sobre el pecho y el bastón de mando.

—Que los reciba él a estos hijos de puta.

Como acto final, hizo sacar de noche sus pertenencias del PAMI, a hurtadillas, en 95 cajas que fueron a parar a un departamento de Morón.

En la mañana del 10 de diciembre, Alderete llegó primero al Salón Blanco de la Casa Rosada, donde Menem iba a ponerle la banda a De la Rúa. Fue la última vez que caminó por esos recovecos.

Asociación ilícita

Un buen día, el PAMI fue señalado como la madriguera de una banda de delincuentes.

Era la acusación más grave que le hacían en sus tres décadas de existencia.

La obra social había surgido como expresión del Estado-bienestar y había acompañado el aumento de la expectativa de vida de la población. Pero tanto jugo le sacaron militares, peronistas y radicales, que un día se secó.

—Han saqueado el PAMI por los cuatro costados —señaló De la Rúa en la última semana de la campaña electoral.

Ya en funciones, puso en marcha la Oficina Anticorrupción, una versión aumentada de lo que fue la Oficina de Ética del menemismo. Le encargó el trabajo al ministro de Justicia, Ricardo Gil Lavedra, radical, miembro del tribunal que condenó a las Juntas Militares, teniente de reserva del Ejército y referente de un renombrado estudio jurídico.

A las funciones preventivas, como el monitoreo sobre las declaraciones patrimoniales de los funcionarios y la detección de conflictos de intereses, la Alianza le sumó a la Oficina poder de investigación.

Menem se apuró en denunciarla por inconstitucional:

—Está prohibido crear comisiones especiales. Quieren lanzar una persecución política contra mi gente. Está clarísimo que la comisión anti no sé qué está inspirada en la nostalgia macartista —señaló el ex presidente.

—Es cierto —lo acompañó Alderete—, dos mil años después, están entre Cristo o Barrabás y es la multitud la que juzga. Yo fui educado en ese odio, pero me curé.

Alderete levantaba una casona en Anillaco, con un préstamo de ciento treinta mil dólares que le había dado el Nuevo Banco de La Rioja y que le iba a permitir mantenerse en la intimidad de su jefe.

Apareció por última vez en una reunión política del llamado "Gabinete en las Luces", que había inventado Menem para demostrar que la derrota no lo había matado. La cantinela se terminó en la segunda reunión, porque los periodistas encaraban a los ex funcionarios sólo con preguntas referidas a casos de corrupción.

La situación de Alderete se complicaba. De golpe, se adueñó de los récords más oscuros: fue el primer famoso del menemismo procesado durante la gestión de De la Rúa. Le abrieron 17 causas penales y en unos meses acumuló seis procesamientos, vinculados a los presuntos delitos de fraude al Estado, negociaciones incompatibles con la función pública, encubrimiento, falsificación de documento público o violación de los deberes de funcionario.

La Oficina Anticorrupción consideró que Alderete había desmantelado las instancias de control del PAMI y había manipulado el esquema de decisiones, de modo tal que las más importantes siempre pasaran por su escritorio.

Los investigadores de De la Rúa encontraron patrones comunes en las irregularidades.

Redactaron las primeras querellas, estudiaron las causas de corrupción en el PAMI que ya estaban en marcha, armaron un paquete y lo convirtieron en una denuncia por asociación ilícita. Alderete les cuajaba como el jefe de la banda.

Menem se enfureció. Con lenguaje críptico y ademanes severos, lanzó una advertencia:

—Si nos siguen persiguiendo, vamos a tener que hablar.

¿Qué pacto de silencio amenazaba romper? ¿Era capaz de retomar los rumores sobre una sociedad radical-peronista en la trastienda del PAMI? ¿Qué ocultaba? Mientras, Alderete se desmoronaba. Viajó a Punta del Este a descansar, pero desde allí tuvo que desmentir planes de fuga.

Salvo Menem y su elenco estable, ningún dirigente de peso del PJ salió a defenderlo.

El 16 de junio de 2000 —cuando la Alianza iniciaba una saga de impuestazos y recortes salariales—, Alderete se convirtió en el primer todopoderoso del PAMI preso por corrupción.

El ropero antiperonista se le vino encima:

—¡Justo caigo un 16 de junio! Yo festejé el 16 de junio del 55, estaba loco, vivía en el odio. Hasta me hubiera gustado manejar un avión el día de los bombardeos a la plaza. No me merezco estar en cana por chorro, pero me lo merezco por gorila.

La cárcel

—¡¡¡¡¡¡La colina 53 no se rinde, mi general!!!!!!

El saludo de Alderete a Menem se repetía todas las noches. Era una frase que habían escuchado juntos, en una película, pero ahora pronunciada desde una celda de Retiro, bajo vigilancia de la Gendarmería.

El ex titular del PAMI estuvo preso un año, tres meses y dos días, acusado por el juez federal Adolfo Bagnasco de administración fraudulenta primero y asociación ilícita después.

El primer mes en la cárcel de famosos de Retiro, Alderete se revolvía en el catre, molesto por una gotera, sin poder dormir hasta el amanecer. Tenía bocio, colesterol, presión alta y problemas lumbares.

El 29 de julio se enteró del suicidio de Favaloro.

—Era un loco, pero era Favaloro —se le escuchó murmurar.

Le aconsejaron que ocupara su tiempo y retomó el hobby de la pintura. Empezó con acuarela, al rato se pasó al óleo. El ex juez Hernán Bernasconi, que se había hecho famoso por detener a Maradona, le copió el divertimento. Y luego la mayoría de los presos. El lugar se empezó a llamar "El atelier".

Alderete completó la colección "Cárcel I", sucesora de las primeras que hizo con paisajes: "Exilio I", de su escapada a Punta del Este cuando se fue del PAMI, y "Exilio II", de su arribo a Anillaco, la tierra de Menem. Se encariñó con la Virgen de la Paz, de Croacia, y en momentos de desesperación buscaba su estampita por cada rincón de la cárcel.

Al año cayó preso Menem, acusado de liderar una banda de contrabandistas de armas.

—¡¡¡¡¡¡La colina 53 no se rinde, soldado!!!!!! —le tocó decir esta vez a él, mientras desde Retiro lo consolaba su nocturno interlocutor.

La Alianza seguía sin dar pie con bola frente a la crisis económica y social. Los apocalípticos presentían un derrumbe.

Manuel Garrido, director de Investigaciones de la Oficina Anticorrupción, admitió una noche la debilidad de los argumentos jurídicos que mantenían a Alderete en prisión.

—Está detenido por fraude reiterado en cinco oportunidades y no por asociación ilícita, como debe ser.

Eligió un lugar sugestivo para decirlo: el Comité Nacional de la UCR, donde lo habían invitado a dar una charla ante dirigentes jóvenes del partido.

Alderete decidió escribirle una carta a De la Rúa:

—Fernando, no sigas, te van a procesar. Le mentiste al Congreso en la apertura de sesiones dos años seguidos. Dijiste que encontraron al PAMI con sólo el 29 por ciento de los servicios en funciones. Falso. Te hicieron decir que bajaron trescientos millones el gasto. Falso. Tené cuidado, te están vendiendo un buzón —repitió en voz alta, a la vista de los otros presos, mientras buscaba las mejores frases para volcar al papel.

El 12 de febrero de 2001, Bagnasco amplió el procesamiento y acusó a Alderete, ahora sí, de ser el presunto jefe de una asociación ilícita dedicada a cometer delitos en la obra social de los jubilados.

Alderete sintió miedo de tener que esperar el juicio oral entre los barrotes. El jefe de su equipo de abogados, León Arslanián,

recomendó que se tranquilizara. En posesión de vínculos blindados con zonas del Poder Judicial, el ex ministro de Menem decidió probar con una fórmula imaginable:

—Acá tiene que intervenir la Corte Suprema.

El máximo tribunal del país había sido ampliado de cinco a nueve miembros durante el gobierno menemista y su presidente, Julio Nazareno, había sido socio del estudio jurídico de Menem en La Rioja.

Considerada por los menemistas como una instancia a prueba de traiciones y por la oposición como el símbolo de la intromisión del poder político en las decisiones judiciales, la Corte actuó enseguida de acuerdo con los pronósticos: revocó la prisión preventiva de Alderete por administración infiel y devolvió el expediente a la Cámara Federal para que resolviera el tema de la asociación ilícita, el delito más grave.

El 18 de setiembre de 2001 —con duras críticas a Bagnasco, el juez instructor de la causa—, la sala II de la Cámara Federal consideró que "de momento, no se encuentra acreditado ni mínimamente por este legajo que el actual grupo mencionado haya tenido la finalidad común de cometer delitos indeterminados en el ámbito del PAMI".

Cuando le dieron la noticia, Alderete rompió uno a uno los platos de la prisión.

—Es una promesa, muchachos. En dos horas, mi familia los repone. Ya les mandé a comprar un juego de vajilla mucho mejor.

Luego empezó a rezar. Primero en voz alta, después bajito. En un momento, reunió a sus compañeros de penurias y les anunció un último gesto, impactante, sorpresivo:

—Voy a lavarles los pies, como hizo Cristo. Desde hoy, trataré de ser el más humilde de los cristianos.

A los quince minutos, bastón en mano, Alderete recuperó la libertad. No fue a su casa, sino a la quinta de Don Torcuato en la que estaba preso Menem. Lo abrazó, le regaló su virgen croata y entre miradas cómplices le dijo:

—¡¡¡¡¡¡La colina 53 no se rinde, mi general!!!!!!!

Anillaco y Palermo

Al segundo mes en libertad, Alderete pidió su concurso preventivo. Se declaraba en bancarrota, después de haber acumula-

do un patrimonio de un millón y medio de dólares y de haber posado en 1994 para la revista *Caras*, de ricos y famosos, jugando al golf sobre una mesa de madera bien lustrada.

Su liberación no atenuó demasiado la condena social. En medio de la mayor ola antipolítica desde el retorno democrático y de escraches a personajes ilustres de la dirigencia tradicional, Alderete se convenció de lo dificultoso que le iba a ser volver a caminar por las calles porteñas.

Se mudó finalmente a Anillaco, a cien metros de la casona que se había hecho construir Menem, de espaldas a Catamarca y de frente a la cadena montañosa del Velazco.

Allí, entre vides y olivos, soñó con gobernar Castro Barros, el municipio que lo albergaba, y comenzó a pintar la serie "Exilio III".

En su familia no sabían para qué había reservado un departamento de pocos metros cuadrados en Palermo.

—¿No te estarás armando un bulín? —lo cargaron.

Él no dijo nada.

Un día lo llamaron de Buenos Aires.

—El trabajo está listo, patrón.

Alderete emprendió viaje rumbo a Palermo. Cuando abrió la puerta, comprobó que estaba todo como había imaginado. El catre a un costado, la Virgen, el anotador con la última partida de chinchón que le ganó a Erman González, el mazo de cartas y la Biblia.

—Acá voy a venir si algún día me vuelvo a creer importante.

Era la reproducción exacta de su calabozo.

10. El apostador

Iba con esa carpeta de setenta y cuatro páginas a todos lados, en busca de subsidios para la Fundación. Se lo había aconsejado el jefe de cardiología de Harvard, apoyado en la experiencia de los Estados Unidos, donde el 60 por ciento de la investigación básica recibe financiamiento público.

—Tu proyecto es una maravilla, pero sin el apoyo del Estado no se puede solventar.

Domingo Cavallo era entonces un funcionario superpoderoso, le daba votos a Carlos Menem y dormía en los laureles de haber estabilizado la moneda, tras décadas de inflación.

—Cuente con eso, doctor. Es mejor asignarle una partida directamente, porque si va al Congreso lo van a tener de un lado para el otro —le recomendó el ministro de Economía.

—Mire, no se ofenda, pero prefiero que salga por ley, con nombre propio, en todo caso, si puede, hable con los legisladores del oficialismo. Yo voy a ir personalmente a convencerlos. Desde ya, le agradezco la predisposición —se conformó Favaloro.

Las gestiones dieron fruto en 1994. Las dos cámaras del Congreso, controlado por el menemismo, aprobaron asignarle un subsidio anual de 17 millones de dólares, mediante una partida específica del presupuesto nacional, como él quería. Se enojó mucho cuando publicaron que había sido por decreto:

—¡Si yo no dejo que me paguen ni un café! —señaló.

Otra vez, el oxígeno oficial hizo respirar a la Fundación. Ya en 1986, durante la gestión de Alfonsín, había obtenido créditos para construir el Instituto de Cardiología a través de una línea de redescuentos del Banco Central. Con la aprobación parlamentaria del subsidio, Favaloro volvió a sentir que su cercanía al poder le había sido útil.

Detestaba los enjuagues y entreveros de la política, pero

como veía que el dinero avalado por senadores y diputados le daba impulso vital a su sueño, comenzó a extremar el nivel de relación personal y hacia 1998 fue a la vez asesor del presidente Carlos Menem, del gobernador Eduardo Duhalde y del jefe de Gobierno porteño Fernando de la Rúa, en aquel tiempo los tres políticos más encumbrados del país.

Las candidaturas, para él un fruto prohibido, le pasaban en bandeja por delante de su nariz, pero siempre las gambeteaba. Para despejar suspicacias, el 20 de mayo del 98 escribió al diario *Ámbito Financiero*:

> *Señor Director:*
> *Le adjunto la copia completa de las palabras que pronuncié durante el acto de lanzamiento de la comisión para el plan de salud de la provincia de Buenos Aires.*
> *En el artículo que se refiere al acto, en la edición de* Ámbito Financiero *del día de la fecha, se destaca: "El cirujano, para algunos candidato a gobernador, lanzó seguro de salud", "Favaloro es para algunos duhaldistas el precandidato del gobernador para sucederlo en el cargo a fines del año que viene" y debajo de la foto: "...se parece al lanzamiento del cirujano como precandidato a gobernador". Son todos conceptos totalmente erróneos pues, desde siempre, mi decisión ha sido no aceptar ningún cargo político.*
> *Tuve innumerables ofrecimientos de diversas corrientes políticas de mi país, que creyeron que podían desviarme de mi dedicación absoluta a la medicina que incluye, como es lógico, una preocupación por la salud de nuestra gente.*
> *Ese compromiso hace que esté colaborando con el Dr. Alberto Mazza, ministro de Salud y Acción Social, con el Dr. Héctor Lombardo, secretario de Salud del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, y, en la provincia de Buenos Aires, en la reorganización del IOMA y, recientemente, en la formación de un plan de salud.*
> *Al leer lo que manifesté en esa oportunidad, podrá advertir que está muy lejos de ser un plan partidista.*
> *Los argentinos debemos comprender de una vez y para siempre que los problemas de Estado pertenecen y son responsabilidad de todos los partidos políticos.*
>
> *Dr. René G. Favaloro*

Duhalde buscaba por entonces un candidato que pudiera darle pelea a Graciela Fernández Meijide en la elección de gobernador. Lo encontró recién en el verano en Ruckauf, una noche mientras miraba el agua marrón del Río de la Plata desde su oficina de Puerto Madero.

Había tenido suerte con Favaloro en el 94, cuando consiguió que respaldara públicamente el SÍ en el plebiscito que le preguntó a los bonaerenses si querían reformar la constitución provincial y permitir la reelección de las autoridades.

—Señores: si hay reelección presidencial, si hay gobernadores que han sido reelegidos tres veces, ¿por qué no va a haber reelección en la provincia de Buenos Aires? ¿Por qué tiene que haber hijos y entenados? —se preguntó el cirujano.

Favaloro abundó en elogios hacia el gobernador:

—Con todas las críticas que se le puede hacer, hay que decir que el gobernador ha utilizado correctamente el dinero público. Ahí están las obras, ha hecho cantidad de hospitales y escuelas. Yo voy a La Plata y veo los caminos arreglados. Ha sido un gobernador eficiente en el manejo de los dineros del Estado. Además, dije que el plebiscito era la manera más democrática de decidir. ¡Ojalá el tema del aborto se hubiera resuelto por plebiscito! —opinó en un reportaje de la revista *Gente*.

Con un antecedente así, Duhalde buscó tenerlo bien cerca. Designó a Favaloro presidente de la comisión que iba a organizar un plan de salud para los 4,5 millones de personas más pobres de la provincia y lo rodeó de gente de su máxima confianza, como su profesor Mainetti, su compañero de ruta en la Fundación, Guillermo Masnatta, el titular del IOMA y médico de la Fundación, Rubén Laguens, y el ministro de Salud, Juan José Mussi.

La foto de la ceremonia que se hizo en La Plata mostró a Favaloro a la derecha de Duhalde. En privado no hablaban de política, tenían debates filosóficos, hablaban de Kant.

—El gobernador es un poquito más leído que los demás —comentó el doctor a sus íntimos.

Los discursos de aquel día dieron cuenta también de una sintonía ideológica. Los dos atacaron la concepción neoliberal aplicada a la economía del país y a la salud:

—Esta sociedad hipócrita y permisiva tiene como característica el individualismo sin alma, al que debe oponer el compromiso social de la solidaridad. El consumismo no debería tener cabi-

da en la medicina —disparó Favaloro, mientras Duhalde hacía chocar las pequeñas palmas de sus manos.

—En el conurbano hay chicos que mueren de pobreza —completó el gobernador—, por más que el certificado de defunción diga otra cosa.

En ese entonces, Duhalde se diferenciaba del modelo económico ejecutado por Menem y Cavallo. Cuando llegó a la Presidencia, en cambio, el bonaerense pasó meses rogándole ayuda al Fondo Monetario Internacional.

Menem también hablaba de Favaloro con almíbar. Quería que su amigo fuera el cuarto Premio Nobel científico del país, después de Bernardo Houssay, Federico Leloir y César Milstein. Lo dijo un día que fue a inaugurar un ciclo académico a la Fundación.

Menem estaba con los motores a pleno:

—La calificación no es lo importante —improvisó ante los alumnos— porque un 10 siempre es bienvenido, pero cuando la cosa viene mal barajada, un 4 nos saca de un apuro.

Favaloro, que siempre tuvo el promedio más alto y exigía máximo esfuerzo a los estudiantes, igual aplaudió. Trataba de hacer sentir cómodo al visitante, de quien valoraba el logro de la estabilidad económica.

En junio de 1991, Favaloro pactó con el Gobierno atender a cien pacientes sin recursos por año, gratis. A cambio, el ministro de Salud y Acción Social, Avelino Porto, se comprometió a cancelar una deuda de 1.700.000 dólares con la Fundación.

—Con los dineros del pueblo —magnificó el funcionario—, la Fundación Favaloro atenderá al pueblo, porque en una década en que la Argentina se quedó y retrocedió, Favaloro inició esta obra que es hoy orgullo para el país. Ojalá hubiera muchos como él.

Había otros centros de cardiología, pero no todos accedieron a los convenios con el Gobierno. En la ceremonia, Porto aclaró que no hablaba como simple intermediario entre "este constructor social y el presidente Menem, quien ordenó brindarle a Favaloro la máxima colaboración por el esfuerzo que desarrolla por el bien del país".

Recién en el segundo período menemista el cirujano objetó con énfasis la falta de empuje oficial para enfrentar el desempleo y combatir la pobreza:

—No hay argentino que esté en contra de la estabilidad y la desregulación, pero ahora viene la etapa más crítica, que será lo-

grar la reactivación con equidad social. Hay que entender que el reparto de la torta debe ser más justo.

La amistad que tenían, de todas formas, se hizo indestructible en marzo del 95, en el abrazo que se dieron durante el velorio de Carlitos, el hijo del Presidente, en la quinta de Olivos.

A De la Rúa lo consideraba más parco. Le tanteaba la sequedad cuando hablaban de fútbol, una conversación que utilizaba como termómetro de la pasión. No entendía cómo en los 70, cuando recién regresaba de los Estados Unidos, había personas que llamaban a este radical atildado "el Kennedy argentino".

Los había presentado Lombardo, hijo de inmigrantes italianos y médico, como Favaloro. El cirujano aceptó integrar la Comisión Asesora Honoraria de Salud del gobierno porteño, que entró en funciones con toda la gala, en el Teatro Colón.

Cuando De la Rúa caminó los cien pasos que le faltaban para llegar a la Casa Rosada, en diciembre de 1999, Favaloro no dudó en arrimarse:

—Vine a ofrecer mi colaboración para llevar adelante la propuesta de mejorar el actual estado de salud de la población —saludó el 28 de diciembre, tras una visita de cortesía al despacho presidencial.

Aceptó otra vez —como había hecho con Mazza— ser asesor del Ministerio de Salud, comandado por Lombardo.

Pero, con el tiempo, el calor de los gobiernos se le fue haciendo inhóspito a Favaloro. Hablaba con De la Rúa y las respuestas no llegaban. Iba a ver a Cecilia Felgueras y tenía que esperar sentado como cualquier cristiano. Ángel Tonietto, miembro del primer triunvirato aliancista, lo encontró en un pasillo del PAMI llorando, con las manos en la pera y los codos clavados en las rodillas.

—Pero, maestro, usted ofende a la cirugía si llora —trató de calmarlo el funcionario, atónito por la escena.

—¿Sabe lo que pasa? La Fundación está en serios problemas y el PAMI, como usted sabe, no me paga. Aguanté bastante, pero la cosa se pone cada vez más espesa —le explicó, entre lágrimas y espasmos.

"Me moví dos semanas, logré que Mario Vincens, viceministro de Economía, se ocupara personalmente del caso, pero creo que no hubo solución. Aquel día, el único que lo vi en mi vida, me partió el alma", relata Tonietto a la distancia.

Favaloro fue un invitado clásico del protocolo presidencial en

las visitas de mandatarios extranjeros, se movió en las alfombras del mando como en su casa y una foto con él era medida en réditos electorales por cualquier candidato. Pero tanta intensidad terminó congelada.

"Él movilizaba gente —señala su sobrino Roberto, actual presidente de la Fundación—, daba bien en las encuestas y todos los políticos lo utilizaron, los militares, los radicales y los peronistas. Pero bueno, en parte hay que estar agradecido, porque esta institución se hizo durante el gobierno militar, el radical y el peronista."

11. Los insaciables

El hermano de Federico Storani, el hijo de Víctor Alderete, el hermano de Julio César Aráoz, el cuñado de Graciela Fernández Meijide, la hermana de Matilde Menéndez, el vocero de Alfonsín, el compañero de tenis de Carlos Menem. Todos pasaron por el PAMI, un espacio donde la política se movió a sus anchas.

Una estadística deja sin atenuantes a los que dijeron haber respetado la independencia de la obra social con respecto al Estado: en sus primeros treinta y dos años de vida, el PAMI fue gobernado por diecisiete intervenciones, puestas a dedo por el poder de turno, y por sólo ocho directorios conformados según marca la ley. Los brazos de los partidos tradicionales siempre estuvieron aferrados al volante. Alderete Segundo se animó a cuantificar el reparto:

—En el PAMI hay cinco mil radicales.

Casi la mitad del plantel.

Hubo radicales que se hicieron expertos en pedir gauchadas, en la práctica del acomodo. Una nota de Armendáriz al interventor alfonsinista Federico Polak, por ejemplo, recomendó a personas para que fueran contratadas por el PAMI o para que se les mejorara la categoría. Bajo el escudo rojo y blanco de la Unión Cívica Radical, el ex gobernador de Buenos Aires y ex presidente del PAMI escribió: "Quiero en esta oportunidad reiterarle algunos pedidos, que ya le entregué en mano, pero que su importancia considero reiterar".

Otro habilidoso en agilizar trámites, bajo la invocación de su llegada a Menem, fue Juan Horacio Carreño, mencionado por los medios como integrante del dúo "Fresco y Batata" junto a José Zenón Rey Gómez, cuando estalló una polémica por los empleados "ñoquis". Entraron al PAMI en la gestión de Matilde Menéndez, los echaron varias veces pero siempre volvieron, hasta que cambió el gobierno. Carreño lo consideró injusto:

"Yo tenía una categoría linda, 2.200 pesos en la mano, pero nunca manejé plata del PAMI, nunca toqué una moneda de su caja. Yo trabajaba, chapeaba en favor de los jubilados. En contra de la burocracia y para evitar que anduvieran mendigando, yo les agilizaba los papeles, sin preguntarles si eran peronistas o radicales", acepta hoy este riojano radicado en Córdoba, compañero de tenis y amigo de Menem por más de veinte años.

Un día los despidió de la obra social el lucifuercista Carlos Alderete, pero al rato los tuvo que reincorporar. "Creo que se equivocó de apellido, fue algo muy confuso", dice Carreño.

Otro día los quiso echar Bramer Markovic:

—Díganme, ¿ustedes qué hacen? ¿Cuál es su función? —los atoró en su despacho.

Uno le habló del valor de la amistad con el Presidente y otro de su habilidad para hacerle asados. El telegrama del correo salió al minuto, pero alguien lo atajó:

—Te hablo de la Casa de Gobierno. No te equivoques, tenés que reincorporar a los muchachos.

La presión por Fresco y Batata, dos predilectos de Menem, se hizo insoportable. Y Bramer hizo el ridículo: los había echado "con causa", porque no habían dado todo lo que el PAMI esperaba de ellos, pero semanas después los tuvo que reincorporar, "sin causa" a la vista.

"Me arrepiento absolutamente de haber cambiado esa decisión. Fue la única vez que lo hice, pero no debí haberlo hecho. Me pareció una cosa menor, cuando en el fondo no lo era. Para mí eran dos ñoquis. La presión que me hicieron desde la Casa de Gobierno fue tan grande que volví la medida para atrás", reconoce el ex interventor.

La tercera fue la vencida. Después de soportar un traslado compulsivo a la delegación riojana del PAMI, cuando tenía a toda su familia instalada en Córdoba, Carreño fue sacado de la institución en los primeros meses de la gestión aliancista.

El tenista inició un juicio por discriminación y persecución política: "Se me ha difamado de manera alevosa por estar vinculado estrechamente a Carlos Menem. La infamia que se me hizo a mí, y que volvía cada vez que había elecciones, fue para pegarle al doctor. Yo tengo una prueba de que no me enriquecí, hoy soy uno de los pocos menemistas pobres que hay".

El peronismo buscó varias veces provincializar el PAMI, esto es, repartir sus recursos entre las veinticuatro gobernaciones a

cambio de dar prestaciones a los jubilados. Pero la idea no prosperó. Igual, los gobernadores nunca perdieron influencia política sobre la obra social, al imponer a gente de su confianza en las delegaciones regionales.

Alderete definió a los delegados como "virreyes".

"Satisfacían los deseos políticos y lineamientos generales de una conducción, pero en el resto de las decisiones tenían las manos libres, para proceder, contratar y pagar, casi sin control. Después de tantos años de contacto permanente con los prestadores resultaba inevitable que se registraran situaciones de simbiosis. En ciertas localidades, el prestador que reclamaba con energía en un despacho del Instituto luego se encontraba en un café o en un evento social con un funcionario del PAMI. Era imposible evitar la falta de imparcialidad en las decisiones." Lo que dijo abarcó el período alfonsinista pero también los primeros ocho años del menemismo.

Alderete centralizó las decisiones fundamentales y a los delegados les cambió el cartelito, los empezó a llamar "gerentes" de las medidas que se tomaban en Buenos Aires.

En un informe preliminar, publicado en el diario *La Prensa*, la Auditoría General de la Nación confirmó en 1995 el copamiento de las regionales: "Pareciera observarse una tendencia a una politización creciente en términos partidistas, y sin parecer un hecho reciente, sino compartido por anteriores administraciones, de las conducciones de las delegaciones y los espacios locales. Esto último provoca necesariamente un cierto reparto de poder que se renueva o se modifica con los sucesivos cambios en la conducción del nivel central".

El Frepaso, que creció con las denuncias de corrupción en el PAMI, cuando tuvo un espacio de responsabilidad en la conducción de la obra social, también fracasó: Tonietto, el hombre de la agrupación de centroizquierda que más alto llegó en la jerarquía de la obra social, protagonizó el primer escándalo del gobierno aliancista, cuando se difundió que la clínica de su mujer, prestadora de la obra social, estaba a punto de ser ascendida de categoría, con lo que hubiera podido aumentar sus ingresos.

A fines de 1998, cuando faltaba un año para la llegada de la Alianza al poder, el Comité Nacional de la UCR publicó en su página de Internet que veía al PAMI "convertido en un botín político" y que observaba "la evidente intención de vaciarlo".

Cuando apenas asumió en el PAMI, y luego de pregonar du-

rante la campaña la eliminación de las viejas prácticas políticas, la sociedad UCR-Frepaso tuvo que negociar su primer acuerdo de gobernabilidad con la Confederación General del Trabajo, que siempre exhibió su peso en el Instituto y que por ley debe tener lugar en la conducción.

"Se solicita a la CGT colaboración para el proceso de intervención iniciado en el PAMI. Y se invita a que se designen dos dirigentes para su representación en el Instituto", decía la nota enviada a Rodolfo Daer, número uno de la central obrera.

La sorpresa fue cuando la CGT le comunicó al Gobierno que iba a mantener en sus puestos a Reynaldo Hermoso y Domingo Petrecca, los dos directores que venían de acompañar la gestión de Alderete y que habían avalado los contratos que la Alianza había denunciado por corrupción.

Fue una prenda de cambio: la Alianza se tragaba el sapo, pero quedaba en buenas relaciones con una organización que podía pararle el país y a la que pronto tenía que consultar por la reforma laboral y la desregulación de las obras sociales, principal fuente de financiamiento de los sindicatos.

Lo que iba a cambiar de raíz, casi ni se lavó la cara. "La verdad es que yo me podía haber puesto más dura —retrocede Cecilia Felgueras, de la intervención aliancista— porque el sindicalismo estaba muy desprestigiado y hubiera convenido apretar a fondo el acelerador. Tendría que haber dicho 'esto es una señal de debilidad, de continuidad con el pasado'. Varias veces le pedí a la CGT que cambiara a sus representantes y ya era imposible." Armendáriz le había dicho que lo que no hacía en los primeros cien días, sobre todo a la hora de cortar cabezas, no lo iba a poder hacer jamás.

Los sindicalistas mostraron su capacidad de mutación. El 13 de diciembre de 1999, Hermoso y Petrecca firmaron un comunicado con membrete del PAMI donde se rechazaba "terminantemente" la intervención que en esas horas estaba por disponer el presidente Fernando de la Rúa "por no existir razones jurídicas y fácticas que la justifiquen". Denunciaba además que "una campaña sistemática y organizada de manejo de la opinión pública no puede justificar la violación grave de expresas disposiciones de la ley". Al rato nomás, negociación de cúpulas mediante, Hermoso y Petrecca se sumaron a la intervención aliancista, como subinterventores.

De la Rúa cambió la conducción del PAMI tres veces. Cuando

renunció, en diciembre de 2001, en medio del caos social, Hermoso y Petrecca seguían en sus puestos. Hasta Duhalde, enemigo de todo lo que sonara a menemismo, los confirmó en sus lugares en febrero de 2003.

Socios todo terreno

Hubo un día en que Enrique Nosiglia y Luis Barrionuevo se enfurecieron. Al sindicalista del peronismo le gustaba caracterizar su añeja relación con el dirigente radical como una sociedad dedicada a la alternancia del poder. Alguien la interpretó de otro modo.

Se preocuparon cuando creyeron oír por Radio Nacional que Graciela Rosso —una frepasista de Luján aliada a Juan Pablo Cafiero e integrante del segundo triunvirato aliancista que intervino en el PAMI— los vinculaba comercialmente a la obra social. Hubo llamados apurados, consultas a abogados, pedidos para desgrabar urgente el reportaje.

Era como si la mujer hubiera cometido una herejía. El alboroto siguió con el envío de cartas documento a la funcionaria para que se rectificara, sin perder tiempo. Ella dijo que la habían sacado de contexto, que no había imputado ni implicado a ninguno de los dos. Sus cachetes pálidos se habían puesto como dos manzanas. Se había metido en un brete.

"Fue una confusión. Me preguntaron si era cierto que ellos eran prestadores y yo dije que había habido un proceso de licitación, en el que se pueden presentar las personas que lo estiman conveniente. Yo desconocía si se habían presentado, lo único que yo sabía era que había gente de apellido Nosiglia en una clínica de Misiones, pero nada más."

Horacio Rodríguez Larreta —un economista del PJ, compañero de Rosso en el segundo triunvirato— recuerda el contrapunto como un momento tenso. "El folclore y el rumor de que los tipos tienen intereses son muy fuertes, pero a mí no me consta, no hay ningún documento que así lo diga. El entonces ministro de Salud bonaerense, Juan José Mussi, me solía pegar por los medios porque decía que la licitación de la zona sur del conurbano se la dimos a Barrionuevo."

"Lo que pasó es que se presentaron seis o siete y la provincia se quedó afuera por un problema formal, insalvable. Mussi, que

tenía mucho interés porque era de Berazategui, se enojó y nos acusó de haber arreglado con Barrionuevo, lo que te hace sospechar que Barrionuevo tuviese intereses o injerencia. Sin embargo, en ningún lado vas a encontrar que Barrionuevo es dueño de nada. En el día a día es un fantasma, no lo ves."

Mussi, hombre del duhaldismo, no cambia sus dichos: "Esa licitación efectivamente quedó en manos de esos personajes, a través de testaferros. Estamos absolutamente convencidos de que aquella licitación fue dirigida, para favorecer a personajes del Gobierno de ese momento y a algunos amigos que no formaban parte del Gobierno. Ellos son conscientes de que están sus amigos en esas empresas intermediarias, en esos consorcios".

Ni Barrionuevo ni Nosiglia tienen cuentas pendientes con la Justicia. Aun así, dan que hablar. Bramer Markovic dice por ejemplo que "Barrionuevo tenía influencia en San Martín, ése es su reino, su dominio. Y Nosiglia alguna influencia tiene, pero nunca da la cara".

Armendáriz, otro ex titular del PAMI, admite que aliados de Nosiglia en la UCR porteña le pidieron controlar la delegación de la Capital Federal. Y dice que las versiones que él escuchó sobre las sombras que se mueven en torno a la obra social "le hacen mucho mal a la democracia" porque "las cosas tienen que ser limpias y claritas".

Un clásico derivado del tema fue la saga de peleas, por los medios y en los Tribunales, entre Barrionuevo y el periodista Jorge Lanata, cuya revista fue una de las que más investigó la trastienda del PAMI. En un mano a mano que tuvieron por América TV, en vivo, en mayo de 2002, Barrionuevo se quejó porque le habían atribuido "medio PAMI" cuando "yo jamás, jamás tuve una sola ambulancia".

Sólo reconoció que un cuñado, José Palacios, de Hurlingham, sí tenía una, aunque corría el peligro de perderla por el atraso en los pagos del PAMI. "Él labura, se rompe el culo, tiene la ambulancia, anda todo el día. Punto."

El sindicalista gastronómico se mostró encima de los problemas del PAMI en noviembre de 2001, cuando el gobierno de De la Rúa tecleaba y sectores de la CGT planeaban una marcha a Plaza de Mayo contra la política económica y en defensa de la obra social.

La consigna tenía correlato estratégico con los esfuerzos de Alfonsín, Nosiglia, Leopoldo Moreau, Eduardo Santín, Cristina

Guevara y otros expertos en temas previsionales del radicalismo para frenar los intentos de Domingo Cavallo por controlar los organismos de la seguridad social, por donde pasa la mayor parte del presupuesto nacional.

A contrapelo de los "gordos" de la cúpula cegetista, Barrionuevo convocó a la realización de la protesta. "El PAMI ya no aguanta más. La marcha se hace sí o sí", adujo, en su carácter de secretario de Seguridad Social de la central obrera. Los que estuvieron esa tarde lluviosa entre el Cabildo y la Catedral, sin embargo, se quedaron con las ganas de verlo en el palco.

Barrionuevo fue luego elegido senador nacional por Catamarca. Desde su banca, el 3 de julio de 2002, defendió una ley que posibilitaba a los jubilados elegir a sus representantes en el directorio de la obra social, con un discurso que contenía estos pasajes:

> *Indudablemente, el PAMI dio mucho que hablar durante todos estos años. Hasta campaña política se hizo con el PAMI, la obra social solidaria más grande de América Latina.*
> *Si bien es cierto que fue creada por el ex ministro Manrique con fines políticos, ese vicio no se perdió a través del tiempo. Durante muchos años, después de militares, radicales, peronistas y aliancistas, llegamos al final de esta etapa de tantas aventuras que se hicieron en el PAMI, y concluimos en darles esta ley a los verdaderos dueños, que son los jubilados.*
> *Indudablemente, el PAMI fue un botín de los distintos políticos de turno. Ésta es la realidad, por eso algunos la aceptan y otros no.*

El tema se coló en la campaña presidencial de 2003. Rodríguez Saá, uno de los tres candidatos del PJ, decía en sus discursos que en el PAMI se había robado demasiado. Y Elisa Carrió, recostada en una postura "antimafia", llegó a denunciar que la obra social vivió manejada por una "asociación ilícita bipartidista" de radicales y peronistas.

12. La caja de cristal

El primer triunvirato

En la historia negra del PAMI, hay capítulos que empiezan por atrás:

Cecilia Felgueras, radical, se arrepintió de haber formado parte de una maquinaria de propaganda que vendió ilusiones posmenemistas a millones de argentinos, entre ellas la que hablaba de la limpieza total de la corrupción en el PAMI.

—Lo de la caja de cristal primero lo dijo De la Rúa, no yo, pero reconozco que hay conceptos que tienen una instalación bestial. A veces siento que alguien me puede decir "¿Sabés dónde te podés meter la cajita de cristal?". La política comunicacional de la Alianza fue un profundísimo error, una irresponsabilidad. ¿Cómo podés hacer de esta mierda una caja de cristal?

Ángel Tonietto, frepasista, se separó de su mujer, luego del escándalo que los envolvió a los dos.

—Haber aceptado el ofrecimiento del presidente fue el peor error de mi carrera. El PAMI es un submundo. Después de que los medios armaron el escándalo no me habló más ninguno de mis colegas del Frepaso. Me llamaron bastantes justicialistas y muy pocos radicales.

Y Horacio Rodríguez Larreta, justicialista, pudo saltar del barco que se hundía, se incorporó un tiempo a la administración Duhalde y vio la ola antipolítica y los cacerolazos desde su despacho de recaudador de la DGI, que miraba a la Plaza de Mayo.

—Creo que a De la Rúa nunca le interesó el PAMI. En todo el año lo vi tres veces, no estaba encima de la gestión. Para bien o para mal, es un lugar donde necesitás contención.

Ahora, se puede rebobinar.

El trío desalojó a Alderete con ínfulas de comando SWAT.

Felgueras, Tonietto y Rodríguez Larreta irrumpieron en el edificio sin ceremonia de traspaso, desenfundaron la declaración de emergencia sanitaria y social de los servicios del PAMI, minaron el lugar con investigadores de organismos de control, abrieron las cajas fuertes, revolvieron papeles y divulgaron irregularidades a granel de la gestión menemista. Los cascos burocráticos de las Naciones Unidas supervisaron el operativo.

Dos años después, y luego de retoques de nombres en la conducción, el PAMI gobernado por la Alianza lucía otra vez derrumbado, sin prestar asistencia médica y social eficaz a los ancianos.

Felgueras se convirtió rápidamente en uno de los rostros del Gobierno. Joven, hábil con las palabras, simpática, iba a todos los programas de televisión, se mostraba partícipe de un recambio generacional, aparecía en las fotos concentradísima en su trabajo, prometía mano dura a la corrupción e insinuaba que ahora sí el cambio iba en serio, que el PAMI dejaba de ser utilizado por la política para ponerse al servicio de los abuelos.

Tres meses después, en febrero de 2000, Felgueras se montaba a la candidatura para vicejefa del Gobierno porteño, como compañera de fórmula de Aníbal Ibarra, aquel muchacho que de fiscal había saltado a la fama política con sus denuncias contra Menéndez.

En marzo comenzaron las presiones del Ministerio de Economía para que el PAMI se comprometiera a achicar drásticamente su estructura, en abril renunció Tonietto y en mayo se produjo la elección porteña, ganada por Ibarra-Felgueras sobre Domingo Cavallo y Gustavo Beliz. Era demasiado el ajetreo.

Los interventores fueron hasta perseguidos por Isabel Sarli, una vedette que les reclamaba un pago de 1.200 dólares, por servicios prestados durante la gestión de Víctor Alderete. Su tarea consistía en ir a tomar el té a centros de jubilados y hogares geriátricos.

La insistencia de la diva montañosa hizo ruborizar a los funcionarios del triunvirato. "A mí los viejos me adoran. Yo no necesito cantar o bailar, simplemente iba a contarles anécdotas, repartía besos, firmaba autógrafos, comía asado. Me solía acompañar Juanita Martínez, la esposa de José Marrone. Para los abuelos era un esparcimiento. Ahora estoy muy triste, porque no tienen ni para remedios", dice la Coca.

Un ejemplar del libro *Isabel Sarli al desnudo* fue encontrado en una de las cajas que Víctor Alderete se llevó del PAMI en el

sigilo de una noche, cuando el menemismo cerraba su década en el poder. En un allanamiento judicial, se determinó que fueron noventa y cinco cajas y un bibliorato con documentación personal y de la gestión. La pulposa biografía estaba en la caja número cinco, al lado de un libro sobre la Madre Teresa de Calcuta.

La Alianza desarmó el esquema de las intermediarias que había montado Alderete y encaminó la renegociación de todos los contratos, que sumados llegaban a los 2.000 millones de dólares, es decir que se ubicaban entre los más grandes del Estado.

El proceso estuvo a cargo de Rodríguez Larreta, un economista con master en Harvard que había participado de la campaña Duhalde-Ortega 99, cuando le habían prometido el Ministerio de Acción Social.

En vez de concentrar el negocio en las grandes gerenciadoras, se armaron licitaciones, para darle chance a los prestadores de mediana escala, que podían competir entre sí para captar afiliados.

En un informe de gestión, se exhibieron como logros principales "un ahorro de 414 millones anuales, la reducción del gasto mensual a 200 millones, el restablecimiento de las prestaciones interrumpidas y la eliminación de la intermediación de recursos financieros".

Pero había una contracara. La Sindicatura General de la Nación, a cargo del frepasista Rafael Bielsa, desplegó un rosario de cuestionamientos al andar aliancista en la obra social.

El organismo de la órbita presidencial no hizo denuncias por falta de transparencia, pero enumeró una montaña de pasos formales que se habían salteado. Dijo la SIGEN:

"La Comisión Interventora Normalizadora no ha rendido cuenta formal de sus actos."

"En los Concursos Públicos Abiertos, el principio de concurrencia e igualdad aparece restringido."

"La información administrativo-contable que se maneja en el Instituto tiene una confiabilidad restringida."

"El requerimiento de asegurar la calidad del control interno del que es merecedora la administración de fondos públicos no aparece satisfecho."

"La carencia de estabilidad de la alta conducción del Instituto, la falta de aprobación por autoridad competente de los planes de acción que expliciten las políticas que deben gestionarse y la persistente anomia en áreas sensibles de la gestión, operan como debilidad de la organización formal."

Las autoridades del PAMI contestaron punto por punto y explicaron que la complejidad del Instituto y el condicionamiento de no poder interrumpir un servicio médico mientras se negocia el contrato de prestación dieron lugar a las desprolijidades. Cuentan por ejemplo que para establecer precios se tomaron como referencia los que había puesto Alderete, se les restó a cada uno el 10 por ciento y los montos que quedaron se impusieron después como precios máximos. "No se puede hacer regir el PAMI en todo momento por la pureza de las normas del Estado", fue una explicación.

El 3 de abril de 2000 llegó al Banco Mundial una carta de intención de las autoridades del PAMI que hizo crujir al oficialismo. En sus renglones se proponía convertir a la obra social más grande de América Latina en un "ente pequeño", dedicado exclusivamente a funciones de regulación y control. Hablaba también de eliminar "funciones superfluas e incompatibles con la función central del PAMI".

El senador radical Leopoldo Moreau filtró una copia a los medios para denunciar el achicamiento. Y la diputada Cristina Guevara, entonces aliada a Nosiglia, salió a decir que la reforma ofrecida ponía en riesgo la atención a los jubilados. Estaban criticando al Gobierno de su mismo signo. De costado, cuidaban un lugar de inserción partidaria preferencial.

José Luis Machinea, primer ministro de Economía de la Alianza y ejecutor de una saga de ajustes en el Estado, presionaba en sentido contrario, con la idea de destrabar un desembolso de 900 millones de dólares de un crédito internacional que tenía que llegar en esos días.

"Había mucha carga ideológica en esa discusión —recuerda Rodríguez Larreta—, mucha defensa de intereses que obviamente cuando ponés en blanco y negro saltan. Algunos diputados se engancharon con eso. Más allá de alguna frase poco feliz, como la del 'ente residual', lo que está firmado en esa carta está bastante bien, hoy suscribiría el mismo contenido."

Felgueras acompaña: "Fue una frase descontextualizada, que sonó lesiva a los derechos de los trabajadores. Pero más pequeño no quiere decir que lo íbamos a desguazar. Pensamos que hubiera sido algo nuevo modernizar la estructura y el modelo prestacional del PAMI, pero había que tener otro país para hacerlo, otro gobierno y mucha fuerza política".

Una de las medidas propuestas era abandonar todas las

prestaciones sociales, como el turismo y el reparto de bolsas de comida, una ayuda que costaba al año 170 millones de dólares. La idea era pasarlas a otros organismos oficiales.

En el plan de adelgazamiento había varias recetas. Una era transferir a la municipalidad de Rosario las clínicas que el PAMI administra directamente en esa ciudad y que cuentan con dos mil empleados. Otra era trasladar personal del PAMI a la Dirección Nacional de Migraciones, que necesitaba gente pero estaba imposibilitada de contratarla.

"Hablé personalmente con Federico Storani, ministro del Interior, sobre el pase de empleados. Sin afectar las prestaciones esenciales, achicar había que achicar y propuestas había de sobra, pero en la carta no las pusimos, no le dimos el contexto adecuado. No dejo de pensar que fue un error poner la palabra 'pequeño' ", vuelve Felgueras en su autocrítica.

El revuelo que se armó hizo titubear a De la Rúa. La reforma contenida en la carta de intención quedó en la nada.

Exceso de confianza

—¿Qué tal, René? ¿Cómo estás?

A Favaloro nadie lo tuteaba, menos sin su consentimiento y menos una pebeta que había aceptado dirigir la obra social más importante del país sin ser médica, sin más pergamino que su pertenencia al mundillo radical. El saludo de Cecilia Felgueras le pareció una impertinencia, lo sumió en disgusto.

La funcionaria se percató de la susceptibilidad herida y acudió a un tono más formal, aunque cada tanto se le escapaba un "¿viste?".

El diálogo siguió tenso, como todos los que tuvieron de allí en más. Siempre fue por plata. Favaloro quería destrabar la deuda del PAMI con su Fundación; Felgueras le reiteraba que una parte no estaba documentada, es decir, que no tenía constancias que justificaran su pago, y que la parte sí verificada podía ser cobrada en bonos y no en pesos, como quería el cirujano.

—Mire, doctor, tratamos de hacer lo mejor, pero lo mejor en pie de igualdad con el resto de los prestadores, que también están cobrando en bonos.

—Pero escúcheme, cada vez me piden más y más documentación. ¿Qué mejor prueba de una operación que el pecho de un

paciente con una cicatriz desde la pera al ombligo? ¿Por qué no me pagan de una buena vez?

Era casi la misma discusión que con Alderete. Favaloro volvía furioso a las oficinas de la avenida Belgrano.

—¿A ustedes les parece? Esta piba primero me tutea, me falta el respeto. Después me bicicletea. ¿Quién se cree que es?

A Felgueras tampoco le gustaba el tono que utilizaba el cirujano. "Me decía que cada vez que iba a ver a Menem, enseguida aparecía una solución contundente, pero que con nosotros era todo muy complicado. Era una persona que presionaba mucho públicamente."

"En la deuda nueva había un atraso de sesenta o noventa días —detalla Rodríguez Larreta—, común al resto de los prestadores. Y sobre la deuda vieja, Favaloro reclamaba 1.900.000 que nadie había reconocido. Nadie había firmado esas facturas, no era deuda exigible. Para documentar un pago en el Estado no alcanza con una historia clínica de hace seis años. De todas formas, hasta que se produjo el fallecimiento, la deuda con Favaloro era un tema menor para nosotros, era una de las deudas más chicas que heredamos."

Rodríguez Larreta remitía al período de Menéndez. La discusión no iba a quedar ahí. Había lugar para escenas de telenovela:

—No me contestaste la carta —lo encaró la mujer.

Rodríguez Larreta no sabía de qué le hablaban. Recién bajaba del escenario donde había disertado sobre la salud en el país.

—La carta... ¿Vos sabés quién soy yo? —quiso despabilarlo.

—Disculpame, pero no te conozco.

—Bueno, conoceme, soy Matilde Menéndez. ¿Me querés decir de dónde sacaste que la deuda del PAMI con Favaloro es de mi época?

—Mirá, yo no dije eso, fijate en la desgrabación. Yo no dije nada en contra tuyo, me preguntaron por la deuda y objetivamente dije que no estaba documentada, pero que cronológicamente era de esa época.

—¿Pero vos no te enteraste que me comí un juicio de no sé cuántos años por haber pagado a cuenta prestaciones? ¿Cómo pueden tener el coraje de decir que alguna deuda venía de mi época? Obviamente podía haber alguna cuenta que no estaba paga cuando me fui, pero no era una deuda, che.

—Te repito, yo dije: es deuda de esa época, pero no hice ningún juicio de valor hacia vos.

Dos representantes de épocas distintas del PAMI se acogotaban por Favaloro.

Del primer triunvirato aliancista, sólo había querido consolarlo Tonietto el día que lo vio llorar.

El cuñado

—¿Cómo no me dijiste que tu esposa tenía clínicas que cobran del PAMI? ¿Te das cuenta lo que acabás de hacer? Esto es un desastre.

—Nena, bajá el tono. ¿Yo te pregunto a vos de tu vida privada? Aparte avivate: esto es una cama, me pegan a mí para voltear a Graciela.

Cecilia Felgueras y Ángel Tonietto se gritaban feo, en pleno estallido del primer escándalo de corrupción del gobierno de Fernando de la Rúa.

El cuñado de Graciela Fernández Meijide, ministra de Desarrollo Social, no había confesado que estaba de los dos lados del mostrador: era al mismo tiempo funcionario del PAMI y miembro de una sociedad conyugal que tenía un contrato vigente con la obra social.

Su declaración jurada no aclaraba la dualidad. Le había retaceado información a las autoridades que controlan las incompatibilidades en el Estado. La anomalía fue detectada cuando se descubrió que el Hogar Terapéutico Florida II pertenecía a Juana María Castagnola, esposa de Tonietto y hermana de Fernández Meijide, y estaba a punto de beneficiarse con un ascenso de categoría prestacional, con lo que el PAMI le hubiera pagado más por sus servicios.

El caso sacudió los cimientos de la Alianza, que en la campaña se había envuelto en un delantal blanco y se había llenado la boca con la promesa de ser implacable contra la corrupción. Por eso cuando estalló el caso Tonietto, a sólo cuatro meses de la llegada de la Alianza al poder, la "caja de cristal" se hizo añicos. Fue como si en el bolsillo del guardapolvo se hubiera reventado una birome. La mancha no salió más.

Felgueras acababa de echar a un primo, gerente de Alderete. No la volvieron a invitar más a los casamientos familiares. "No sé si él era honesto o no, somos una familia muy grande. Me causó un disgusto enorme a nivel personal, pero era imposible dejarlo."

A Fernández Meijide le habían dado el ministerio como premio consuelo, luego de perder la elección en la provincia de Buenos Aires, que consagró gobernador a Ruckauf. Un sector del oficialismo no la quería. En los conciliábulos del hotel Panamericano, donde se pensaba que la Alianza estaba armando un plan de gobierno, el reparto de cargos fue el ejercicio preferido por radicales y frepasistas.

Muchos terminaron en lugares impensados, como Tonietto, a quien Fernández Meijide prefería ubicar en la Unidad de Financiamiento Internacional, una pequeña cancillería encargada de manejar los créditos del BID y del Banco Mundial para financiar programas sociales: "La verdad, no estaba en el cálculo que mi ex cuñado fuera al PAMI. La decisión fue de De la Rúa".

La recategorización de la clínica para discapacitados estuvo rodeada de sospechas. Una primera evaluación, a cargo de un equipo multidisciplinario, no le dio el puntaje necesario para mejorar su estatus profesional.

De repente, un arquitecto solitario volvió al lugar, tomó en sus manos el boletín de calificaciones, hizo tachaduras y correcciones de puño y letra. Al rato, la suma de puntos alcanzaba para subir la categoría. Se dejaron huellas del apuro: en el rubro "Actividades recreativas externas", que tenía fijado un máximo de 15 puntos, aparecieron mágicamente 20, es decir 5 más que lo excelente.

Tonietto admite que eso fue "una chanchería", pero niega haber ejercido influencia para que se consumara el ascenso. En primera instancia, el juez federal Gabriel Cavallo opinó lo contrario cuando lo procesó por presunta administración fraudulenta y lo embargó por treinta mil pesos, equivalente a la suma que hubiera ganado la clínica de su mujer en un mes si la recategorización se hubiera hecho efectiva.

Según el juez, Tonietto se aprovechó de la "innegable gran influencia" que tenía su cargo cuando habló sobre la clínica de su mujer ante el encargado de las recategorizaciones en el PAMI, José Amorín, su subordinado. Entre ellos se llevaban mal.

Durante la primera evaluación al Hogar Terapéutico Florida II, hubo un momento en que el ascenso parecía encaminado, gracias a la inversión de cien mil pesos que había hecho la mujer en esa y otra clínica a su nombre. Amorín llamó a su jefe, con quien imaginó recomponer relaciones:

—Te felicito, che, el establecimiento que dirige tu esposa es uno de los mejores —se apresuró.

Pero los evaluadores pidieron a Castagnola una serie de descargos. Habían detectado, por ejemplo, que empleados del hogar no estaban en el horario que figuraba en las planillas. La explicación fue que una semana antes habían trabajado tiempo extra en la preparación de una kermesse.

Amorín se puso loco:

—Me importa tres carajos que recategoricen o no, pero me hicieron quedar como un pelotudo —les reprochó a las funcionarias a cargo del tema.

Las mujeres terminaron desplazadas. Amorín sugirió apurar el trámite al arquitecto Aldo Seta, que en medio de un tratamiento de quimioterapia fue a la clínica de la esposa de Tonietto y, en un trámite veloz, le mejoró las calificaciones.

Seta tuvo la rara habilidad de encontrar mejor puntaje hasta en la medida de la cocina, que según él había sido mal calculada por el equipo multidisciplinario.

Amorín trató de explicarle al juez: "Yo era un funcionario político del PAMI y los funcionarios políticos estamos sujetos a una mirada partidaria no siempre bien intencionada".

Lombardo, el ministro de Salud, se apareció en la casa de Tonietto en Florida, partido de Vicente López.

—Esto es una cagada, te tenés que ir —lo terminó de empujar.

Tonietto buscó el rescate de De la Rúa, que nunca llegó.

Dos años después, la causa seguía en trámite. Tonietto confiaba en el desvanecimiento de la acusación por falta de pruebas. Continuaba preocupado, en cambio, por las omisiones en su declaración patrimonial. Ya no estaba el arquitecto Seta para desparramar garabatos.

El cuñado de Meijide, ahora ex cuñado, volvió a dirigir el Hospital Belgrano de San Martín, donde lo recibieron con cuatro mil quinientas firmas de personas que creían en su honestidad. Es un lugar rodeado de casas pobres y donde los pobladores suelen acompañar las campañas políticas de Graciela Camaño, la esposa de Barrionuevo, que en 2002 se convirtió en la segunda mujer ministra de Trabajo.

La recategorización quedó trabada hasta la culminación de la causa judicial.

Y la Alianza nunca volvió a ser la misma. El blanco delantal se le había enchastrado.

Un comité en ruinas

Durante un año y medio, el PAMI fue un comité radical. Entre correligionarios hubo intrigas, zancadillas, traiciones y serruchadas de piso. Las escenas de taberna ganaban intensidad a medida que De la Rúa perdía capacidad de mando.

Pronto se hizo pedazos la promesa de la plataforma electoral, pomposamente titulada "El gran cambio", que decía:

> *El gobierno de la Alianza no perderá un solo minuto: en el inicio mismo de su gestión pondrá en marcha un plan de recuperación del PAMI. Este sistema de atención médica a jubilados y pensionados será reorganizado sobre bases que impedirán las irregularidades a todo nivel, y asegurará la máxima eficiencia en el uso de los recursos.*
> *Terminará así un vergonzoso período de aprovechamiento y dilapidación, que ha perjudicado a abuelas y abuelos en todo el país. Sobre la base de tal reorganización se asegurarán los recursos para que nunca más el PAMI quede desfinanciado.*

En agosto de 2000, tras el rédito político nulo que le había dado el PAMI y la ida de Felgueras a la vicejefatura porteña, el Presidente nombró interventor a Federico Polak, el portavoz de Alfonsín.

En la casa de Polak había nacido la alianza UCR-Frepaso, en el invierno menemista de 1997. Conoció a De la Rúa en el Pilar Golf Club y fue su asesor durante el primer tramo del gobierno aliancista. Cuando descubrió el cuadro con la foto de Menem, dejado a propósito en la época del traspaso, se lo mandó a la casa de Alderete con una tarjeta que se perdió en el camino.

—Usted es un caballero, igual que su jefe, el doctor Alfonsín —le mandó a decir el menemista en desgracia.

La llegada de Polak abrió automáticamente una pelea con el ministro Lombardo, que hacía rato se había entusiasmado con controlar la obra social. Predicador de la Iglesia Metodista, descendiente de italianos, hincha de Boca y calentón, Lombardo combinó sermones con gritos a la hora de desplegar su influencia sobre el PAMI.

Decía públicamente que se arreglaba con un 30 por ciento menos de personal, mientras Polak trataba de acordar con los

gremios un nuevo convenio laboral, que ayudara a mantener el frente gremial en calma.

El plan de Lombardo era desregular la obra social, es decir, transferir la prestación de servicios a sectores en condiciones de brindarlos. Polak lo asemejaba a una privatización, sospechaba que se pretendía entregar la obra social a cuatro o cinco gerenciadoras norteamericanas, intención que el radicalismo ya le había adjudicado a Alderete en la última parte de su gestión.

Cuando la relación se hizo insostenible, cualquier chispa provocaba incendios.

La Alianza se desgajaba a nivel nacional, pero Ibarra buscaba fortalecerla en la Ciudad de Buenos Aires, por lo cual convocó al alfonsinismo a su gabinete. En ese contexto se produjo la designación del médico Aldo Neri como secretario de Salud, en reemplazo de Marcos Buchbinder, hombre de Lombardo. Los calentadores de la cocina radical se encendieron a pleno:

—Polak, tenés que renunciar hoy mismo —lo increpó Lombardo a las siete de la mañana—, porque si dilatamos me van a volver a cagar, como hicieron en la Ciudad. Colombo va a terminar designando a cualquiera en el PAMI.

—Pero si yo ya anuncié mi renuncia para la semana que viene, tengo todo armado con ese calendario —respondió el vocero de Alfonsín, medio dormido, pero con ganas de no hacérsela fácil.

—No importa, te tenés que ir hoy —insistió Lombardo y cortó.

El ministro le fue a contar a De la Rúa, que también quiso hablar con Polak:

—¿Vos arreglaste con Ibarra para que designaran a Neri?

—No es tan así, Fernando. Ibarra me llamó y me pidió hablar con Neri, yo simplemente los conecté. No compres ninguna tesis conspirativa.

El Presidente era especialista en dudar. En esa época sospechaba que Polak quería poner al PAMI al servicio de la campaña de Alfonsín para ser senador nacional por la provincia de Buenos Aires, basada en un discurso opuesto al del Gobierno.

"Le llenaron la cabeza con que Juan Storani, subgerente de Regionalización del Instituto, financiaba la línea política de su hermano Fredi contra él. El secretario privado, Leonardo Aiello, y el secretario general, Nicolás Gallo, tuvieron un rol enorme en convencerlo de eso", señala Felgueras.

Con ella también había discutido De la Rúa. Fue después que el Presidente se quejó por el nivel salarial de los funcionarios del PAMI.

—Son sueldos muy altos, Cecilia —la cuestionó.

—Bueno pero si son altos, es usted el que los tiene que bajar, tome la medida y listo —le contestó Felgueras.

Los sueldos no se modificaron.

El 14 de mayo de 2001, el PAMI cumplió 30 años. El comunicado firmado ese día por Polak incluyó pistas de la lucha ideológica que se daba en el Gobierno, sintetizada en las posiciones enfrentadas de Alfonsín y Cavallo, que había sido convocado de urgencia como ministro de Economía, una vez más.

"El recordatorio de los 30 años del PAMI —decía la gacetilla— implica también un recordatorio de lo que pasó en la Argentina en ese tiempo: un decaimiento permanente en las condiciones sociales y económicas y, fundamentalmente, el haber abortado cada proyecto de desarrollo que hubo en el país, sea por un lado ridiculizándolo, sea por el otro levantando banderas neoconservadoras o neoliberales, dentro de un modelo en el cual nosotros entendemos que se quiere excluir al PAMI."

La caída de la recaudación previsional empezó a complicar la existencia del PAMI. Polak pensó en desligarse de los servicios sociales, para concentrarse en las prestaciones médicas.

Cuando suspendió el pago de los subsidios de ayuda social, una mujer paralítica que participaba de una manifestación lo increpó:

—¿Cómo un hombre como usted nos corta los subsidios? ¿No se da cuenta de que quedamos en el desamparo total?

La discusión se dio sobre la calle Perú, frente a la sede central del Instituto, y luego en un salón de actos del edificio.

—No es función del PAMI dar esos subsidios —le explicó Polak—, pero lo vamos a estudiar, si el Gobierno no los da los voy a tener que dar yo.

La mujer salió descompuesta. Al otro día murió. El certificado de defunción decía "aneurisma". El debate ideológico anotaba una víctima.

Cavallo pretendía alinear al Gobierno en la búsqueda del déficit cero, es decir, la imposición al Estado para gastar sólo lo que recaudaba en impuestos.

En una reunión de gabinete se cruzó con Polak por un crédito que el Banco Nación tenía que darle al PAMI.

—No podemos liberar esos treinta millones, porque van a provocar déficit —se opuso el ministro.

—El préstamo ya está acordado. Además, no produce déficit porque yo lo devuelvo en junio. Presidente, le están mintiendo —intentó defenderse el interventor.

Polak llegó a participar de un acto en la Federación de Box junto al piquetero Raúl Castells, con quien a veces encontraba más coincidencias que con Cavallo.

La convivencia no podía durar demasiado.

El cavallismo quería manejar un superministerio de seguridad social, que concentrara las principales cajas del Estado y eliminara funciones repetidas en distintos organismos. Armando Caro Figueroa, que había sido ministro de Trabajo de Alfonsín y candidato a vicepresidente de Cavallo, era el hombre a manejar esa megacuenta oficial.

El zarpazo de Cavallo sobre el PAMI y la ANSES encontró la oposición radical.

—Ni con Menem sufrí estas cosas —se lamentó Alfonsín cuando el oficialismo lo apuntó como el principal promotor de las trabas a la avanzada cavallista sobre dos organismos con fuerte presencia de la UCR. El superministerio o agencia social que había insinuado De la Rúa también quedó en la nada.

El cavallismo insistía. La Fundación Novum Millenium —ubicada en un apéndice de la sede central de Acción por la República, el partido de Cavallo— difundió una investigación que anunciaba la crisis terminal del PAMI, producto de los "errores cíclicos" y los "sistemáticos fracasos" de peronistas y radicales en su administración.

Allí se hablaba de "la desprotección y la incertidumbre" de los jubilados, de "servicios mediocres e inestables", de "ausencia de autodisciplina y control en el gasto" y de "degradantes impactos morales" producidos por el descontrol.

"Hay un consenso bastante generalizado dentro de la sociedad de que el Instituto Nacional de Servicios Sociales para Jubilados y Pensionados es uno de los principales focos de corrupción que operan en la Argentina. Peor aún, existen fundadas sospechas de que constituye una importante fuente de financiamiento espurio de la actividad política", indicaba el trabajo.

El análisis desembocaba en una obsesión cavallista, cuando definía al PAMI como "un factor perturbador de la situación fiscal", y proponía su achicamiento, para después dejarlo librado a

la competencia en el mercado de la salud con el resto de las obras sociales y las entidades de medicina prepaga, sin más ayuda del Estado.

Polak quemó las naves. Dijo que el error existencial del Gobierno había sido disfrazar a De la Rúa de progresista, de supuesto líder de centroizquierda con capacidad para torcer el rumbo liberal. En ese acto, el titular del PAMI empezó a descolgar los cuadros de su despacho, entre los que había uno de Arturo Frondizi, otro de Alfonsín y otro de De la Rúa.

Lombardo logró el control de la obra social y puso al frente a Pistorio, el mismo del retorno democrático, el mismo que había endurecido la espalda para proteger a un presidente débil como Illia, criticado por lento y luego derrocado.

Pistorio salta la frontera

Pistorio tenía paperas cuando Favaloro lo llamó para administrar la Fundación, a mediados de 1996. Hablaron de La Plata, de Gimnasia y de la delicada situación financiera de la entidad. El ex interventor del PAMI de Alfonsín ya la conocía.

Terminaba el período de gracia que le había dado la banca internacional a Favaloro para devolver los créditos con los que levantó la obra. Se acababa también el plazo que había puesto la empresa Siemmens para recuperar los 12 millones de dólares que había aportado en equipamiento tecnológico, que además había que renovar y modernizar.

Hasta ahí, todo previsto, había un cronograma de pagos y se estaba por ejecutar.

Lo que nunca pensó Favaloro fue que un buen día el gobierno de su amigo Menem le cortaría los subsidios. Los diecisiete millones iniciales se redujeron a ocho, después a cuatro y, desde 1997, a nada.

Estos pagos habían despertado celos en otros establecimientos cardiológicos, que decían estar en iguales condiciones que la Fundación Favaloro para brindar servicios, pero no recibían ninguna mano del Estado. Para peor, las fundaciones se quedaron sin las ventajas impositivas que tenían hasta entonces, con lo que automáticamente aumentaron sus costos.

A la confluencia de factores negativos, Pistorio respondió con un plan de ajuste, por el que lo odiaron durante años en buena

parte de la Fundación. Llamó a los jefes de departamento, que actuaban como una suerte de prestadores internos, y les dijo que tenían que bajar las pretensiones económicas, cobrarle menos a la Fundación por sus servicios. "Yo les cambié las reglas de juego —admite Pistorio—, sé que a muchos no les gustó."

Mainetti, el maestro más querido por Favaloro, sostiene que con la fragmentación interna de los servicios, los centros de salud "se convirtieron en supermercados", donde cada uno comenzó a tirar para su lado. "La crisis llevó a entregarle los servicios a los jefes de departamento para que los financiaran, era como un alquiler. Eso trajo envidias, cosas que pasan en todas las sociedades jerárquicas."

Los médicos formados en la Fundación, que Favaloro mandaba a los pueblos rurales del interior para que completaran la instrucción académica, tenían ahora que saber también cuánto salía una operación, cómo hacerla más barata. "Se empezaron a hacer reuniones con los médicos —señala Pistorio— donde se les mostraban los costos, las cuentas, los resultados, es decir, todo el funcionamiento institucional, para que cada uno empezara a ser el administrador de sus propios recursos."

La estrategia chocaba con el concepto de "medicina sin límites" que había manejado Favaloro toda su vida. Los casos que le derivaba el PAMI eran de los más costosos, porque sólo iban jubilados en estado grave.

Pistorio consideró que la Fundación tenía capacidad para atender al doble de pacientes, y entonces buscó aumentar la demanda, con la firma de nuevos convenios con las obras sociales sindicales. Su gestión terminó en fracaso, la Fundación no consiguió levantar la puntería.

Los que hablan de ese período, sueltan rayos y centellas: "Su paso fue un horror. Era un burócrata y dejó un panorama desolador", dice Carlos Penelas, ex vocero de la Fundación.

"Pistorio fue mi alumno en la Facultad de Medicina de La Plata —cuenta Abram Moszemberg, ex presidente del Comité de Ética de la Fundación—, no era malo ni brillante, era medio medio. Tuvimos muchos desencuentros. Tras una discusión, Favaloro le quitó atribuciones, pero después Pistorio las recuperó. Durante su gestión se desvirtuó el carácter de institución sin fines de lucro que tenía la Fundación. Favaloro defendió siempre la medicina social, Pistorio fue un tecnócrata monetarista."

"Tenía aspecto tranquilo, pero era un terrible agresivo. Des-

viaba la charla al terreno que él quería", afirma Eduardo Raimondi, director ejecutivo y jefe de inmunogenética.

Una pelea con Roberto Favaloro, sobrino de René, selló la suerte del administrador radical. Su renuncia se produjo a comienzos de julio de 2000. La tragedia de Favaloro ya estaba agazapada.

La huida delarruista

Pistorio se había acostumbrado a los finales tormentosos, pero todavía le faltaba uno.

Volvió al PAMI en plena desintegración del gobierno de Fernando de la Rúa.

Pero las internas políticas seguían. Esta vez, se empezó a pelear con su número dos en la obra social, Edgardo Trivisonno, a quien rápidamente le cercenó funciones.

Mientras peleaban, un chico riojano que esperaba atención del PAMI murió, apenas después de un acto de "súplica" infantil frente al Ministerio de Economía.

—Sabían que Sergito tenía problemas neurológicos graves, pero nadie lo ayudó. Lo trataron como una bolsa de papas —lloró su padre por televisión.

Más preocupado por el déficit cero en las cuentas del Gobierno, Lombardo tomó el caso con sensibilidad cero:

—Chicos siempre van a morir, ni el mejor sistema de salud del mundo lo puede evitar.

El PAMI se enterraba en un pantano.

Su sede central fue tomada pacíficamente durante una protesta gremial. Los carteles decían "No a la privatización" y "No al genocidio de 3,5 millones de jubilados y pensionados".

Los discapacitados fueron a protestar a la Plaza de Mayo, con sillas de ruedas, muletas, camas ortopédicas. Hicieron vigilia frente a la Casa Rosada, pero para las autoridades fue demasiada la deshonra. A las 3.15 de la madrugada, un batallón de policías irrumpió en el campamento y se llevó colchones, mesas de luz y víveres de los ocupantes. De prepo, sin orden judicial, todo fue a parar a un camión azul, usado habitualmente para transportar las vallas de contención de las manifestaciones.

Empezaron a aflorar denuncias por "abandono de persona" contra la obra social.

El presidente De la Rúa no reaccionaba. En noviembre de

2001, al clausurar la convención anual de la Asociación de Bancos, volvió a anunciar la racionalización del PAMI, como si su gestión recién estuviera por comenzar. Era el reconocimiento de un fracaso. Ya habían pasado dos años de su Gobierno. Los únicos dos.

El comienzo del fin

El regreso de Pistorio al PAMI provocó escozor en la Fundación Favaloro.

¿Cuál era la forma de reclamarle una deuda al enemigo, ahora que ya no estaba René? ¿Cómo encarar a alguien que conocía cada uno de los tejes y manejes?

En su paso por la Fundación Favaloro, Pistorio había chocado con otros directivos, había querido pasar la tijera por zonas sensibles y había cuestionado la mentalidad comercial que suponía en algunos médicos.

En las conversaciones privadas, las acusaciones en voz baja eran mucho más impiadosas que las que se escuchaban en público: se llegó a deslizar que había médicos molestos por la obligación de atender gratis a pacientes pobres, uno de los gestos con los que Favaloro quería ennoblecer la profesión.

Tras su muerte, el Consejo de Administración de la Fundación fue modificado. Quedó afuera Mariano Favaloro, uno de los sobrinos que había acompañado a René desde la época del Güemes, y las decisiones fundamentales pasaron a manos del tándem Roberto Favaloro-Eduardo Raimondi.

La guerra con Pistorio no se hizo esperar.

El funcionario radical les había prometido agilizar el pago de los seiscientos mil dólares mensuales que pretendía la Fundación, pero el trámite seguía trabado.

—Tranquilo, Raimondi, hoy es viernes, el lunes te voy a dar trescientos mil pesos y aparte cien mil por semana.

El pago continuó demorado. Raimondi llamó por teléfono a Pistorio, a los gritos.

—Se lo advierto, si no nos empiezan a pagar, cortamos el servicio a los afiliados del PAMI.

—¿Me está amenazando? Le digo que no hay plata, para la Fundación ni para nadie. ¿Es tan difícil de entender?

—Usted sabe bien que los pacientes que nos derivan son de

altísima complejidad, que nos genera un enorme gasto. Nos prometió pagar, pero no cumplió. El desfase es enorme.

—Bueno, Raimondi, si quiere desafiarme, hágalo, nos veremos en la arena.

Parecían boxeadores, más preocupados por demoler al rival que por gustar al público. Habían sido compañeros de trabajo durante cinco años.

Ante la falta de respuesta, la Fundación exigió el pago mediante una carta documento, en la que daba al PAMI un plazo máximo de quince días. Con la sangre en el ojo, Pistorio les depositó cuatrocientos cincuenta mil pesos, en dos tramos.

Cuando el caso llegó a los medios, Pistorio volvió a explotar:

—Bueno, Raimondi, veo que concretó su amenaza. ¿Eligió este terreno? Muy bien, veremos quién gana. Le recuerdo que ahí en la Fundación se recibió mucha plata del Estado.

—Mire, Pistorio, le recuerdo que esa plata la administró usted, yo agarré esto en febrero de 2001, cuando no había un peso. Usted sabrá. Usted administraba la Fundación.

La guerra ya era por aire, tierra y mar. Uno de los misiles fue lanzado por el ministro Lombardo.

—¿Ustedes qué se creen? Empezamos a pagarles y siguen con el escándalo, hablan por radio. ¿Qué pretenden?

Esa tarde, la hija del ministro de Salud, Mónica Lombardo, renunció en forma indeclinable al puesto de nefróloga que tenía en la Fundación Favaloro, donde trabajó cinco años. Le mandó una nota a las autoridades de la institución y una copia a su papá.

—Es ridículo —reaccionó Raimondi—, ¿qué tiene que ver el conflicto con el PAMI con el desempeño de una de nuestras profesionales más destacadas? Están usando tácticas sucias para no pagar, ahora que la deuda total del PAMI roza los 4.000.000 de dólares.

La dupla Roberto Favaloro-Eduardo Raimondi buscó caminos alternativos. Se comunicaron con Cavallo y empezaron a analizar formas de ayuda.

Al ministro se le ocurrió que el lobbista Jacob Frenkel, a quien había contratado para reestructurar la deuda externa, podía donar sus honorarios a la Fundación. Eran setenta y cinco mil dólares, que para este miembro del Grupo de los 30, integrado por los financistas más importantes del mundo, era una propina.

El secretario Legal y Administrativo del Palacio de Hacienda, Alfredo Castañón, puso en contacto a Raimondi con los abogados

de Frenkel. El trámite parecía encarrilado, pero nunca se efectivizó. La plata no llegó a la Fundación.

Hubo una segunda gestión con Cavallo, ya cuando la efervescencia política y social jaqueaba la presidencia de De la Rúa.

—Doctor, ya que usted propone salidas como el canje de la deuda, ¿qué le parece si armamos una propuesta que sirva a las dos partes?

—¿Y en qué consistiría?

—Un ejemplo: la Nación nos debe ocho millones de dólares, y nosotros le tenemos que pagar a la AFIP ochocientos mil dólares por mes, que cada vez se nos hace más difícil afrontar. ¿Por qué no nos dan diez meses libres de impuestos y compensamos? Después arrancamos de cero.

—No es mala idea. ¿Por qué no me acerca una carpeta con los detalles y los números exactos? Cuanto antes mejor, porque la situación general, como usted sabrá, está muy complicada.

Raimondi preparó la carpeta y el 20 de diciembre, en medio de una protesta social sin precedentes contra un gobierno constitucional, se dirigió al ministerio. Pero Cavallo había renunciado esa misma madrugada, empujado por la crisis económica y los cacerolazos de la clase media, que acababa de padecer la confiscación de sus ahorros.

Raimondi fue igual. Al acercarse, vio que de un sótano del Palacio de Hacienda salía humo negro, producto de la bomba incendiaria que había sido lanzada horas antes.

Por esas cavidades subterráneas, Cavallo pretendía reconstruir un túnel secreto que lo llevara a la Casa Rosada, para no ser visto por la prensa.

El director ejecutivo de la Fundación Favaloro se detuvo un minuto antes de entrar a la puerta de Balcarce, sorprendido por los estruendos que se escuchaban desde la Plaza de Mayo. Se estaba ejecutando una brutal represión contra los manifestantes, con cinco muertos y decenas de heridos. Las Madres de Plaza de Mayo eran corridas por los caballos de la Policía Federal, como en los tiempos de la dictadura.

Raimondi logró entrar, pero no había ningún funcionario del equipo de Cavallo. Tuvo que dejar la carpeta en la Mesa de Entradas. La copia que quedó en poder de los directivos de la Fundación adquirió un insólito valor histórico: es uno de los últimos documentos ingresados a un despacho del Gobierno antes de la caída del presidente De la Rúa.

El sello oficial dejó impregnada una inscripción única: "Fecha: 20 de diciembre de 2001. Hora: 12.45". Quince minutos después, De la Rúa hizo un discurso al país en el que evidenció no tener noción de la realidad. Al rato renunció y se fue por los techos de la Casa Rosada, donde lo esperaba un helicóptero.

Ataúdes en tiempos de Duhalde

La caída de De la Rúa dejó al PAMI acéfalo durante veintisiete días. Cuando el peronismo se acomodó en el tablero de mando, con Duhalde a la cabeza, ubicó en la obra social al diputado chubutense José Manuel Corchuelo Blasco, que había presidido la Comisión de Salud.

Apareció en el despacho con guardapolvo de médico en vez de traje, para generar la sensación de estar preocupadísimo por la salud de los ancianos, listo para atender la emergencia.

Con fibra negra, escribió un cartel que decía: "No hay vacantes". Traducido, quería decir: "De ahora en más, basta de ñoquis". Y echó a gerentes que vinculaba con el radicalismo. Allegados a Alfonsín lo llamaron desesperados, él no los atendió.

La página oficial de Internet se empezó a poblar de fotos de Corchuelo firmando convenios, saludando a ancianos o asistiendo a misa.

El culto a la imagen personal no lo salvó del choque frontal con la realidad. El Gobierno se vio obligado a declarar la emergencia sanitaria. Y Corchuelo tuvo que admitir que el PAMI estaba "en terapia intensiva, en coma tres".

El ministro de Salud, el sanitarista bonaerense Ginés González García, también se agarraba la cabeza:

—Tengo que ser sincero. Vi los números y me asusté.

Con la devaluación, los medicamentos de los abuelos se hicieron inalcanzables. En algunos casos, los precios de un antibiótico equivalían a la mitad de una jubilación. El gobierno decidió impulsar la venta de medicamentos "genéricos", más baratos que los de marca, pero de igual efectividad.

Se volvió a una vieja práctica consistente en quitarle las prótesis a los cadáveres, para su posible reutilización.

En una visita al Congreso, Corchuelo lagrimeó. Y aceptó que el PAMI estaba "quebrado, fundido".

Era el producto de treinta años de abusos, compartidos por

peronistas y radicales. También de prácticas extorsivas de algunos prestadores, que usaron a los ancianos como rehenes de sus reclamos.

—Se han creado situaciones perversas —denunció Corchuelo Blasco— porque se presiona con la amenaza de cortar servicios indispensables para los jubilados, se juega con la angustia de las personas, para lograr prioridad en el cobro.

Ginés González García acompañó el razonamiento:

—Se han producido especulaciones feroces con los precios de las prótesis y los medicamentos. Si nos portamos como caníbales, no hay solución posible.

El ministro de Salud de Duhalde señaló por ejemplo a los anestesistas, que cuando hacen huelgas paralizan las operaciones.

—Es un grupo privilegiado de la Argentina que ha hecho un cartel monopólico, que exige precios distintos de los que cobran los otros médicos. Tienen un comportamiento antinacional. Hacen terrorismo sanitario.

Bagnasco, que a esa altura ya había investigado a tres interventores del PAMI, de distintas épocas, comenzó a decir que el problema de la obra social no depende sólo de la honestidad de sus funcionarios, sino de su estructura perversa.

—Pueden poner al frente a la Madre Teresa de Calcuta, pero la corrupción va a seguir.

Pese a contar con un presupuesto millonario, superior al de muchas provincias, el PAMI siempre tendió a gastar más de lo que recaudaba. Esa enfermedad se le hizo crónica.

Cuando aumentaba la recaudación, como a comienzos de los 90, disfrutaba de la calma, pero ante la menor caída, el avión se sacudía.

Los recurrentes salvatajes financieros desde el Estado devolvían la tranquilidad, pero sólo de a ratos. Medidas de ajuste, como el recorte de los aportes patronales, provocaban otra vez temblor. Fue un proceso circular, que dejó al instituto creado por Manrique en ruinas.

A los administradores que llegaban, de cualquier partido político, se les nublaba la vista ante tamaña cantidad de plata, que podían manejar casi sin control.

Nunca se aprovechó suficientemente el poder de compra del PAMI, su peso en el mercado para influir en precios y contratos, por presupuesto y cantidad de afiliados, varias veces superior a

cuatro millones. Sirvió para buenos negocios personales, pero no para mejorar la atención médica de los afiliados.

El derrumbe del PAMI coincidió con la caída del sistema político y el modelo económico neoliberal.

Problemas estructurales, mezclados con corrupción, a ritmo constante durante tres décadas, formaron su combinación explosiva. Pagaron los ancianos, muchos con su vida.

Corchuelo Blasco, el de la chaqueta blanca, dijo al asumir que no iba a "descuartizar" al PAMI. Ya no hacía falta, se le habían adelantado. En julio de 2002, anunció el inminente crac de la institución.

Trató de recomponer la imagen de su gestión con el primer llamado a elecciones de la historia del PAMI, para designar a siete directores en representación de los jubilados. Se habló de la "democratización" definitiva de la obra social, del arribo de la transparencia y el control. Pero la elección desaprobó el examen de la legitimidad: el 8 de diciembre de 2002, apenas votó el 10 por ciento del padrón, que tiene tres millones de afiliados.

Se dijo también que la elección iba a propiciar una renovación política a fondo, pero los dos representantes de la CGT siguieron siendo Petrecca y Hermoso, el directorio incorporó a conocidos de Matilde Menéndez y Barrionuevo, y la jefatura del PAMI, donde se suponía que iba a quedar una figura independiente, quedó en manos de Horacio Pacheco, el pediatra de los hijos del presidente Duhalde.

Traspapelada en el escritorio de Corchuelo Blasco, quedó una carta que le enviaron jubilados del norte del país, con una descripción increíble del servicio de sepelios que cubre el PAMI. La carta de la Federación Jujeña de Jubilados y Pensionados decía: "Los féretros se desfondan cuando se está entrando al cementerio con los deudos y se ve caer el cadáver del jubilado fallecido. Es una imagen que carcome los sentimientos más íntimos de quienes son testigos de estos casos terroríficos. En Jujuy se ofrece un servicio paupérrimo, que es una verdadera afrenta, tanto para quien deja este mundo como para quienes lo acompañan hasta su última morada".

Elba Vera, una de las dirigentes jujeñas, lo comprobó en el cementerio: "El sepulturero tuvo que poner una parrilla debajo de un ataúd para que no se cayera el pobre difunto".

Un día, alguien fue a ver qué pasaba. Destapó el ataúd con una palanca de acero. Corrió el velo de la mortaja y quedó horrorizado:

El muerto no era un jubilado, era el PAMI.

13. El otro Favaloro

A la par de su carrera médica y su vínculo claroscuro con la política, Favaloro vivió conectado a la realidad de su país durante las veinticuatro horas. Desarrolló una personalidad polifacética. Salía del quirófano y se preparaba un guiso, hablaba en un congreso y se iba a la cancha, arriesgaba formas de mejorar el sistema de salud y se encerraba días a escribir un libro de historia, polemizaba sobre la educación y luego buscaba formas de financiamiento alternativo para su instituto cardiovascular. Le puso el ojo a las ganancias del bingo, las máquinas tragamonedas y la explotación comercial de los espacios públicos, como la Plaza Once. Hasta tuvo tiempo de enamorarse.

Tenía una salida para cada entrevero.

La solución

Si hubiera aceptado cualquiera de los ofrecimientos que tuvo para conducir el Ministerio de Salud, Favaloro hubiera disuelto el PAMI.

Casi siempre pensando en el modelo de Canadá, pero nutriéndolo de elementos del sistema sanitario francés y alemán, el cirujano quería desactivar el sistema general de obras sociales, al que consideraba caduco y usurpado por el afán de lucro de los dirigentes sindicales.

—Son una manga de corruptos —dirá varias veces al final de su vida.

Favaloro pensaba que había que derivar a un solo pozo todos los fondos que el Estado gastaba para atender la salud. Las partidas del presupuesto nacional, la fortuna que llegó a manejar el PAMI, el dinero de las obras sociales, los aportes de los

monotributistas, la recaudación de las mutuales, todo a la misma bolsa, a un organismo centralizado, que luego tuviera la obligación de brindar cobertura total a cada uno de los habitantes del país, gratuita, sin aranceles por una curita o por un estudio nuclear.

Desde esa perspectiva, consideraba que el Presidente y un chico de la calle debían ser atendidos con igual calidad, por los mismos profesionales si fuera necesario, con acceso a iguales beneficios.

La clave de ese sistema nacional de salud iba a estar en garantizarle a los beneficiarios la libre elección del médico, un principio proclamado por los interventores del PAMI y las autoridades sanitarias, pero nunca ejecutado masivamente en su sentido literal.

—El "ana-ana", es decir, el reparto de plata entre el cirujano que opera al paciente y el cardiólogo que antes se lo deriva, se termina cuando ese paciente puede elegir al médico que quiera. Ese principio simple libera al paciente, lo exime de permanecer cautivo de clínicas o sanatorios determinados, muchos de ellos inclinados a asegurarse el nivel de facturación en acuerdos subterráneos con sindicalistas o funcionarios.

A Favaloro le gustaba provocar:

—¿Vio que para hacerse un estudio tiene que ir al sindicato a que se lo autoricen? Es eso, lo mandan a donde ellos quieren. Piense un poco, ¿de dónde se creen que los sindicatos sacan plata para apoyar la campaña electoral de determinados políticos?

Para que los gremialistas no se le fueran al humo, aclaraba que las obras sociales fueron positivas para el país, sobre todo en su etapa de formación, porque permitieron a trabajadores pobres, a sus familiares y a personas que estaban excluidas acceder a una atención médica decorosa, que antes tenían vedada.

Con los años, decía, el sistema se degeneró, hasta quedar inundado de corrupción.

Como complemento de su plan de salud —que acercó a políticos y candidatos, a enemigos como Víctor Alderete o a personas que sentía afines, como Gustavo Beliz—, Favaloro remarcaba que había que establecer un sistema informático de control. Si determinado cirujano operaba mucho más que otro, había que seguirle los pasos. Si la historia clínica de un paciente engordaba con estudios tal vez innecesarios, había que revisar el caso.

Los fundamentos podían ser técnicos, pero la base del plan

Favaloro era sencilla, apuntaba básicamente a terminar con la mordida. Siempre fue a parar al tacho de basura.

Los inventos

Favaloro tuvo una llamativa habilidad para diseñar elementos quirúrgicos, sus herramientas de trabajo. La ductilidad quedó simbolizada en una paloma blanca tallada según el tamaño de sus manos que lucía firme y voluptuosa en una repisa de su escritorio, y era enorme comparada con las escuálidas palomas del barrio de Congreso, donde levantó la Fundación.

La seguridad de aquel pulso fue indispensable para la construcción de puentes aortocoronarios, pero también para trabajar la madera o cultivar la tierra. Con esas manos, imaginó la fantasía de llevar el cetro de Rey de la Patagonia, cuando a comienzos de los 90 se entusiasmó con un plan para forestar el paisaje vacío del sur argentino, latitudes donde lo alto tiene tamaño de arbusto y donde cualquier cutis se arruga frente al viento.

Lo había comprometido en la aventura su amigo Luis Landriscina, cuentista y conocedor de raíces, que había visto en Israel cómo se pueden establecer sistemas de riego en pleno desierto. "En el 93 íbamos a hacer un sorteo que se iba a llamar 'Un Patacón por la Patagonia', manejado por un banco y en acuerdo con las seis provincias de la región. Habíamos diagramado empezar en derredor de las escuelas, luego de las aguadas, con cortinas forestales cada cien metros, que es cuando el viento sube y vuelve a hocicar. La idea era hacer predios habitables para hacer real eso de que la soberanía es poblar", cuenta Landriscina, sin dar por perdido el proyecto.

Favaloro pensaba que estos oasis verdes podían ser una atracción irresistible para inmigrantes, desocupados y gente de trabajo. Llegó a preguntar el precio de una estancia de Chubut, que podía ser la base de su fortaleza de ovejas y legumbres y que tenía cerca un río sembrado de truchas. Como buen siciliano, le encantaba pescar.

Se quedó sin embargo en la Capital Federal, donde vivía incómodo y "por obligación". Lo calmaba, eso sí, salir de su casa de la calle Dardo Rocha y encontrarse con una arboleda imponente. Aún hoy manda en esa cuadra con chanfle un sauce llorón.

Si no hubieran terminado asomadas por las mangas de un

delantal, las manos de Favaloro se hubieran dedicado a la arquitectura, la agronomía o la carpintería:

—Puedo ganarme la vida como ebanista, con toda seguridad —afirmó un día.

Era difícil, porque se encariñaba demasiado con los objetos que salían del taller de su padre: un violín, una mesita ratona, un palo de amasar, la tabla de picar cebollas que conservó hasta el último día.

Rellenar un pollo lo entretenía dos horas, amasar fideos, toda la mañana del domingo. Examinaba los pedazos de queso de rallar como si fueran diamantes. Su mujer decía que tomaba queso con sopa y no al revés.

Se quedaba un buen rato en "Mister Queso", una despensa de Entre Ríos y Venezuela, en la manzana de la Fundación, cada vez que iba de compras. La última la hizo un día antes de morir: le señaló al vendedor el corazón de una horma de gruyère que recién se abría y se llevó ingredientes para una picada. Todo le costó cuarenta pesos.

Hugo del Carril admiraba las ganas que ponía al prepararle el estofado. La humedad del burbujeo rojo hacía más placentera la soledad del cantor de la marcha peronista, cada vez que recibía la visita del doctor.

Empleados de la Fundación recuerdan que los manjares tenían forma de paquete, que encontraban en el escritorio cada vez que el jefe quería compartir su inspiración. Solía aparecerse también con una bolsa de naranjas de su quinta, o compradas en la ruta al puestero que las tuviera mejor presentadas.

Dicen que su momento consagratorio tuvo lugar en los Estados Unidos, cuando agasajó con asado y empanadas a sus compañeros de la Cleveland Clinic. El carnicero tuvo que cambiar la forma de cortar la media res a pedido de Favaloro, para aprovechar mejor la carne con destino de parrilla.

Mate tomaba poco, más bien lavado, porque le daba acidez. Prefería té con leche y galletitas.

Cuando le cocinaba a alguien era porque lo quería:

—Don Luis, para mí tiene mucho valor lo que uno hace con las manos. Esto es pa' usted —se apareció en el cumpleaños de Landriscina.

El papel de aluminio envolvía dos trozos de matambre relleno.

—¿Hizo dos?

—No, lo corté pa' estar seguro que estaba bueno.

Las manos de Favaloro también dejaron escurrir la fortuna: inventaron instrumentos decisivos para las operaciones de corazón que nunca fueron patentados.

Uno fue el "Favaloro Retractor", utilizado para mantener abierto el pecho del paciente mientras abordan su corazón. Se vendieron seiscientos mil aparatos hasta 1996, a dos mil dólares por unidad. "Si hubiera cobrado el 5 por ciento de esos mil doscientos millones de dólares, hoy sería millonario, pero nunca lo registré y por lo tanto no cobré un centavo. Hice mal, porque a la Fundación le hubiera venido muy bien ese dinero", se lamentó.

También diseñó una tijera especial para la arteria circunfleja y pinzas que sirven para dejar momentáneamente sin sangre a un tramo de la aorta, conocidas como "clamps parciales". Sus separadores para disecar mamarias, que mantienen el esternón inmóvil y elevado, se utilizan hoy en todo el mundo. De entrada nomás se fabricaron doscientos mil.

Moldeó los metales con técnicas que aprendió en el taller de su padre, con las que compuso también un dispositivo para la cabecera del paciente que permite apoyar instrumentos y colgar bolsas de suero o sangre, mientras mantiene alejados a los gérmenes de las personas que observan la operación desde ese ángulo. Se llamó "El Monstruo".

Siempre decía que si el talento local hubiera sido respetado, otra hubiera sido la historia. En 1975, por ejemplo, destacó que las válvulas cardíacas nacionales llamadas "Duramadre" estaban entre las mejores del mundo.

—Lo que pasaba era que si el médico argentino utilizaba una válvula o un marcapaso fabricado en el exterior recibía una comisión, en cambio si usaba los productos nacionales, que también son buenos, no le daban nada. Fue un negocio irritante.

Por no haber patentado sus inventos, Favaloro dejó de ganar muchísimo dinero. Sus allegados hablan de pérdidas materiales por quince mil millones de dólares en concepto de regalías, suficientes para levantar decenas de fundaciones iguales. Alguien se lo recordó de mal modo, cuando las cuentas de la Fundación Favaloro quedaron en rojo.

Cuando alguien entraba por primera vez a su despacho, Favaloro lo interrogaba:

—¿Sabe quién es ese del cuadro?

Era el retrato que más veneraba.

Como no quería incomodar al invitado, enseguida colaba la respuesta:

—Es San Martín cincuentón, no lo va a encontrar en el *Billiken*, es un retrato único en el mundo.

Se lo había regalado un paciente cordobés, en agradecimiento por haberle salvado la vida.

El cuadro mostraba al Libertador del Sur y Protector del Perú más aplomado que en los manuales, sin rasgos de sufrimientos por asma, úlcera, reumatismo o cólera, con patillas pobladas y una mirada que Favaloro buscaba cuando se sentía desorientado.

En debates de sobremesa, sostenía que San Martín había peleado en terrenos más duros que Napoleón, elogiaba la disciplina del Ejército de los Andes y repasaba las hazañas de Chacabuco y Maipú, sin esquivar la polémica por lo que sucedió entre una y otra batalla, el traspié de Cancha Rayada.

La pasión de Favaloro se convertía en calentura cuando alguien criticaba el uso del opio que hizo San Martín, sus ideas monárquicas —por las que burlonamente lo llamaban "Rey José"— o su actitud concesiva en Guayaquil, cuando legó a Simón Bolívar lo poco que faltaba de la gesta emancipadora.

Hoy, el busto del Padre de la Patria mira a cada uno de los pacientes que entran a la Fundación Favaloro por la puerta de la avenida Belgrano. Tiene al lado una bandera argentina y debajo, una fecha equivocada. Dice "1777-1850", cuando, en realidad, San Martín nació el 25 de febrero de 1778 en Nuestra Señora de los Reyes de Yapeyú, provincia de Corrientes.

Favaloro lo puso como celador del edificio, pero también de su propia vida. Hubo momentos en que el cirujano buscó copiar al guerrero del sombrero falucho: como él, comunicó lo importante por carta e impuso a sus seguidores máximas de conducta.

Peleó por financiar su centro de salud tomando como referencia el esfuerzo de San Martín para obtener el dinero que necesitaba antes de encarar su viaje por la Cordillera.

—Tuvo que ocuparse hasta de conseguir los zapatos de sus

soldados, grandes para llenarlos de lana y de doble suela para aislar los callos del frío —lo admiró.

Frente a ese reflejo, Favaloro se dijo indiferente a lujos y homenajes y coincidió con el precepto de vivir en forma austera.

Hasta en la muerte se le quiso parecer. "Prohíbo el que se me haga ningún género de funeral, y desde el lugar en el que falleciere, se me conducirá directamente al cementerio sin ningún acompañamiento. Sí desearía que mi corazón fuese depositado en Buenos Aires", escribió San Martín en el artículo cuarto de su testamento.

"Una vez más reitero la obligación de cremarme inmediatamente, sin perder tiempo. Queda terminantemente prohibido realizar ceremonias religiosas o civiles", puso Favaloro en una de sus cartas de despedida.

San Martín murió el 17 de agosto de 1850, pero sus restos llegaron al país treinta años después. Hoy descansan en el mausoleo de la Catedral de Buenos Aires, junto a una Bandera de los Andes y dos granaderos. Favaloro quiso que sus cenizas fueran esparcidas desde una avioneta en los montes cercanos a Jacinto Aráuz, donde fue feliz.

En el libro *Recuerdos de un médico rural*, Favaloro sostuvo que "todos somos culpables, pero si hubiera que repartir responsabilidades, las mayores caerían sobre las clases dirigentes. ¡Si resurgiera San Martín caparía a lo paisano varias generaciones de mandantes!".

En una conferencia que dictó en Bahía Blanca, en marzo de 1978, lo notaron tan entusiasmado con el relato del Cruce de los Andes y la liberación de Chile, Perú y Ecuador que le aconsejaron armar una recopilación.

Ocho años después, con los dedos índice, pulgar y mayor vendados por las llagas que le había producido el lápiz, a lo largo de casi trescientas páginas, presentó el libro *¿Conoce usted a San Martín?*

Allí se mostró impresionado por la sencillez del prócer y el pedido de cincuenta cuadras de tierra que le hace al gobierno de Mendoza en 1816, para entretener su vejez con la agricultura. "El estado de labrador es el que creo más análogo a mi genio", fue la explicación.

San Martín crió caballos de raza en una chacra en Los Barriales, Mendoza, y cultivó flores en Grand Bourg, en las afueras de París. Favaloro plantó semillas que había comprado en el

exterior en sus campos de Arditi, en el partido bonaerense de Magdalena. Y cuando trabajaba en la Cleveland Clinic, sembró tomates, morrones, berenjenas, achicorias, acelgas, chauchas, perejil y zapallos angola, en la casa de estilo californiano que ocupó en Peper Pike.

San Martín huía de las celebraciones por sus victorias militares: "No quiero bullas ni fandango". Favaloro decía que los agasajos en su honor le duraban poco y nada en el baúl de los recuerdos. Llegó a odiar las alabanzas.

El rechazo a los empleos públicos es otro de los puntos que imitó. San Martín evitó ascensos y llegó a devolver parte de sus ingresos oficiales. Favaloro esquivó la conducción del Ministerio de Salud y candidaturas a diputado, senador, intendente, vicepresidente y gobernador, pese a que en encuestas privadas llegó a tener una intención de voto del setenta por ciento.

Merceditas, la hija de San Martín, consiguió el vestido para casarse con Mariano Balcarce gracias a "una limosna". Y Favaloro confesó sentirse un "pordiosero mendicante" al recorrer en vano los pasillos de la burocracia oficial, en busca de financiamiento.

En las máximas a su heredera, San Martín pidió que le inculcaran el "desprecio al lujo". Y Favaloro les advirtió a sus médicos en febrero de 1989: "Que nadie se piense que éste será un centro donde se podrá lucrar y enriquecerse con el acto académico".

Cerca del ocaso, los dos soñaron con un mecenas que los sacara del pozo. San Martín lo encontró en Alejandro Aguado, alguna vez banquero del rey de España Fernando VII. La ayuda le permitió instalarse en Grand Bourg y luego en Boulogne sur Mer, en la costa del Canal de la Mancha.

Favaloro no tuvo esa suerte. Hizo consultas, explicó sus necesidades ante los más acaudalados, tocó puertas, repartió una carpeta con sus logros y proyectos, pero poco le dieron.

El DT

Favaloro cumplió el sueño de la mayoría de los apasionados por el fútbol: ser por un rato el conductor del club de sus amores. El equipo de Carlos Timoteo Griguol lo entusiasmaba como pocos. En 108 años, Gimnasia nunca había salido campeón, pero ese domingo helado de 1995 tenía la oportunidad de su vida: buen equipo, un punto arriba de San Lorenzo, último partido,

condición de local y rival desmotivado, Independiente. La mitad de La Plata estaba en éxtasis.

Favaloro era un director técnico bis. Iba una vez por mes a los entrenamientos, en el predio de Estancia Chica, para darle una charla a los jugadores.

—Es muy sencillo, muchachos, si yo voy a operar y no estoy bien preparado, el paciente se me muere, el objetivo no se consigue. Para ustedes es lo mismo, si no entrenan como si fuera para un mundial, si toman a mal las concentraciones, si no se sacrifican, cuando tengan cuarenta años se van a arrepentir —aconsejó una mañana a una ronda de cabezas gachas.

Los mocasines le quedaban húmedos cada vez que pisaba las huellas de la helada. Menos mal que llevaba el poncho marrón, su cábala para los viajes, incluso a lugares de veraneo.

Al estadio del Bosque iba menos, porque los domingos comía las pastas con sus sobrinos platenses y a la siesta le daba fiaca.

En un agasajo le ganó la nostalgia.

—Soy hincha de Gimnasia desde 1933, cuando tenía diez años y mis tíos me llevaban a ver a El Expreso, un equipazo.

Tenía un póster color de ese gran equipo, en el que se veía parados a Miguens, Montañez, Herrera, Recanatini, Minella y Delovo, y en cuclillas a Peralta, Palomino, Zoroza, Naón y Morgada.

—No eran como ahora. A ninguno de esos muchachos maravillosos se les conocía el precio.

Favaloro sostenía que Gimnasia era un club de pueblo:

—Es un cuadro de la masa más de abajo, en la que yo nací. Estoy orgulloso de representar al barrio El Mondongo, que es casi todo tripero. Cada vez que vuelvo a mi ciudad me siento bárbaro. Aquí están mis cosas, mis recuerdos de juventud y mi sangre profundamente albiazul —declaró.

Siguió la campaña del 62 desde los Estados Unidos leyendo números atrasados del diario *El Día*, enviados especialmente por su director.

Una de las últimas alegrías que recordaba fue el partido contra Defensores de Belgrano del 84, cuando El Lobo logró volver a primera división.

Fue sin embargo un presidente de Estudiantes, Mariano Mangano, quien le mandó el primer telegrama de felicitaciones cuando hizo su primer trasplante.

En los picados, Favaloro jugaba de 2, defensor central por la

derecha. Cuando hizo la colimba en City Bell, formó pareja con Uzal, uno que llegó a la primera de Racing. Su metro ochenta y cuatro de altura le daba más posibilidades para el básquet.

En 1979, la revista *El Gráfico* publicó que Favaloro había decidido poner cinco mil dólares de su bolsillo para ayudar a Gimnasia, que en ese momento estaba en la segunda división y aspiraba a ascender de categoría. Él lo negó, en una carta fechada el 22 de noviembre de 1979, en la que insinuó además un camino para arreglar el fútbol:

> *Señor Constancio Vigil*
> *Director Ejecutivo de* El Gráfico
> *Presente*
>
> *Señor:*
> *Con desagradable sorpresa he leído en la página titulada "Informe Confidencial" de la revista* El Gráfico *del 20 del actual declaraciones en las que se afirma que el Dr. René Favaloro entregará cinco mil dólares por mes al club Gimnasia y Esgrima de La Plata.*
> *Nadie desconoce mi gran afición por el football ni mi pública simpatía por dicho club, con el cual estoy encariñado desde mi niñez, pero, evidentemente, es una falsa información que no puedo aceptar.*
> *Soy de los que creen que el football argentino pasa por una crisis de fondo, que si no se resuelve con medidas drásticas llevará a su lenta y progresiva decadencia, además, y creo que de una vez por todas, revistas como la que usted dirige deben tener la valentía de desenmascarar todo lo anormal que existe con relación al manejo del footballl argentino a nivel de los clubes y que auditorías responsables podrían fácilmente poner de manifiesto.*
> *Ha llegado el momento de hablar con claridad y entender que la solución no está en el dinero que socios y dirigentes en general faciliten a los clubes con la idea de recuperarlos y con el único beneficio de aparecer en diarios y revistas como grandes salvadores de la situación.*
> *Los clubes deben vivir solamente de lo que producen y pagar a sus jugadores lo que la capacidad económica de los mismos permita. Si no, se cae en situaciones inmanejables, que llevan a suponer lógicas actitudes como las que motiva*

estas líneas y que, en realidad, trasuntan el estado caótico y amoral que campea en todo este asunto.
Estaría muy lejos de mi manera de pensar si creyera que la situación de mi club puede solucionarse con contribuciones de los diversos miembros, soslayando el análisis en profundidad de todas las facetas que están comprometidas y que permitan ir hacia adelante nada más que por la línea recta.
Por otra parte, económicamente estoy comprometido solamente con la Fundación que dirijo, dedicada a los pacientes cardiovasculares, y creo, en ese sentido, que el destino del dinero es mucho más beneficioso si lo canalizo a toda la comunidad y no a paliar algo que, a mi entender, sólo necesita soluciones de fondo.
Espero que estas líneas sean publicadas con suficiente trascendencia dentro de la revista que usted dirige porque, además de rectificar una información errónea, ayudarán a la clarificación de los hechos.
Saludo a Ud.

Dr. René G. Favaloro

Escribía "football", pero decía "fulbo".

El 25 de junio de 1995, el Viejo Timoteo puso en la cancha lo mejor que tenía en el plantel. Noce al arco; Sanguinetti, Morant, Pereyra y Dopazo abajo; Gustavo Barros Schelotto, Alonso, Bianco y Dueña al medio; Guillermo Barros Schelotto y Lagorio para hacer goles. Los once sintieron una opresión en el pecho cuando entraron a la cancha, pero no por cuestiones cardíacas, sino por la piña individual que les dio Timoteo para desearles suerte.

Favaloro tenía fe. En la charla técnica de la semana previa buscó tranquilizarlos.

—Por encima del resultado, tienen que demostrar que son buenos deportistas. Pongan garra, pero recuerden que ganar no es todo en la vida.

Lo reportearon horas antes, pero guardó mesura: "Vamos a rezar". Los triperos llenaron la cancha y pintaron los alrededores de azul y blanco.

Más callados, pero también entusiasmados, miles de hinchas de San Lorenzo viajaban en caravana hacia Rosario, desde el conductor de televisión Marcelo Tinelli hasta el embajador norte-

americano James Cheek. A Favaloro no le disgustaba el equipo del Bambino Veira, pero cruzaba los dedos para que en aquella tarde antártica, el calor explotara solamente en la ciudad de las diagonales.

Sabía como pocos de corazones infartados, pero cuando el delantero de Independiente Javier Mazzoni sacudió el arco de Gimnasia, supo que ni en Canadá hubieran podido atender a tantos.

Los triperos perdieron 1 a 0 y San Lorenzo le ganó 1 a 0 a Central, un equipo amiguísimo de los cuervos. Lo único que menguó el dolor y la tristeza del doctor fue saber que el gol de San Lorenzo lo hizo el Gallego González, cuyo padre murió en pleno campeonato, justo antes del partido contra Belgrano, en el que convirtió otro gol que hizo llorar al Nuevo Gasómetro.

Griguol recuerda a Favaloro con profundo cariño: "Le gustaba mucho conversar con los jugadores. Los pibes se sorprendían al ver a semejante personaje hablándoles con tanta sencillez. Una vuelta estuve internado en la Fundación y me venía a ver a cada rato, entre operación y operación. Hablábamos de los sistemas de juego, de todo, menos de lo que yo podía tener".

El Viejo Timoteo fue a hacerse un control dos días antes de la muerte del cirujano. Por supuesto hablaron de fútbol. Al doctor, miembro del Tribunal de Honor del club, le faltaban seis meses para pasar a la categoría de socio vitalicio.

La tribuna techada de la cancha de Gimnasia hoy se llama "René Favaloro".

Las máximas

En febrero de 1989, cuando se desataba el caos inflacionario, Favaloro estableció diez mandamientos laicos para seguidores y discípulos.

Explicó que lo hacía para demostrar que "un proyecto limpio y transparente también puede germinar en un país acostumbrado a vivir, en todos sus estamentos, precisamente en lo opuesto".

"Sólo quiero puntualizar, nobleza obliga, que su realización final fue posible por el advenimiento de la democracia a nuestro país", agregó.

En los fundamentos, definió a su establecimiento cardiológico en oposición a los que ya existían. "¿Es éste un nuevo instituto que se incorpora a la lista de centros asistenciales para repetir lo

estandarizado? La respuesta es taxativa: NO. Pretendemos algo más."

Luego señaló indirectamente vicios del sistema de salud: "No queremos que sean las presiones extramédicas las vías por las que se canalice la actualización de nuestros futuros médicos".

Después suavizó el tono. "Pretendemos un instituto abierto a la comunidad cardiológica argentina. Está claro que doscientas veinte camas no pueden resolver la problemática asistencial. Estamos dispuestos a colaborar con el resto de las instituciones y colegas de nuestro país. Queremos integrarnos y ser útiles, sin egoísmos ni réditos espurios."

¿De qué hablaba Favaloro? ¿Por qué se mostraba caminando sobre un campo minado? ¿Qué lo llevaba a insinuar el alto voltaje de la corrupción en la medicina en una simple declaración de principios?

Los mandamientos de Favaloro reclaman y alertan. Son éstos:

1. Honestidad.
2. Trabajar con pasión, esfuerzo y sacrificio sin límites.
3. Evitar ser influidos por conceptos dogmáticos o prejuicios propios o ajenos.
4. Sus contribuciones tendrán valor si sólo son el producto de su libre albedrío, ejercido sin sometimiento ni límites.
5. No apartarse nunca de la ética, al comprender que ella está implícitamente condicionada por la moral y por el respeto a la dignidad y a la condición humana del paciente y de sus familiares.
6. Deberá comprender con humildad que es necesario trabajar en equipo. Sacrificará lo individual en beneficio de lo colectivo. La evolución científica así lo demuestra. El yo ha sido reemplazado por el nosotros hace ya bastante tiempo.
7. Hay que sacrificarlo todo en aras de la verdad y nada más que la verdad. Decir siempre en voz alta lo que se piensa por dentro. Nada puede sustentarse sobre la mentira.
8. Si además del alivio del sufrimiento de nuestros semejantes, enriquecemos nuestros conocimientos, la satisfacción será doble.
9. El sujeto básico de nuestra tarea, y por ende el único que gozará de privilegios, será el paciente.
10. Solamente se llegará a gozar de lo realizado cuando en su

alma sienta, preferentemente en los silencios necesarios para la reflexión, que el único premio verdadero es el que proviene del placer espiritual, limpio y sereno del deber cumplido.

"Todo aquel que pretenda integrarse al Instituto en cualquiera de sus categorías, deberá estar previamente compenetrado con estos ideales."

¿Le harían caso?

14. Tiempo final

El terremoto

La formación de un comité de crisis terminó de desnudar la asfixia de la Fundación Favaloro. La adrenalina ya no pasaba por la historia romántica de Jacinto Aráuz, ni por la fama mundial de su protagonista. En esas diez semanas, sólo se habló de números.

A los administradores de la entidad se sumaron Carlos Vilariño, representante del empresario Enrique Pescarmona, y el ex PAMI Ángel Perversi, llevado por Landriscina.

Había tantas corbatas alrededor de la mesa de decisiones que el personal se asustó.

En los pasillos, la crisis se convirtió en el tema principal de las conversaciones.

Afuera, las empresas privadas y los organismos públicos no paraban de echar gente y la Argentina se derrumbaba. Adentro, ya se sufrían atrasos salariales, pero por primera vez empezaba a sentirse terror.

"Encontramos una institución que estaba prácticamente quebrada y los números mostraban una deuda con el personal muy grande. La gente estaba desmotivada interiormente", recuerda Perversi.

Todos los diagnósticos llegaban a la misma conclusión: el panorama era extremadamente complicado.

Había que empezar a buscar salidas. Favaloro habló personalmente con De la Rúa. Como no lo vio del todo decidido a ayudar, le escribió la carta en la que le recordó sus choques con los empresarios Gregorio Pérez Companc, el más rico de la Argentina, y Amalia Lacroze de Fortabat, embajadora itinerante durante el gobierno de Menem, cuyas fortunas llegaron a figurar entre las doscientas mayores del mundo.

En las deliberaciones del comité de crisis, hubo momentos de tensión y reproches cruzados por los problemas económicos que se habían acumulado: que esto no es Norteamérica, que uno no puede pensar que el Gobierno va a ayudar siempre, que es un error hacer beneficencia a costa de estrangular a toda la organización, que acá los mecenas no existen, que cómo no hay nada patentado, y éstos del PAMI ¿qué se creen?, hace rato que tendríamos que haberles cortado el servicio.

Alguien se preguntó si esas críticas estaban dirigidas al mismísimo Favaloro, creador hasta del aire que allí se respiraba.

Los empleados que escuchaban detrás de las paredes, temerosos de su estabilidad laboral, creían oír propuestas administrativamente fuera del libreto habitual de Favaloro. ¿Un juicio millonario al Estado? ¿La declaración del concurso preventivo, para proceder después con la limpieza del plantel?

Favaloro estuvo de acuerdo con realizar un *road show* por los Estados Unidos, para difundir la potencialidad de la Fundación y pasar la gorra. La diplomacia nacional ya estaba avisada.

Otras propuestas que surgían durante las discusiones no convencían a Favaloro. Algunas directamente lo espantaban.

Se decidió también visitar a los empresarios amigos, para ver si podían colaborar con el salvataje. La primera ronda de entrevistas fue inútil.

Se buscó la forma de cobrar las deudas del Estado y de las obras sociales, pero se sabía que había que atravesar un pantano. Favaloro estaba cansado de repetir que para cobrar rápido había que dejar un porcentaje, un retorno. Así era "el sistema".

De la Rúa no contestaba, los empresarios tampoco. Todas las puertas estaban cerradas.

Favaloro recibió otro golpe cuando se cerró la cuenta de los despidos: había que desprenderse de doscientas personas.

—Son doscientas familias —se angustió.

El clima se ponía cada vez más denso.

—¿Vamos a quebrar, doctor? —le preguntó uno de sus fieles.

—Quedate tranquilo —le contestó, mientras le palmeaba la rodilla.

Agotó el recurso de las cartas:

Le escribió una al médico Willy Henders, cercano al magnate Ted Turner, dueño de la CNN.

También a Pescarmona, con quien había conversado sobre la posibilidad de desarrollar el primer corazón artificial argentino,

para el que se pensaba en pedirle plata a la secretaría de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva.

Otro destinatario fue Enrique Iglesias, presidente del Banco Interamericano de Desarrollo, siempre por lo mismo, por ayuda.

Una de las más crudas fue la que mandó al diario *La Nación*, el 22 de junio de 2000.

Sr. D. José Claudio Escribano
Presente

Estimado amigo:

Estoy pasando uno de los momentos más difíciles de mi vida. La Fundación tiene graves problemas económico-financieros como resultado de todo lo que sucede en nuestro país.

Se nos adeuda dieciocho millones de dólares y se hace cada vez más difícil sostener nuestro trabajo diario, que como siempre se brinda a toda la comunidad sin distinción de ninguna naturaleza, con tecnología de avanzada y personal altamente calificado, además de la tarea docente y de investigación.

Le envío una nota que destaca algunos hechos recientes. Quizá le sorprenda que no está de acuerdo con la modestia que siempre me ha acompañado. Le ruego su publicación —realmente la necesito— para que se vea cómo se me trata en el mundo en contraste con lo que sucede en mi país. Me refiero a aquellos vinculados al quehacer médico. La mayoría de las veces un empleado de baja categoría de una obra social —gubernamental o no— o de PAMI no contesta mis llamados.

En este último tiempo me he transformado en un mendigo. Mi tarea es llamar, llamar, golpear puertas para recaudar algún dinero que nos permita seguir con nuestra tarea.

Le quedo muy agradecido por su inestimable colaboración y espero me haya comprendido. Yo no vivo de homenajes, me duran unos momentos. Sí vivo de las cosas pequeñas de la vida y desde siempre mi mayor satisfacción es ser útil a mis semejantes.

Un abrazo,

Dr. René G. Favaloro

En aquel momento, Cecilia Felgueras averiguó quién era el empleado "de baja categoría" que había atendido a Favaloro y le pidió explicaciones.

—No es que lo haya atendido mal, se enojó porque le dije que su reclamo no correspondía.

El muchacho se encargaba de las deudas que el PAMI pagaba con bonos. Favaloro quería cobrar en efectivo.

La interventora delarruista de la obra social reprendió al empleado y puso a otro, al que le ordenó atender a Favaloro con la mejor cortesía, aunque con la misma respuesta negativa.

El viernes 28 de julio, a mediodía, Favaloro charló con su sobrino Roberto, recién llegado de las islas Galápagos. Comentaron un artículo científico que comparaba la cirugía con la angioplastia.

A la tarde, Favaloro dirigió la operación de un paciente muy grave. Esa vida se le escapó.

Al dejar el quirófano, Favaloro sintió un escalofrío.

Último momento: se mató Favaloro

El cardiocirujano René Favaloro se suicidó el sábado 29 de julio de 2000, a los 77 años. Dejó siete cartas con las claves de su decisión.

Su cuerpo fue encontrado en el baño de su casa, ubicada en Dardo Rocha 2965 de Barrio Parque, a trescientos metros de ATC.

La policía halló en el lugar un revólver marca Taurus Magnum 357, número 681062, con seis cartuchos de bala y una vaina servida, que había sido comprado en la armería La Federal, de la calle Solís al 100.

Las primeras hipótesis consignaron la supuesta depresión de Favaloro por problemas económicos de su Fundación, desde hace años acreedora del Estado.

Favaloro tenía planes de casamiento para agosto de ese año, revelaron sus amigos. Había enviudado en 1998 de María Antonia Delgado, la mujer que lo acompañó en sus doce años como médico rural en La Pampa y en su viaje a los Estados Unidos, donde perfeccionó el desarrollo de los puentes aortocoronarios.

Su novia, Diana Truden, de 31 años y empleada de la Fundación, fue la que descubrió el cadáver.

En el espejo del baño había una nota que decía: "En la mesa del comedor, debajo de la lámpara, está toda la correspondencia que he dejado. Hasta siempre".

Los investigadores hallaron cartas dirigidas a familiares, amigos, a su novia Diana y a su sobrino Roberto René, médico de la Fundación.

Otro sobre contenía la inscripción "Mi testamento, a mis sobrinos, hijos de Juan José", el hermano que lo acompañó en el último tramo de su experiencia pampeana en Jacinto Aráuz.

La muerte sacudió a los vecinos del barrio de Congreso, que se acercaron espontáneamente a la Fundación, en Belgrano y Entre Ríos, como muestra de dolor.

El presidente Fernando de la Rúa y el ministro de Salud, Héctor Lombardo, transmitieron las condolencias a la familia del cirujano. El Gobierno ofreció los salones del Congreso para el velorio y un sarcófago similar a los que se utilizan en los funerales presidenciales.

En la casa de Favaloro, la policía registró una caja fuerte y encontró en su interior una medalla dorada otorgada por la Municipalidad de La Plata, una moneda italiana, un alfiler de gancho, una pulsera, un monedero y una cofia con tres llaves.

Los investigadores descubrieron también un sobre de terciopelo negro con catorce billetes de 100 dólares, dos de 50 dólares y tres de 5 dólares, más otra medalla, de la Alianza Francesa, y una alianza con la inscripción 19-11-1949.

Un adelanto de la autopsia señaló: "Lesión de proyectil de arma de fuego en tórax. Hemorragia interna con desgarro cardíaco". El tiro fue al corazón.

El presidente De la Rúa quedó impactado por la noticia. Al parecer, no leyó a tiempo una carta desesperada que le había escrito Favaloro antes de morir.

Allí, el cirujano le pedía que intercediera ante los empresarios más poderosos del país, para que le dieran un préstamo urgente.

De la Rúa hizo difundir una carta pública de duelo:

Ante la pérdida del doctor René Favaloro expreso mi más profunda congoja. Tenía por él el más sincero afecto, amistad y admiración. Su vida fue de entrega a la ciencia, la investigación y la atención de los enfermos, incluso gratuitamente para los más humildes.

Amó a su Patria y dejó una carrera brillante en Estados Unidos, renunciando a la riqueza fácil para regresar al país donde había empezado como modesto médico rural trayéndonos su experiencia y su talento.

Hace pocos días —lo recuerdo con emoción— hablábamos los dos de esta decisión suya, de la cual se ratificaba por los profundos valores que la habían determinado, pese a la incomprensión y dificultades que muchas veces debía afrontar.

Por su obra al servicio de la ciencia, recibió las más altas distinciones y los mayores reconocimientos universales, y puso en alto el prestigio del país en todas partes.

Formó discípulos y su escuela perdura en las enseñanzas que generosamente brindó.

Para el Gobierno nacional es una gran pérdida, porque lo contábamos como miembro del Consejo Asesor de Salud "ad honorem", como siempre lo hacía. Ya en el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires había contado con su generosa colaboración.

Cuesta asumir este momento doloroso. Saludamos con respeto y gratitud a esta gran figura de la medicina y de la vida de la Nación.

He dispuesto el decreto de honores como expresión del duelo nacional ante la pérdida de una alta y digna personalidad de la ciencia y la cultura argentina, cuya desaparición nos llena de tristeza y sincero pesar.

Fernando de la Rúa
29-7-2000

El jefe de Estado también hizo publicar dos avisos fúnebres, uno en nombre del gabinete nacional y otro personal, junto a su esposa Inés Pertiné.

Nada dijo acerca de las deudas reclamadas por Favaloro y a quienes dudan de la atención que el presidente le prestó a los pedidos desesperados del cirujano.

Cerca del ministro Lombardo se sugirió la posibilidad de convertir a la Fundación Favaloro en una sociedad mixta, es decir, con participación del Estado.

Los diarios se llenaron de condolencias.

Tres ministros de Salud, Alberto Mazza, Avelino Porto y Lombardo, el ex presidente Raúl Alfonsín, el gobernador de Santa

Fe Carlos Alberto Reutemann, el general Ramón Díaz Bessone y el jurista radical Reinaldo Vanossi acercaron sus muestras de pesar.

También las actrices Mirtha Legrand y Tita Merello, alojada en la Fundación desde 1998 hasta su muerte, en diciembre de 2002. Saludaron además instituciones médicas, laboratorios, compañeros de residencia, fuerzas armadas y de seguridad, colegas, miembros del comité de crisis de la Fundación y la familia Truden.

El juez de instrucción Daniel Turano, a cargo de la investigación, entregó el cuerpo a los familiares el lunes 31, a las 10.30. Ese mismo día, los sobrinos Roberto, Gustavo, Liliana y Juan José le pidieron al magistrado que remitiera el testamento al juzgado civil 40, donde se tramitaba la sucesión de la esposa de Favaloro.

En un escrito hecho a mano, con birome, solicitaron también la extracción de muestras de tejidos "para el caso de que en el futuro aparezcan demandantes de la paternidad del Doctor Favaloro" y hubiera que practicar los estudios genéticos del caso.

Favaloro nunca había tenido hijos, ni tampoco adoptó, por decisión de su esposa.

Sin embargo, los herederos no se dieron por satisfechos. En un nuevo escrito, esta vez a máquina y patrocinado por abogados, reclamaron a la semana una segunda muestra de tejido óseo y muscular para realizar estudios de ADN.

Alegaron que la muestra conservada en el Cuerpo Médico Forense de la Corte Suprema "podría sufrir hurto, robo, incendio o cualquier otro supuesto que la haría desaparecer".

"No escapa al juez —argumentaron— que ya se deslizan en el mundo de los trascendidos televisivos y revisteriles y en gacetillas de menor monto (donde los argentinos nunca andamos demasiado pobres) la posible existencia de embarazos, y no hace falta un brinco imaginativo para avizorar las consecuencias si carecemos de un material biológico adecuado y suficiente."

El pedido fue rechazado.

El juez interrogó a los cuatro sobrinos mencionados en el testamento, a la novia, al portero del edificio y al ama de llaves. Según la reconstrucción que pudo hacerse de fuentes judiciales, todos coincidieron en la preocupación que exhibía Favaloro por la situación económica de su institución.

Juan José "Coco" Favaloro vio por última vez a su tío el 15 de julio, cuando le festejaron su cumpleaños número 77. Le reveló

sus intenciones de casarse, aunque con palabras que parecían buscar la aprobación familiar. Hablaron por teléfono el día previo a la muerte:

—¿Cómo está la Fundación, tío?

—Todo igual, Coco, no solucioné nada.

Su sobrino recordó el interés del cirujano por conseguir un arma en condiciones, ya que tenía un viejo revólver calibre 38 corto de su padre, que no martillaba.

—Hay muchos robos por mi barrio ¿sabés?

Juan José declaró que no sabía que funcionaba un comité de crisis en la Fundación, y que recién se enteró tras el fallecimiento de su tío, de boca de sus hermanos Roberto y Liliana.

Gustavo Alfredo Favaloro también lo vio por última vez en la reunión de cumpleaños: "Ese día tomó champagne, raro en él, siempre austero". Su tío le había confesado en el último verano que estaba cansado de correr detrás de los problemas económicos y que sentía que no era lo suficientemente reconocido por los argentinos.

—Me parece que me equivoqué de país. Si me hubiese quedado en los Estados Unidos, la situación hubiese sido distinta. Y eso que no busco fortuna, sino simplemente que la Fundación camine.

Roberto René Favaloro, luego presidente de la Fundación, alcanzó a leer la carta que su tío le mandó al presidente De la Rúa pidiéndole ayuda. Precisó que el comité de crisis se había formado diez semanas antes y que la entidad corría peligro de cierre por el déficit que tenía, según las estimaciones de ese momento.

El sobrino comentó que vio a su tío llorar por la situación.

En su declaración judicial, Roberto señaló que la relación con su tío era buena y que, si bien tenían diferencias, no era nada fuera de lo común.

Dijo además que sabía de los planes de casamiento con Diana Truden y que su tío se había enamorado.

Favaloro le dejó instrucciones varias: "Por las cuentas en Suiza contactar a...".

Liliana Favaloro también percibió que su tío buscaba consentimiento para la relación sentimental, y aclaró que en su familia habían aceptado a la novia sin problemas: "Ella le daba fuerzas, ánimos, supongo que para afrontar los problemas de la Fundación".

La sobrina confirmó que el cirujano estaba "defraudado por el país en que le había tocado vivir y que tanto amaba".

Diana Truden habló de la existencia de informes que "prácticamente mostraban el cierre inmediato de la Fundación", lo que algunas noches no dejaba dormir a Favaloro.

Destacó después que la política de su novio fue siempre la de no despedir a nadie.

—Ésa era su bandera de lucha —dijo Diana.

La lluvia de telegramas, sin embargo, no se detuvo.

Miguel Ángel Rossetti, el portero, supo del propio Favaloro que la Fundación no conseguía cobrar las deudas de las obras sociales, del PAMI y del IOMA de la provincia de Buenos Aires. Rossetti estaba agradecido con Favaloro, porque le había conseguido trabajo a su hijo, como técnico radiólogo.

—El doctor era una persona muy humilde. Me trataba igual que a un presidente, jamás hacía distinciones.

Ramona, la empleada doméstica de Favaloro desde 1992, coincidió en destacar el buen trato de su patrón.

—Siempre se preocupaba por mi familia. Le aconsejaba a mis nenas que estudien y algunas mañanas compartía conmigo la mesa del desayuno.

En el juzgado le preguntaron si lo había visto deprimido y ella respondió: "Me decía que su máxima preocupación era no poder pagarle a las enfermeras o a las sirvientas de la Fundación. Siempre se preocupaba por los indigentes".

En varias oportunidades, vio a Favaloro en su escritorio revisando el testamento.

—Las cosas hay que hacerlas ordenadamente, Ramona, no te olvides que tengo 70 años —la calmó un día.

El 14 de agosto, los sobrinos pidieron una copia del testamento ológrafo (de puño y letra) para iniciar la sucesión.

El juzgado ordenó depositar 93.107 dólares en una cuenta del Banco Ciudad, a nombre de la sucesión de Favaloro.

La investigación judicial constató que fue un suicidio.

El juez Turano resolvió cerrar la causa principal, por no haber encontrado delito.

El magistrado consideró que los datos recogidos en la causa Favaloro "despojan todo tipo de duda sobre la solitaria y libre autoría de su muerte".

La resolución incluyó estos párrafos: "Llegó el momento de expedirme a la luz del robustecido cuadro probatorio aunado, de los testimonios colectados, los informes médicos y peritajes de rigor y todo conduce a afirmar en forma certera que la muerte

de René Gerónimo Favaloro fue producto de un disparo de proyectil proveniente del revólver calibre Magnum 357. Ello se llevó a cabo frente al espejo de uno de los baños de su domicilio particular, llevándose el cañón del arma al tórax, previo apartarse hacia un costado el pijama que vestía, lo que produjo de inmediato el estallido del corazón, provocando su deceso".

En otro pasaje, señaló que Favaloro "no era una persona de mostrarse deprimida, pero sí agobiada por los problemas económicos relativos a la famosa y reconocida Fundación que operaba a su nombre, llegando el punto de enviar cartas a reconocidas personalidades públicas para que intercedieran en la gestión de créditos o donaciones".

Habló también de tres elementos clave para comprobar las características de la muerte: la adquisición del arma en abril de 2000, los trozos de cartas desechadas que se encontraron en un cesto y las ratificaciones del testamento.

"Tenía la idea del suicidio con anterioridad al 29 de julio de 2000, como lo refleja la nota dirigida a las autoridades en el año 1998, coincidiendo con la redacción de su testamento, o bien por las manifestaciones que le hiciera a Diana Truden. Pero es evidente que ya en este delicado estado emocional, la crisis financiera de la Fundación Favaloro profundizó aun más esta situación, resultando a mi juicio el detonante que lo llevara a quitarse la vida", indicó Turano.

Para reforzar su conclusión, el juez agregó que "las notas que fueron fijadas en el baño donde se hallaba el cuerpo, donde se despide con un 'hasta siempre', la frecuente búsqueda entre sus familiares de un arma hasta la propia adquisición de la Taurus, su repentina registración en el RENAR, sumadas a las conclusiones de los informes técnicos y testimonios, despojan todo margen de duda sobre la solitaria y libre autoría de su muerte".

"No habiendo verificado la comisión de delito —concluyó—, habré de archivar la presente causa, por eso resuelvo: Archívese la causa 78474/2000 por inexistencia de delito."

El secreto

Tras la muerte, el entorno de Favaloro entró en ebullición. Surgieron rencores, gritos, acusaciones, peleas, telegramas de despido. Sumado al dolor, la química era explosiva.

Corrían todo tipo de rumores sobre el legado de Favaloro, sobre el contenido de sus cartas.

Moszemberg, amigo generacional de Favaloro y directivo del Comité de Ética, sintió presiones para desalojar su despacho:

—Quieren borrar la memoria viviente de Favaloro. Quieren hacer de cuenta que nunca existió.

Mariano Favaloro, otro de los sobrinos, no mencionado en la herencia, se fue a los nueve meses:

—Veo que la Fundación toma un rumbo y una filosofía de trabajo distinta, más comercial. Se ve en el trato con la gente, con los proveedores.

Maradona se negó a concurrir a un partido homenaje para recaudar fondos:

—No me gustó lo que hizo la Fundación con el Búfalo Funes. Estábamos desesperados y nadie le vino a decir a la mujer que se había muerto. A la familia, encima que se lo entregaron muerto, le cobraron treinta y cinco mil dólares. Y eso que había estado solamente un día y medio. Una vergüenza —dijo en julio de 2001. Juan Gilberto Funes, un goleador temible que le dio a River una Copa Libertadores, tuvo que dejar el fútbol por problemas cardíacos. Maradona fue el último que lo visitó antes de su muerte, que se produjo el 11 de enero de 1992.

Otra renuncia, la de Carlos Penelas, el jefe de Relaciones Públicas de la Fundación Favaloro, sacudió las estanterías. En una carta documento enviada a Roberto Favaloro, al mes de la muerte de René, Penelas escribió:

> *Fallecido mi entrañable y admirado amigo, René G. Favaloro, he advertido que la Fundación comienza a transitar por caminos que, a mi entender, no se compadecen con el pensamiento de él. De cualquier manera, no se compadecen con las razones por las cuales lo acompañé durante catorce años.*
> *A mi modo de ver, empiezan a privar actitudes, personas y climas que me conducen a pensar que se está produciendo un lento pero inexorable cambio respecto de las directrices fundamentales de la institución.*
> *En homenaje a mi recuerdo de él y en homenaje a mi propia conciencia, debo renunciar a mi trabajo. Lo hago sin tener certeza de tarea sustitutiva inmediata, pero es probable que usted entienda que los principios están por encima de las conveniencias.*

El aire quemaba.

El jueves 3 de agosto de 2000, los familiares de René Favaloro leyeron fragmentos de una de las cartas de despedida. Fueron éstos:

Estoy cansado de luchar y luchar, galopando contra el viento, como decía Don Ata.
No puedo cambiar. No ha sido una decisión fácil, pero sí meditada.
No se hable de debilidad o valentía.
El cirujano vive con la muerte, es su compañera inseparable, con ella me voy de la mano.
Sólo espero que no se haga de este acto una comedia. Al periodismo le pido que tenga un poco de piedad.
Estoy tranquilo. Alguna vez en un acto académico en USA se me presentó como a un hombre bueno que sigue siendo médico rural. Perdónenme, pero creo que es cierto. Espero que me recuerden así.
A mi familia, en particular a mis queridos sobrinos, a mis colaboradores, a mis amigos, recuerden que llegué a los 77 años. No aflojen, tienen la obligación de seguir luchando por lo menos hasta alcanzar la misma edad, que no es poco.
Una vez más reitero la obligación de cremarme inmediatamente, sin perder tiempo. Queda terminantemente prohibido realizar ceremonias religiosas o civiles.
Un abrazo a todos.

René Favaloro, julio 29 de 2000.

¿Ninguna explicación más? ¿Por qué su amigo Landriscina decía que la muerte había sido por asco? ¿Asco a qué?

El texto fue divulgado por la mayoría de los medios nacionales.

Pasó desapercibido el encabezamiento que los sobrinos le habían puesto a las palabras de Favaloro. Decía:

Muchas expectativas se han concentrado en torno a las cartas que nuestro tío dejara, como si en ellas se pudiera encontrar alguna respuesta a su decisión.
No hay nada en la carta que René no haya dicho públicamente en tantas oportunidades.

Su vida era un mensaje y precisamente ése fue el reconocimiento que tuvo entre el pueblo argentino: su dolor por el país al que entregó su alma y su cuerpo. Su compromiso con los pobres "que viene de sus lejanos años en Jacinto Aráuz", su preocupación por una sociedad cada vez más injusta "donde unos pocos gozan hasta el hartazgo, mientras la mayoría vive en la miseria y la desocupación".

¿Nada nuevo? ¿Seguro que nada?

Era cierto que Favaloro acostumbraba a polemizar en público, pero también que muchos vicios del sistema de salud le provocaban náuseas, al punto de hacerlo renegar de colegas médicos que consideraba parte del negocio.

En 1993 habló por ejemplo de "la industria de los congresos de medicina", como apéndice de los intereses empresarios del sector y como fuente de recursos de los organizadores, por sobre cualquier finalidad pedagógica, social o de divulgación científica.

Sostuvo también que los médicos deberían rendir examen de su especialidad cada cinco años, para estar al tanto de los avances de la profesión.

Nunca le gustó que la Argentina tuviera más especialidades medicinales que Europa entera, porque lo consideraba una diversificación innecesaria.

Llegó a decir que la salud en la Argentina tenía bases inmorales.

Todo eso era público, pero había más.

En los tribunales se empezó a hablar de la "Carta 3".

Tenía ocho hojas y estaba en uno de los sobres más grandes que dejó Favaloro, aunque nada se sabía de su contenido.

El enigma creció cuando fue remitida de inmediato a la Justicia Federal, para que se investigara la posible existencia de delitos.

Como transitó por más de un despacho judicial, y además estaba dirigida a familiares y amigos, varios pudieron leerla.

Cuando lo hicieron, quedaron impresionados.

Empezaba a despuntar el secreto de Favaloro.

En la "Carta 3", Favaloro consignó que en el Sanatorio Güemes, a su entender, habrían circulado retornos y que sindicalistas vinculados a las obras sociales le hicieron insinuaciones para que entrara en el negocio.

Afirmó además que esos mecanismos se habían extendido a

todo el esquema de salud del país y que el PAMI, su viejo rival, no era la excepción.

Habían pasado dos décadas desde la primera vez que habló de la "medicina de la inmoralidad", pero poco había cambiado. No sólo eso, las artimañas habían alcanzado un mayor grado de sofisticación.

En su carta, Favaloro denunció la existencia de médicos y cirujanos que se reparten la paga de una operación proveniente de los pacientes privados, inspirados en la fórmula del "ana-ana", que quiere decir mitad y mitad. Mitad para vos, mitad para mí.

Luego se consideró una víctima de esas maniobras.

—Le hacen creer a la gente que estoy retirado, que ya no opero más, y luego captan a esos pacientes, para repetir el negociado —pensó.

En sus renglones acusadores, Favaloro habría mencionado también al Instituto Cardiovascular de Buenos Aires, donde se habían atendido Menem y De la Rúa.

Según lectores de la "Carta 3", Favaloro habría señalado que ese lugar —además de contar con un plantel médico de primer nivel y de tratarse de un centro especializado de alto prestigio— llegó a tener empleados especialmente entrenados para visitar a cardiólogos en sus consultorios privados con la tarea de convencerlos de las ventajas de trabajar en común. No había más pruebas que su palabra.

De la forma en que lo habría asentado Favaloro, colaboradores de su Fundación llegaron a exhibirle una minuciosa descripción escrita de esas supuestas maniobras y de las retribuciones que les correspondían a los cardiólogos por ordenar una cirugía o alguna otra práctica específica.

Favaloro habría señalado que eran varias las instituciones que lo hacían.

El secreto de Favaloro iba tomando cuerpo.

Llegó a detestar a médicos argentinos que lo ovacionaban en el exterior, pero que al volver se reincorporaban al "sistema". Y se cansó de que lo llamaran "La Leyenda".

Favaloro estaba perdiendo la batalla.

En un momento, trató de convencerse:

—Acá, el que no transa la paga.

Le quedaba acudir a su entorno íntimo, en busca de alguna salvación.

Algo iba a fallar.

Días antes de morir, Favaloro fue tentado con la manzana de la corrupción.

Ése era su secreto amargo: cualquier pacto de supervivencia debía ser firmado con sangre.

No era lo que había planeado en 1971, cuando volvió al país a practicar la medicina social. Nunca imaginó tanto desabrigo.

Esta vez, eran personas que quería las que recomendaban bajar la cabeza, aceptar las reglas del juego.

El impacto que le causó quedó registrado en esa única carta que Favaloro permitió que se divulgara, pero que por alguna razón permaneció oculta.

El fragmento que llegó al público era una ínfima parte de lo que buscaba denunciar.

Los párrafos más reveladores fueron incluidos en la resolución judicial sobre el suicidio. Y así se salvaron del olvido.

A las 14.30 del día fatal, con sintaxis nerviosa y por momentos inconexa, Favaloro escribió:

El proyecto de la Fundación tambalea y empieza a resquebrajarse. Hemos tenido varias reuniones mis colaboradores más cercanos, algunos de ellos compañeros de lucha de nuestro recordado Colegio Nacional de La Plata, me aconsejaban que para salvar a la Fundación debemos incorporarnos "al sistema": sí a los retornos, sí al ana-ana "pondremos gente a organizar todo". Hay "especialistas" que saben cómo hacerlo.

Aclararemos que vos no sabés nada, que vos no estás enterado.

"Debés comprenderlo si querés salvar a la Fundación" quién va a creer que yo no estoy enterado!

En estos momentos, a esta edad, terminar con los principios éticos que recibí de mis padres, mis maestros, mis profesores, me resulta extremadamente difícil. No puedo cambiar. Prefiero desaparecer.

Joaquín V. González escribió la lección de optimismo que nos entregaba al recibirnos "a mí no me ha derrotado nadie". Yo no puedo decir lo mismo. A mí me ha derrotado la sociedad corrupta que todo lo controla.

Estoy cansado de recibir homenajes y elogios al nivel inter-

nacional. Hace pocos días fui incluido en el grupo selecto de las leyendas del milenio en cirugía cardiovascular. El año pasado debí participar en varios países, desde Suecia a la India, escuchando siempre lo mismo "la leyenda", "la leyenda".

Quizás el pecado capital que he cometido aquí, en mi país, fue expresar siempre en voz alta mis sentimientos, mis críticas, insisto, a esta sociedad del privilegio, donde unos pocos gozan hasta el hartazgo mientras la mayoría vive en la miseria y la desesperación.

Todo esto no se perdona, por el contrario, se castiga.

Me consuela el haber atendido a mis pacientes sin distinción de ninguna naturaleza. Mis colaboradores saben de mi inclinación por los pobres que viene de mis lejanos años en Jacinto Aráuz.

Siguió el breve pasaje difundido por su familia, y luego otro párrafo extraviado en el camino:

"En estos días he mandado cartas desesperadas a autoridades nacionales, provinciales, empresarios, sin recibir respuestas. En la Fundación ha comenzado a actuar un comité de crisis con asesoramiento externo. Ayer comenzaron a producirse las primeras cesantías. Algunos pocos han sido colaboradores fieles y dedicados. El lunes no podría dar la cara..."

Era sábado, hora de la siesta. Favaloro tenía un encuentro íntimo con su verdad. Y ya no quedaba tiempo para guardar secretos.

15. El cartero

—Estoy enamorado.
—Bueno, no es grave, tiene remedio.
—¡Remedio no!, quiero seguir enfermo.

Mario Ruoppolo pedía socorro, había sucumbido a la mirada negra de Beatrice Russo. El cartero rogaba auxilio al poeta Pablo Neruda, el único que podía ayudarlo con las metáforas de la conquista.

Favaloro se metió en el cine por una curiosidad genealógica, porque le dijeron que *Il Postino* había sido filmada en la Isola di Salina, la siciliana tierra de sus padres.

Nada sabía del argumento y temió aburrirse, pero pasó 104 minutos a pura lágrima.

—En la sala de cirugía parezco un comandante, pero afuera me emociona cualquier cosa —se dijo.

El idioma italiano, Gardel en el tocadiscos, la voz sincera de Massimo Troisi (Ruoppolo), la pasión herida de Philippe Noiret (Neruda) y la sonrisa soleada de María Grazia Cucinotta (Beatrice) lo conmovieron.

De repente, la madre de la chica profanó su escote y encontró un verso que delataba ardor. El cura del pueblo se escandalizó.

—¡Qué se puede esperar de un comunista!

Escopeta en mano, la madre corrió a vengar la impertinencia.

—Usted le enseñó, señor Neruda. Que ese cartero insolente no se le acerque nunca más a mi hija inmaculada.

El poeta leyó con disimulo el papel, huérfano ya del abrigo turgente. Neruda se rió para adentro: el poema era suyo, sólo la dedicatoria era del cartero enamorado.

Pasado el sofocón, Neruda le pidió explicaciones al copión, en tono compinche. El cartero lo descolocó:

—*La poesía no pertenece a quien la escribe, sino al que la necesita.*

Favaloro se estremeció. Él también había retomado la costumbre adolescente de escribir poesía.

No fue una tarde cualquiera para el doctor. Menos al constatar que Ruoppolo pedaleaba por una región cercana al valle Favaloro y la ladera Favaloro, vecinos al mar Mediterráneo. Había ido a conocer la cuna de sus ancestros en mayo del 99, luego de dar clases en la Universidad de Catania, en el extremo sur italiano.

En el pueblo de Mario y Beatrice había un político corrupto, que apenas lo eligieron, traicionó a sus votantes.

—Esta parte me suena —se tentó.

Lo último que supo de *Il Postino* fue que Troisi murió antes del estreno y que había tenido que filmar las últimas escenas sentado, vencido.

—Sabe, don Luis, estoy escribiendo versos como cuando era estudiante —le confesó un día Favaloro a Landriscina.

El doctor también se había enfermado de amor.

—Usted sabe, padre, lo mucho que yo quise a mi esposa, cómo la cuidé en su enfermedad. Pero ahora me pasa esto que es muy fuerte y no sé qué hacer. Soy mucho mayor que Diana, no sé si hago lo correcto.

El tono de Favaloro era más profundo que el de una simple confesión. Siempre sabía qué hacer frente a una situación límite, pero ahora estaba desconcertado.

Mamerto Menapace no era un cura de sotana, sino más bien de campera. De tanto caminar por Los Toldos estaba ducho en conjugar lo divino con lo mundano. La abadía se le llenaba de gente que quería escuchar la palabra de Dios traducida a la realidad del pueblo.

Ese día, las yemas del sacerdote visitaron su barba blanca más que de costumbre. Su amigo el doctor pedía un consejo que podía ser decisivo para el resto de sus días.

A la impaciencia del enamorado, el cura respondió con una oración sintácticamente simple, espiritualmente aliviadora.

—Su verdadero pecado va a ser no admitir ser feliz.

Favaloro respiró. Estaba muy preocupado por la reacción de su familia, de sus sobrinos, por cómo iban a reaccionar cuando supieran que su corazón desvencijado se había puesto torrentoso, por una chica 46 años menor.

En los reportajes solía decir que si un corazón late rápido o lento es por mandato del cerebro, no por impulso de los sentimientos. Pero la definición esta vez no encajaba. Las cosquillas le venían del medio del pecho.

Diana Truden se encargaba de traducir publicaciones y trabajos científicos. Llegaba a la Fundación a las ocho y monedas, cuando el florista de la cuadra recién empezaba a rascarle los tallos a las rosas, para que los ramos no tuvieran espinas.

Había entrado por una agencia de empleos. Aventajó a otras postulantes porque además de dominar el inglés, manejaba con destreza la computadora.

Su horario de salida era 17.30, cuando el florista ya le había bajado el precio a los pimpollos impotentes de firmeza. Ella se quedaba un rato más, aprovechaba para estudiar, sobre todo cuando la esperaba algún examen en Lenguas Vivas, donde le faltaba poco para completar el traductorado de inglés.

En esas horas de atardecer charlaba con Favaloro. Empezaron hablando del trabajo y los estudios, que para el doctor eran sagrados. Con los días aparecieron las palabras que no dejan dormir. Y las sonrisas llegaron a tener sincronización perfecta, aunque los dos creyeran que brotaban a destiempo.

Un día, Favaloro se animó:

—Me siento atraído por vos.

La piel blanca de Diana se hizo acuarela. Era casi tan alta como su pretendiente, pero sintió que empequeñecía.

El mediodía del domingo 7 de marzo de 1999 los marcó para siempre. Diana aceptó la invitación para visitar la casa de Barrio Parque. Y Favaloro se le declaró.

El amor tuvo días de secreto. Salían de la oficina por separado, para no levantar sospechas. A veces pasaban horas sin poder hablar. La ansiedad los malhería.

Los códigos y las señas corrían riesgo de ser atrapados por miradas delatoras.

Ni ante el profesor Mainetti Favaloro largó prenda.

—Trabajás todo el día, llegás a tu casa y no hay nadie, tenés que calentarte la sopita. Necesitás una compañera —le dijo al discípulo, como intuyendo la cosa.

Favaloro se reía, se acordaba de su picardía.

Estaba feliz, pero seguía temiendo la urticaria familiar.

Lo habló con Landriscina:

—Lo que pasa es que está el tema de la edad. Es mucha la diferencia.

—¿Y para qué se va a hundir en la soledad? Usted no está rompiendo ninguna regla.

El contador de historias gauchas fue uno de los primeros en enterarse de la boda. Agosto del año 2000 era la fecha tentativa. Había tiempo para hablar con la familia y explicar la profundidad de la relación.

Una situación imprevista enrareció todo.

En el verano, Diana viajó al África y los nueve mil kilómetros le parecieron a Favaloro demasiados, infinitos. La ausencia se sumaba al peor momento económico de la Fundación. Evitaba tener tiempo libre, porque se le cruzaban ideas que por momentos lo asustaban.

El reencuentro fue complicado.

—Yo no puedo vivir sin vos, pero tampoco te puedo sacrificar —la sacudió, otra vez rendido ante su juventud.

—René, en ningún momento me sacrifiqué. A mí esta relación me hace muy bien, yo deseo estar con vos —lo calmó, sin dar abasto con las caricias.

Esa noche fue larga. Diana quería saber por qué tanta angustia, qué había detrás de ese rostro demacrado.

Cuando lo supo, se desesperó.

—Pensé en suicidarme —la volvió a estremecer.

Nada volvió a su lugar desde ese verano. La excusa del complejo de la edad ocultaba un presentimiento trágico.

Diana le hizo prometer que se iba a sacar la idea de la cabeza; Favaloro asintió, aunque le costaba dormir.

La rutina laboral no se interrumpía. Él visitaba a sus pacientes con el impecable delantal blanco y su nombre bordado en azul. Ella había logrado impresionar a su jefe, cuando tipeó en la computadora un escrito científico complejo. A Favaloro le gustaba que los trabajos que mandaba al exterior estuvieran impecables. Estaba particularmente orgulloso de uno que contenía 1.066 referencias adicionales, que había quedado una pinturita.

Diana llevaba seis años en la Fundación.

De a poco fueron volviendo los ratos de alegría.

Los preparativos del casamiento ayudaban a recrear el entu-

siasmo. El doctor y la traductora compraron las alianzas de oro y las guardaron en una cajita roja.

Iban a diseñar juntos las invitaciones, en la computadora de Diana.

—Don Luis, avísele a Fabio que no se ofenda, pero va a ser algo muy íntimo: vamos a estar usted y su mujer, los padres de ella, algún sobrino mío y nada más —lo invitó a Landriscina.

Fabio era hijo del humorista y padre de una ahijada de cinco años que tenía Favaloro.

Parecía que con el casamiento, el sol estaba por volver a salir. Antes de agosto, sin embargo, estaba el 29 de julio.

Ese día, Diana y René amanecieron juntos. Favaloro se levantó primero, ella siguió en la cama hasta pasadas las nueve. Se alistaban medidas drásticas en la Fundación, se iba a intentar un salvataje de última hora.

Él le mostró una lista de personas que iban a ser despedidas en horas más. A todos los conocía, a muchos los quería. Estaba avergonzado.

—¿Justo ahora me viene a pasar todo esto? ¿Justo que me toca vivir los mejores años de mi vida?

Después del almuerzo, Favaloro acercó a Diana hasta su casa, donde iba a recoger la computadora con la que iban a hacer las participaciones.

Le dijo que iría a La Plata, pero tenía otro plan.

Quedaron en verse después de la siesta. Sincronizaron las sonrisas y se despidieron. Sólo él sabía que era para siempre.

Volvió a donde había empezado el día.

Escribió las cartas, dejó visible el testamento, asignó dueños a los dólares que guardaba en efectivo.

Dejó la carta de recomendación para Ramona y otra para Diana. ¿Pensó que no trabajaría más en la Fundación?

Se acercaba el momento.

Ya frente al espejo, a su vida le quedaban tres minutos. Sólo había tiempo para el repaso final.

Se iba del mundo sin haber dejado hijos, con su obra jaqueada.

—No puedo presenciar la destrucción de mi sueño.

Sentía asco de tanta corrupción. No encontró caminos para esquivarla y no soportó la oferta mortal.

La muerte del último paciente que operó fue otra señal fatídica.

Se sintió vencido.

Frente al espejo, a su vida ya no le quedaba tiempo. Sólo le faltaba cumplir una promesa: corrió el pijama gris, pidió compasión a Dios... y pensó en ella.

Agradecimientos

El mayor agradecimiento es para el periodista Hernán Cappiello, un perseverante que me ayudó a completar el rompecabezas de la investigación.

También fueron vitales los consejos del autor teatral José Montero y del escritor José Cutello, lectores implacables de los borradores que le dieron forma a esta historia.

La paciencia y el criterio de mi editor, Fernando Fagnani, el café temprano con Juan Romero, los materiales periodísticos de Marcelo Aprea, Cristina Mahne, Lucio Fernández Moores. Omar Lavieri y Javier Calvo y la buena voluntad de la mayoría de los entrevistados fueron tallando este trabajo, cuya única virtud es la de haber buscado la verdad.

Tengo que mencionar además a todos los colegas que entrevistaron a Favaloro o escribieron sobre él y a los funcionarios que abrieron sus archivos personales.

El libro tampoco hubiera sido posible sin la riqueza informativa del archivo del diario *Clarín*, sobre todo de los recortes que el tiempo tiñó de amarillo.

Metodología

La investigación demandó dos años. El texto final se apoyó fundamentalmente en las sesenta y siete entrevistas personales con protagonistas de la historia del PAMI y del último tercio de la vida de Favaloro.

Casi todos los reportajes fueron grabados. Sólo se acordó reservar la identidad de las fuentes si había una razón valedera, por ejemplo cuando uno de los entrevistados manifestó tener miedo de perder su empleo.

Se hizo también un relevamiento de las apariciones públicas de Favaloro, que permitió acumular una importante cantidad de material textual y ayudó a reflejar sus posiciones sin filtros.

Fueron consultados los archivos de los diarios *Clarín* y *La Razón* y de la Editorial Perfil, que concentran información de todos los medios nacionales de prensa y materiales institucionales, tanto del PAMI como de la Fundación Favaloro.

Se examinaron además informes y denuncias contra el PAMI emanadas de los organismos de control, entre ellos la Auditoría General de la Nación, la Oficina Anticorrupción, la Sindicatura General de la Nación, la Defensoría del Pueblo de la Nación y de la Ciudad de Buenos Aires. Se consultó al Banco Interamericano de Desarrollo (BID).

Los pronunciamientos judiciales que involucraron tanto a Favaloro como al PAMI le dieron conclusión a varios capítulos.

Hubo personas que se negaron a conceder entrevistas o que trataron de interrumpirlas en momentos incómodos.

ENTREVISTAS

Víctor Alderete
Matilde Menéndez
Cecilia Felgueras
Ángel Tonietto
Horacio Rodríguez Larreta
Guillermo Cal
Santiago de Estrada
Miguel Nazur
Alejandro Bramer Markovic
Ángel Perversi
Graciela Fernández Meijide
Federico Polak
Andrés Fescina
Juan José Mussi
Eugenio Semino
Julio López
Adolfo Bagnasco
Federico Polak
Andrés Fescina
Juan Horacio Carreño
Isabel Sarli
Roberto Favaloro
Mariano Favaloro
Eduardo Raimondi
Raúl Pistorio
Luis Landriscina
Carlos Penelas
Abram Moszemberg
José María Mainetti
Eduardo Rabossi
Gregorio Klimovsky
Enrique Paixao
Carlos Mancuso
Luis Ferreira
Alfredo Vítolo
Elba Vera
Ramona Giménez
Alejandro Armendáriz
Ricardo Monner Sans
Graciela Rosso

Carlos Fioribello
Martín Borrelli
Jorge Triacca
Mario Benjamín Menéndez
Andrés Cascioli
Carlos Timoteo Griguol
Aldo Neri
Javier García
Edgardo Trivisonno
Enrique Bugatti

BIBLIOGRAFÍA

Favaloro, René. *Recuerdos de un médico rural*, Buenos Aires, Ediciones SDDRA, 1980.

Favaloro, René. *¿Conoce usted a San Martín?*, Buenos Aires, Torres Agüero Editor, 1992.

Favaloro, René. *La memoria de Guayaquil*, Buenos Aires, Torres Agüero Editor, 1992.

Favaloro, René. *De la Pampa a Estados Unidos*, 9na. edición, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2000.

Landriscina, Favaloro, Menapace. *El milagro y el valor de la vida*, Buenos Aires, Editora Patria Grande, 2000.

Alderete, Víctor. *PAMI. Una transformación necesaria*, Buenos Aires, INSSJP, 1999.

López, Julio. *El 'Caso PAMI'. Nuevo periodismo y corrupción en la Argentina*, inédito.

Manrique, Francisco. *Qué es el Partido Federal*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1983.

Conadep. *Nunca más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*, 20ma. edición, Buenos Aires, Eudeba, 1995.

Varela, Santiago. *Good Show!*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1992.

PRONDEC, Programa Nacional de Democratización de la Cultura, Editado por la Comisión Nacional de Políticas y Estrategias de la Democracia.

Diccionario Lunfardo, Buenos Aires, Peña, Lillo Editores S.R.L., 1989.

Jáuregui, Guillermo Raúl. *La Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires 1972-1999*, Buenos Aires, Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires, 1999.

Imaz, Carlos. *Los primeros días del PAMI*, Buenos Aires, INSSJP, 1996.

DOCUMENTOS

"Pequeñas historias de los viejos de por acá", Eugenio Semino, Cuadernos de la Tercera Edad, número uno, 1993.

"Mensaje presidencial. Del Dr. Carlos Saúl Menem a la Honorable Asamblea Legislativa", Secretaría de Prensa y Difusión, 8 de julio de 1989.

"El compromiso de la Alianza", Comité Nacional de la UCR, 1997.

"El gran cambio". Síntesis de la plataforma de la Alianza, Instituto Programático de la Alianza, 1999.

"Fundación Konex 1980-2000", Fundación Konex, 2001.

"INSSJP. Un análisis de las condiciones de viabilidad organizacional, institucional y política", Fundación Argentina para el Desarrollo con Equidad, Hernán Charosky, Daniela Urribarri y otros.

Estatutos, Fundación Favaloro para la Docencia y la Investigación Médica, 1976.

Informe 1998 sobre ataques a la prensa, Asociación Periodistas.

Comunicado de la Asociación de Entidades Periodísticas Argentinas (ADEPA) del 23 de marzo de 1990.

"PAMI. Gestión de Reestructuración. Año 2000", INSSJP.

"Crisis del PAMI. ¿Nuevo trabajo u oportunidad para una reforma que priorice la salud de los jubilados?", Fundación Novum Millenium, junio de 2000.

Información número 285 de la Subsecretaría de Divulgación del Ministerio de Planeamiento, 3 de octubre de 1977.

Mandamientos laicos, Documento aprobado por el Consejo de Gobierno de la Fundación Favaloro, 27 de febrero de 1989.

"La crisis del PAMI", Matilde Menéndez, 2002, inédito.

"Examen especial sobre anticipos a favor de prestadores y proveedores", Auditoría General de la Nación, 1995.

"Examen especial de contratación, ejecución y rescisión de los servicios de Cine Itinerante correspondiente al programa 'PAMI Cine', efectuado por el INSSJP", Auditoría General de la Nación, 1996.

"Examen contable sobre reintegro de préstamos", Auditoría General de la Nación, 1996.

Resolución interna 158 del Instituto Nacional Sanmartiniano, 11 de mayo de 1990.

DIARIOS

Clarín
La Nación
Ámbito Financiero
Página/12
La Razón

Olé
Crónica
La Prensa
La Opinión
Hoy, de La Plata
Sur
Tiempo Argentino
Última hora
Popular
El Cronista Comercial
Convicción

REVISTAS

Gente
Humor
Somos
La Semana
Clarín Revista
Siete Días
Tres Puntos
Veintiuno, Veintidós, Veintitrés
Noticias
Caras
Exactamente
El Gráfico
Nueva
Luna

PROGRAMAS DE TELEVISIÓN

Biografía no autorizada de René Favaloro, Miguel Rodríguez Arias.
Tiempo Nuevo.
Contracara, TN.
El Programa de Santo, TN.
Informativos de los canales de aire 2, 7, 9, 11 y 13 y de cable Todo Noticias, Crónica TV, Canal 26.
Hora Clave.
Publicidades del PAMI 1990-2000.

Índice

Esta edición de 5.000 ejemplares
se terminó de imprimir en
A. G. Piscis S.R.L.,
Junín 845, Buenos Aires,
en el mes de abril de 2003.

Otros títulos publicados
por Editorial Sudamericana:

EL DICTADOR. La historia secreta
y pública de Jorge Rafael Videla
MARÍA SEOANE / VICENTE MULEIRO

OJOS VENDADOS. Estados Unidos
y el negocio de la corrupción en
América Latina
ANDRÉS OPPENHEIMER

SANO JUICIO. Baltasar Garzón,
algunos sobrevivientes y la lucha contra
la impunidad en Latinoamérica
EDUARDO ANGUITA

ESE INFIERNO. Conversaciones de
cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA
MUNÚ ACTIS / CRISTINA ALDINI /
LILIANA GARDELLA / MIRIAM LEWIN /
ELISA TOKAR

OSAMA BIN LADEN.
El banquero del terror
WALTER GOOBAR

CONFESIONES DE ORO. La mafia
del oro contada por Enrique Piana
SERGIO CIANCAGLINI

SIN EXCUSAS.
CHACHO ALVAREZ / JOAQUÍN MORALES SOLÁ

LA ILUMINADA. Vida personal y política de
Elisa Carrió
LUIS MAJUL

EL SAQUEO DE LA ARGENTINA
MARÍA SEOANE

El 29 de julio de 2000 una noticia paralizó al país: René Favaloro se pegó un tiro en el corazón y murió en el acto. El estupor inicial fue sucedido por rumores que trataban de echar luz sobre un hecho tan doloroso como inesperado. Se supo que había enviado dramáticas cartas al entonces presidente Fernando de la Rúa y a sus amigos; se revelaron las deudas que el PAMI tenía con la Fundación Favaloro. Sin embargo, las causas precisas del suicidio, sus motivaciones íntimas, estaban lejos de la verdad oficial.

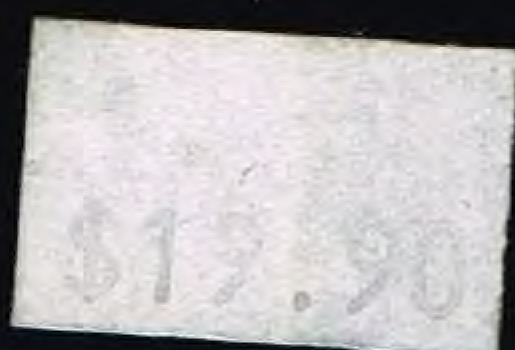
Esta historia, y sus claves, podría decirse, comienzan en 1971, cuando Favaloro era un cardiocirujano que se había consagrado en la Cleveland Clinic de los Estados Unidos participando en el desarrollo del bypass. Tenía por delante, casi garantizada, una carrera exitosa, tanto en lauros académicos como en dinero. En vez de seguirla, decide volver a la Argentina para concretar un sueño: crear un instituto modelo, donde se pudieran atender, bajo idénticas condiciones de eficiencia, humildes y poderosos.

Ese mismo año, Francisco Manrique funda el PAMI, una obra social concebida para dar asistencia a los jubilados. En las décadas siguientes, mientras ligaba su destino al de los intereses políticos de turno, se convertiría en un coloso y sería un codiciado botín de los sucesivos gobiernos. El principio de un ocaso que aún no termina le llegó a mediados del año 2000, cuando es declarada virtualmente en quiebra. No pasó desapercibido que su derrumbe fuera fatalmente contemporáneo de la desaparición de Favaloro.

La muerte de Favaloro retrata la vida del cardiocirujano desde sus días de estudiante hasta su minuto final, su vida pública y privada, sus desvelos y su ambición infatigable. Es el derrotero de un hombre tenaz, que desde 1976 no dudó en estar cerca del poder. Eligió ese camino para edificar un centro de salud a la altura de sus sueños, unos sueños que, el tiempo demostraría, parecen haber sido excesivos para el país que él pensaba podía aprovecharlos.

El telón de fondo de esta lucha y de su trágico desenlace es la Argentina al borde del colapso, y sobre todo el PAMI, con sus administraciones escandalosas durante la década del noventa y el olvido de su misión esencial: estar al servicio de los jubilados.

Apoyado en una exhaustiva investigación, Pablo Calvo escribió un libro que muestra la fibra íntima de una utopía, las concesiones para tratar de alcanzarla y la forma violenta en que fue derrotada. El protagonista y la víctima fue René Favaloro, y también todos los argentinos.





www.edsudamericana.com.ar
Impreso en la Argentina